

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA



TESIS DOCTORAL

**La identidad narrativa: genealogía de un postulado. Ensayo
sobre *Tiempo y narración* de Paul Ricoeur**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Ricardo Ibáñez Ruiz

Director

Antonio Miguel López Molina

Madrid

© Ricardo Ibáñez Ruiz, 2019

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Departamento de Filosofía y Sociedad



**LA IDENTIDAD NARRATIVA: GENEALOGÍA DE UN POSTULADO.
ENSAYO SOBRE *TIEMPO Y NARRACIÓN* DE PAUL RICOEUR**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

**Presentada por
Ricardo Ibáñez Ruiz**

**Director
Antonio Miguel López Molina**

Madrid, 2019



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

**DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LA TESIS
PRESENTADA PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR**

D./Dña. RICARDO IBÁÑIZA RUIZ,
estudiante en el Programa de Doctorado Filosofía,
de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de
Madrid, como autor/a de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor y
titulada:

LA IDENTIDAD NARRATIVA: GENEALOGÍA DE UN POSTULADO. ENSAYO
SOBRE TIEMPO Y NARRACIÓN DE PAUL RICOEUR

y dirigida por: ANTONIO MIGUEL LÓPEZ MOLINA

DECLARO QUE:

La tesis es una obra original que no infringe los derechos de propiedad intelectual ni los derechos de propiedad industrial u otros, de acuerdo con el ordenamiento jurídico vigente, en particular, la Ley de Propiedad Intelectual (R.D. legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, modificado por la Ley 2/2019, de 1 de marzo, regularizando, aclarando y armonizando las disposiciones legales vigentes sobre la materia), en particular, las disposiciones referidas al derecho de cita.

Del mismo modo, asumo frente a la Universidad cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de la autoría o falta de originalidad del contenido de la tesis presentada de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente.

En Madrid, a 23 de Mayo de 2019

Fdo.:

Esta DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD debe ser insertada en
la primera página de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor.

Agradecimientos

Mis estudios de doctorado comenzaron hace muchos años y concluyen con este trabajo al que debo mucho más de lo que estas páginas explícitamente demuestran.

Debo agradecer a María la ayuda y la comprensión de estos años, incluso cuando creía no necesitarlas. También a Toya, Ana, Ricardo, Amarilis, Elena, David, Pedro y Clara, mi familia, que ha alentado cotidianamente este proyecto y que, a veces sin saberlo, le ha dado sentido cuando yo no lo encontraba. Como al final de cada etapa, les agradezco su comprensión y su compañía.

Debo agradecer a Guillermo, Roberto, Alberto, Javier, Hugo, María, Álvaro, Vanesa, Gonzalo, Patricia, Laura, Sergio, María, Belén y a tantas otras amistades viejas que forjé entre aulas y patios la compañía que ha configurado mi identidad y que ahora narro, deudor de su afecto.

Agradezco profundamente a mi familia profesional del Colegio Sagrados Corazones Martín de los Heros la oportunidad de pertenecer a un proyecto que educa porque acompaña y porque cuida. Especialmente agradezco a los Profesores Francisco Salvador y Félix Marcos que, presentes y ausentes, sigan siendo objeto de admiración y cariño crecientes.

Finalmente, agradezco a la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense la oportunidad de formarme con sus excelentes docentes y con los valiosos fondos de su biblioteca, así como al Profesor Antonio Miguel López Molina sin cuya prudencia, dedicación y apoyo no habría sido capaz de llegar hasta aquí.

Madrid, mayo 2019.

ÍNDICE

RESUMEN	7
INTRODUCCIÓN	15
I. ANTES: QUIÉN ESCRIBE TIEMPO Y NARRACIÓN.....	17
I.1 Remotamente antes: 1939-1983.....	17
I.2 Inminencia de Tiempo y narración: 1983- 1985.....	22
II. AHORA: TIEMPO Y NARRACIÓN.....	27
II.1 El círculo entre narración y temporalidad	28
II.2 Historia y narración	30
II.3 Configuración del tiempo en el relato de ficción	32
II.4 El tiempo narrado	33
III. ¿DESPUÉS? SENTIDO DE NUESTRA INVESTIGACIÓN.....	36
III.1 1967: Teoría de la comunicación humana, P. Watzlawick	38
III.2 1978: Orientalismo, E. W. Said.....	39
III.3 1983: Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, B. Anderson	40
III.4 1998: La corrosión del carácter, R. Sennett	42
PRIMERA PARTE: BASES HISTÓRICO-HERMENÉUTICAS DE UNA GENEALOGÍA DE LA IDENTIDAD NARRATIVA	45
INTRODUCCIÓN	47

CONSIDERACIONES INICIALES: del presupuesto difuso al postulado narrativo.	48
A) Tres estudios preliminares.....	51
B) El presupuesto difuso en el fondo de un conjunto ecléctico	62
 I. DE LA CORROSIÓN DEL CARÁCTER A LA IDENTIDAD NARRATIVA COMO POSTULADO.....	71
I.1. Capitalismo flexible, carácter y miedo: diálogo con R. Sennett.....	71
I.2. La identidad narrativa como postulado.....	92
 II. EL CONFLICTO DE LAS INTERPRETACIONES.....	101
INTRODUCCIÓN	101
II.1. Estructuralismo y hermenéutica: el injerto en el plantón	103
II.2. La hermenéutica del texto.....	127
II.3. Diálogo con J. L. Pardo	135
 SEGUNDA PARTE: GENEALOGÍA DE LA IDENTIDAD NARRATIVA ...	141
INTRODUCCIÓN	143
 III. HERMENÉUTICA DEL TIEMPO EN LA NARRACIÓN.....	145
INTRODUCCIÓN	145
III.1 Diálogo con Agustín de Hipona	148
III.2 Diálogo con Aristóteles	158
III.3 La trama como fundamentación de la identidad narrativa	162
III.4 Conclusiones	181
 IV. VARIACIONES HISTORIOGRÁFICAS DE LA TRAMA.....	187
INTRODUCCIÓN	187
IV.1 El eclipse de la narración: el diálogo con la historiografía francesa y con el modelo nomológico.....	188

IV.2 Reconocimiento del espacio narrativo: vigencia de la trama en la epistemología positivista	197
IV.3 Reconocimiento del espacio narrativo: articulación del vínculo indirecto entre Historia y narración.....	211
IV.4 Conclusiones	227
 V. VARIACIONES FICTICIAS DE LA TRAMA	235
INTRODUCCIÓN	235
V.1. Diálogo con la narratología	238
V.2. Diálogo con la ficción	242
V.3. Vigencia de la trama en la narrativa del siglo XX	248
V.4. Conclusiones	260
 VI. LA IDENTIDAD NARRATIVA COMO CONCLUSIÓN.....	269
INTRODUCCIÓN	269
VI. 1. La aporética de la temporalidad: de Aristóteles a Heidegger	270
VI.2. La poética de la narración: del tiempo histórico en la narración a la identidad narrativa.....	280
VI.3. La identidad narrativa como corolario aporético	291
VI.4. Conclusiones	305
 CONCLUSIÓN	313
 BIBLIOGRAFÍA	321

RESUMEN

TÍTULO

LA IDENTIDAD NARRATIVA: GENEALOGÍA DE UN POSTULADO.
ENSAYO SOBRE *TIEMPO Y NARRACIÓN* DE PAUL RICOEUR.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de las décadas finales del siglo XX proliferan en las ciencias sociales estudios que hacen una referencia cada vez más explícita a un postulado de naturaleza narrativa en la constitución de las identidades singulares o colectivas. Son evidencias de esta presencia creciente el recurso a relatos de ficción como elementos legitimadores del discurso sociológico o politológico y, sobre todo, el empleo de estrategias propias de la composición de tramas en la configuración de aquellos estudios. A pesar de ser las ciencias humanas un conjunto singularmente ecléctico, analizar algunas de sus obras más influyentes de las últimas décadas partiendo del postulado narrativo que comparten pone frente a nuestros ojos la pertinencia de un discurso de segundo orden que legitime el postulado. Sin embargo, *La corrosión del carácter* nos obliga a reconocer que nuestra *capacidad de entramar* para configurar identidades no es solo un postulado metodológicamente necesario, es también la veta de análisis que evidencia los efectos del capitalismo flexible en la forma de vida de los sujetos que lo integran.

Para legitimar el postulado narrativo y la reflexión sennettiana acerca del efecto del capitalismo flexible sobre su vigencia recurrimos al pensamiento de P. Ricoeur. Tomaremos *El conflicto de las interpretaciones* como vía de acceso a la *hermenéutica del texto* que reconocemos en ejercicio en *Tiempo y narración*, donde la tendencia del hermeneuta a incorporar los análisis procedentes de la historiografía, la lingüística o la

antropología es lo que da sentido a su interpretación, donde la sinergia entre los análisis ajenos y las interpretaciones propias permite a Ricoeur el establecimiento de corolarios que deben arrojar luz acerca de aquel postulado que difusamente incorporan las ciencias sociales. La identidad narrativa será el corolario de la reflexión hermenéutica que debe explicar aquel postulado: *la figura coherente que somos* es efecto de nuestra capacidad de incorporar al paso del tiempo estructuras que lo dotan de sentido y a nosotros con él. La síntesis de lo heterogéneo, la concordancia discordante o la presencia de la trama en la distensión del ánimo afectado por el paso del tiempo serán los elementos que deberemos conjugar para que el corolario remita al postulado.

OBJETIVOS

El objetivo principal de nuestra investigación es de dar cuenta de la proliferación, durante las décadas finales del siglo XX, de estudios procedentes de las ciencias sociales que asumen un sustrato narrativo en la configuración de las identidades tanto colectivas como individuales. Esta proliferación encuentra en *La corrosión del carácter* su formulación más alarmante y más vigente y nos obliga a buscar, fuera de las ciencias humanas, su sentido último.

Así, este objetivo principal nos exige que asumamos otros dos. Por un lado, establecer una metodología de naturaleza hermenéutica que atienda dicha proliferación desde un ámbito discursivo distante, para lo que recurriremos a *El conflicto de las interpretaciones* y a la *hermenéutica del texto*. Por otro, lograda dicha metodología, remontarnos en la genealogía de aquel postulado hasta su establecimiento, hasta los fundamentos del discurso de *Tiempo y narración*. La identidad narrativa como corolario aporético del discurso hermenéutico debe permitirnos cerrar nuestra investigación recuperando nuestro objetivo principal y remitiéndonos a la *hermenéutica del texto* como rutina de pensamiento genuinamente filosófica capaz de arrojar luz sobre él: aquel postulado compartido por algunas de las obras más influyentes de la politología, la psicología o la historiografía del final del siglo XX y que Sennett encuentra amenazado tiene en *Tiempo y narración* su formulación más precisa.

RESULTADOS

- *Capítulo I:* Completamos la crítica a la debilidad metodológica de las ciencias sociales con el esclarecimiento del postulado narrativo que la acompaña. Nuestra identidad narrativa, difusamente postulada por politólogos, sociólogos o psicólogos, aparece como condición de posibilidad de sus estudios y encuentra en *La corrosión del carácter* su formulación más vigente. Con Sennett asumimos que la corrosión es un efecto de las formas de trabajo propias del capitalismo flexible sobre la configuración narrativa de nuestra identidad que, desde este momento, será el eje de nuestra investigación.

- *Capítulo II:* Encontramos en *El conflicto de las interpretaciones* una reformulación de la hermenéutica de P. Ricoeur que la emparenta con la escuela estructuralista. Partiendo de la dinámica entre análisis e interpretación, proponemos una *hermenéutica del texto* capaz de sistematizar un estudio acerca de la identidad narrativa que dota de contenido al postulado.

- *Capítulo III: Tiempo y narración* nace del fracaso del pensamiento especulativo cuando se ocupa de nuestra vivencia del paso del tiempo y de la necesidad de seguir tratando con el problema después del fracaso. A partir de la primera parte de la obra - ‘El círculo entre narración y temporalidad’- fundamentamos nuestra reconstrucción de la identidad narrativa conjugando la *distentio animi* agustiniana y el *mythos* aristotélico en un concepto de trama que se generaliza y nos permite transitar -sin anularlas- las aporías en las que desemboca el pensamiento especulativo cuando se enfoca en la temporalidad vivida.

- *Capítulo IV:* La *hermenéutica del texto*, volcada sobre la historiografía, nos permite reconstruir el vínculo indirecto que conserva con la generalización de la trama. Estudiamos ‘Historia y narración’ y rescatamos las aportaciones procedentes de la historiografía contemporánea que evidencian ese vínculo y en las que reconocemos el postulado de las ciencias sociales.

- *Capítulo V:* Analizamos ‘La configuración del tiempo en el relato de ficción’ y completamos la referencia al vínculo indirecto reconociendo que, si la Historia remite a la narración, esta remite a las facultades del sujeto que le permiten tratar con el paso del tiempo. Por tanto, la refiguración del tiempo cronológico en un tiempo vivido es la conquista de Ricoeur en la que convergen ambos vínculos indirectos y que nos permite

aludir, desde sus efectos, a una identidad narrativa que esclarecemos desde el análisis de su ejercicio.

- *Capítulo VI*: Gracias al análisis de ‘El tiempo narrado’ reconstruimos una temporalidad vivida armonizando los fracasos de la razón especulativa y la insistencia de los recursos procedentes de la narración. La refiguración del paso del tiempo es el efecto de aquellos recursos que nos legitima para concluir nuestra investigación reconociendo la identidad narrativa como corolario hermenéutico olvidado y como postulado de las ciencias humanas contemporáneas.

CONCLUSIONES

- En *La corrosión del carácter* encontramos postulado un rasgo de la identidad que Ricoeur había analizado una década antes y que hoy encontramos amenazado. Si convenimos con Ricoeur en que nuestro modo de entender el paso del tiempo reclama su refiguración a través de estructuras de origen narrativo, el estudio de Sennett supone su actualización más precisa.

- En *El conflicto de las interpretaciones* se plantea una *hermenéutica del texto* que vincula la interpretación del hermeneuta con análisis que toma, fundamentalmente, de la escuela estructuralista. En *Tiempo y narración* se pone en práctica esta dinámica que nos legitima para conectar el postulado de las ciencias humanas con el corolario hermenéutico.

- En *Tiempo y narración* se obtiene como corolario el establecimiento de una identidad narrativa capaz de refigurar el paso del tiempo cubriéndolo con una estructura capaz de dotarlo de sentido. De un sentido narrativo que conserva dependencias con la cultura a la que pertenece y a la que indirectamente define.

- La identidad narrativa, como corolario aporético, no nos permite cerrar nuestra investigación con un juicio concluyente pero, al mismo tiempo, nos obliga a tomar partido en el espacio discursivo que no consigue cerrar: aquel que reúne nuestra identidad con el paso del tiempo y en el que, efectivamente, la narración siempre se impone.

SUMMARY

THESIS TITLE

THE NARRATIVE IDENTITY: GENEALOGY OF A POSTULATE. A RESEARCH ABOUT *TIME AND NARRATION*.

INTRODUCTION

During the last decades of the twentieth century, in the social sciences there is a proliferation of studies that increasingly made explicit reference to a narrative postulate in the constitution of singular or collective identities. The use of fictional stories as legitimating elements of sociological or political discourse and, above all, the use of specific strategies to configure the discourses shows the validity of this postulate. Even though the human sciences are a singularly eclectic ensemble, analysing some of their most influential works of recent decades on the basis of the narrative postulate they share, they bring before us the pertinence of a second-order discourse that legitimises the postulate. However, *The Corrosion of Character* forces us to recognize that our *ability to weave together* in order to configure identities is not only a methodologically necessary postulate, but also the focus of the analysis that points out the effects of flexible capitalism on the way of life of the subjects comprising it.

In order to legitimize the narrative postulate and the Sennettian reflection on the validity of the effect of flexible capitalism, we will draw upon the thought of P. Ricoeur. We will take *The Conflict of Interpretations* as a presentation for the *hermeneutic of the text* that we recognise in *Time and Narration*, where the tendency of the hermeneut to incorporate analysis from historiography, linguistics or anthropology gives meaning to its

interpretation, and where the synergy between other people's analyses and one's own interpretations allows Ricoeur to establish corollaries that must shed light on that postulate which is diffusely incorporated in the social sciences. The narrative identity will be the corollary of the hermeneutic thought that must explain that postulate: *the coherent figure that we are* is the effect of our capacity to incorporate structures that give it meaning over time and give us a meaning. The synthesis of the heterogeneous, the discordant concordance or the presence of the plot in the distension of the mood affected over time will be the elements that we must conjugate so the corollary refers to that postulate.

OBJECTIVES

The main objective of our research is to account for the proliferation, during the final decades of the twentieth century, of social science studies that assume a narrative base in the configuration of both collective and individual identities. This proliferation finds in *The Corrosion of Character* its most alarming and most current formulation and forces us to seek, outside the human sciences, its ultimate meaning.

Therefore, this main objective requires us to take two others into consideration. On the one hand, to establish a hermeneutic methodology able to account for such proliferation from a distant discursive sphere, to which we will refer in *The conflict of interpretations* and *the hermeneutic of the text*. On the other, once this methodology has been achieved, we can go back in the genealogy of that postulate until its establishment, up to the foundations of the discourse of *Time and Narration*. The narrative identity as an aporetic corollary of the hermeneutic discourse must allow us to close our research, recovering our main objective and referring us to the hermeneutic of the text as a routine of genuinely philosophical thought on which light should be shed: that postulate shared by some of the most influential works of political science, psychology or historiography at the end of the twentieth century and which Sennett finds threatened has its most precise formulation in *Time and Narration*.

OUTCOMES

- *Chapter I.* We complete the critique of the methodological weakness of the social sciences with the clarification of the narrative postulate that accompanies it. Our narrative identity, diffusely postulated by political scientists, sociologists or psychologists, appears as a condition for the possibility of their studies and finds its most current formulation in *The Corrosion of Character*. With Sennett we assume that corrosion is an effect of the forms of work within flexible capitalism on the narrative configuration of our identity which, from this moment on, will be the axis of our research.

- *Chapter II.* We find in *The conflict of interpretations* a reformulation of the hermeneutics of P. Ricoeur that relates him to the structuralist school. Based on the dynamics between analysis and interpretation, we propose a hermeneutic of the text able to systematize a study about narrative identity that gives content to the postulate.

- *Chapter III.* *Time and narration* is the result of the failure of the speculative thought when dealing with our experience over time and of the need to continue dealing with the problem after failure. From the first part of the work - 'The circle between narration and temporality' - we base our reconstruction of the narrative identity on the combination of the Agustinian *distentio animi* and the Aristotelian *mythos* in a concept of plot that becomes generalised and allows us to run through - without annulling them - the aporias in which speculative thought flows when it focuses on lived temporality.

- *Chapter IV.* *The hermeneutic of the text*, applied to historiography, allows us to reconstruct the indirect link that it preserves with the generalization of the plot. We study 'History and Narration' and we recuperate the contributions from contemporary historiography that show this link and in which the postulate of the social science is recognized.

- *Chapter V.* We analyse *The configuration of time in the fictional narrative* and complete the reference to the indirect link by recognizing that, if History refers to narration, it refers to the faculties of the subject that allow him to deal with the passage of time. Therefore, the refiguration of chronological time into a lived time is Ricoeur's conquest in which both indirect links converge and which allows us to allude, from its effects, to a narrative identity that we base from the analysis of its practise.

- *Chapter VI.* Through out the analysis of '*The narrated time*' a lived temporality is recognized by harmonizing the failures of the speculative reason and the insistence of the narrative resources. The refiguration over time is the effect of those resources that enable us to conclude our research by recognizing the narrative identity as a forgotten hermeneutic corollary and as a postulate of contemporary human sciences.

CONCLUSIONS

- In *The Corrosion of Character* we find postulated a feature of identity that Ricoeur had analyzed a decade before and that today we find threatened. If we agree with Ricoeur that our way of understanding the passage of time calls for its refiguration through structures of narrative origin, Sennett's study means its most precise update.

- In *The conflict of interpretations*, a hermeneutic of the text is proposed connecting the interpretation of the hermeneut with an analysis that takes, fundamentally, from the structuralist school. In *Time and Narration*, this dynamic is put into practice legitimating us to connect the postulate of the human sciences with the hermeneutic corollary.

- *Time and Narration* shows us the corollary as the establishment of a narrative identity which refigures the passage of time by giving it a structure capable of providing it with sense. A narrative meaning that rests on the culture to which it belongs and whit which it indirectly defines.

- The narrative identity, as an aporetic corollary, does not allow us to close our investigation with a conclusive judgment. Although it forces us to take sides in the discursive space that we have not been able to close: the one that unites our identity over time and on which, effectively, the narrative always imposes itself.

INTRODUCCIÓN

La presente investigación nace con el objetivo de dar cuenta de la proliferación, durante las décadas finales del siglo XX, de estudios procedentes de las ciencias sociales que asumen un sustrato narrativo en la configuración de las identidades tanto colectivas como individuales. En psicología clínica el enfoque sistémico, en politología la reconstrucción del concepto de nación y de nacionalismo o el replanteamiento poscolonial de las relaciones internacionales y en sociología el tratamiento de la indefinición como elemento fundacional de la forma de vida de los sujetos contemporáneos son muestras de esta proliferación.

El poder de legitimación que posee un relato verosímil en la configuración de nuestras identidades es cada vez más vigente y, al mismo tiempo, se trata de un recurso con una escasa fundamentación teórica que nos interpela: ¿Es posible un estudio estructurado de este presupuesto narrativo difusamente incorporado por las ciencias humanas? Antes de poder responder, lo evidente es la pertinencia del planteamiento¹.

Comenzamos desde aquí un camino de regreso que nos dotará de los recursos necesarios. Para ello, escogemos la guía de Paul Ricoeur. A partir de 1969, Ricoeur incorpora a su hermenéutica elementos que nosotros emplearemos para tratar con nuestro presupuesto narrativo. El ajuste de préstamos y confluencias con la escuela estructuralista, la referencia hermenéutica a espacios de discurso que excedan los límites tradicionalmente apropiados para el pensamiento especulativo o la dinámica entre analizar e interpretar como inherente al trabajo del hermeneuta son algunos de estos

¹ La primera parte de nuestra investigación acota este presupuesto que reconocemos en las ciencias sociales y lo problematiza. Es el postulado de naturaleza narrativa alrededor del cual se articula nuestro estudio.

elementos. Cristaliza su recapitulación en la *hermenéutica del texto* que reconocemos en Ricoeur siguiendo al Profesor Calvo².

Nuestro camino de regreso se encauza al reconocer la puesta el funcionamiento de esta *hermenéutica del texto* a lo largo de *Tiempo y narración*. Aquella insistencia en el recurso a la narración encuentra por fin una causa: es nuestra vivencia del paso del tiempo aquello que nos obliga a narrar para construir identidades, independientemente de la exigencia de rigor metodológico a la que nos debamos en cada contexto. Explicamos el paso del tiempo incorporando recursos narrativos y esto es lo que nos permite configurar identidades que recorren acontecimientos cronológicamente contiguos o distantes, pero reunidos por una trama. Encontramos en la identidad narrativa como corolario de *Tiempo y narración* una referencia estructurada a aquel presupuesto confusamente asumido por sociólogos, politólogos o psicólogos. Integrar en nuestro discurso elementos como el carácter aporético de este corolario y el fracaso del razonamiento especulativo como una de sus condiciones de posibilidad es lo que nos permitirá cerrar nuestra investigación. En definitiva, comenzamos nuestro discurso con la detección de una referencia difusa a la narración como eje que recorre las ciencias sociales y lo articulamos siguiendo una estructura igualmente narrativa: *Después-Antes-Ahora*.

Para nombrar brevemente esta estructura, recuperamos las facultades agustinianas propias de cada fase: la espera -afín al *Después*- marca el sentido del recorrido, la memoria -ocupada en el *Antes*- acumula y reelabora los recursos con los que contamos y, desde ellos, la atención se vuelca sobre lo que efectivamente tenemos entre manos, el *Ahora*. De este modo, durante el primera capítulo -*Después*- volcaremos nuestra espera sobre aquel presupuesto narrativo presente en las ciencias sociales. En el segundo -*Antes*- nuestra memoria recuperará y articulará aquellos elementos que configurarán la *hermenéutica del texto*. Y, en la parte II -*Ahora*-, nuestra atención analizará la solidez de la identidad narrativa no solo como corolario de *Tiempo y narración* sino, de suyo, como el postulado de origen narrativo que, a modo de efecto aporético, sigue presente en las ciencias humanas.

² Dedicaremos nuestro segundo capítulo a la formulación de la *hermenéutica del texto* como espacio discursivo capaz de acoger el tratamiento del postulado narrativo.

No obstante, a pesar de que sea esta la estructura general con la que nos comprometemos, impelidos por el rigor académico, organizamos esta introducción siguiendo un orden estrictamente cronológico: *Antes-Ahora-Después*. Debe servirnos esta apuesta por el olvido momentáneo de la estructura narrativa para configurar el inventario de nuestras referencias principales. Desde él, y ya inscritos en el círculo de la narración como estructura sin la que el tiempo cronológico tiende a vaciarnos³, el lector estará en posición de construir una expectativa fundada de aquello que nuestra investigación pueda ofrecerle.

I. ANTES: QUIÉN ESCRIBE TIEMPO Y NARRACIÓN

I.1 Remotamente antes: 1939-1983

Presentamos a continuación algunos acontecimientos que serán decisivos para nuestro análisis de *Tiempo y narración* y, de suyo, para el destino de nuestra investigación. Lo hacemos siguiendo el hilo discursivo que la *Autobiografía intelectual* de P. Ricoeur nos proporciona, pues la única ligazón que propondremos entre ellos será la contigüidad temporal. Reposará, por tanto, sobre la paciencia del lector la posibilidad de que estos elementos cristalicen, avanzando el discurso, en una estructura que los rinda integrantes de un discurso unitario.

1939- 1945. “Fui sucesivamente civil movilizado, luego combatiente en disponibilidad, finalmente combatiente vencido y oficial prisionero”⁴

Paul Ricoeur había nacido en Valence en 1913. Había obtenido su Maitrise en Filosofía en la Universidad de Rennes en 1934. Desde entonces, residía en París y se dedicaba a la docencia y a la investigación. Entre 1939 y 1945, la mayor parte del tiempo,

³ En *La corrosión del carácter* encontramos esta formulación del efecto que la ausencia de narración genera: el paso del tiempo como mera sucesión de instantes parece vaciarnos. Comenzamos a tratar con el atributo narrativo de nuestra vivencia del paso de tiempo *demasiado tarde*, en el momento en el que lo apropiado sería levantar acta de los efectos de su ausencia.

⁴ *Autobiografía intelectual*, p. 22. En adelante, citaremos la obra con el acrónimo A.I.

Ricoeur es un oficial prisionero y, de su reclusión en varios de campos de Pomerania, él salva su estudio de *Ideas I*. Sin profundizar en las implicaciones que esta etapa pudo tener en la dirección y en el sentido de sus investigaciones posteriores, lo que reconocemos en el relato autobiográfico del autor es el recuerdo de un tiempo fructífero tanto desde el punto de vista humano como desde el punto de vista académico. Centrándonos en este último, el estudio de la fenomenología de Husserl que le había ocupado algunos años antes es intensificado durante su reclusión y fructifica, posteriormente, en una parte de su tesis doctoral. Así, *Ideas I* cumple una función estabilizadora que permite conectar al investigador anterior a la II Guerra Mundial, con el oficial prisionero y con el excombatiente que renueva sus investigaciones. *Ideas I*, en la trama que empezamos a transitar, es uno de los elementos que generan concordancia entre los escenarios discordantes que la biografía del autor recorre.

1945- 1948. “La nebulosa cuyos núcleos en fusión no habían cristalizado aún en polos opuestos”⁵

Tras su cautiverio, se instala en Chambon-sur-Lignon con su familia y recupera su actividad docente en el Collège-Lycée Cévenol. Durante estos años prepara su tesis doctoral, que estaba compuesta por dos estudios independientes. Uno principal que dedica a la relación entre lo voluntario y lo involuntario en el que aplicaba el análisis de las operaciones de la conciencia que Husserl consideraba propio de los actos perceptivos al campo de la volición y de la afectividad. Y uno secundario que debía tener un carácter más técnico e informativo y que Ricoeur dedica a la traducción de *Ideas I*.

La nebulosa que el autor describe envolviendo sus lecturas de los años anteriores a 1939 contenía de dos polos: G. Marcel. y K. Jaspers uno y Husserl el otro. Esos polos son los que, cuando recupera sus investigaciones y prepara su tesis doctoral, ya han cristalizado. Que Ricoeur dedique el documento principal de su tesis doctoral al espacio discursivo que entre ambos polos se articula, a sabiendas de que son ya sistemas teóricos irreconciliables, nos permite reconocer su modo de construcción del discurso partiendo de otros sistemas teóricos - lo cual será una constante que reconoceremos más veces a lo largo de su obra-. Pero, sobre todo, nos permite enfatizar la intención de ese modo de

⁵ A.I., p. 20.

construcción: elaborar su propio pensamiento partiendo de estructuras discursivas afines a la fenomenología de Husserl y hacia conclusiones que no estén contenidas en ellas.

Así, la nebulosa de los años treinta, ya cristalizada en su tesis doctoral, es para nuestra investigación una primera matriz de interpretación del pensamiento de Ricoeur.

1960- 1968. “Puedo decir que la figura que emerge es la de un *Cogito* militante y herido”⁶

Durante la década de los sesenta, las lecturas de Ferdinand de Saussure, Lévi-Strauss, Marx desde la revisión de Althusser o Freud desde revisiones de Lacan obligan a Ricoeur a redefinir su hermenéutica. En 1965 publica *De la interpretación. Ensayo sobre Freud*, donde puede reconocerse ese nuevo encuadre: superando la especificidad del símbolo enraizado culturalmente, es posible elaborar un estudio de los signos. Este es una muestra del espacio conquistado para la hermenéutica, el espacio que queda acotado en las últimas obras de Freud que, obviando sus revisiones posteriores, es diseccionado por Ricoeur siguiendo una doble estructura: primero una lectura analítica de dichas obras y, consecuencia del análisis, su interpretación hermenéutica. De este modo, las lecturas de los años sesenta permiten al autor el replanteamiento de su hermenéutica que, si bien mantiene los dos polos cristalizados en Jaspers y en Husserl, genera entre ellos una estrategia diferente consistente en partir de análisis de textos lo más precisos posible para, desde ellos, elaborar una interpretación exclusivamente hermenéutica que supere los límites teóricos desde los que aquellos textos se edificaron.

En 1969 publica *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica I*. En esta obra, los estudios de Freud se complementan con el estructuralismo lingüístico de Saussure y otros estudios afines venidos del campo de la semiótica –como los de A. J. Greimas- y de la crítica literaria -G. Genette entre otros-. Encontramos, pues, más que una crítica o un enfrentamiento con la escuela estructuralista, una intención de construir su hermenéutica considerando estos análisis y otros afines como punto de anclaje. La figura resultante de esta construcción será aquel “*Cogito* militante y herido”⁷.

⁶ A.I., p. 41.

⁷ *Ibidem*.

1968. “Fracasé en mi misión de pacificación”⁸

Tras más de una década de trabajo en la Universidad de la Sorbona, Ricoeur acepta ser decano de la facultad de Letras de la Universidad de Nanterre con la intención de construir en aquel nuevo proyecto un esquema de relación diferente⁹ entre docentes y estudiantes. Es decano entre 1967 y 1970. El creciente malestar existente en la comunidad universitaria es el detonante del salto y el factor determinante de toda experiencia: el estallido de la revuelta estudiantil de mayo del 68 precisamente en la universidad de Nanterre obliga a Ricoeur a reconocer su fracaso. No solo no logra construir un esquema nuevo de relación entre los miembros de la comunidad universitaria, sino que tampoco frena la inercia del creciente malestar de la comunidad estudiantil. La asunción de este fracaso, paradójicamente, dará paso a la década más productiva del autor.

1970- 1983. Construcción y uso del “arco hermenéutico de la interpretación”¹⁰

Tras tres cursos en la Universidad católica de Lovaina, regresa a Nanterre, ahora París X, donde concluye su carrera universitaria en 1981. Entre la publicación de *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica I* en 1969 y la publicación de *Tiempo y narración* entre 1983 y 1985 ven la luz algunas obras que nos ayudarán a aclarar su vínculo. Las mencionamos brevemente:

Por un lado, el discurso de *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica I* encuentra resonancias en *La semántica de la acción* y en *Fenomenología y hermenéutica*. *Fenomenología y hermenéutica* se publica en 1974 y profundiza en la construcción del espacio propio de la hermenéutica: “Subsiste entre la fenomenología y la hermenéutica una afinidad profunda que permite decir que la primera sigue siendo el inseparable supuesto de la segunda”¹¹.

La semántica de la acción se publica en 1977 y parte del estudio de los actos de habla en la filosofía analítica, especialmente en Searle. La intención principal de la obra es incorporar esos estudios a su discurso hermenéutico, recuperando con ello una

⁸ A.I., p. 45.

⁹ “Menos anónima”. A.I., p. 45.

¹⁰ A.I., p. 53.

¹¹ A.I., p. 57.

dinámica productiva que ya reconoce como propia: la dinámica explicar-comprender. La consideración de la fenomenología como supuesto inseparable de la hermenéutica y su énfasis en la dinámica explicar-comprender remiten a aquel espacio conquistado para la hermenéutica que Ricoeur funda en *El conflicto de las interpretaciones*.

Por otro lado, *La metáfora viva*, *Sí mismo como otro* y *Tiempo y narración* son el resultado de la aplicación del esquema propio de la hermenéutica ricoeuriana que las obras anteriores nos ayudan a esclarecer. *La metáfora viva*, publicada en el 75, se centra en los efectos de las innovaciones semánticas dentro de nuestras estructuras de discurso como modo de evidenciar la naturaleza y los rasgos principales de la “creación regulada”¹². Tomando la metáfora como piedra de toque, apunta Ricoeur hacia la presencia de un componente creativo o productivo en nuestro uso de la lengua: el lenguaje genera sentido por medio de “acercamientos inéditos”¹³ a estructuras conocidas a las que dota de un significado renovado. Lo decisivo para nosotros es que esto, lejos de ser un uso exclusivamente propio de la creación literaria, es uno de los rasgos fundantes de cualquier acto de habla.

Sí mismo como otro, a pesar de publicarse en 1987, se plantea en esta misma época, centrado en las reglas de composición del texto como unidad lingüística con sentido completo y reclama, para ello, un desvío por los procedimientos explicativos que permiten su análisis. La dinámica explicar-comprender se ha convertido ya en el pilar de sus investigaciones y encuentra en la semiótica textual de A. J. Greimas el modo de integrarlas en “el arco hermenéutico de la interpretación”¹⁴.

En definitiva, en los años anteriores de la publicación de *Tiempo y narración*, encontramos, junto a algunas de sus obras más estudiadas, otras en las que el autor se centra en legitimar su estrategia discursiva. ¿Cuánto de *La metáfora viva* es deudor de *El conflicto de las interpretaciones*? *La metáfora viva*, *Sí mismo como otro* y *Tiempo y narración* ponen en funcionamiento esa estrategia que ha legitimado y esto permite analizarlas conociendo su *manual de instrucciones*. En nuestro análisis de *Tiempo y narración* recurriremos a la metáfora del injerto de la hermenéutica en el plantón de la

¹² A.I., p. 47.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ A.I., p. 53.

fenomenología y de la escuela estructuralista de momento difusamente nombrada y, para dar forma a esta metáfora, recurriremos a *El conflicto de las interpretaciones*.

Llegamos así a la década de los 80. La guía de la *Autobiografía intelectual* nos ha permitido hilar algunos acontecimientos que podemos sintetizar así: durante la década de los treinta el autor convive con influencias que no logra integrar y que acaban consolidándose en polos opuestos -personificados en Jaspers y Husserl- que rigen su producción posterior. En las siguientes décadas, la configuración de su hermenéutica parte de la intención de generar una dinámica que ampliara los límites del polo fenomenológico hacia una comprensión e interpretación de los actos culturalmente determinados que supere los límites planteados por Husserl. Tanto este proceso de configuración de su hermenéutica como el efecto que tuvieron los acontecimientos acaecidos en los campos de reclusión de Pomerania o en la Universidad de Nanterre nos sirven para concluir nuestro encuadre del autor. Conjugamos acontecimientos biográficos con producciones intelectuales e, ineludiblemente, dejamos en el tintero otras publicaciones relevantes, así como algunas influencias intelectuales.

I.2 Inminencia de Tiempo y narración: 1983- 1985

Nos centramos ahora en el Paul Ricoeur que publica *Tiempo y narración I* en 1983. Hasta entonces, las reflexiones relativas a la innovación semántica le habían permitido conjugar los análisis venidos de la lingüística con elementos propios de su discurso hermenéutico y el resultado, *La metáfora viva*, había concluido en la asunción de un campo de trabajo que quedaba pendiente y surgía al ampliar el foco desde la palabra a la frase y, de ella, al texto.

Tiempo y narración es el resultado de esa ampliación, pues retoma el texto -el relato, la narración- como objeto de análisis que nos debe dotar de las herramientas necesarias para asumir un discurso más complejo. La obra nace, pues, de la intención de tratar un problema clásico como es la experiencia humana del tiempo partiendo de la articulación de una función narrativa inherente al sujeto con la intención de que actúe como matriz de interpretación de aquel problema. El problema no se explica ni se resuelve, pero es interpretado. Así, la función narrativa no nos permite explicar casi nada,

pero sí interpretar el tiempo que de hecho vivimos o establecer en él regularidades, sincronías o puntos de inflexión:

Según esta hipótesis el tiempo es de algún modo el referente del relato, en tanto que su función es articular el tiempo para darle la forma de una experiencia humana¹⁵.

El engarce del problema del tiempo con la construcción de narraciones, siendo el punto de inicio de la obra, debe conectarse con el campo de trabajo que *La metáfora viva* dejaba pendiente: la lingüística de tradición estructuralista no es el único análisis que puede servir para la construcción del discurso hermenéutico y, por lo tanto, puede conjugarse con los análisis venidos de otras tradiciones que permitan ampliar el estudio de la metáfora como generadora de significados hacia estructuras lingüísticas mayores, como la frase y el texto. La configuración del relato -sea historiográfico, sea de ficción- es el pilar del discurso de *Tiempo y narración*, aunque el punto de inicio sea la conexión entre el problema del tiempo y la producción de narraciones, pues es la ampliación del discurso nacido en 1975 centrado en las estructuras lingüísticas capaces de generar sentido completo el pilar desde el que debemos comenzar nuestro abordaje de la obra. Por tanto, la obra supone una revisión hermenéutica que tiene como fundamento el análisis textual y que desemboca en una interpretación de la acción regulada culturalmente.

Para concluir el repaso de las referencias desde las que se cimenta la obra falta, aún, otro elemento: a partir de 1970, Ricoeur comienza a colaborar regularmente con la Universidad de Chicago y, consecuencia de ello, intensifica su conocimiento de la filosofía analítica de tradición anglosajona. La distinción entre pragmática y semántica en el discurso de Austin daba lugar a un campo de investigación que Ricoeur reconoce rápidamente como afín a los intereses de su hermenéutica. En el mismo sentido, el análisis de Searle de los actos de habla, que considera deudores de la distinción de Austin, es compatible en sus presupuestos y en sus contenidos con la aspiración ricoeuriana de elaborar una hermenéutica de la acción humana regulada culturalmente. La filosofía analítica y una hermenéutica fundamentada en la tradición fenomenológica podrían integrarse si las conclusiones del hermeneuta se comprometieran con el rigor

¹⁵ A.I., p. 65.

metodológico y, a la vez, fueran capaces de ofrecer una toma de postura con respecto al sujeto, generalmente tomado.

El estudio de autores pertenecientes a la tradición estructuralista a lo largo de la década de los sesenta y su cristalización en la concepción de la hermenéutica que propone en *El conflicto de las interpretaciones* encuentran en la filosofía analítica el elemento que completa su figura: la lingüística y la antropología estructuralistas y la pragmática y la filosofía del lenguaje cotidiano propias de la tradición anglosajona son integradas como análisis compatibles en el interior de un discurso de naturaleza hermenéutica que conserva en sus pilares una estructura fenomenológica. Así, es desde Chicago desde donde logramos acotar definitivamente el arco de la hermenéutica ricoeuriana, gracias a la toma de contacto con la tradición analítica anglosajona, que le permite completar aquella dinámica entre explicar y comprender. Los análisis lingüísticos o antropológicos explican la realidad cultural en la que el sujeto se encuentra siguiendo una metodología que permite al hermeneuta cruzar sus resultados, hacerlos converger y, desde ello, elaborar un discurso con una vocación de comprensión.

La hermenéutica no es, en Ricoeur al menos, un modelo de pensamiento que pueda comprenderse sin su tendencia a recurrir a instancias de discurso radicalmente diferentes y con compromisos adquiridos igualmente distantes. Las obras de Saussure, Lévi-Strauss o Greimas, del mismo modo que las de Austin o Searle, no son inspiraciones o discursos desde los que Ricoeur se eleva para elaborar el suyo. Más bien, la hermenéutica ricoeuriana parte de la exposición sistemática del recorrido analítico que aquellos autores llevaron a cabo y, desde sus convergencias o desde el espacio discursivo que sus exposiciones sistemáticas generan, el esfuerzo del hermeneuta se centra en obtener comprensiones más generales.

En síntesis, en esta época cristalizan en el pensamiento de Ricoeur el conjunto de elementos que permiten la configuración de la obra: la influencia de la fenomenología de Husserl en la genealogía de su hermenéutica, las discusiones y tensiones que acompañan a las lecturas de la década de los sesenta que concluyen en la concepción del *Cogito militante y herido* y el discurso hermenéutico de *La metáfora viva* que nace en la vinculación con la semántica y que, finalmente, es la puerta de entrada a *Tiempo y narración*.

Publicado el primer volumen de la obra a los setenta años, no nos debe sorprender la riqueza de los asideros desde lo que toma cuerpo. Sí es sorprendente el modo en que confía a dichos asideros el futuro mismo de la obra, pues no son argumentos de autoridad ni elementos con los que entablar una discusión sino que son tomados por el autor como elementos con los que él va a construir su propio discurso y sin los cuales carecería de fundamento. Lo comprobaremos en el estudio exhaustivo de la obra, pero sirva ahora esta convicción como prelude: se trata de una hermenéutica nacida en el compromiso con otros pensamientos venidos de otras escuelas o tradiciones. Es un discurso filosófico que se genera en la confluencia y sin la cual pierde su razón de ser. Es un discurso que nace en el espacio que acotan otros discursos y que comienza en ellos, en sus mismas palabras, mucho antes de pronunciar él una palabra, en la escucha y en el reconocimiento del qué de aquellos discursos.

El arco de la hermenéutica ricoeuriana ha necesitado aquellas explicaciones para conformar su comprensión de la acción. A la vez, integrar estos discursos dificulta nuestra aspiración de ofrecer una lectura concluyente de la obra porque deja al que la estudia en una situación de permanente deuda, pues si consideramos que es un discurso nacido en la escucha y en la asunción de otros discursos que quedan integrados en la obra misma, no es posible su estudio sin la revisión de aquellos discursos ni sin el planteamiento de la idoneidad de la estructura que ha de soportar su integración. Ahí se juega la deuda que el lector también acumula: analizar la obra es, en realidad, analizar el modo en que el autor logra integrar discursos venidos de escuelas distantes y de intereses heterogéneos. En realidad, analizar la obra es, a fin de cuentas, comprobar si la escuela hermenéutica, tal y como Ricoeur la concibe, es capaz de ofrecer discursos concluyentes partiendo de sus presupuestos metodológicos.

Antes de detenernos en esta deuda y, desde ella, en el contenido de la obra, debemos cerrar nuestra revisión de los fundamentos de la hermenéutica de Ricoeur ahondando en dos certezas. Por un lado, el autor mantiene la raigambre de su pensamiento en su estudio de la obra de Husserl y, a la vez, reconoce su desconfianza hacia un idealismo que no amplíe sus horizontes. De este modo, aquel *Cogito militante y herido* es el resultado de la inclusión de una estructura de análisis de fundamentación fenomenológica en un discurso dirigido hacia objetos de estudio que las obras de Freud o de Lévi-Strauss estaban poniendo sobre la mesa. Los autores que Ricoeur considera *maestros de la sospecha* son los que recuperan y renuevan el análisis del *Cogito* y es la

integración de sus discursos lo que permite al hermeneuta seguir siendo deudor de la metodología propia de los análisis fenomenológicos¹⁶.

Por otro lado, la certeza de que el destino de este discurso hermenéutico se juega en el modo de engarzar dos binomios a los que ya hemos aludido, uno formado por el texto y la acción y otro por la explicación y la comprensión. Al texto le han de acompañar análisis capaces de explicar su sentido y la acción reclama una comprensión contextualizada y que no se desprenda de una intención más general que la puramente explicativa¹⁷. Lo que ha de ocupar al hermeneuta es la reconstrucción del puente que conecta al texto con su realidad circundante y el modo en que esta es conformada o, al menos, interpretada partiendo de los rudimentos que se extraen del texto. Por tanto, desde la revisión del esquema fenomenológico y desde el juego entre ambos binomios acotamos la tarea que ocupa a Ricoeur a lo largo de *Tiempo y narración*.

Recuperamos, para concluir, aquella sensación de deuda que la obra deja en el lector y que anclábamos en la convicción del que se acerca a *Tiempo y narración* de que, en esos análisis integrados por Ricoeur, está ya su comienzo. Un comienzo silente y de naturaleza incierta, pero sin el que el autor parece no encontrar el hilo de su discurso: como en un cuerpo parcialmente sumergido aquello que emerge es lo primero que vemos, pero lo hacemos contando con aquello que adivinamos que lo compone y que permanece bajo el agua, en la obra tomamos contacto con lo que efectivamente el autor declara a la vez que asumimos las dimensiones de la deuda con aquello que permanece implícito.

Esta sensación de deuda nos acompañará a lo largo de nuestro análisis de la obra y delimitará muchas de las decisiones que tomemos en la construcción de nuestro discurso. Sin embargo, la impertinencia de esta deuda no dirigirá nuestra investigación. Nos enfrascamos en un estudio que mantiene como aspiración emplear el discurso de Ricoeur para dar razón de otros análisis posteriores de naturaleza más aplicada y menos filosófica. Para que esta aspiración logre ser concluyente, para que podamos aludir a los análisis contemporáneos sociológicos o psicológicos desde la matriz que Ricoeur

¹⁶ “Me esforzaba por dar igual peso a las dos tesis siguientes: por una parte, lo que la hermenéutica ha arrasado no es la fenomenología, sino la interpretación idealista que Husserl da de ella en *Ideas I*; (...) por otra parte, subsiste entre la fenomenología y la hermenéutica una afinidad profunda que permite decir que la primera sigue siendo el inseparable supuesto de la segunda”. A.I., p. 57.

¹⁷ “La cuestión esencial ya no es encontrar, detrás del texto, la intención perdida, sino desplegar, de alguna manera ante el texto, el “mundo” que este abre y descubre”. A.I., p. 58.
En este sentido, la intención del hermeneuta no es el descubrimiento de las motivaciones del autor sino la articulación del discurso que explique cómo ese texto ha logrado integrarse en la forma de vida de los sujetos de aquella comunidad.

construye debemos superar aquella deuda. Nos marcará la dirección, por tanto, esa aspiración más que la deuda y nos legitima para ello un principio que deberemos recuperar más adelante pero al que hemos de recurrir desde estas consideraciones iniciales: el presupuesto de anticipación de la perfección¹⁸.

Confiados en el acierto del autor con el que nos vinculamos y dejándonos guiar por el texto sin mayores reservas, fijamos la vista en nuestra aspiración de articular desde *Tiempo y narración* un discurso acerca del postulado que comparten numerosos estudios procedentes de la sociología, la psicología o la politología.

II. AHORA: TIEMPO Y NARRACIÓN

Nos acercamos a *Tiempo y narración* con la aspiración que hace superar la deuda, aunque no la elimine: nuestro objetivo es el empleo de este discurso en la construcción de una clave interpretativa que nos permita aludir a aquella matriz compartida en el ámbito de ciencias sociales que apenas hemos mencionado. Por el momento, antes de apuntar aquellos elementos de la obra que han sido capitales para sostener el avance de nuestra investigación, señalamos que la intención general que la inspira es ofrecer una *lectura* de la vivencia humana del tiempo partiendo del vínculo que la une con la narración. Reconocemos en ella el problema que dejó pendiente la conclusión de *La metáfora viva*, esto es, la necesidad de ampliación del discurso centrado en la palabra hacia otro capaz de incluir el discurso, así como la necesidad de que este tome como referencia la acción. Este es el boceto de la intención que se concreta en el comienzo de *Tiempo y narración*: la vivencia humana del paso del tiempo y su vínculo con la narración es la concreción de una aspiración que se apuntaba al final de *La metáfora viva*.

¹⁸ Este presupuesto “significa que solo es comprensible lo que representa una unidad perfecta de sentido. Hacemos esta presuposición de la perfección cada vez que leemos un texto y solo cuando la presuposición misma se manifiesta como insuficiente, esto es, cuando el texto no es comprensible, dudamos de la transmisión e intentamos adivinar cómo puede remediarse”. *Verdad y método*, p. 362-363.

II.1 El círculo entre narración y temporalidad

La hipótesis de trabajo se formula ya en los párrafos iniciales:

Un presupuesto domina sobre todos los demás: lo que está últimamente en juego, tanto en el carácter estructural de la función narrativa como en la exigencia de verdad de cualquier obra de este género, es el carácter temporal de la experiencia humana. El mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal. O, como repetiremos a menudo en el transcurso de este estudio, el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo; a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal. Nuestra primera parte está consagrada a este importante presupuesto¹⁹.

Desde aquí, Ricoeur comienza el recorrido declarando dos alianzas. En el primer capítulo, apoyándose en libro XI de las *Confesiones*, trata las conclusiones aporéticas a las que llega el razonamiento especulativo cuando enfoca sus esfuerzos en la experiencia humana del paso del tiempo. En el segundo, apoyándose en la *Poética*, busca una vía de acercamiento a dicha experiencia desde ámbitos racionales, pero no necesariamente especulativos. Así, la trama, en tanto eje de cualquier narración, es presentada como elemento vertebrador de la experiencia del paso del tiempo. Estas alianzas le permiten reformular la hipótesis de trabajo: es posible una explicación sistemática de nuestra experiencia del paso del tiempo cuando no tenemos por objeto tematizarla sino, simplemente, incorporarla a nuestra interpretación de lo que acaece en un espacio definido culturalmente.

En las bases de su explicación sistemática, el modelo que propone Ricoeur es el de la triple mimesis y, desde él, articulará el salto entre una experiencia del tiempo muda desde el punto de vista especulativo y una narración que tiene por objeto tomar conjuntamente los acontecimientos, dotándolos de sentido solo porque pertenecen a una estructura significativa mayor que cada uno de ellos y capaz de aportar un sentido unificado a todos.

Para nosotros será clave el papel en ese salto de la *distentio animi* y del *mythos*. Venidos de contextos e hilos discursivos muy distantes, es su espacio de confluencia aquello que la obra debe sustanciar. Desde un lado, la *distentio animi* a la que recurre Agustín de Hipona evidencia la presencia de facultades en el sujeto que tienen sentido

¹⁹ *Tiempo y narración*, p. 39. En adelante, citaremos la obra con el acrónimo *T.N.*

solo como capacidades relativas a una parte de la estructura cronológica del tiempo²⁰. El *mythos* aristotélico debe legitimar el salto desde el otro lado. Como veremos, no se trata de una estructura fija a la que las tramas de su contexto cultural puedan verse reducidas, sino la operación a la que cualquier ficción remite. La clave está en el modo en que la ficción es capaz de reunir acontecimientos aparentemente inconexos en un solo espacio discursivo y, en consecuencia, es capaz de generar cierta apariencia de causalidad entre ellos.

Nuestra investigación empieza ya a encontrarse frente a afinidades que el discurso de Ricoeur hila y que incorporamos al nuestro: es posible hacerse cargo de aquellas triples estructuras de temporalidad cronológica y de las facultades del sujeto desde un patrón propio de la ficción pero que resulta desconcertantemente afín a cualquier experiencia humana: presentación, nudo, desenlace. Esta ligazón entre las tres estructuras triples²¹ adquiere consistencia en la triple mimesis²². Con ella reconocemos, en un solo golpe de vista, el fracaso de la razón especulativa y el éxito de la ficción cuando intentan generar un texto que haga referencia a la vivencia humana del paso del tiempo.

El salto entre *distentio animi* y *mythos* reglado por la triple mimesis es lo que permite vertebrar aquella hipótesis de trabajo en un discurso que pueda aplicarse a estructuras ajenas a la especulación filosófica, como la historiografía o la narratología en las que nos enfocaremos en las partes segunda y tercera, respectivamente.

Por nuestra parte, propondremos una revisión del concepto de trama que parta del *mythos* como operación y no como estructura y, por lo tanto, como afín a una facultad que el sujeto ejerce y que, previsiblemente, podremos reconocer en más esferas de su vida que en las relativas a la generación o recepción de ficciones. Desde este primer asidero,

²⁰ Citamos las facultades que nos ocuparán más adelante: la atención es afín al presente como la espera lo es al futuro y la memoria al pasado.

²¹ La estrictamente cronológica: *Antes-Ahora-Después*. La de las facultades de nuestro ánimo: *Memoria-Atención-Espera*. Y la estructura narrativa clásica: *Presentación-Nudo-Desenlace*.

²² Citamos sus elementos:

- La mimesis I representa un estadio anterior a la narración compartido por el narrador y por sus receptores y al que la narración alude. Un estadio *prenarrativo* refigurado por la narración.
- La mimesis II es la clave que dispone al sujeto dentro de una estructura no cronológica y dotada de sentido, pues permite el acto configurante que reúne elementos inconexos en esa estructura que los dota de un sentido compartido. Es el espacio discursivo donde las paradojas en las que desemboca el razonamiento especulativo, simplemente, son transitadas.
- La mimesis III es el estadio que permite a la triple mimesis hacerse acreedora de su alusión al tiempo cronológico al volcar la ficción sobre el tiempo de la acción, sobre los acontecimientos a los que el lector asiste o que el lector comete. La mimesis III es lo que permite al lector reconocer el sentido de ese acto configurante en su propia lectura del paso del tiempo.

tanto la referencia obligada a un espacio definido culturalmente, para que la triple mimesis sea sostenible, como la caracterización de aquella operación o capacidad de entramar desde la concordancia discordante y la síntesis de lo heterogéneo nos permitirán completar una estructura discursiva que deberemos pulir y aprender a manejar a lo largo de las dos siguientes partes de la obra.

II.2 Historia y narración

El primer campo de estudio donde se propone Ricoeur volcar su hipótesis de trabajo es el de la Historia. Busca rescatar el rasgo narrativo del trabajo de los historiadores para, a continuación, dar cuenta de su génesis vinculándolo con aquel juego de la triple mimesis como la operación que define nuestro trato con el paso del tiempo cronológico. El valor de esta parte de la obra para nosotros no está en reconocer en la Historia una deficiencia de carácter metodológico que la obliga a recurrir a la narración como vía de escape. Está en el esclarecimiento de esa capacidad narrativa inherente al sujeto que remite al *mythos* como operación para tomar forma y que solo puede articularse en un espacio culturalmente determinado para generar efectos.

Intenta componer la Historia un tiempo narrado que resulte familiar al lector. Él capta frente a sí una estructura organizada dentro de una serie de acontecimientos si media la refiguración de esa serie de acontecimientos en una narración que los dote de un sentido compartido. En definitiva, nuestro modo de configurar un tiempo narrado es precisamente refigurándolo, dotándolo de un sentido que no poseía antes de quedar reunido en una estructura narrativa.

A la vez, esta apuesta decidida por el vínculo entre Historia y narración no hace olvidar al autor que dicho vínculo no puede ser directo. La asimilación de la Historia en el campo de la narrativa sería un error epistemológico tan evitable como la imposición de una distancia impostada entre ambas parcelas²³. De este esquema, nuestra investigación obtiene algunas referencias decisivas: W. Dray, G. Henrik von Wright, A. Danto, W. B.

²³ Como veremos, para abordar este vínculo Ricoeur vertebró su discurso en tres capítulos: ‘El eclipse de la narración’, en el que recurre a varios estudios que comparten la pretensión de que la Historia contemporánea rechaza la asunción de una forma expresamente narrativa. ‘Alegatos en favor de la narración’, centrado en los historiadores que evidencian lo más posible el vínculo que nos ocupa. Y, finalmente, ‘La intencionalidad histórica’ donde se propone la tesis principal de esta segunda parte: “la derivación indirecta del saber histórico a partir de la inteligencia narrativa”. *T.N.*, p. 167.

Gallie, L. Mink, H. White y P. Veyne nos permiten interpretar la manera en que la Historia mantiene presentes sus rasgos narrativos. Partiendo de ese espacio discursivo, tomamos algunos elementos que articulan el vínculo indirecto que apuntábamos:

La imputación causal singular, procedimiento afín a los historiadores de la corriente narrativista, recupera la formulación aristotélica *uno a causa del otro*. Este procedimiento permite superar la contigüidad espacial o temporal entre los acontecimientos como elemento legitimador y reconoce, en su lugar, una causalidad de carácter narrativo.

Las entidades de primer orden, como objeto de estudio de la historiografía, evidencian la configuración narrativa de los agentes que la ocupan. Estas entidades -los aristócratas o el pueblo pueden servir como ejemplos-, a pesar de ser colectividades difícilmente objetivables, a la vez, son irrenunciables en el trabajo del historiador.

Finalmente, también *el tiempo de la Historia* aclara el vínculo indirecto entre Historia y narración: el tiempo con que el historiador trata no es el tiempo cronológico sino un tiempo humano que solo podemos interpretar con precisión si reconocemos en él su configuración narrativa. La matriz desde la que el historiador construye ejes cronológicos, desde la que delimita épocas o transiciones entre ellas, remite a aquella capacidad de entramar que formulamos en la triple mimesis.

Los procedimientos, los objetos de estudio y la temporalidad que emplean los historiadores permiten que con Ricoeur podamos referirnos a una dependencia que la historiografía conserva con la narración. Dependencia no siempre reconocida por los historiadores pero que sí ha sido operante en sus investigaciones.

Como decíamos, articular este vínculo indirecto legitima aquel rasgo de naturaleza narrativa en el carácter de los sujetos: aquello que la revisión de los análisis de la Historia nos proporciona es la posibilidad de atender a las claves que originan que la narración sea un recurso irrenunciable a la hora de referirnos a acontecimientos culturalmente determinados y que suceden dentro de un arco acotado de tiempo. La clave es que no lo hacemos como modo de cubrir una carencia de este campo a nivel epistemológico sino como generalización de un recurso que, en realidad, empleamos con mucha más cotidianidad, pues siempre recurrimos a estructuras de origen narrativo cuando debemos referirnos a objetos de estudio de esta naturaleza.

II.3 Configuración del tiempo en el relato de ficción

En esta tercera parte de la obra centra el autor sus esfuerzos en el análisis del relato de ficción. Para ser considerado miembro de esta clase, la única restricción es la abolición del compromiso con la verdad, que sí recorría a los miembros de la clase Historia. Este análisis recupera la hipótesis de trabajo que configura ‘El círculo entre narración y temporalidad’ para contrastarla tanto con estudios propios de la narratología como con algunas ficciones del siglo XX especialmente significativas en lo relativo a la experimentación con la temporalidad. Para ello, toma estudios procedentes de la narratología y, desde su sistematización y puesta en consonancia, elabora una interpretación de la simetría entre la Historia y la ficción, entre la referencia a la verdad y la aspiración a la verosimilitud.

Como si de un camino bifurcado se tratara, esta parte de la obra resulta ser una vía que nos acerca a la conclusión desde un recorrido distinto al de la segunda, pues ambas partes permiten al autor acumular los análisis historiográficos y narratológicos que su investigación reclama, pero no son análisis que puedan acumularse en una sola línea discursiva, sino que, bifurcada esta línea, construyen dos modos simétricos y complementarios de contrastar la hipótesis. Así, la vinculación entre la *aporética de la temporalidad* surgida en el seno del discurso especulativo y la *poética de la narración* capaz de dar noticia del modo en que los sujetos transitan esa aporía en la construcción de su propia identidad individual o colectiva, encuentra dos caminos para tomar forma y definirse: el camino del análisis de los trabajos historiográficos que tematizan el vínculo de su campo de estudio con la narración y el camino que la narratología y el estudio de ficciones propias del siglo XX que ahora nos ocupa.

Este camino se organiza en cuatro capítulos. A lo largo de los tres primeros, engarza los estudios narratológicos más afines a la hipótesis, elabora un modelo de construcción de la trama propio de las ficciones escritas en el siglo XX que, en el cuarto capítulo, evidencia en tres de ellas especialmente relevantes por su tratamiento de la vivencia del paso del tiempo - *La señora Dalloway*, *La montaña mágica* y *En busca del tiempo perdido*-. Para nuestra investigación estos tres primeros capítulos son clave y retomaremos sus contenidos en dos pasos:

Primero, de la mano de N. Frye y F. Kermode, encontramos un modelo de construcción de tramas que es propio del siglo XX y que, al mismo tiempo, responde a

una estructura atemporal donde la vinculación entre la tradicionalidad y la inteligencia narrativa conecta dos temporalidades que se copertenecen. Desde la conjunción de inteligencia narrativa y tradición podemos nombrar por primera vez el rédito mayor que *Tiempo y narración* nos ofrece: la identidad narrativa que inferimos en los sujetos que componen o reciben ficciones ancladas en un contexto culturalmente determinado. Si con la segunda parte de la obra nuestra investigación había adquirido una mayor precisión gracias a la incorporación de los trabajos de los historiadores, lo que ahora logramos es la posibilidad de ser concluyentes, pues esta identidad narrativa que empezamos a nombrar aparece como resultante de un discurso que igual que necesitó de dos pilares para edificarse -los de Agustín y Aristóteles-, ha crecido siguiendo un camino bifurcado.

Desde aquí, el segundo paso es obligado: ¿Es posible una conclusión que integre la dualidad que necesariamente ha compuesto la obra? Entre las *Confesiones* y la *Poética*, entre la aporética del análisis de la temporalidad y la poética de la narración, entre la historiografía y la narratología, si este largo estudio puede considerarse concluyente, será porque pueda establecer una síntesis a partir de los análisis venidos de todos esos caminos bifurcados.

Para nosotros, esta síntesis solo puede ser la identidad narrativa. De la mano de V. J. Propp, C. Bremond y A. J. Greimas, encontramos los límites del espacio narrativo y, con ellos, algunas de las reglas del juego que da sentido a ese espacio. Y, aquella trama que consideramos sedimento ineludible en ‘El círculo entre narración y temporalidad’, reaparece para vertebrar esta síntesis: el juego que se genera entre la concatenación de acontecimientos y el acto configurante es propio de cada espacio definido culturalmente responde a nuestro concepto de trama como sedimento de la experiencia del paso del tiempo.

II.4 El tiempo narrado

A lo largo de la obra, Ricoeur ha adquirido con el lector una deuda que solo quedará saldada si los análisis de las partes segunda y tercera confluyen en la cuarta parte. Prueba de la radicalidad de este momento discursivo es la rotundidad con la que comienza su introducción:

La cuarta parte de *Tiempo y narración* intenta explicar, lo más completamente posible, la hipótesis que dirige nuestra búsqueda: que el trabajo de pensamiento que opera en toda configuración narrativa termina en una refiguración de la experiencia temporal²⁴.

En la estructura general de ‘El tiempo narrado’ deben confluir los caminos que se bifurcaron al final de ‘El círculo entre narración y temporalidad’. Para ello, en la primera sección, Ricoeur sustancia la generalización del discurso agustiniano acerca de la aporética de la temporalidad²⁵. En la segunda, constatado el carácter aporético de la especulación, presenta la refiguración del tiempo en la narración como su alternativa²⁶. Para nuestra investigación el momento discursivo no es menos decisivo: emparentada con el desarrollo de *Tiempo y narración*, su destino será también el que Ricoeur pueda proporcionar a su obra. Volcaremos sobre la refiguración del tiempo cronológico en un tiempo estrictamente humano y sobre la identidad narrativa como resultado arrojado por los análisis historiográficos y narratológicos todos los esfuerzos conclusivos que hayamos acumulado.

En su *Autobiografía intelectual*, el autor reconoce las dificultades a las que se enfrentó a la hora de concluir la obra. Más que por lo infructuoso del recorrido que le ha llevado hasta aquí, por lo inesperado del resultado, pues, en realidad, en la hipótesis estaban ya contenidas todas las conclusiones que se podían establecer. En nuestro camino, empleamos las dos certezas que vertebran la segunda parte de ‘El tiempo narrado’ y miramos, desde ellas, a la raíz común de una cantidad significativa de estudios propios de las ciencias sociales publicados en las décadas inmediatamente posteriores. Estas certezas son la refiguración del tiempo cronológico como condición de posibilidad de nuestra experiencia temporal y la identidad narrativa que atraviesa a cada sujeto y lo convierte en deudor y sustento de su tradición.

Así, la vigencia de la obra y la posibilidad de concluir nuestra investigación reposan sobre convicciones que deben ahora integrarse en una interpretación tan precisa

²⁴ T.N., p. 635.

²⁵ A lo largo de la sección, de la mano de Kant, Husserl y Heidegger, explora la naturaleza aporética de los discursos especulativos que asumen como objeto de estudio la interpretación y el empleo del tiempo por parte de sujetos culturalmente determinados.

²⁶ Los cinco primeros capítulos de la sección actualizan la referencia cruzada entre la historiografía y el relato de ficción que se apuntaba en la primera parte de la obra. Los dos capítulos finales tratan de resolver la aporía de la unicidad del tiempo que considera el autor el problema mayor en el que nuestra reflexión sobre el tiempo queda incluida.

como sea posible acerca de qué sea esa refiguración de la temporalidad que hace transitable una aporía que no puede resolverse y de qué sea el rasgo narrativo afín a las identidades culturalmente determinadas. La tarea de la refiguración de la temporalidad compete a la identidad narrativa como atributo estrictamente humano y atender, inmediatamente antes de concluir el discurso, a este vínculo entre refiguración e identidad narrativa permite recuperar el juego de la triple mimesis como tarea que es ahora entendida en toda su dimensión y, de suyo, permite entender el salto que su propuesta supuso: entre la *distentio animi* y el *mythos*, entre el fracaso especulativo y la caracterización de la ficción, Ricoeur necesitó elaborar una estructura que permitiera tratar aquello que emparentara ambos estudios.

De este modo, aquello que queda establecido si volvemos la mirada hacia la triple mimesis desde la conclusión de la refiguración de la temporalidad es que la trama como construcción responde a una capacidad de los sujetos que puede interpretarse y sistematizarse bajo una estructura flexible y que cada momento cultural moldea, pero a la que estos no pueden renunciar. A esta capacidad es a la que nos referiremos como identidad narrativa o atributo narrativo de nuestra identidad.

En definitiva, lo que la refiguración nos obliga a asumir es la vigencia de la triple mimesis como elemento identitario e independiente de la cultura que se analice. Por su parte, lo que la identidad narrativa de los sujetos nos obliga a recuperar es el carácter operativo del *mythos* y su vínculo con la *distentio animi* como efecto de dicha operación.

De este vínculo debe inferirse también la necesidad de incluir entre los atributos que cada sujeto necesita para pertenecer a su comunidad uno relacionado con la producción y comprensión de ficciones. Mantendremos pues que la identidad narrativa nos permite reconocernos en una determinada manera de interpretar y de producir arcos narrativos. A la vez, ni la refiguración como tarea propia de la identidad narrativa ni la identidad narrativa como atributo estrictamente humano y afín a cualquier cultura nos permiten concluir una caracterización estricta de la vivencia humana del paso del tiempo. Sin embargo, sí arrojan un resultado suficientemente concluyente desde el que revisar algunas de las raíces compartidas por la sociología, la politología o la psicología de finales del siglo XX. Es esta la revisión que debe tomar cuerpo *después*, cuando el análisis de los contenidos de *Tiempo y narración* haya sido ya incorporado a nuestro discurso.

III. ¿DESPUÉS? SENTIDO DE NUESTRA INVESTIGACIÓN

Ahora nos ha obligado a volcar nuestra atención sobre un discurso que arroja, como corolario, el reconocimiento de una identidad narrativa cuyo quehacer es la refiguración del tiempo cronológico y que está determinada culturalmente. Su establecimiento no nos permite, a nuestro pesar, un desglose sistemático de las tareas que hacen posible dicha refiguración, pero sí la detección del atributo que acompasa nuestra vivencia de un tiempo que, desde el punto de vista especulativo, no somos capaces de asir. Queda, pues, frente a nosotros un camino incierto: ¿qué podemos reconocer del atributo narrativo de nuestra identidad en las ciencias sociales del final del siglo XX? ¿es su carácter aporético motivo suficiente para considerar a la identidad narrativa un corolario vacío o inservible?²⁷

Nuestra investigación recurre a las ciencias sociales queriendo reconocer en ellas un *Después* que dote de entidad al proceso hermenéutico completo. Pretendemos probar que las interpretaciones llevadas a cabo desde las ciencias sociales dan cuenta de una realidad culturalmente determinada desde una asunción implícita de un esquema narrativo

²⁷ Antes de responder, revisemos el recorrido cronológico que nos ha traído hasta la pregunta:

Antes, partiendo del hilo que la *Autobiografía intelectual* de Ricoeur nos proporcionaba, construía la red de influencias, herencias e intenciones que nos permitían centrar la atención sobre *Tiempo y narración*. Los elementos que conformaban la red fueron asimilados por nuestro discurso casi de forma cronológica: primero, la influencia de la obra de Husserl que cristaliza a lo largo de la década de los cincuenta; a continuación, la construcción del pensamiento ricoeuriano partiendo de la superación del espacio fenomenológico hacia objetos de estudio que le son menos afines al pensamiento discursivo y, a la vez, la influencia de autores pertenecientes a la corriente estructuralista en la década de los sesenta; y, finalmente, a partir de la década de los setenta, la consolidación de un arco hermenéutico capaz de integrar los análisis procedentes de escuelas como la estructuralista que permiten la comprensión de acontecimientos culturalmente determinados y la interpretación hermenéutica que reclama, para producirse, que aquella comprensión la preceda. Es a partir de 1970 cuando encontramos, desde el punto de vista instrumental, una reflexión en *El conflicto de las interpretaciones* que da cuenta del modo en que la hermenéutica ricoeuriana iba a proceder y, desde el punto de vista productivo, tres discursos que se reconocen en ese modo: *La metáfora viva*, *Tiempo y narración* y *Sí mismo como otro*.

Ahora comenzaba en el momento discursivo inmediatamente posterior a la conclusión de *Antes*: conseguíamos centrar la *atención* en aquello que estaba frente a nosotros justo en el momento en que la *memoria* lograba reunir y ensamblar aquellos elementos que nos resultaban imprescindibles para ello. Nuestra *atención* encontró entonces un objeto particularmente exigente sobre el que volcarse: *Tiempo y narración*. Una convicción expuesta en las primeras líneas de la obra va a vertebrar nuestro análisis: cuando debemos tratar con la vivencia del paso del tiempo es posible establecer un espacio de confluencia entre el carácter aporético del pensamiento especulativo y la asunción de un atributo narrativo que permite poner en *movimiento* dicha aporía. Partiendo de esta convicción seguimos el rastro de Ricoeur por la historiografía y la narratología y asistimos a la conclusión de su discurso, donde se reconoce un atributo narrativo en la identidad de los sujetos culturalmente determinados.

que nos permitiría estudiarlas solo desde aquello que implícitamente asumen. Con esa intención, dentro de este campo nos centramos en las publicaciones que tienen lugar, aproximadamente, en las tres décadas finales del siglo XX y, dentro de ellas, en algunas en las que se asume con más rotundidad la raíz narrativa de su objeto de estudio. Sin embargo, no reconocemos en ellas asunciones declaradas de una deuda con la hermenéutica.

De este modo, aunque la conclusión de *Antes* permitía trenzar, *Ahora*, los contenidos de *Tiempo y narración*, *Después* no tiene la misma suerte: *Ahora* debiera servirnos para elaborar una interpretación lo más ajustada posible de un campo en el que, *a priori*, conviven tradiciones, escuelas y sistemas de diferente naturaleza, como es el campo de las ciencias sociales, pero no lo hace. Si reconocemos con Agustín que la facultad que ocupamos en el presente es la *atención* y que aquella que trata con el futuro es la *espera* o la *expectativa*, no puede sorprendernos que *Después* no pueda anticiparse contando solo con las certezas que la atención haya logrado *Ahora*: *Antes*, allí donde ocupamos la memoria, es sedimento de aquello con lo que *Ahora* tratemos y la condición de posibilidad de que lo hagamos con sentido. Pero *Ahora* no tiene una deuda simétrica con *Después*, pues desde el presente proyectaremos, mediando la espera y la expectativa, un futuro, pero no hay en juego ninguna certeza que nos permita considerar que esa proyección es más probable que cualquier otra. La espera no tiene efecto sobre lo que efectivamente vaya a acaecer, como sí la tiene la atención sobre el ahora. Así las cosas, *Después* no corre la misma suerte que *Ahora* tuvo, y ello nos obliga a reconocer que tanto las estructuras temporales como las facultades que ocupamos en ellas no son simétricas ni lo son las deudas que entre ellas se establecen.

En ‘El círculo entre narración y temporalidad’ Ricoeur encontraba el modo en que esas facultades se conjugan y no era un modo cronológico sino un modo narrativo asumido en la distensión del ánimo y la articulación de sus facultades. La vinculación entre la *distentio animi* y el *mythos* era el pilar desde el que se construía *Tiempo y narración* y, desde ahí, sí podremos responder la pregunta: ¿qué reconocemos del atributo narrativo de nuestra identidad en las ciencias sociales del final del siglo XX? Desde la vinculación de la distensión del ánimo con nuestra capacidad de entamar asumimos que aquello que esperábamos encontrar *Después* no es producto de otra cosa que de nuestra espera.

Por lo tanto, colocados frente al campo de las ciencias sociales, solo nos queda recuperar la intención que nos empujó hacia ellas asumiendo que no existe, por su parte, ninguna deuda contraída con la hermenéutica del mismo modo que ningún acontecimiento futuro puede considerarse deudor fiable ni solvente de ningún acontecimiento presente. Recuperar, pues, la pregunta nos obligará a comenzar a construir la respuesta más que a fantasear con que venga dada por la inercia de los pasos que nos trajeron hasta aquí. Para esta construcción, recurrimos a algunas referencias que acotan el modo en la identidad narrativa vertebrada el campo de las ciencias sociales.

III.1 1967: Teoría de la comunicación humana, P. Watzlawick

La primera referencia que encontramos, siempre en orden cronológico, es la que nos proporciona Paul Watzlawick²⁸: psicólogo de origen europeo que, ya afincado en California, centra sus investigaciones en la construcción de una teoría de la comunicación humana que se fundamente en su consideración pragmática. Esta pragmática de la comunicación se ciñe al estudio de la comunicación como recurso del que solo se puede dar cuenta desde el momento en que se emplea, en que el acto comunicativo tiene lugar. Es desde el momento en que el sujeto interviene en su contexto previamente reglado desde donde el autor puede dar cuenta de la comunicación que este establece. Sin la referencia al contexto, la comunicación del sujeto no puede interpretarse y el análisis de la comunicación que se sigue de ese planteamiento ha sido fundamental para numerosas escuelas dentro de su campo, especialmente dentro de la psicología clínica.

Para nuestra investigación, la importancia de la obra se evidencia ya desde estos primeros apuntes: aquello que el autor va a considerar *contexto* del acto comunicativo es descrito como *structure* y vinculado con Lévi-Strauss. Además, el vínculo que el sujeto establece con él se describe desde la homogeneidad que la acción humana conserva con las acciones que los personajes llevan a cabo dentro de las ficciones. De esta forma, la acción humana no puede describirse más allá de los actos comunicativos y dichos actos

²⁸ Tomamos esta obra como primera referencia a pesar de ser anterior a la publicación de *Tiempo y narración* por dos razones: es especialmente sistemática en la exposición de los postulados que inspiran su interpretación de las acciones humanas y ha sido referente de gran parte de los efectos que la obra de Watzlawick ha tenido dentro de su campo. Ambas razones convergen en la asunción implícita de que queremos evidenciar: la de un esquema narrativo en la configuración de las relaciones entre el sujeto y su contexto cultural.

comunicativos son, en esencia, lo que vincula al sujeto con su estructura de referencia. Además, para dar cuenta de dichos actos comunicativos y del modo en que estos se hacen cargo del vínculo del sujeto con su contexto o estructura, Watzlawick recurre la ficción con la convicción de que existe un isomorfismo de fondo que reúne las acciones reguladas de los sujetos y las acciones que los personajes llevan a cabo en el interior de una trama.

En conclusión, reconocemos en esta descripción pragmática de la comunicación una asunción implícita de la ficción como elemento con valor explicativo que, si bien no se declara, se mantiene vigente en el resto de los autores de la escuela de Palo Alto y en gran parte de las escuelas y modelos de intervención terapéutica que desde ella se han generado.

III.2 1978: Orientalismo, E. W. Said

Con Said encontramos la puerta de entrada a uno de los ámbitos, dentro de las ciencias sociales, que con mayor urgencia reclaman una matriz de origen narrativo para concluir sus análisis: la politología. Con *Orientalismo* toma forma la corriente de pensamiento poscolonial que ha sido uno de los campos de estudio más relevantes dentro de la politología de finales del siglo XX. El poscolonialismo analiza las concepciones de los países colonizadores acerca de los países colonizados o de las formas de vida de sus habitantes. La matriz de este análisis se fundamenta en la necesidad de *Occidente* de proponer una descripción lo más lineal y uniforme posible de aquello que consideramos *Oriente*. Sin un *Ellos* que se enfrente a nuestra forma de interpretar el espacio que compartimos no logramos responder a la pregunta por nuestra identidad: sin un *Ellos* no encontramos un *Nosotros*.

Así, los estudios poscoloniales tratan de desmontar los presupuestos que han fundado la frontera entre Oriente y Occidente, conscientes de la función politológica y antropológica que tiene dicha frontera: es lo que nos permite saber quiénes somos, qué nos une y dónde acaba el espacio en el que sentirnos reconocidos. Lo harán legitimados por el coste que supone la frontera, esto es, la instalación de la distancia y de la diferencia con aquellos que consideraremos *Otros* y el olvido consciente de lo que compartimos con ellos. Para dar cuenta de esta dinámica de relación entre culturas, del papel de la frontera y de los esquemas de relación que desde ella se generan, Said recurre a la literatura

comparada. Igual que Watzlawick hiciera para articular el vínculo entre sujeto y contexto, Said se apoya en Esquilo, Homero, Heródoto o en la literatura europea de viajes desde el siglo XIV para rastrear una forma de reconocer al otro -Oriente- y, desde ello, saber quiénes somos -Occidente- y dónde está la frontera que nos separa.

La literatura es tomada no como vehículo de transmisión de una identidad cultural ya creada sino como el espacio de discurso donde esta se genera. La literatura no nos ayuda a explicar quiénes somos, nos lo dice. El aparente olvido de este papel de la literatura permitió que una parte significativa de los estudios procedentes de las ciencias sociales a lo largo del siglo XX pudieran afirmarse a sí mismos desde unas aspiraciones científicas que los autores que estamos ahora recuperando ponen en cuestión.

Del mismo modo que reconocemos a las narraciones su labor en la elaboración de cada identidad compartida, debemos reconocer una toma de conciencia en esa labor de recuperación que los autores que nos ocupan llevan a cabo: están mostrando, cada uno desde su campo concreto de estudio, que la identidad colectiva o individual no puede construirse si no se vehicula de una forma narrativa.

III.3 1983: Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, B. Anderson

Todavía dentro del discurso politológico, Anderson nos permite ahondar en la matriz narrativa que acabamos de proponer: en *Comunidades imaginadas* el análisis se centra en la debilidad teórica de los conceptos de nación y nacionalismo que convive con su vigencia desde el punto de vista emocional. En este recorrido hacia la fundamentación teórica de la nación como elemento vertebrador de los análisis que ocupan a la politología es donde la obra de Anderson entronca con la de Said, ya que ambos parten de la asunción *de facto* de factores difícilmente acotables desde el punto de vista especulativo, pero de gran vigencia en su campo. Estos factores estaban en el fondo de nuestra construcción de *Oriente* y, de suyo, de *Occidente*, como lo están en la construcción de cualquier *nación*.

Anderson trata con estos factores asumiendo la dificultad de su análisis especulativo pero sin que ello elimine la responsabilidad adquirida por su campo de ofrecer una respuesta argumentada a la pregunta por su origen. El resultado es clarificador para nuestros intereses: Anderson recurre a la narración como el intruso que se cuela en

la discusión cuando el carácter especulativo de la misma asume su limitación y el investigador mantiene la pregunta en pie.

En efecto, es tras la rebaja obligada de las aspiraciones especulativas cuando el análisis politológico recurre a elementos vertebradores de la cultura que responden a una *lógica narrativa*: “La ficción se cuela silenciosa y continuamente en la realidad”²⁹. Si rastreamos en busca del origen de la legitimidad del concepto de nación, nos encontraremos con una legitimidad emocional que solo puede ser enunciada en una clave narrativa y cuya vigencia no depende de que los miembros de una cultura reconozcan un recorrido teórico compartido que los lleve a establecer qué sea aquello que les permite reconocerse como miembros de una nación. La legitimidad de ese concepto es emocional y solo es posible transitarla si reconocemos su carácter narrativo. Por lo tanto, la ficción tiene un papel en la discusión que la politología contemporánea emprende acerca de qué es una nación y qué implica el nacionalismo.

Igual que Watzlawick recurría a las ficciones compartidas culturalmente para dar cuenta de los esquemas de relación entre un sujeto y su contexto, Anderson reclama el reconocimiento de la ficción como elemento vertebrador de los conceptos centrales de la politología. Aquello que desde ambos campos se está apuntando en los años en los que Ricoeur concluye la redacción de *Tiempo y narración*, es una asunción cada vez más explícita de los presupuestos de la investigación que nuestra obra emprende: la identidad es un producto de naturaleza narrativa que nos permite tratar con el efecto del paso de tiempo.

Nuestra construcción de las identidades culturalmente determinadas responde a reglas de origen narrativo y esto ya no es un supuesto especulativo que la hermenéutica de Ricoeur elabora sino un presupuesto que las investigaciones procedentes de las ciencias sociales están ya reclamando para dar forma a sus análisis y que esta hermenéutica pretende rastrear. En este sentido, las obras de Watzlawick, Said o Anderson conviven en un contexto que esconde una paradoja: hay en sus análisis una asunción implícita de la narración como elemento vertebrador de las identidades culturalmente determinadas, pero no existe un discurso de naturaleza filosófica que establezca el modo en que la narración deja de ser un efecto de la cultura para comenzar

²⁹ *Comunidades imaginadas*, p. 61.

a ser un factor decisivo en su conformación. No es efecto, es causa de nuestra identidad colectiva e individual.

III.4 1998: La corrosión del carácter, R. Sennett

Saltamos más de una década y escapamos de la paradoja en la que confluyen las obras anteriores. Con R. Sennett el problema que nos ocupa es otro y, a la vez, lo reconocemos como propio mucho más rápidamente: la erosión de aquello que nos permitía elaborar identidades, saber quién es quién. Los autores anteriores siguen vigentes en sus campos en el momento en que Sennett publica *La corrosión del carácter* y, sin embargo, la realidad a la que asistimos en el cambio de milenio no es la misma, pues nuestro atributo narrativo está ya asumido y ofrece poca discusión en sus campos. El problema, ahora, es el estado en que ese atributo narrativo se encuentra: corroído, oxidado.

Desde la sociología y compartiendo el contexto estadounidense con los autores anteriores, Sennett nos permite actualizar la asunción del presupuesto narrativo que comparten. Ya no se trata de esclarecer dicho presupuesto narrativo ni de cuándo sea necesario recurrir a él, pues lo primero ya ha ocupado a la hermenéutica y lo segundo, merced a la vigencia de pensadores como aquellos que nos acaban de ocupar, es una evidencia. Ahora, lo que ocupa a la sociología es el modo en que ese presupuesto sigue siendo compatible con el modo de vida propio de las sociedades contemporáneas. En este sentido, *La corrosión del carácter* es la clave para entender, *Después*, el sentido último que *Tiempo y narración* entraña.

La tesis de Sennett conecta definitivamente nuestro contexto con los corolarios de Ricoeur: hay una vinculación entre la flexibilidad laboral propia del modo de producción capitalista a partir de las décadas finales del siglo XX y la ilegibilidad como rasgo definitorio de la forma de vida de los sujetos que trabajan bajo sus condiciones:

El nuevo capitalismo es, con frecuencia, un régimen de poder ilegible. Tal vez el aspecto más confuso de la flexibilidad es su impacto en el carácter³⁰.

³⁰ *La corrosión del carácter*, p. 10.

Los dos cabos sostienen esta conexión son el tratamiento de la identidad como efecto de una construcción narrativa que podemos rastrear y la referencia ineludible de esa identidad culturalmente determinada a las condiciones materiales de existencia que son su sustrato. Desde ella, la corrosión de nuestro atributo narrativo aparece como resultado, es decir, si acompaña a los sujetos contemporáneos una dificultad creciente en la asunción de compromisos *a largo plazo* -sean de naturaleza personal, profesional o social-, esto es efecto de su incapacidad para *seguir narrando*.

De esta forma, la identidad narrativa como corolario aporético con el que concluye *Tiempo y narración* es retomado por la sociología de Sennett como atributo amenazado o en decadencia. Aquello que con Ricoeur hemos tratado como problema teórico -el rasgo narrativo inherente a nuestra vivencia del paso del tiempo- es en Sennett un problema práctico -para los sujetos contemporáneos, la ausencia de una narración compartida es consecuencia de su adaptación a sus condiciones materiales de vida. Y esa ausencia que anula la posibilidad de *acompañar* sus actos en una narración donde cada acto preceda al siguiente y lo condicione, de suyo, le condena a asumir a la indefinición y a la corrosión como compañía-.

En definitiva, *La corrosión del carácter* comienza a escribirse cuando los análisis contenidos en *Tiempo y narración* están perdiendo vigencia, cuando el atributo narrativo de nuestra identidad no es un problema teórico sino práctico, cuando la poética de la narración ya no es capaz de compensar la aporética de la temporalidad. Sin embargo, este aparente desfase que acompañará desde ahora nuestra investigación no le resta, a nuestro juicio, vigencia: Ricoeur no da respuesta a la realidad que Sennett plantea como problema del que urge hacerse cargo - la reflexión especulativa no suele arrojar resultados que puedan ser tratados como soluciones prácticas-, pero sí nos permite entender de forma sistemática y estructurada aquellos elementos que la componen³¹.

La identidad narrativa es el corolario ricoeuriano que han incorporado las ciencias sociales desde hace décadas y que hoy reconocemos íntimamente como vigente y amenazado. Resta, y ese es el compromiso que nuestra investigación adquiere, estructurar el discurso que articule la conexión³². Para ello, seguiremos círculo de la narración que

³¹ Quizá sea esta la manera paradigmática en la que, hoy, recurrimos al pensamiento: buscando la manera ordenada de presentar el problema que, hoy, nos ocupa. No la respuesta, sino la forma definida y precisa de plantear la pregunta.

³² En efecto, encontramos el asunto que debe ocuparnos en este espacio entre el corolario ricoeuriano y el presupuesto difusamente compartido por las ciencias sociales.

apuntamos en las primeras páginas de la presente introducción. Primero, declaremos una última vez nuestra intención: si logramos engarzar *Antes*, *Ahora* y *Después* en el interior de un discurso estructurado bajo el signo de la narración *-Después-Antes-Ahora-*, habremos interpretado un presupuesto difusamente incorporado a los discursos de las ciencias sociales *-Después-* partiendo de la vertebración de una hermenéutica del texto *-Antes-* capaz de ofrecer una explicación suficiente del atributo narrativo de nuestra identidad. *-Ahora-*.

PRIMERA PARTE: BASES HISTÓRICO-HERMENÉUTICAS DE UNA GENEALOGÍA DE LA IDENTIDAD NARRATIVA

Introducción

Consideraciones iniciales: del presupuesto difuso al postulado narrativo

- A) Tres estudios preliminares
- B) El presupuesto difuso en el fondo de un conjunto ecléctico

I. De la corrosión del carácter a la identidad narrativa como postulado

- I.1. Capitalismo flexible, carácter y miedo: diálogo con R. Sennett
- I.2. La identidad narrativa como postulado

II. El conflicto de las interpretaciones

Introducción

- II.1. Estructuralismo y hermenéutica: el injerto en el plantón
- II.2. La hermenéutica del texto
- II.3. Diálogo con J. L. Pardo

INTRODUCCIÓN

En conformidad con lo anterior, nuestra investigación se centrará en el postulado de origen narrativo que comparten algunas de las obras más influyentes dentro de las ciencias sociales a lo largo de las décadas finales del siglo XX. En los cimientos de los estudios psicológicos, sociológicos o politológicos contemporáneos reconocemos estrategias y recursos compartidos con los relatos de ficción que se asumen sin declararse ni justificarse y que nos proponemos analizar. Será clave en el esclarecimiento de este postulado el papel de *La corrosión del carácter*, pues evidencia los efectos del capitalismo flexible en la forma de vida de los sujetos que lo integran desde su incompatibilidad con dicho postulado de origen narrativo, permitiéndonos, por un lado, emparentarlo con las capacidades que los sujetos emplean para medir el paso del tiempo y para adaptarse a él y, por otro, evidenciar la oposición entre dichas capacidades y las exigencias del actual modelo económico.

La tesis que mantenemos es que la insistencia de este postulado es cada vez más patente porque permite una veta de análisis de la configuración de las identidades individuales y colectivas que, hoy, resulta particularmente rentable. En consecuencia, nos comprometemos con el estudio genealógico del postulado que supere los escritos que lo incorporan y lo vincule con la hermenéutica ricoeuriana que lo analiza. *Tiempo y narración* obtiene como corolario la identidad narrativa de los sujetos culturalmente determinados partiendo de la consideración de *la figura coherente que somos* como efecto de nuestra capacidad de incorporar al paso del tiempo estructuras que lo dotan de sentido y a nosotros con él. La síntesis de lo heterogéneo, la concordancia discordante o la presencia de la trama en la distensión del ánimo afectado por el paso del tiempo serán los elementos de su discurso que deberemos conjugar para que el corolario hermenéutico remita al postulado sociológico.

Organizaremos nuestra investigación en dos partes. En la primera, mostraremos cómo la identidad narrativa, difusamente postulada por politólogos, sociólogos o psicólogos, aparece como condición de posibilidad de sus estudios y encuentra en *La corrosión del carácter* su formulación más vigente. Acotado nuestro objeto de estudio, propondremos la *hermenéutica del texto* como método capaz de vertebrar el estudio de la

identidad narrativa siguiendo una dinámica de análisis e interpretación que emparenta la hermenéutica ricoeuriana con la escuela estructuralista. En la segunda parte, centrados en *Tiempo y narración*, vincularemos el fracaso del pensamiento especulativo cuando se ocupa de nuestra vivencia del paso del tiempo con nuestra necesidad de seguir tratando con el problema después del fracaso. Basaremos nuestra construcción de la identidad narrativa en la conjugación de la *distentio animi* agustiniana y el *mythos* aristotélico que cristaliza en un concepto de trama que se generaliza y nos permite transitar -sin anularlas- las aporías en las que desemboca el pensamiento especulativo cuando se enfoca en la temporalidad vivida. La *hermenéutica del texto*, volcada sobre la historiografía y sobre la narratología, nos permitirá reconstruir el vínculo indirecto que conservan ambas disciplinas con esta generalización de la trama y concluir la refiguración del tiempo cronológico en un tiempo vivido como quehacer de nuestra identidad narrativa que nos permite establecerla como corolario partiendo de los efectos que genera.

CONSIDERACIONES INICIALES: del presupuesto difuso al postulado narrativo

Nuestra investigación tiene su génesis en la toma de conciencia de la operatividad de un postulado no declarado aún al relato en el interior de las explicaciones propuestas desde las ciencias sociales. En estos primeros pasos, evidenciaremos una matriz de explicación de los procesos sociales que consideramos predominante entre las ciencias humanas cuya interpretación ordenada y sistemática debe ocuparnos a lo largo de nuestra primera parte. Se trata de una matriz implícitamente asumida e incorporada al discurso que esbozamos así: de algún modo del que nos deberemos hacer cargo, entre las herencias helénicas que podemos reconocer *en movimiento* entre nuestros contemporáneos, encontramos la asunción de que solo a través de un arco aún con el arco que dibuja el argumento de la ficción podemos dar cuenta de los procesos -colectivos o individuales, pero siempre culturalmente determinados- que acaecen a nuestro alrededor.

Así, la vinculación del paso del tiempo cronológico con lo narrativo, que desde Agustín de Hipona asumimos como inasible desde el punto de vista teórico³³, ha sobrevivido mucho más como una certidumbre que como un problema: desde Aristóteles ligamos el tiempo al movimiento y la manera de dar cuenta de dicha vinculación, cuando se trata de procesos que tienen lugar *dentro de los límites de la polis*, a estructuras de relación entre los acontecimientos que son propias de la composición y comprensión de ficciones.

Recurrimos, pues, con cierta urgencia, a la ligazón con la verosimilitud y con el mundo de la ficción como el elemento fundante de esta estructura subyacente que reconocemos en las explicaciones de las actuales ciencias sociales. Encontramos en sus *lecturas* del paso del tiempo cronológico una asunción implícita de su carácter narrativo y consideramos inicialmente aquella ligazón como una manera paradójica que estas ciencias han empleado para mantener vivo un problema teórico –aquel que Agustín de Hipona nos desaconseja intentar resolver: la vivencia subjetiva del paso del tiempo cronológico es en sí misma un objeto de análisis del que no es posible obtener resultados- pero a costa de encapsularlo en una interpretación narrada o narrable, en una *lectura* que, quizá, disuelva su urgencia y lo haga transitable en tanto problema aplicado.

A la vez, es sabido que aquella ligazón no tiene su origen en las reflexiones venidas de ciencias sociales, a pesar de que siga siendo posible rastrear sus efectos en ellas. En este sentido también ellas lo asumen en tanto herencia culturalmente transmitida. Nos limitamos entonces a constatar su supervivencia sin la intención de desempolvar el problema teórico que origina el recurso a lo narrativo –digámoslo una vez más: el problema de vivencia del paso del tiempo cronológico- y aludiendo al asidero que la historiografía, la sociología, la politología o la psicología han incorporado a sus presupuestos con un grado de claridad o de publicidad relativo.

³³ Nos referimos a las *Confesiones*. Será objeto de análisis esta afirmación, pues deberemos mostrar en qué medida es la naturaleza problemática de la cuestión aquello que empuja a la tradición europea a conservarlo como problema y a postular una interpretación narrativa como escapatoria y no como solución. Baste por el momento recordar el problema desde una de sus formulaciones más citadas:

Cuando deseo cantar una canción conocida, antes de comenzar, mi expectación abarca (*tenditur*) su totalidad pero, apenas comienzo, todo lo que voy recordando de ella relacionado con el pasado se amplía (*tenditur*) en mi memoria. Y la vitalidad de esta acción (*actionis*) mía se dilata (*distenditur*) en ella por lo que ya he recitado y en expectación por lo que aún recitaré. Pero mi atención (*attentio*) sigue estando presente, y por ella pasará (*transitur*) lo que era futuro para convertirse en pasado. Y a medida que esto se va realizando (*agitur et agitur*), disminuye la expectación y se prolonga la memoria. Al fin disminuye la expectación, al acabarse toda acción y pasar enteramente a la memoria. (28, 38).

Pero, si la ligazón entre temporalidad y narratividad no es en sí misma concebida como problemática ni como objeto de análisis, ¿en qué dirección emprendemos ahora nuestra investigación acerca del rasgo narrativo de las explicaciones de los procesos sociales? Según nuestra intención, considerar un axioma las explicaciones aristotélicas en lugar de tratar de ajustarlas o revisarlas nos permite reconocer vestigios de su asunción en las explicaciones de nuestros contemporáneos. *Y esa es la dirección en la que emprendemos esta larga discusión: probar que las interpretaciones llevadas a cabo desde las ciencias sociales dan cuenta de una realidad culturalmente determinada desde una asunción implícita del esquema aristotélico que nos va a permitir estudiarlas desde lo que implícitamente asumen.*

Aun así, es justo reconocer que considerar axiomática esta concepción narrativa del paso del tiempo es un pacto de no agresión con una discusión heredada culturalmente al que estamos obligados si queremos solamente comenzar a dar cuenta de aquellas investigaciones en el campo de las ciencias sociales a las que nos acercamos con urgencia. Considerar saldada la cuenta con Aristóteles y cerrada esa discusión es lo que nos va a permitir atender al juego de contrastación que desde las ciencias sociales a lo largo del siglo XX se pretende establecer entre un arquetipo culturalmente heredado y una realidad circundante que no permite su aplicación.

Solo después de asumir axiomáticamente en el trabajo de estas ciencias una ligazón entre temporalidad y narratividad, estamos en posición de interpretar el sentido último al que remiten dichos trabajos. Y es tan recurrente y ha supuesto tantos efectos esta asunción del esquema aristotélico que comenzar nosotros esta investigación por explicitar su vigencia se nos parece ahora más a un imperativo que se enarbola en un campo de batalla que a cualquier otra certeza. Concluido este primer acercamiento y con nuestro objeto de estudio inicialmente apuntado, deberemos recuperar esta raíz aristotélica que consideramos aceptada implícitamente por las ciencias sociales pero, por el momento, daremos cuenta de ella en la medida en que la reconozcamos en los trabajos venidos de la sociología, la politología o la psicología.

A) Tres estudios preliminares

Proponemos a continuación tres estudios tomados de las investigaciones propias de las ciencias sociales durante las décadas finales del siglo XX que comparten una aceptación notable de su comunidad académica y gran repercusión en sus campos de estudio. Comparten también, y esto será lo principal para nuestros intereses, el presupuesto narrativo que nos ocupa. Lo hacen, además, en un sentido decisivo según nos proponemos mostrar: recurren a herramientas de carácter narrativo como elemento indispensable para los análisis que les ocupan. A la vez, no comparten disciplina académica, lo que no consideramos una debilidad, aunque deberá ocuparnos más adelante.

- *Teoría de la comunicación humana*. Paul Watzlawick, Janet Beavin Bavelas y Don D. Jackson. 1967

Sin pretender con ello abrir una discusión metodológica que excediera los límites de esta referencia, la psicología será considerada a lo largo de nuestra investigación uno de los miembros de las ciencias sociales³⁴.

Nos centramos en los estudios realizados en la Universidad de Stanford por Paul Watzlawick, psicólogo que centra sus estudios llevados a cabo en las décadas finales del siglo XX en el establecimiento de una teoría de la comunicación humana que, a partir de entonces y hasta hoy, es tomada como referente principal de multitud de escuelas y enfoques dentro de la psicología clínica -baste mencionar la terapia sistémica como matriz desde la que se escinden varios enfoques de intervención que comparten la influencia de las teorías de Watzlawick-.

Watzlawick centra sus investigaciones en el campo de la pragmática de la comunicación, esto es, en el estudio de la comunicación como recurso del que se da cuenta partiendo del momento en que se emplea, en que el acto comunicativo tiene lugar. Es

³⁴ Unas páginas más adelante, haremos referencia a la concepción de J. B. Fuentes acerca de la situación de la psicología como ciencia aplicada que justifica su vigencia y preeminencia social en factores ajenos al consenso de la comunidad científica. Consecuencia del carácter problemático de la psicología y de su incapacidad teórica para integrarse en el corpus de las ciencias aplicadas que evidencia el Prof. Fuentes, la consideraremos a lo largo de este estudio un miembro de las ciencias sociales, asumiendo también la laxitud de sus límites.

desde estas investigaciones centradas en la comunicación desde donde el autor elabora sus estrategias de intervención terapéutica. Buscamos en la referencia a la comunicación y al contexto evidencias de una concepción de la identidad que posee un origen narrativo - si se quiere, de forma poco rotunda o incluso débil, pero inherente a la concepción misma-. Para ello, nos centramos en la obra *Teoría de la comunicación humana*, publicado en 1967 por Paul Watzlawick, Janet Beavin Bavelas y Don D. Jackson. En esta obra se considera la comunicación humana desde los efectos pragmáticos que dicha comunicación tiene en la conducta. Desde su matriz pragmática de análisis establece Watzlawick sus axiomas de la comunicación, así como las estrategias desde las que intervenir sobre los trastornos de conducta.

La asunción implícita del presupuesto narrativo que nos ocupa puede argumentarse partiendo del marco de referencia al que el autor recurre para establecer qué es un acto comunicativo del que su pragmática pueda hacerse cargo: partiendo de situaciones en las que una lectura parcial lleva al observador a interpretaciones inoperantes de dicha situación³⁵, defiende Watzlawick que el nexo entre cualquier hecho y el contexto que lo acoge debe ser el objeto que ocupe a una interpretación pragmática de la comunicación y, desde ello, infiere que la comunicación es el vehículo que permite

³⁵ Citamos algunos casos presentados por los autores:

Consideremos las siguientes situaciones distintas: El número de zorros que habitan en una cierta área situada al norte de Canadá exhibe una notable periodicidad en cuanto a su aumento y disminución. En un ciclo de cuatro años alcanza su punto máximo, disminuye hasta casi su extinción y, por último, comienza a aumentar otra vez. Si el biólogo limitara su atención a los zorros, estos ciclos no serían comprensibles, pues nada hay en la naturaleza del zorro -o de ninguna otra especie- que explique tales cambios. Sin embargo, cuando se piensa que los zorros se alimentan casi exclusivamente de conejos salvajes, y que estos casi no tienen otro enemigo natural, esa relación entre las dos especies proporciona una explicación satisfactoria para un fenómeno que, de otra manera, sería misterioso. Así, puede entenderse que los conejos exhiban un ciclo idéntico, en el cual el aumento y la disminución están invertidos: cuanto mayor es el número de zorros más son los conejos muertos por aquellos, de modo que, eventualmente, el alimento se hace muy escaso para los zorros. Su número disminuye, lo que permite a los conejos sobrevivientes una oportunidad para multiplicarse en ausencia virtual de sus enemigos, los zorros. La renovada abundancia de conejos favorece la supervivencia y aumento del número de zorros.

(...) En el parque de una casa de campo, a la vista de los transeúntes que pasan por la vereda, un hombre barbudo se arrastra, agazapado, siguiendo recorridos que asemejan un ocho; observa constantemente por encima de su hombro y grazna sin cesar. Así describe el etólogo Konrad Lorenz la conducta que debió adoptar durante uno de sus experimentos de *imprinting* con patitos, tras haber reemplazado a la madre de aquéllos. ‘Yo me felicitaba - escribe el autor- por la obediencia y exactitud con la que mis patitos me seguían, cuando de pronto levanté la vista y vi sobre la cerca del parque una fila de rostros tremendamente pálidos: un grupo de turistas me contemplaba horrorizado desde la cerca’. Los patitos resultaban invisibles debido a las altas hierbas y lo que los turistas veían era una conducta totalmente inexplicable y, de hecho, loca. *Teoría de la comunicación humana*, p.21-22.

al sujeto intervenir en su contexto. Infiere también, con respecto a la comunicación en tanto objeto de análisis de su pragmática, que no será posible un análisis exitoso del acto comunicativo sin atender al acto relacional entre sujeto y contexto.

En esta línea y tomando como referencia las lecturas parciales de situaciones anteriormente citadas, se entenderá la conducta en tanto afectada por los actos comunicativos y, a su vez, dichos actos comunicativos en tanto dependientes de un contexto de referencia desde el que dichos actos comunicativos pueden ser interpretados y que deberá ocupar a aquel que pretenda intervenir en los actos comunicativos en sí o en la conducta que los desencadena. Como vemos, con estos autores se supera la interpretación aislada de los actos culturalmente determinados y se aspira a una interpretación de estos a partir de su contexto de referencia.

El primer punto de interés para nuestra investigación llega cuando los autores deben acotar qué entenderán por contexto. Si dentro de la interpretación pragmática de la conducta el objeto de análisis e intervención son “las manifestaciones observables de *relación* en el sentido más amplio”³⁶, aceptaremos que dichas manifestaciones observables o conductas, por ser dependientes del contexto en el que se dan, remiten ineludiblemente a su contexto de referencia. En este sentido, aclaran:

Hemos elegido las expresiones *patrón* y *pauta* como el mejor equivalente posible del término inglés *pattern* que es, en realidad, intraducible. Así, se hace difícil transmitir su pleno significado semántico, aunque en francés, por ejemplo, el término *structure* (y, en relación con él, *structuralisme*) goza de una aceptación cada vez mayor (cf. las obras de Lévi-Strauss). Conviene dejar esto aclarado desde el comienzo: en este libro, *patrón* o *pauta* se utilizan para referirse a totalidades que siguen sus propias leyes y no son simplemente la suma de partes individuales³⁷.

Según nuestra lectura, en la escuela sistémica se parte de una consideración de las totalidades culturalmente determinadas que la impele a tomar partido en una discusión filosófica de primer orden a lo largo del siglo XX y que, quizá, excede los límites de sus consideraciones. A pesar de ello, tomamos esta consideración del contexto en tanto *structure* en todo su calado y la consideramos un efecto del compromiso adquirido en las primeras explicaciones de la obra al establecer que cualquier conducta que sucede dentro

³⁶ *Teoría de la comunicación humana*, p. 24.

³⁷ *Ibidem*. Nota al pie. Cursiva nuestra.

de un espacio comunicativo dado y que sea considerada aisladamente no podrá ser considerada con precisión.

El segundo punto de interés para nuestra investigación lo encontramos en el momento en que debe explicitarse el análisis de la vinculación existente entre conducta y pauta -patrón, *pattern*, *structure*-. Tras establecer en los cuatro primeros capítulos de la obra qué axiomas son propios de la comunicación, qué será considerado desde ellos una comunicación patológica y qué características poseen los modelos de relaciones humanas considerados como sistemas, llegamos al momento discursivo en el que es pertinente objetivar lo más posible dentro de marcos de referencia lo más acotados posible cómo dar cuenta de los actos comunicativos de un sujeto partiendo del marco referencial, sistema o *structure* desde el que dichos actos han de ser interpretados. En este momento, los autores optan por “un análisis comunicacional de la obra *¿Quién teme a Virginia Woolf?*”³⁸. Para dar cuenta de “los efectos inmediatos que los seres humanos ejercen entre sí”³⁹ o, dicho de otro modo, para explicar de forma concisa cómo se articula el efecto de un sistema dado en los actos comunicativos que se producen dentro de dicho sistema o red comunicativa entre interlocutores, los autores recurren una obra de ficción.

Desde ambos puntos de interés empezamos a evidenciar el presupuesto difuso con el que nos hemos comprometido: por un lado, algunas escuelas dentro de la psicología⁴⁰ en las décadas finales del siglo XX se proponen analizar las conductas de los sujetos partiendo del sistema de referencia en el que tienen lugar y, para ello, consideran concepciones afines a la suya de *sistema* la de *structure* en Lévi-Strauss y, más generalmente, en la escuela estructuralista. Por otro lado, para vertebrar el discurso relativo al análisis de la conducta en tanto sistémicamente determinada, es posible recurrir a una obra de teatro escrita en un contexto cultural afín y que, en consecuencia, remitirá al mismo sistema o estructura. Existe por lo tanto un isomorfismo entre los actos humanos y las acciones narradas en tanto dependientes de un marco de referencia que los determina y, a la vez, dicho marco de referencia -sistema- no es el objeto mismo de las ciencias sociales sino más bien el punto de partida que necesitan para llevar a cabo sus investigaciones.

³⁸ *Ibidem*, p. 141.

³⁹ *Ibidem*, p. 19.

⁴⁰ Con respecto a la psicología, recordemos que la consideramos representante de nuestra acepción general y conscientemente laxa de las *ciencias sociales*. Por lo tanto, la metodología con la que los psicólogos sistémicos ejercen su tarea partiendo de este presupuesto es compartida con el resto de ciencias sociales.

El presupuesto de origen narrativo que nos ocupa no aflora exclusivamente en la consideración homogénea de actos humanos y acciones llevadas a cabo por personajes dentro de una ficción, lo hace también en el juego de engarce que el autor supone entre el sistema o red de relaciones y los sujetos que conforman dicha red. El todo -sistema- es más que la suma de las partes -sujetos aisladamente considerados- porque hay un producto emergente en su adición y ese producto es, simplemente, de origen narrativo. Que un acto siga al siguiente y lo condicione no es efecto de su contigüidad cronológica sino del ejercicio del presupuesto que nos ocupa y que, según hemos mostrado, es asumido en esta obra.

- *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. B. Anderson. 1983

Nos centramos ahora en la obra de Benedict Anderson, politólogo de nacionalidad irlandesa que colabora, en las décadas finales del siglo XX en las que nos centraremos, con la Universidad de Cornell. Sus estudios se centran en la política y la Historia de Indonesia en el siglo XX, así como en la formación y expansión de los conceptos de nación y de nacionalismo, partiendo de su reinterpretación. Nos acercamos a su obra *Comunidades imaginadas* buscando esa interpretación, atendiendo a su vigencia y a los efectos que ha producido en la politología contemporánea. Comenzamos nuestra breve referencia al trabajo de Anderson buscando la fundamentación o, al menos, la legitimación de los conceptos de nación y de nacionalismo:

Mi punto de partida es la afirmación de que la nacionalidad (...) al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales de una clase particular. A fin de entenderlos adecuadamente, necesitamos considerar con cuidado cómo han llegado a ser en la historia, en qué formas han cambiado sus significados a través del tiempo y por qué, en la actualidad, tienen una legitimidad emocional tan profunda⁴¹.

Es el carácter emocional de la legitimidad que el concepto de nación lleva aparejado el primero de los asideros desde los que proponemos en el estudio de Anderson un presupuesto narrativo: la nación, en tanto sujeto colectivo del que se predicen actualmente propiedades y capacidades muy diversas, tiende sin embargo a legitimarse

⁴¹ *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, p.21.

desde una escasez de argumentos y un haz cada vez más pétreo de concepciones heredadas o, simplemente, de relatos compartidos⁴².

Asumida esta referencia al campo de la emocionalidad, Anderson, apoyándose en autores como G. Stein o T. Nairn, propone una caracterización del nacionalismo entre una “patología de la Historia moderna del desarrollo”⁴³ y una entidad políticamente muy potente pero, sin embargo, incapaz de esconder “su pobreza y su incoherencia filosófica”⁴⁴. Partiendo de esta “vaciedad”⁴⁵ teórica del concepto y tras constatar, sin embargo, su vigencia en los discursos políticos desde, al menos, finales del siglo XVIII⁴⁶, presenta una primera definición de nación: “Con un espíritu antropológico propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”⁴⁷.

Nos detenemos momentáneamente en el carácter imaginado de la comunidad que no deriva exclusivamente de la imposibilidad de conocer a la mayoría de los miembros de la comunidad a la que se pertenezca y, por lo tanto, de la necesidad de fabular con los rasgos que se pudieran compartir con aquellos de los que ni siquiera se tiene noticia de su existencia. Deriva, sobre todo, de que el salto entre una comunidad de carácter familiar o de intercambio de bienes -asumida por la antropología- y una comunidad que pueda ser tomada como nación -generada desde la politología- es un salto para el que no hay justificaciones teóricas, como muestra Anderson desde el ejemplo: “Hasta hace muy poco tiempo, el idioma javanés no tenía ninguna palabra que significara la abstracción sociedad”⁴⁸. Como es evidente, los javaneses sí reconocían sus filiaciones y siempre *han sentido conectados* entre sí, pero no a través de un ente político como el que se describe, siguiendo a Anderson, desde el siglo XVIII.

Los rasgos de limitación y soberanía acotan el carácter imaginado del concepto de nación y nos permiten reconocernos dentro de ella aun manteniendo nuestro carácter individual. Por tanto, es seguro que este concepto es empleado por comunidades muy

⁴² El propio Anderson hace hincapié en la falta de legitimidad teórica del concepto como problema: “Trataré de explicar por qué estos artefactos culturales particulares han generado apegos tan profundos”. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, p.21.

⁴³ Anderson, B., Op. Cit., p.22.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ Anderson, desde *Nationalism* de Aira Kemiläinen, considera dicha datación un punto de partida.

⁴⁷ Anderson, B., Op. Cit., p.23.

⁴⁸ Anderson, B. Op. Cit., p.24.

diferentes entre sí en sentidos particulares del todo legítimos; como es seguro que, en cada una de esas aplicaciones particulares, este concepto adquiere una entidad y una operatividad únicas. Pero conviene no perder de vista qué es lo que nos permite estar tan seguros:

Es esta fraternidad la que ha permitido, durante los dos últimos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas⁴⁹.

Tras esta breve referencia al concepto de nación, atendemos al origen de su capacidad explicativa en el campo de la politología. Sin duda, esta capacidad deviene de su posibilidad de vertebrar la referencia al tiempo cronológico:

La idea de un organismo sociológico que se mueve periódicamente a través de un tiempo homogéneo, vacío, es un ejemplo preciso de la idea de nación, la cual se concibe también como una comunidad sólida que avanza de un lado a otro de la historia⁵⁰.

En definitiva, si el concepto de nación alcanza su actual relevancia en la construcción del discurso politológico esto no depende de su fundamentación teórica sino de su capacidad, mediando la capacidad imaginativa de los miembros y la referencia a su emotividad, de vertebrar un discurso compartido acerca del paso del tiempo cronológico. Vertebración que, según nuestra consideración, responde a una descripción de los acontecimientos efectivamente acaecidos desde su inclusión en una matriz de interpretación de naturaleza narrativa. En este sentido, no son casuales las referencias a la novela o al periódico a las que Anderson recurre para fundamentar su discurso: sea desde Balzac o desde “cualquier bodrio contemporáneo de a dólar”⁵¹, es posible reconocer en las expresiones narrativas producidas en el interior de una comunidad los presupuestos desde los que dicha comunidad se reconoce. “La ficción se cuela silenciosa y continuamente en la realidad”⁵². En definitiva, a nivel metodológico, Anderson reconoce un isomorfismo entre el relato de ficción y los relatos de los que bebe la historiografía.

Asumida la naturaleza emocional de la legitimidad del concepto de nación, así como su vaciedad desde el punto de vista teórico, nos encontramos con el segundo y

⁴⁹ Anderson, B. Op. Cit., p.25.

⁵⁰ Anderson, B. Op. Cit., p. 48.

⁵¹ Anderson, B., *Op. Cit.*, p. 47.

⁵² Anderson, B., *Op. Cit.*, p. 61.

último asidero que tomamos de la obra: la función del concepto de nación en su comunidad de referencia es dar cuenta del paso del tiempo cronológico presentándolo ya no como sucesión de acontecimientos sino bajo cierta forma afín a los relatos de ficción propios de su contexto cultural.

Apuntamos solamente, en este mismo sentido y a modo de conclusión, una idea con la que Anderson se encuentra revisando las referencias de Auerbach⁵³ y Benjamin al concepto de simultaneidad entre acontecimientos: se trata de superponer a la contigüidad temporal entre actos o a su cercanía en el tiempo cronológico una matriz interpretativa desde la que dichos acontecimientos puedan ser considerados como un todo, simultáneamente. Esta matriz supone la referencia a un presupuesto de origen narrativo que se adhiere a un análisis meramente cronológico de los acontecimientos y que es necesario para la constitución misma del concepto de nación desde Anderson. Por lo tanto, no considera consistente esta matriz:

Nuestra propia concepción de la simultaneidad se ha venido forjando durante largo tiempo, y su surgimiento está ciertamente conectado, en formas que no se han estudiado bien todavía, con el desarrollo de las ciencias⁵⁴.

En definitiva, reconocemos con Anderson que dentro de su campo existe una carencia a nivel metodológico en lo relativo a la justificación del empleo de la simultaneidad como opuesta a la mera contigüidad cronológica. Reconocemos también la relación causal entre esta debilidad metodológica y la referencia a la narración como recurso explicativo. Sin embargo, consideramos esta referencia a lo narrativo mucho más enraizada en los discursos de naturaleza politológica de lo que Anderson está dispuesto a declarar.

⁵³ “Si un suceso como el sacrificio de Isaac se anuncia como el sacrificio de Cristo, de modo que el primero promete y el segundo ‘cumple’ (...) la promesa establecerá una conexión entre dos sucesos que están ligados ni en lo temporal ni en lo causal (...) Esta conexión podrá establecerse solo si ambos sucesos están verticalmente ligados a la Divina Providencia, la única que puede elaborar tal plan de la historia y proveer la clave para su entendimiento (...) El aquí y ahora no es un simple eslabón más en una cadena terrenal de acontecimientos, sino que es simultáneamente algo que no ha sido siempre y que se cumplirá en el futuro; y estrictamente, a los ojos de Dios, es algo terrenal, algo omnitemporal, algo ya consumado en el reino de los sucesos terrenales fragmentarios”. *Mimesis. The representation of reality in Western Literature*. Auerbach, Erich. Doubleday Anchor, 1957, p. 64.

⁵⁴ Anderson, B., *Op. Cit.*, p. 46

- *Orientalismo*. Edward W. Said. 1978

Nos proponemos ahora reconocer en la obra de Said el establecimiento de una línea de investigación que a partir del último cuarto del siglo XX se desarrolla en el ámbito de la politología: los estudios poscoloniales. En ellos se aspira a una revisión del juego de oposiciones mutuas entre culturas fronterizas -fronteras difusas, como es aquella que se instaura entre Oriente y Occidente- como estrategia no solo de legitimación de un determinado modo de relación entre dichas culturas sino, sobre todo, como estrategia de reconocimiento y replanteamiento de la cultura occidental, tomada sin demasiada concreción, desde autores que se reconocen miembros de esta.

Lo primero que debemos reseñar es la matriz de la que parte Said: su dedicación académica a la literatura comparada, así como la publicación de las versiones inglesa y francesa de la obra tomando en cada una de ellas referencias literarias autóctonas, denotan el reconocimiento del papel de la narración en el establecimiento de una identidad cultural en la que se reconocen los miembros de una sociedad.

Partiendo de las producciones literarias clásicas como *Los persas* de Esquilo, los textos de Homero o de Heródoto y pasando por la literatura de viaje desde el siglo XIV, especialmente francesa y anglosajona, Said propone una revisión de aquello que nos ha permitido formar una idea tan imprecisa como culturalmente imprescindible de Oriente:

La inmediatez dramática de la representación de *Los persas* encubre el hecho de que el público observa una representación muy artificiosa de lo que un no oriental ha convertido en símbolo de todo Oriente. Mi análisis del texto orientalista, por tanto, hace hincapié en la evidencia -que de ningún modo es invisible- de que estas representaciones y no retratos naturales de Oriente⁵⁵.

Como vemos, desde productos culturalmente determinados como son los productos literarios, es pertinente para Said trazar las líneas maestras de una concepción culturalmente transmitida de aquello que nos permite reconocernos, que no puede ser otra cosa que el reconocimiento de nuestras propias fronteras. Sin una limitación espacial y temporal las identidades no pueden ser conformadas y, por lo tanto, sin el establecimiento

⁵⁵ Said, E. *Orientalismo*, p. 45.

de qué quede fuera de dichos límites, no será posible acotar qué permanece en su interior⁵⁶.

De esta forma, deberemos entender el orientalismo no solo como la forma en la que Occidente da cuenta de una cultura que le es ajena y que tiende a uniformar y a interpretar desde cánones que no le son propios sino también y sobre todo como el recurso a un *otro* desde el que generar una identidad colectiva que reconoceremos como *Occidente* -huelga decir que de la misma manera que la descripción de Oriente desde el orientalismo no es de ninguna manera un “retrato natural de Oriente”⁵⁷, tampoco esta identidad colectiva que se pretende de Occidente lo es-. Así, la obra de Said “pretende demostrar cómo la cultura europea adquirió fuerza e identidad al ensalzarse a sí misma en detrimento de Oriente, al que consideraba una forma inferior y rechazable de sí misma”⁵⁸ y, en consecuencia, el orientalismo como producto occidental -especialmente europeo- tiene como objetivo “dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente”⁵⁹.

Said, definiendo su postura desde su oposición con el concepto de *discurso* en Foucault⁶⁰, establece desde los rudimentos de origen narrativo a los que hemos aludido una caracterización del orientalismo como producto cultural netamente occidental y desde el cual Occidente logra reconocerse como identidad colectiva desde aquello que la enfrenta con su propia construcción de qué pueda ser considerado Oriente. En este sentido, el orientalismo es una forma ideológica que cumple una función muy determinada desde el punto de vista del politólogo: legitimar una estructura de dominación, una lógica de poder. Y, si entendemos el orientalismo en estos términos, estaremos en disposición de interpretar el papel de obras canónicas en este campo como son las de Arthur James Balfour y Evelyn Baring Cromer de una forma ciertamente esclarecedora para los intereses de la investigación que nos ocupa, pues, desde Said, ambos autores construyen o perpetúan una estructura de dominación⁶¹.

⁵⁶ “Oriente y Occidente en tanto entidades geográficas y culturales -por no decir nada de las entidades históricas-, son creación del hombre. (...) Las dos entidades geográficas, pues, se apoyan y, hasta cierto punto, se reflejan la una en la otra”. *Orientalismo*, p. 24.

⁵⁷ *Orientalismo*, p. 27.

⁵⁸ *Orientalismo*, p. 22.

⁵⁹ *Orientalismo*, p. 21.

⁶⁰ “Todavía creo, al contrario que Michel Foucault, a cuya obra debo mucho, que los escritores individuales influyen de manera determinante en ese cuerpo de textos colectivo y anónimo que constituye una formación discursiva como el orientalismo”. *Orientalismo*, p. 48.

⁶¹ “En los discursos de Cromer y de Balfour, el oriental es descrito como algo que se juzga (como en un tribunal), que se estudia y examina (como en un currículo), que se corrige (como en una escuela o una prisión) y que se ilustra (como en un manual de zoología). En cada uno de estos casos, el oriental es

Hemos dado cuenta de la estrategia que Said emplea para esclarecer el modo en que dicha estructura de dominación se conforma, pero no de qué análisis deban seguirse de su esclarecimiento. Podemos decir que Said, desde el recurso a lo narrativo, logra evidenciar el papel que esas narraciones adquieren en el juego de legitimaciones ideológicas de una estructura subyacente que no es, claro está, narrativa sino una estructura económica y política. Dicha estructura es categorizada por el autor desde referencias a autores pertenecientes a la escuela estructuralista: toma de G. Bachelard el concepto de “poética del espacio”⁶² como el recurso a entidades locativas o temporales que generan un espacio discursivo en el que el lector reconoce como propio o como ajeno un sistema cultural y en consecuencia un esquema de valores. Del mismo modo, toma de C. Lévi-Strauss su definición de la “ciencia de lo concreto”⁶³ como el proceso mediante el cual los sujetos dan significado a aquello que sucede en una realidad culturalmente determinada diferente de la propia desde una matriz de explicación que parte de considerar que lo ordenado será aquello que se corresponde con aquello que el observador considera afín y como desajustado o absurdo lo que no. Se interpretará por lo tanto aquello que queda desajustado como primitivo o propio de extranjeros.

Desde estas referencias de naturaleza estructuralista se alude en el estudio de Said a aquella realidad que está quedando explicada mediante la forma *orientalismo* y que, decíamos, se ha mostrado como un producto cultural con notables deudas con lo narrativo y del cual Said da cuenta precisamente desde la literatura comparada. Es, pues, una explicación narrativa de una realidad cultural que es ajena al lector y desde la que legitimar una estructura de poder subyacente de naturaleza política y económica.

Asumido esto, reconocemos en la obra de Said la vigencia de un presupuesto narrativo que hace posible su empresa y que ha sido capital en la nuestra: las identidades colectivas se conforman a partir de elementos y recursos de origen narrativo que dan entidad cultural a estructuras de naturaleza económica o política que no tematizan, sino que suponen como condición *de facto*.

Como conclusión, proponemos estas palabras de Said en el epílogo de la obra en su reedición de 1995. En ellas el autor muestra hasta qué punto, casi dos décadas después

contenido y representado por las estructuras dominantes pero, ¿de dónde provienen estas?”. *Orientalismo*, p. 69.

⁶² Bachelard, G., *La poética del espacio*.

⁶³ Lévi-Strauss, C., *El Pensamiento Salvaje*, Cap. 1-7.

de su redacción, esta caracterización de lo identitario era precisamente una de sus aportaciones más vigentes:

La creación de la identidad (ya sea la de Oriente u Occidente, la de Francia o Gran Bretaña, si bien es claramente un depósito de determinadas experiencias, es, en última instancia, una creación) implica establecer antagonistas y otros cuya realidad esté siempre sujeta a una interpretación y a una reinterpretación permanentes de sus diferencias con nosotros. (...) La identidad humana no solo no es natural ni estable, sino que es creada e incluso, en ocasiones, creada completamente⁶⁴.

B) El presupuesto difuso en el fondo de un conjunto ecléctico

Somos conscientes de la falta de precisión con la que comenzamos nuestra investigación. Más aún, consideramos que nuestra imprecisión es una condición de partida que no hemos sido capaces de obviar: tan *ecléctico* es el conjunto de estudios de las ciencias sociales que comparten el presupuesto como *difuso* es el modo en que dicho presupuesto es asumido.

Así, excusamos nuestra falta de precisión desde la naturaleza misma del objeto de estudio al que nos acercamos: por un lado, el conjunto que podemos formar a partir de estudios venidos desde lo que actualmente consideramos ciencias sociales no es *ecléctico* porque nuestro análisis nos obligue a conformarlo así, sino porque las disciplinas que componen esta rama del saber conforman un conjunto efectivamente ecléctico. En este sentido, es conocido lo errático de su método de estudio, su falta de sistematicidad en el establecimiento de conclusiones, su dudosa capacidad de generalización y, en resumen, la ausencia de consenso en el ámbito metodológico que, desde su fundación, comparten los estudios que caen bajo esta consideración que, de forma consciente, hemos aceptado sin juicio en estas primeras páginas. En consecuencia, el eclecticismo en nuestra muestra de dicha población es más una consecuencia de la naturaleza de la población que un rasgo de la muestra que nos ocupa del que debemos dar cuenta⁶⁵.

⁶⁴ *Orientalismo*, p. 436-7.

⁶⁵ Con respecto al eclecticismo quizá el elemento de nuestra muestra que más claramente lo genera sea la obra de Watzlawick. Especialmente si consideramos que su inclusión parte de considerarlo no un representante de las ciencias sociales que también lleva a cabo investigaciones relacionadas con la

Por otro lado, con respecto a lo *difuso* del presupuesto del que pretendemos dar cuenta, consideramos que esta falta de unidad y de sistematicidad de las ciencias sociales es una causa menos decisiva, aunque no podamos obviarla. Deberemos sustanciar con mucho más detalle esta concepción narrativa con la que en estos estudios se da cuenta de la vivencia del paso del tiempo cronológico para estar en posición de explicar por qué tendemos a encontrarla presupuesta difusamente. Sirva momentáneamente esta hipótesis: las explicaciones de esta naturaleza suponen un primer acercamiento a un mundo culturalmente determinado. Estas explicaciones tienden, en su intención de dar cuenta de un pasado en tanto presente o de un *presente ensanchado*, a hacer patente una concepción culturalmente heredada más que tematizar esta concepción, es decir, el presupuesto es

psicología clínica sino un miembro más y de pleno derecho del campo de las ciencias sociales precisamente en tanto psicólogo. Para fundamentar esta decisión, recurrimos a la siguiente corriente de pensamiento:

Se parte por suponer que las ‘cuestiones psicológicas’, en cuanto que relativas al momento o plano conductual de la relación adaptativa del organismo con el medio, forman parte interna de la Biología. Pero si esto es así se nos plantea como algo problemático la formación de la ‘Psicología’ como disciplina que pretende organizarse metodológica y temáticamente de un modo autónomo sobre dichas cuestiones en cuanto que de algún modo desprendidas del único contexto en el que sin embargo parecen tener sentido propio específico, o sea, el campo bio(psico)lógico. En este trabajo se pretende argumentar que los factores responsables de la formación del campo de la ‘Psicología’, en cuanto que campo propio o autónomo –con respecto a la Biología–, son específicamente histórico-antropológicos. Dichos factores se darían en las sociedades históricas y civilizadas. Introducción de “El carácter equivoco de la institución psicológica”. Fuentes, J. B., *Psicothema*, Vol. 14 (2002), no 3, p. 608-622.

Tomando como referencia el análisis que J. B. Fuentes lleva a cabo de la psicología como ciencia, consideramos que la laxitud de su método de estudio, la naturaleza de sus fundamentos teóricos y la diáspora de escuelas y escisiones que incluye hacen imposible considerarla una ciencia aplicada en sentido estricto. A la vez, no consideramos necesario dejar de atender a las explicaciones que vengan desde dicho campo y es en este sentido en el que la incluimos dentro del conjunto ecléctico que conforman las ciencias sociales. Al incluirla en dicho conjunto aquello que comparte con el resto de miembros: una explicación de carácter poco sistemático de los fenómenos culturalmente determinados.

Así, un efecto de la integración de la psicología en este conjunto ecléctico que forman *ciencias sociales* es la posibilidad de interpretar sus estudios desde una perspectiva cultural e histórica. Según nuestro punto de vista, para interpretar con precisión la realidad sociocultural de las décadas finales del siglo XX en los contextos europeo y estadounidense se deben incluir algunas de las explicaciones que se construyen dentro de la psicología. Sirva como muestra esta aspiración que el propio Fuentes mantiene al revisar los trastornos de personalidad que la psicología estudia, diagnostica y trata:

En este trabajo defendemos que los trastornos de la personalidad deberían ser replanteados desde un punto de vista cultural. Primero exponemos que dichos trastornos han adquirido un considerable relieve institucional desde que el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, 3rd edition* (American Psychiatric Association, 1980) los incorporara en el Eje II, así como que Theodore Millon fue el autor determinante para dicha incorporación. Después mostramos nuestras ideas de sociedad histórica y de persona, entendiendo a esta última como un sujeto que resuelve éticamente conflictos morales en el seno de la sociedad histórica. También proponemos que un trastorno psicológico de la personalidad sería una dinámica de indefinida sustitución de pseudorresoluciones de conflictos morales irresueltos éticamente. Introducción de “La relevancia de un planteamiento cultural de los trastornos de la personalidad”. Fuentes, J. B., y Quiroga, E., *Psicothema*. Vol. 17 (2005), no 3, p. 422-429.

difuso porque en este ámbito de investigación las explicaciones que se buscan no tienen como objeto lo presupuesto sino lo evidente, aquello que *está ya acaeciendo* dentro de los límites del espacio cultural. Son explicaciones urgentes, construidas con cierta premura y asumiendo que los efectos del objeto que se pretende estudiar están teniendo lugar en el contexto desde el que el observador lleva a cabo su tarea.

Desde este escenario, con respecto a lo difuso del presupuesto que hemos emparentado con la concepción aristotélica, nos proponemos que nuestra investigación sea un ejercicio que elimine esta ausencia de precisión. Al contrario, con respecto a lo ecléctico de nuestra muestra de estudios venidos de las ciencias sociales, la deuda que contraemos es menor: contamos con ello como condición de posibilidad no solo de nuestra investigación, sino de cualquiera que asuma en su objeto de estudio las reflexiones venidas de ellas.

Ahora bien, por el momento, posponemos el análisis del presupuesto difuso que hemos intentado bosquejar en estas primeras páginas con la convicción de que deberemos encontrar asideros a lo largo de la investigación que nos permitan replantearlo con la intención de mitigar hasta donde sea posible los efectos de dicho carácter difuso. Antes de ello, nos centramos, en asumir el eclecticismo del que hemos partido y que se nos ha presentado como ineludible. Lo consideramos condición de posibilidad de las reflexiones nacidas de las investigaciones de las ciencias sociales y, a la vez, condición de partida de nuestra investigación. Reacomponemos así el escenario que estamos considerando ecléctico: ¿Por qué considerar precisamente este rasgo difuso como compartido por un conjunto de explicaciones que, a su vez, son difícilmente reconocibles como conjunto? ¿Por qué buscar el rasgo común compartido por un conjunto ecléctico en lugar de renunciar a dicho eclecticismo?

Con J. B. Fuentes hemos reconocido la debilidad del método de análisis de algunas ciencias sociales -más concretamente, la debilidad del método de aquellas ciencias dentro de las ciencias sociales de las que cabía esperar un mayor rigor metodológico-. La psicología clínica y las reflexiones acerca de la debilidad de su metodología nos obligan a abandonar una posición ingenua que anticipe la consideración de sus conclusiones como *científicas* y, en consecuencia, equiparables a las conclusiones venidas de la física experimental o de cualquier otra ciencia aplicada. Abandonar la ilusión de que las conclusiones propuestas por la psicología clínica sean de la misma naturaleza que

aquellas que las ciencias experimentales proponen supone la asunción no solo de la debilidad del método empleado sino, de suyo, de la imposibilidad de dar cuenta del objeto de estudio que es propio de la psicología clínica de una forma afín a aquella de la que se derivan las conclusiones venidas de las ciencias experimentales.

Así, si fuera del campo de la fisiología las conclusiones de las investigaciones en el campo de la psicología llevadas a cabo a lo largo del siglo XX no poseen una capacidad explicativa semejante a la que tienen estudios venidos de la física experimental o de la biología, esto nos empuja a una conclusión más general: el saber acumulado por las ciencias sociales a lo largo del pasado siglo no supone un *corpus* del que se pueda dar cuenta –sea parcialmente, sea en sentido general- siguiendo los esquemas propios de una metodología con aspiraciones científicas o, más llanamente y rebajando las aspiraciones, siquiera *omniabarcante* o totalizadora.

El eclecticismo aparece entonces como el único modo en el que los estudios venidos de las ciencias sociales pueden aglutinarse, pueden componer una figura unificada *unos con otros*. No solo no consideramos rentable desde el punto de vista discursivo renunciar al eclecticismo de esta figura, es que consideramos que no es una opción llevar a cabo dicha renuncia si se quiere atender a las conclusiones que con tanta profusión son arrojadas desde dichas ciencias sociales.

Nuestra investigación nace en la consideración de estos estudios como sintomáticos o indicativos y no como dependientes o deudores de una metodología que sean más o menos capaces de asumir. Y es esto lo que nos permite superar el reproche metodológico ineludible que esta rama del saber académico acumula y tomar las conclusiones de sus estudios no como tales conclusiones sino como *actas levantadas en primera persona de aquello que alrededor del observador acaece*. Hay motivo para no considerar al sociólogo, al psicólogo clínico o al politólogo como investigadores que forman parte del *corpus* que consideramos propio de las ciencias. Pero, a la vez y quizá por lo mismo, no lo hay para desdeñar apresuradamente sus estudios. Más aún, tampoco lo hay para dejar de considerar aquello que comparten como supuesto, incluso difusamente.

Asumido que lo ecléctico de nuestra muestra se nos presenta como difícilmente eludible y argumentada su condición de posibilidad, ¿queda zanjada la deuda con el rigor

metodológico? ¿Podemos asumir que estos estudios a los que nos hemos referido pertenecen a una rama del saber cuyo método nos ha llevado a considerarlos conjuntamente en tanto poseedores de un rasgo compartido? Probablemente esta no sea una cuestión simple ni permita solo una respuesta. Proponemos la nuestra: sin duda, sí. Es posible y, según atisbamos apenas en estos primeros compases, muy rentable desde el punto de vista teórico emprender la problematización del presupuesto que encontramos sostenido por este conjunto sincrético sin dejar de reconocer que es esta su procedencia.

Aquello que podamos defender a lo largo de nuestra investigación relativo al presupuesto narrativo contenido en la vivencia del paso del tiempo cronológico, es fundamental para nosotros en este momento que sea considerado como resultante de la atención dedicada a un *estado de cosas* que asumimos que forman un conjunto sincrético, pero sin el cual nuestra investigación difícilmente escaparía de los muros de la especulación filosófica más estéril. No renunciar al efecto motriz que los estudios venidos de las ciencias sociales han supuesto para nuestro estudio es, también, una manera de no renunciar a referirnos a nuestra realidad, una manera de no renunciar tampoco nosotros a referirnos a aquello que acaece en los límites de nuestra vida culturalmente determinada.

Ahora bien, sin renunciar a esta fuerza motriz venida de que la referencia a dicho presupuesto narrativo sea tan generalizada y vigente como ecléctica, nos vemos impelidos a considerar con relativa exclusividad una de dichas referencias. No renunciamos con ello al eclecticismo de la muestra que ya hemos justificado, pero, para concluir este primer acercamiento al rasgo que sus miembros comparten, consideramos necesario desde el punto de vista discursivo descender en el nivel de concreción y buscar un estudio que nos permita observar *en movimiento* este presupuesto narrativo. En este sentido, tomaremos *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo* de R. Sennett como parte de este conjunto sincrético de estudios que remiten hacia un presupuesto compartido del que, paradójicamente, solo podremos obtener conclusiones si tomamos a sus miembros aisladamente, al menos, en primera instancia.

Antes de enfocar nuestro análisis en la obra de Sennett consideramos relevante aclarar algunas implicaciones de este descenso en el nivel de concreción: no pretendemos con ello encontrar en el trabajo de Sennett un arquetipo representativo de la forma de trabajo de las ciencias sociales a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Esta posibilidad la consideramos abortada desde nuestra asunción de las conclusiones de J. B.

Fuentes acerca de la metodología propia de dicho campo de investigación. Más bien, consideraremos la obra de Sennett una muestra ejemplarizante de esta forma de trabajo y, en este sentido, recurrir a ella en los primeros pasos de nuestra investigación nos obliga a mantenernos en un espacio discursivo delicado, pues no es una obra en la que se evidencie un modo de analizar los acontecimientos culturalmente determinados en el contexto histórico que nos ocupa –en definitiva y como más arriba reconocíamos: no es un arquetipo-, pero sí creemos que es una muestra de cómo, para dar cuenta de dichos acontecimientos, las ciencias sociales a lo largo de la segunda mitad del siglo XX recurren –casi impelidos por una necesidad nacida en el inicio mismo de su discurso, podríamos decir- a un presupuesto narrativo *en movimiento*, en uso, dentro de ese contexto del que se proponen dar cuenta.

Así, lo problemático del salto en el nivel de concreción estará en delimitar claramente su sentido: Sennett es una muestra, no un arquetipo y, por lo tanto, nos servirá para evidenciar en el interior de este conjunto ecléctico de estudios venidos de las ciencias sociales un presupuesto sin el cual dichos estudios carecerían de objeto de estudio o, en el mejor de los casos, sin el que dicho objeto de estudio no puede quedar suficientemente tratado⁶⁶.

Finalmente, asumido este modo de zanjar la deuda con el rigor metodológico y el cambio en el nivel de concreción como consecuencia de dicho pago, queda pendiente la pregunta por el estudio que tomamos como muestra: ¿Por qué Richard Sennett? ¿Por qué *La corrosión del carácter*?

Hemos considerado esta obra como elemento de una muestra perteneciente a una población de estudios que hemos descrito como ecléctica y hemos huido de la posibilidad de construir desde ella un arquetipo al que respondan todas las manifestaciones que se producen dentro de dicha población. A la vez, hemos considerado esta muestra representativa de un estado de cosas que reconocemos como operante en la población en

⁶⁶ Cobra en este momento especial significación la dependencia que esta muestra ecléctica conserva con respecto al presupuesto difuso que nos ocupa: sin la referencia a un presupuesto narrativo que dichos estudios asumen como condición *sine qua non*, sencillamente, el acto culturalmente determinado no puede asirse desde el punto de vista teórico. Es este presupuesto, en un sentido fuerte, una condición de posibilidad que no queda a menudo explicitada pero que siempre es asumida por estas investigaciones. Bajar en el nivel de concreción y enfocarnos en la obra de Sennett no hace que perdamos de vista aquello que ha dado pie a nuestra investigación: *hay una reflexión pendiente relativa al trabajo llevado a cabo por las ciencias sociales de final del siglo XX que las emparente en tanto deudoras de un presupuesto implícito de carácter narrativo*.

su conjunto. Es, pues, el momento de aclarar en qué sentido tomar la obra de Sennett como elemento de la muestra es preferible para los intereses que nos ocupan. Respondemos sin circunloquios: Sennett encuentra en el relato que los sujetos hacen de su propia experiencia los efectos de su asunción de nuestro presupuesto difuso de origen narrativo a la hora de dar cuenta de esta. Sin partir de este presupuesto narrativo los sujetos *no saben* explicar su propia experiencia.

Incluso, con la obra de Sennett podemos contextualizar más la asunción de este presupuesto en el interior de una sociedad determinada en un contexto determinado: la estadounidense de las décadas finales del siglo XX. En este contexto, el presupuesto que nos ocupa se muestra de un modo paradigmático, pues la carencia de un relato construido conforme a ciertas expectativas culturalmente transmitidas es el eje que emplean los sujetos para describir su propia experiencia. No se trata de que expliquen sus experiencias partiendo del reproche por la ausencia de ciertas *condiciones narrativas* que esperaran conquistar, es que sin la asunción de estas condiciones narrativas como propias no son capaces de dar cuenta de su propia experiencia dentro del campo de lo culturalmente determinado.

Los sujetos que ocupan a Sennett en esta obra no solo acumulan el reproche por no haber tenido en su mano ciertas condiciones materiales de existencia que les hubieran permitido una narración más lineal o continua a la forma en la que las generaciones anteriores lo hicieron, van más allá del reproche en su explicación de su propia experiencia y necesitan recurrir a la carencia narrativa como su propia condición de partida desde el punto de vista sociocultural. Necesitan recurrir a esta ausencia de las condiciones que hacen posible la narración para describir en qué sentido su experiencia carece de dirección. Es la referencia al campo de lo narrativo lo que les permite encontrar aquello que falta en su vínculo con el contexto cultural al que pertenecen.

Diremos, por fin, que es en este sentido en el que tomar la obra de Sennett como elemento privilegiado de la muestra nos ha parecido irrenunciable: en *La corrosión del carácter* son los sujetos mismos que toma el autor como piezas desde las que dar cuenta del contexto socioeconómico que le ocupa los que hacen depender, de una forma u otra, su identidad de una condición narrativa sin la que cualquier identidad quedaría fragmentada. Por lo demás, como veremos, solo son capaces de evidenciar el lugar de privilegio que posee esta condición narrativa en la construcción de sus identidades

demasiado tarde, cuando hacerlo solo implica tomar conciencia de la causa de la fragmentación, pero no la ruta que nos devuelve al espacio discursivo en el que fuera posible recuperarla.

En definitiva, esta obra cobra un valor estratégico para nuestros intereses por el valor que adquieren dentro de la misma las explicaciones que los sujetos hacen de su propia experiencia, así como por el modo en el que Sennett construye, desde dichas percepciones individuales, una visión de conjunto que conduce al lector a conclusiones generales que quedan más apuntadas que argumentadas. Quedan apuntadas, diremos, a la espera de una revisión que permita esclarecer lo que de estructural hay en las vivencias subjetivas que intentan explicarse - ¿narrándose? - a sí mismas.

Esta elección de Sennett de tomar los testimonios de los sujetos como hilo conductor de su explicación deja en el lector injertada la duda acerca de los efectos de la estructura socioeconómica en ellos. Pero no es esta la única duda que queda pendiente: tal y como apuntábamos más arriba, pone frente a él la evidencia de que esta toma de conciencia acerca del papel de la estructura socioeconómica en su propia capacidad de construir - ¿narrativamente? ¿Siguiendo un argumento que adivina mientras construye? - su identidad llegará tarde, cuando ya está corroída. El lector de la obra de Sennett toma conciencia del papel del contexto socioeconómico en su capacidad narrativa en el momento en que dicha capacidad narrativa es presentada por Sennett como amenazada. Yendo más allá: es la corrosión de este presupuesto narrativo lo que desde el comienzo el autor reconoce como el motivo que le lleva a escribir la obra misma. Es su corrosión lo que obliga al sociólogo a tratar de esclarecer dicho rasgo narrativo del mismo modo que era su corrosión lo que obligaba a los sujetos de su estudio a reconocer el rasgo narrativo de su identidad.

En este punto, nos encontramos frente a la obra de Sennett con la certeza de que es este motivo –afín al presupuesto difuso que conservamos en nuestro horizonte y del que todavía deberemos decir algunas condiciones antes de finalizar el capítulo- y el marco de investigación en el que surge –afín a aquella muestra ecléctica que tratábamos de acotar más arriba-, el espacio idóneo para, por fin, comenzar nuestro análisis.

No pretendemos obviar las dificultades metodológicas de las ciencias sociales en el final del siglo XX, ni pretendemos encontrar las evidencias suficientes para afirmar la

vigencia de un presupuesto de origen narrativo en la pauta de acción de los sujetos dentro de estructuras culturalmente determinadas. Sin embargo, hacemos nacer nuestra reflexión enfocándola inicialmente en la obra de Sennett como prueba de la preocupación inherente a su tiempo y a su campo de estudio que él tiene la lucidez de expresar con extrema crudeza: Hay un atributo narrativo que los sujetos de los que da cuenta solo reconocen como aspiración y como carencia.

En conclusión y recuperando la intención de estas primeras páginas, asumimos que simplemente acotar el presupuesto que nos ocupa ha sido complicado. A la vez y con la intención de mitigar ese defecto, recurriremos a la obra de Sennett como uno de los representantes de aquel conjunto ecléctico que con menos dispersión se hace cargo de este presupuesto. Recuperando también a Aristóteles, dirigimos nuestro análisis hacia este presupuesto narrativo que asumimos a un tiempo como esquivo y como radicalmente vigente: “En el orden de la poesía es preferible lo imposible convincente a lo posible increíble”⁶⁷.

Reconocemos en la máxima aristotélica la vinculación entre el orden de lo vivido *dentro de los límites de la polis* y el orden de lo fabulado por los poetas, de forma que es desde la descripción del orden de la poesía desde donde encontramos los asideros necesarios para, por contrastación, dar cuenta, al menos parcial e inicialmente, del orden de lo vivido. En el mismo sentido, tomamos la autoridad de Aristóteles como muestra de la posibilidad de encontrar ciertos isomorfismos entre el orden propio de las creaciones de los poetas y el orden propio de las explicaciones que el ciudadano encuentra a los efectos del paso del tiempo cronológico. Por nuestra parte, buscaremos evidencias de estas vinculaciones con lo narrativo en aquellas explicaciones que, venidas desde las ciencias sociales, tienen como objeto dar cuenta de la forma de vida de estos sujetos culturalmente determinados. Iniciamos pues la revisión de *La corrosión del carácter* en busca de dichas evidencias de aquello que, por el momento, hemos presentado como presupuesto difuso.

⁶⁷ Aristóteles, *Poética*, 61 b 10-11.

I. DE LA CORROSIÓN DEL CARÁCTER A LA IDENTIDAD NARRATIVA COMO POSTULADO

I.1. Capitalismo flexible, carácter y miedo: diálogo con R. Sennett

Tomando la guía que la obra de Sennett nos proporciona, nos proponemos dar un paso más: ¿Es posible tratar el presupuesto difuso que nos ocupa como un postulado asumido por el discurso sociológico desde su partida? ¿Podemos ampliar este tratamiento del presupuesto como postulado a otros estudios venidos de las ciencias sociales? Con este objetivo, revisaremos los contenidos de *La corrosión del carácter*, buscando en ellos una guía para interpretar este presupuesto que tiende a quedar encapsulado en un postulado que se asume en las investigaciones de esta naturaleza pero que se resiste a ser tematizado en un discurso capaz de mostrar sus implicaciones.

Para ello, tras ordenar las líneas maestras de la obra, nos detendremos en tres aspectos de la exposición de Sennett: en primer lugar, en la caracterización del carácter o identidad de los sujetos; a continuación, en la dependencia que dichas identidades asumen con respecto al contexto socioeconómico en el que sus comunidades de referencia se encuentren; y, por último, la matriz que con Sennett encontramos para formular el problema implicado en la vinculación entre identidades individuales y procesos colectivos de naturaleza socioeconómica, precisamente en el contexto de las sociedades más desarrolladas durante el final del siglo XX. Recuperando las cuestiones con las que concluíamos el capítulo anterior, el descenso en el nivel de concreción que nos permite centrar nuestros análisis en esta obra nos permitirá de suyo formular aquello que estaba ya postulado en la obra de Sennett como una piedra de toque estratégicamente irrenunciable para nuestro estudio. A continuación, revisando *La corrosión del carácter*, formularemos aquel presupuesto difuso desde un discurso que lo enraíza en las condiciones materiales de existencia de la comunidad de referencia y que parte de la constatación de su merma o de la amenaza a su integridad.

La obra comienza estableciendo su hipótesis de trabajo: hay una vinculación entre la flexibilidad laboral propia del modo de producción capitalista a partir de las décadas finales del siglo XX y la ilegibilidad como rasgo definitorio de la forma de vida de los sujetos que trabajan bajo sus condiciones: “El nuevo capitalismo es, con frecuencia, un régimen de poder ilegible. Tal vez el aspecto más confuso de la flexibilidad es su impacto en el carácter”⁶⁸.

Es el nexo entre ambos estados de cosas -la flexibilidad en lo relativo al modelo productivo y la ilegibilidad en lo relativo al carácter de los sujetos o, al menos, a la visión que de dicho carácter tienen estos sujetos- lo que nos va a ocupar: cómo la flexibilidad del nuevo capitalismo delimita la lectura que los sujetos que lo encarnan hacen de sí mismos y de su propio tiempo.

La lectura que el sujeto hace de sí mismo es lo que Sennett considera su *carácter*, definido como el patrón de conducta en sus relaciones sociales que el sujeto en cuestión establece de forma duradera, *a largo plazo*. En esta línea, en el primer capítulo, se establece una analogía entre la forma de trabajo de Enrico, que concluye su vida laboral en las décadas finales del siglo XX y la de su hijo Rico, que la comienza entonces. La trayectoria profesional de Enrico transcurre de forma lineal y sus logros son acumulativos. Las tareas son rutinarias y las posibilidades de innovación en ellas, así como las posibilidades de cambio de trabajo, son limitadas. En este contexto, siguiendo a Sennett, el carácter de Enrico convive con tareas relacionadas con el largo plazo en su rutina laboral y el efecto de esa convivencia se evidencia en la construcción que él mismo hace de su propio tiempo fuera ya de sus obligaciones laborales.

Por su parte, su hijo, Rico, a pesar de haber completado sus estudios superiores y de tener un trabajo más especializado, que son dos mejoras innegables con respecto a la situación profesional de su padre, se enfrenta a su vida laboral desde una perspectiva prácticamente opuesta: la flexibilidad del modelo productivo al que él se incorpora le obliga a planificar su desarrollo profesional dentro de una estructura cortoplacista y, por ello, conserva un miedo latente a que las tareas no laborales en las que las directrices a largo plazo son necesarias, queden insatisfechas.

⁶⁸ Sennett, R., *La corrosión del carácter*, p. 10.

Teme que el efecto de la flexibilidad del modelo productivo sea la ilegibilidad en su carácter, definido como el esquema desde el que establece sus relaciones sociales a largo plazo. Sus preocupaciones principales serán la educación de sus hijos o, en general, las necesidades de su familia y, sin embargo, la estructura a corto plazo de las relaciones laborales en las que se mueve cotidianamente le hace percibir como *ridículos* valores como el compromiso o la lealtad, que él considera fundamentales en su concepto de familia o de educación. La distorsión generada entre el cortoplacismo de sus relaciones laborales y la estructura a largo plazo desde la que intenta edificar su familia es la causa de la ilegibilidad de su carácter. Para acotar esta referencia al largo plazo, Sennett recurre a la narración como metáfora del carácter: aquello que Rico busca es establecer una narración duradera, con sentido, desde la que educar a sus hijos sea una tarea a su alcance. En este sentido, análogamente, las estructuras cortoplacistas propias del neocapitalismo tenderán a formar sucesiones inconexas de episodios desde los que Rico percibe lo ridículo de sus intenciones de transmitir a sus hijos valores como la lealtad o el compromiso.

En el segundo capítulo, profundiza Sennett en las formas de vida implícitas en las organizaciones contemporáneas del trabajo: con A. Giddens, que renueva la concepción del trabajo de Diderot, se enfatiza el valor de la rutina y de la inclusión en una estructura previsible para la conformación de la identidad de los sujetos⁶⁹. Y, con A. Smith en *La riqueza de las naciones* de 1776, se pone de manifiesto el peligro que dicha rutina entraña. Desde estas referencias se presentan organizaciones del trabajo como la defendida por Taylor o el fordismo, entendiendo por tal el modelo de gestión empleado por Henry Ford entre 1910 y 1914 en *Ford Motor Company de Highland Park*.

En el tercer capítulo, el autor se propone ajustar la concepción de la flexibilidad como atributo principal de la organización del trabajo en el modo de producción neocapitalista, que se funda en la aspiración de superar el paradigma que el capítulo anterior esbozaba. Parte de tres elementos que las estructuras de poder propias de dicho modelo productivo imponen para lograr dicha flexibilidad. Estos elementos son:

- i. Reinvenición discontinua de las instituciones: como documenta el consultor Eric H. Clemons y corrobora AMA -*American Management*

⁶⁹ “Imaginar una vida de acciones a corto plazo, desprovista de rutinas (...) es imaginar una existencia sin sentido”. *La corrosión del carácter*, p. 45.

Association-, a lo largo de las dos décadas finales del siglo XX, las mayoría de las grandes empresas norteamericanas invierten grandes esfuerzos en redefiniciones de sus organigramas de trabajo, establecimiento de nuevos patrones y rutinas más flexibles entre sus trabajadores y otros cambios encaminados hacia la reestructuración del trabajo bajo formas menos rígidas.

- ii. Especialización flexible: desde una organización del trabajo contraria al fordismo, lo que se buscará en estas estructuras de trabajo será la posibilidad de producir cada vez objetos más variados en menos tiempo y siguiendo las mismas rutinas.
- iii. Concentración sin centralización: la organización del trabajo no debe ser dependiente de un organigrama fijo ni de una cadena de mando centralizada. Al contrario, la reestructuración del trabajo se encamina hacia lo contrario precisamente porque la concentración de responsabilidades conduce a la especialización y, por tanto, amenaza la flexibilidad.

En el cuarto capítulo, desciende desde Davos, metafórica montaña mágica donde tiene lugar el Foro Mundial Económico y donde se establecen estas directrices tendentes a la flexibilidad a las que hacíamos referencia en el capítulo anterior. Desciende hasta llegar a Boston, a la evolución del gremio de los panaderos de dicha ciudad. Comprobamos desde este nuevo nivel de concreción los efectos de la flexibilidad que acabamos de caracterizar: la flexibilidad del modelo productivo no genera que los panaderos pierdan su filiación con su tarea cotidiana; al contrario, comprueba Sennett, conciben esta tarea como estrictamente propia, como aquella que les define. Desde esta constatación, el autor recupera el problema de los efectos de la flexibilidad, esta vez descartando la posibilidad de un *final feliz* para su relación con el carácter: con los panaderos de Boston comprueba Sennett que la flexibilidad no elimina la filiación del sujeto con aquello que realiza cada día sino que, desgraciadamente, la filiación que debilita es la del sujeto con su propio tiempo, con aquello que le permite incardinarlo dentro de una estructura coherente -verosímil desde un punto de vista narrativo-, donde *un hecho siga al siguiente y lo condicione*.

Comienza el capítulo quinto con la revisión del proceso de reciclaje profesional de Rose, la gerente del *Trout bar*. Durante treinta años Rose fundó y gestionó este bar situado en el Soho de Nueva York con la intención de construir un espacio afable de convergencia para una clientela dispar. Aprovechando el momento de emancipación de sus hijas, Rose decide cambiar. Decide aceptar la oferta de trabajo de una agencia de publicidad especializada en licores y probar suerte lejos del *Trout bar*. Un año después Rose recuperó la gestión de su bar. Más allá del choque cultural y la adaptación que siguiera a su cambio de gremio, por lo que en este momento es útil su experiencia es porque nos enfrenta con un proceso colectivo de gran complejidad: aquello que hace que Rose desee recuperar su antigua ocupación es el pánico que le genera la incertidumbre en la que se construyen las relaciones laborales en el contexto que nos ocupa a lo largo de las décadas finales del siglo XX y que nada tienen que ver con la afabilidad que ella buscaba en el *Trout bar*.

Me derrumbé, repite Rose en varias ocasiones a lo largo del relato del que se sirve para explicar su regreso: las relaciones laborales estaban basadas en vínculos difusos y cambiantes, las funciones y las alianzas profesionales tampoco estaban definidas y la amenaza del final de la juventud y de quedar obsoleto atenazaba a cada trabajador. En ese contexto, Rose, que cumplía sus obligaciones estrictamente cuantificables con solvencia, no es capaz de adaptarse a un clima que se configura bajo esos rudimentos y acaba derrumbándose.

El resultado de la evolución que observábamos en el gremio de los panaderos en Boston es análogo al que Rose encuentra en la agencia de publicidad: la indefinición. Con J. Schumpeter hablamos de *destrucción creativa de empleo* para referirnos a la asunción creciente de riesgo por parte del trabajador que no es sino el resultado de una imposición. Imposición que es creciente en las décadas finales del XX y que es independiente del gremio que se analice. Así, el riesgo como estrategia de gestión de los procesos profesionales, siguiendo a Sennett, *desgasta nuestra sensación de carácter* precisamente porque no nos permite planificar bajo una matriz estable nuestras acciones.

Desde la definición de la *matemática del riesgo* de Tversky y Kahneman, así como desde los estudios de los economistas Robert Frank y Phillip Cook acerca de la dinámica del mercado como un espacio reglado bajo el presupuesto principal de que *el ganador se lo lleva todo*, encontramos los datos necesarios para construir la interpretación general de los efectos en el carácter que Sennett encontraba en los panaderos de Boston o en Rose.

El miedo a la descualificación es el resultado de una vivencia del tiempo propio dentro de estas condiciones estructurales arriba esbozadas. El tiempo propio está siendo amenazado por su lectura aritmética cuyo fin será parcelarlo en una sucesión discreta de acontecimientos que solo puedan ser tomados uno a uno, discretamente. El miedo a la descualificación profesional, a no poder adaptarse a los cambios que el mercado va marcando surge a partir de la vivencia del propio tiempo como un conglomerado de acontecimientos que carecen de nexo. Aquello que hace a Rose regresar al *Trout bar* es un miedo nacido de una vivencia del tiempo como una sucesión de acontecimientos en los que no es posible encontrar una norma, un hilo conductor que los recorra: “Cuando la experiencia pasada no parece una guía para el presente (...) el paso del tiempo parece vaciarnos”⁷⁰.

En conclusión, en este capítulo encontramos uno de los asideros que encontramos en la obra de Sennett: el miedo como pesquisa. “El miedo de Rico apunta a una debilidad que él siente que se da dentro de él por el mero paso del tiempo”⁷¹.

El capítulo sexto comienza recuperando el malestar, la ansiedad o el miedo con el que los sujetos asimilan los cambios en las condiciones de trabajo para mostrar a continuación que dichos cambios tienen ese efecto porque se construyen a partir de una lectura del tiempo más propia de un cálculo economicista que de una descripción de la temporalidad estrictamente humana, propia. La distancia entre el tiempo medido como variable dentro de una matemática del riesgo y un tiempo propio, construido bajo la máxima de que un acontecimiento precede al siguiente y lo condiciona es, en definitiva, la distancia entre el miedo de Rico y las certezas de Enrico.

Este modelo de gestión del tiempo propio del momento histórico que nos ocupa se traduce en formas de organización flexibles, con horarios impredecibles, tareas semejantes entre sí pero sin rutinas definidas y, finalmente, equipos de trabajo interconectados, con agentes vinculados entre sí pero sin ningún compromiso de permanencia. Podemos encontrar una muestra de este modelo de gestión en el estudio SCANS: *Secretary's Commission on Achieving Necessary Skills* encargado por la Secretaria de Estado de Trabajo estadounidense Elisabeth Dole en 1991. En él se analizan las capacidades necesarias para adaptarse a una economía flexible, destacando las

⁷⁰ *La corrosión del carácter*, p. 101.

⁷¹ *La corrosión del carácter*, p. 99.

siguientes: la primera y más importante es asumir que las reglas del juego que se lleva a cabo en cada ámbito económico serán reglas que cambiarán constantemente y que los jugadores deberán asumir así; en consecuencia, en segundo lugar, el éxito o fracaso precedente no servirá ni para inferir una norma de acción ni para avalar ninguna decisión; por lo tanto, la única regla que se puede generalizar es que el único rendimiento que es vinculante es el rendimiento inmediato y la única planificación posible la que sea el trabajador capaz de hacer de su estricto corto plazo. El resto de los análisis que se pretendan estarán condenados a la más estricta localidad y futilidad. El miedo es la vivencia más definida de esa gestión del tiempo que el estudio SCANS propone.

Desde estudios como el de Charles Darrah con trabajadores vietnamitas de empresas fabricantes de alta tecnología o el de Laurie Grahmann acerca de la organización del trabajo en Subaru-Isuzu prueba Sennett las deficiencias prácticas de este modelo de gestión del tiempo de trabajo, tomando como referencia los efectos en la forma de vida del trabajador:

El problema al que nos enfrentamos es cómo organizar nuestra vida personal ahora, en un capitalismo que dispone de nosotros y nos deja a la deriva. El dilema de cómo organizar una narrativa vital se aclara en parte sondeando cómo, en el capitalismo de hoy, la gente enfrenta su futuro⁷².

Comienza el capítulo séptimo analizando los correlatos del miedo caracterizado en el capítulo anterior como resultado. El fracaso es el principal: la amenaza del fracaso generalizada entre la *clase media* seguirá patente en las sucesiones de reconversiones y reducciones de plantilla de las grandes empresas de cualquier sector, en el tamaño siempre decreciente de las élites en una estructura competitiva en la que *el ganador se lo lleva todo* y, finalmente, en la sensación recurrente de Rico de fallar a sus hijos tanto si se adapta a las condiciones de trabajo -y estas le alejan de la posibilidad de cumplir sus propios compromisos- como si no lo hace -y no es capaz de satisfacer sus propias expectativas familiares. Para mostrar esta sensación de fracaso que acompaña a un número creciente de trabajadores, recurre el autor a la revisión llevada a cabo por el periodista inglés Anthony Sampson de los efectos del proceso de reestructuración de IBM a lo largo de los primeros años de la década de los 90: tras la dirección de Thomas Watson padre y la posterior de su hijo, en un momento de reajuste de las necesidades de su sector,

⁷² Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 123.

la empresa despide a un tercio de su plantilla y reduce drásticamente las coberturas sociales y las garantías laborales de sus trabajadores. Las consecuencias para los trabajadores que no pierden su empleo están relacionadas con una vivencia cotidiana del fracaso y de la pérdida y, para aquellos que lo perdieron, el fracaso se materializa en la indefensión que subyace a las interminables conversaciones entre ellos en el *River Winds Café*, donde se reúnen cotidianamente.

Autores como Lipmann, S. Rushdie y Z. Bauman sirven a Sennett para acotar las sensaciones que acompañan al fracaso: el carácter como entidad en corrosión, el sujeto como un “edificio tembloroso”⁷³ o la descripción de una narrativa vital proyectada como un *collage*, una colección de accidentes o de cosas encontradas e improvisadas. Nos encontramos frente al empleo de la narrativa “a veces llamada posmoderna”⁷⁴ para dar cuenta de la concepción de los sujetos de su propio tiempo. Una narrativa construida desde estructuras semejantes al *collage* “sirve a los narradores para dar cuenta de la experiencia del tiempo en la moderna economía política”⁷⁵.

Llegamos así al capítulo final –‘El pronombre peligroso’- centrado en los efectos que el capitalismo flexible ha tenido en la construcción contemporánea de comunidades, en el *nosotros* que las debe conformar. La ausencia de certezas y la flexibilidad propia de la organización del trabajo en este sistema económico han generado en los sujetos el anhelo de una comunidad anclada en la confianza y el compromiso compartido. Se trata, siguiendo a Sennett, de un *anhelo defensivo*, que busca la autoprotección del que lo enuncia. El reconocimiento de la necesidad mutua es el anhelo que pone al sujeto en la disposición necesaria para formar parte de una comunidad y uno de los hábitos que esta organización del trabajo ha devaluado sistemáticamente. Toma aquí como apoyo a P. Ricoeur para dar cuenta de la responsabilidad compartida, del compromiso y de la constancia como elementos que incardinan al sujeto dentro de esta necesidad mutua:

“Porque alguien depende de mí, soy responsable de mi acción ante otro”. (...) ¿Quién me necesita? Es una cuestión de carácter que sufre un cambio radical en el capitalismo moderno. El sistema irradia indiferencia. (...) Y lo hace a través de la reestructuración de instituciones en las que la gente se trata como prescindible. (...) La indiferencia que irradia el capitalismo flexible es más personal porque el sistema mismo está menos marcado, es menos legible en su

⁷³ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 139.

⁷⁴ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 140.

⁷⁵ *Ibidem*.

forma. (...) De ahí la confusión personal de hoy en día a la hora de responder la pregunta: ¿Quién, en la sociedad, me necesita?⁷⁶

La obra concluye, pues, con el establecimiento del nexo causal entre el modelo productivo y la generación de comunidades a finales del siglo XX: el capitalismo flexible y las comunidades a las que Rico o Rose pertenecen y las que anhelan. El corolario solo puede ser entonces que la corrosión del carácter de los sujetos tiene como motor la flexibilización del marco laboral en el que se inscriben.

Si con el inicio de la obra asumíamos que el carácter es corroído precisamente en su narratividad, es decir, en su capacidad de dar cuenta de sí mismo a través de estructuras a largo plazo dentro de las cuales *un hecho precede al siguiente y lo condiciona*, con el capítulo final de la misma asumimos que dicha corrosión es dependiente de las formas contemporáneas que el sistema de producción ha adoptado. Citando a Sennett, “la flexibilidad que celebran no da, ni puede dar, guía alguna para el modo de llevar una vida corriente”⁷⁷.

A) APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE CARÁCTER

El nuevo capitalismo [flexible] es, con frecuencia, un régimen de poder ilegible. *Tal vez el aspecto más confuso de la flexibilidad es su impacto en el carácter*⁷⁸.

El foco de nuestro análisis de la obra de Sennett es el carácter, del que se ocupa partiendo de la constatación de su corrosión ligada a la flexibilidad de su rutina: “¿Cómo decidimos lo que es de valor duradero en nosotros en una sociedad centrada en lo inmediato? ¿Cómo perseguir metas a largo plazo en una economía entregada al corto plazo? (...) Estas son las cuestiones relativas al carácter que plantea el nuevo capitalismo flexible”⁷⁹.

Se hace evidente, desde nuestra perspectiva, que es el autor el que nos impele a considerar el *carácter en sí* el verdadero eje de sus investigaciones y no solo los detonantes de su corrosión. Aquello que no puede desaparecer del discurso de Sennett es

⁷⁶ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 153-54.

⁷⁷ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 155.

⁷⁸ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 10. Cursiva nuestra.

⁷⁹ *Ibidem*.

la alusión a los pilares de aquello que desde sus primeras páginas acota bajo el término *carácter*. En esta línea, Sennett describe, aunque de forma sucinta, el carácter que es afectado por las formas de organización del trabajo en el nuevo capitalismo. Para ello, recurre, ya en el prólogo, a dos rasgos:

Horacio escribe que el carácter de un hombre depende de sus relaciones con el mundo. (...) El carácter se centra en particular en el aspecto duradero, *a largo plazo*, de nuestra experiencia emocional. El carácter se expresa por la lealtad y el compromiso mutuo⁸⁰.

Empezando desde el segundo rasgo vemos cómo, desde el planteamiento del problema, el carácter aparece como garante de la estabilidad en la pauta de actuación de un sujeto: se trata del rasgo depositario de los compromisos que el sujeto actuante establece con su propio *largo plazo*, con sus proyecciones de sí mismo en los escenarios por venir, de los que ignora casi todo, pero en los que ha de proyectarse para tener un *modo de estar* en su presente actual. En definitiva, el carácter será el depositario de aquellos compromisos a los que el sujeto no renuncia y con los que se enfrentará a su *largo plazo*, a un futuro del que ignora prácticamente todo. Antes de continuar, será útil fijar en la retina lo difuso de este *largo plazo* como escenario en el que opera el carácter del que pretendemos dar cuenta. Es un anhelo de los sujetos que aparecen en la obra de Sennett asir de forma más segura aquello que proyectan para sí mismos. A la vez, es una nostalgia de algo que vieron que sus padres disfrutaron y que ellos nunca tuvieron oportunidad de disfrutar, a pesar de haber sido educados en las bondades de hacerlo... quizá, incluso, en la idoneidad de disfrutarlo, por oposición a la irresponsabilidad de no haberlo tenido en cuenta: el *largo plazo* es presentado como anhelo de los hijos y como letanía de los padres que deviene en nostalgia de los hijos al hacerse adultos.

Atendiendo ahora al primer rasgo, a la alusión a Horacio, es imprescindible reseñar desde el inicio la toma de distancia con respecto a otras ciencias sociales -como la psicología- con una pretensión mayor de concreción y, a la vez, la intención de tomar el sustantivo *carácter* en su acepción más amplia⁸¹.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ Esta acepción más amplia, referida a una persona, alude a su individualidad, su temperamento o su personalidad y sirven al autor para referirse al conjunto de cualidades que hacen que alguien sea quien es. Citamos como referencia la entrada de *Cambridge dictionary*, en su primera acepción: “*The set of qualities that make someone or something different from others*”. Citamos también el primer acercamiento que

En el transcurso de la obra, y esto será un punto de conexión fundamental con el desarrollo ulterior de nuestro estudio, encontramos otros momentos en los que el autor amplía esta descripción del carácter con rasgos que, sin haberlos propuesto *a priori* en el prólogo, sí son empleados como instrumentos necesarios para el esclarecimiento del deterioro del carácter que genera el trabajo bajo las formas del *capitalismo flexible*, asumiendo la terminología de la obra. Según nuestro punto de vista, Sennett plantea desde el prólogo de su investigación un escenario delimitado por la referencia cruzada del carácter tomado en su acepción generalísima y por el efecto del *largo plazo* en él, acotado brevemente más arriba. Dentro de dicho escenario, en el desarrollo de su discurso, debe incluir rasgos sin los cuales ese concepto de carácter se diluye en un concepto *demasiado flexible*, inabarcable. ¿Se trata, entonces, de rasgos del carácter que estaban implícitos en el escenario mismo a pesar de no haber sido reconocidos por el propio Sennett en primera instancia? ¿Son, pues, rasgos tan inherentes a la acepción de carácter que nos ocupa como lo es su alusión a estructuras temporales de *largo plazo* a pesar de no mostrarse con la misma evidencia? Esclarezcamos primero a qué rasgo nos referimos para responder: se trata de la narratividad como rasgo inherente al carácter:

Dicho de otra manera, al riesgo le falta matemáticamente el aspecto de una narración en la que un suceso conduce al siguiente y lo condiciona. (...) Estar continuamente expuesto al riesgo puede desgastar nuestra sensación de carácter. (...) Uno está siempre “volviendo a empezar”⁸².

Podemos revisar esta descripción de la narratividad como rasgo del carácter desde la resonancia que supone del conocido fragmento de la *Poética*:

De entre los argumentos o las acciones simples los peores son los episódicos. Llamo ‘argumento episódico’ a aquel en el que los episodios uno tras otro no responden a la verosimilitud o a la necesidad. Así son las tragedias elaboradas por los malos poetas⁸³.

A continuación, Aristóteles propone otras acciones como modelo con el que el poeta puede enfocar su imitación:

Sennett nos propone al concepto: “Carácter es una palabra que abarca más cosas que la moderna ‘personalidad’” Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 10.

⁸² *La corrosión del carácter*, p. 87.

⁸³ Aristóteles, *Poética*, 1451 b.

La imitación (...) lo es de hechos capaces de provocar el terror y la compasión, y esto ocurre sobre todo cuando se producen unos a causa de otros⁸⁴.

Desde este rodeo por la concepción aristotélica de la construcción de la trama reparamos en la capitalidad de la narratividad como rasgo presupuesto del carácter: la capacidad de concatenar experiencias tomándolas no como realidades episódicas en una serie dada de hechos, sino desde un paradigma de construcción indicado para dicha acumulación: desde una concepción narrativa –*unos a causa de otros*-. Según nuestra lectura, en la obra de Sennett se pone en práctica, discursivamente, este presupuesto clásico: la concepción humana del tiempo propio, o, más simplemente, el modo en que dichos acontecimientos acaecidos a un sujeto son concatenados por este, responde a una matriz narrativa. Esta propuesta es por el momento un presupuesto difuso de las ciencias sociales que encontramos con particular vigencia en la obra de Sennett hasta el punto de reconocer en su discurso formulaciones que nos permiten la alusión a la *Poética*. Recuperando ahora la ligazón entre Sennett y la tradición aristotélica, si recordamos ahora el primer rasgo del carácter propuesto recordando a Horacio comprendemos la pertinencia de la pregunta que plantea Sennett citando a Paul Ricoeur al final de la obra: *¿Quién me necesita?*⁸⁵. Desde la referencia a Aristóteles podemos entender la narratividad como aquel rasgo del carácter que permite al sujeto incorporar patrones culturales y, desde ello, relacionarse con su realidad de forma *acompañada*, sabiendo a quién y a qué se debe.

En síntesis, los dos primeros rasgos del carácter no son suficientes para ofrecer una imagen definida de sus contornos si no recurrimos a este rasgo narrativo que el propio Sennett propone en el desarrollo mismo de su discurso y desde una formulación ciertamente afín a la aristotélica. La pregunta lanzada por Ricoeur resuena como un imperativo al que cualquier definición del carácter debe ser capaz de atender y que no puede ser atendido sin incluir entre nuestros argumentos esta asunción del planteamiento de Aristóteles.

⁸⁴ Aristóteles, *Poética*, 1452 a.

⁸⁵ Las ideas de responsabilidad y de constancia en el carácter han sido elaboradas a su vez por P. Ricoeur en los siguientes términos:

““Porque alguien depende de mí, soy responsable de la acción de otro”. (...) ¿Quién me necesita? Es una cuestión de carácter que sufre un cambio radical en el capitalismo moderno. (...) Hay historia, pero no una narrativa compartida de dificultad, y, por tanto, no hay destino compartido. *En estas condiciones, el carácter se corroe; la presunta “¿Quién me necesita?” no tiene una respuesta inmediata*”. Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 154. Cursiva nuestra.

Así, siempre siguiendo la guía de los argumentos que Sennett asume, la experiencia humana del tiempo requiere, para seguir siendo lo que es, del establecimiento de un rasgo narrativo en el carácter de los sujetos. Este rasgo lo encontramos en la concepción aristotélica y, desde ella, reinterpretemos las relaciones con el mundo a las que Horacio alude. Queda en consecuencia planteado el carácter o la identidad como una pauta propia del sujeto dentro de una red de interdependencias –¿*Quién me necesita?* -. Queda esbozado igualmente el rasgo afectado por la corrosión de dicha identidad: es un concepto dinámico en el sentido aristotélico del término y es su capacidad de adaptación al cambio lo que desde la sociología del siglo XX constatamos erosionado. Esta identidad mermada en su adaptación a los cambios, decíamos, es además dependiente de una matriz en dicho dinamismo que es afín a la narratividad o legibilidad.

En conclusión, ha partido Sennett de dos rasgos para definir el carácter relativos a las redes de interdependencia entre iguales y a la necesidad del sujeto de proyectar y ordenar su propio tiempo cronológico bajo estructuras duraderas, de *largo plazo*. Para conectar ambos rasgos del carácter, en el desarrollo mismo de su discurso, ha necesitado Sennett recurrir a un presupuesto no especificado en el momento de acotar dicho concepto de carácter: el presupuesto de raíz aristotélica que da cuenta de la conexión entre el tiempo cronológico y la necesidad de acompañarlo bajo una estructura de naturaleza narrativa. Encontramos en el planteamiento del carácter desde estos tres rasgos la definición más precisa del presupuesto difuso que hemos bosquejado hasta el momento y que hemos reconocido en otras investigaciones venidas de las ciencias sociales. Más simplemente: la pregunta ricoeuriana ¿*Quién me necesita?* es la pregunta por la identidad o, al menos, la pregunta que queda siempre suspendida cuando las identidades están ya fragmentadas. Sennett, nos ha permitido aclarar qué entendemos por identidad o carácter precisamente desde su asunción implícita del esquema aristotélico.

Buscando la aplicación de dicho esquema al contexto contemporáneo y a sus formas de organización del trabajo encontramos que son generadoras de efectos en el carácter de los sujetos que estarán relacionados con el dinamismo que hace que para ese sujeto un suceso dado conduzca al siguiente y lo condicione. Encontramos el efecto que el capitalismo flexible genera es el deterioro de un atributo de la identidad de los sujetos sin el cual esta no puede definirse sino como carente, al menos, parcialmente. Antes de centrarnos en esta narratividad como atributo corroído, nos enfocaremos en la causa de dicho deterioro: la forma de trabajo en la sociedad posmoderna. El nuevo capitalismo

genera formas de trabajo que devienen en formas de vida sustentadas en identidades fragmentadas, débiles, corroídas, ilegibles. Con el objeto de dar cuenta de dicha causalidad, rescataremos algunos capítulos de la obra de Sennett en los que la flexibilidad laboral se conecta con estas formas de vida, mostrando, de suyo, que la dependencia entre identidad y contexto debe ser analizada ulteriormente con todo el rigor posible desde una instancia con pretensiones filosóficas más definidas, capaces de arrojar luz sobre este presupuesto difuso que Sennett incorpora a su discurso con especial rotundidad. Pero, mantengamos ordenado nuestro discurso: mostremos desde *La corrosión del carácter* la relación de dependencia entre el carácter –y, en particular, su atributo narrativo– y la forma de vida de los sujetos en las sociedades cuyas formas de organización del trabajo responden a patrones propios del capitalismo flexible.

B) LA SUBORDINACIÓN DEL CARÁCTER AL MODELO DE PRODUCCIÓN

El nuevo capitalismo [flexible] es, con frecuencia, un régimen de poder ilegible. Tal vez el aspecto más confuso de la flexibilidad es su impacto en el carácter⁸⁶.

En el punto anterior proponíamos esta misma referencia a *La corrosión del carácter* como punto de partida de la descripción del carácter. La recuperamos ahora para enfatizar que, aquello que podamos decir de él, lo haremos en tanto dependiente de la estructura económica dada. Así, la ligazón entre la flexibilidad como característica del modelo económico contemporáneo y la ilegibilidad del carácter de los sujetos que lo protagonizan es el marco interpretativo en el que Sennett incardina sus conclusiones⁸⁷.

Buscaremos a continuación los argumentos en los que el autor fundamenta esta ligazón pero, antes, consideramos relevante reparar momentáneamente en lo siguiente: comenzar nuestra investigación en el establecimiento de un presupuesto difuso compartido por un conjunto de publicaciones venidas de la politología, la psicología clínica o la sociología y tomar la guía de Sennett para el esclarecimiento de dicho

⁸⁶ Sennett, R. *Op. Cit.*, p. 10. Cursiva nuestra.

⁸⁷ Este marco permite a Sennett enfatizar uno de los fundamentos de la concepción del carácter acotada más arriba: la identidad de los sujetos contemporáneos es dependiente del sistema socioeconómico en el que conviven.

presupuesto nos obliga a buscar conexiones entre discursos de diferente naturaleza que son capaces de componer el marco interpretativo que nos permita ser concluyentes al modo en que esta investigación está obligada a serlo. La asunción de este coste está implícita en el hecho de haberla comenzado y, a la vez, esta misma asunción tiene beneficios desde el punto de vista discursivo que, para nosotros, no eran tan evidentes al comienzo: quedamos anclados en aquellas constataciones que, desde las ciencias sociales durante las décadas finales del siglo XX, seamos capaces de encontrar y queda cerrado, igualmente desde el inicio, el camino que nos permita generalizar apresuradamente estas constataciones.

En esta línea, excede los límites con los que esta investigación se compromete la posibilidad de establecer de forma sistemática la naturaleza de la vinculación entre el sistema socioeconómico y la identidad de los sujetos que lo conforman, tomada dicha vinculación de forma abstracta. Sin embargo, el compromiso que establecemos con el presupuesto que comparten diferentes investigaciones venidas de las ciencias sociales durante las décadas finales del siglo XX sí nos permite establecer de forma clara y sistemática qué aspectos de las identidades compartidas por esas generaciones son afectados por los cambios en los sistemas de producción o en los modelos de convivencia que deriven de ellos. De esta forma, comenzar nuestra investigación por acotar un presupuesto difuso contenido en diferentes investigaciones con un relativo compromiso con el rigor científico tiene, también, este beneficio: su capacidad de generalización concluye en los límites mismos de las obras desde las que establecimos el presupuesto que nos proponemos esclarecer.

Apuntado solamente este beneficio del compromiso con nuestro presupuesto, retomamos ya la dependencia entre la flexibilidad del modelo productivo y la ilegibilidad del carácter de los sujetos que lo conforman. En el capítulo tercero, Sennett lleva a cabo una descripción sociológica de la flexibilidad tomando los rasgos más importantes del modelo de trabajo propio del capitalismo flexible y reconociendo su efecto en los modelos sociológicos de construcción identitaria que le son afines:

Éstas son, pues, las fuerzas que inclinan a la gente hacia el cambio: reinención de la burocracia, especialización flexible y concentración sin centralización. En la rebelión contra la rutina (...) el tiempo de la flexibilidad es el tiempo del

nuevo poder. La flexibilidad engendra desorden, pero no libera de las restricciones⁸⁸.

Encontramos, pues, que rasgos como la verosimilitud o la credibilidad del compromiso a largo plazo, el sentido teleológico del cambio en cualquier plano de la vida o el papel del ciudadano en las estructuras a corto plazo de su mundo laboral son rasgos de sus identidades que pueden ser analizados en tanto dependientes de la estructura económica. A pesar de todas las restricciones metodológicas que nos imponemos en el tratamiento de la obra de Sennett, la potencia de este hilo de discurso es irrenunciable.

En el mismo sentido, en el capítulo sexto, se evidencia de nuevo esta ligazón entre flexibilidad (económica) e ilegibilidad (identitaria): la socióloga sueca Malin Åkerström⁸⁹ prueba que la violencia estructural de nuestro sistema económico flexible es asimilada y sufrida por los sujetos a pesar de no ser ejercida directamente a partir de una estructura jerárquica explícita de aspecto pétreo. Y por esto, siguiendo a Åkerström, es una *traición* hacia el trabajador y una forma sutil y nueva de perpetuar la *dominación*. Para ella, la pretendida neutralidad de las estructuras flexibles y cambiantes, así como la ausencia de jerarquías estables dentro de las estructuras de *trabajo en equipo* aspiran a plantear un escenario en el que “el cambio es el agente responsable”⁹⁰ y en el que el trabajador pierde de vista al agente al que debe imputar sus condiciones de trabajo. Es pertinente en este momento el recordatorio que nos permite hacer Malin Åkerström de la falta de inocencia del sistema de organización del trabajo, evidenciado en el actual trabajo en equipo. Recordatorio, en definitiva, de la violencia estructural que esta autora nos permite contextualizar en las formas más flexibles de organización y que formula así:

*El problema al que nos enfrentamos es cómo organizar nuestra vida personal ahora, en un capitalismo que dispone de nosotros y nos deja a la deriva. El dilema de cómo organizar una narrativa vital se aclara en parte sondeando cómo, en el capitalismo de hoy, la gente enfrenta su futuro*⁹¹.

El estudio de Åkerström coloca frente a nosotros la evidencia de que desde el sistema de organización del trabajo se abre una puerta de entrada al análisis de ese rasgo del carácter que ha tenido que ser asumido por Sennett durante la construcción misma del

⁸⁸ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 61.

⁸⁹ Nos referimos especialmente a las hipótesis de trabajo que dirigen su investigación en *Betrayal and betrayers. The sociology of treachery*. 1990.

⁹⁰ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 121.

⁹¹ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 123. *Cursiva nuestra*.

discurso, esto es, del rasgo narrativo que permite hilar acontecimientos a modo de episodios contenidos en una misma narración. En definitiva, lo que con Åkerström encuentra Sennett es la evidencia de que nuestro presupuesto difuso lo es menos si reconocemos el papel que posee la estructura que el modelo de producción actual construye. Sin esta estructura, aquel presupuesto permanecerá difuso y aquella narrativa no solo continuará siendo fragmentada, sino que escapará a cualquier análisis.

Desde esta conquista queda Sennett impelido a tratar otras formas del vínculo entre flexibilidad e ilegibilidad que nos ocupa: si con Åkerström entendíamos sustanciada dicha ligazón en la actualidad, suponemos que sucede de forma análoga bajo otros sistemas de producción y otros modelos de organización del trabajo⁹². Así, en el capítulo séptimo, repara en el trabajo del historiador Oliver Zunz que muestra que, en la forma de trabajo propia del periodo previo a la I Guerra Mundial, ya eran desatendidos los *trabajos concretos* que un sujeto lleva a cabo frente a su *profesión*: “La persona que se dedica al ejercicio de una profesión se plantea propósitos a largo plazo, *criterios de comportamiento profesional y no profesional*”⁹³.

Idéntica inferencia haremos de la alusión, en este mismo capítulo, al término *Beruf* por parte de M. Weber, ligado al trabajo y al esfuerzo continuado volcado sobre una tarea organizada y estable. A largo plazo. Durante la obra, la tentación del establecimiento de cierta estabilidad en la relación entre el modo de trabajo y la identidad con independencia del momento histórico que se analice obliga a Sennett a aclarar el sentido de las alusiones reiteradas a la generación precedente a la que está analizando: no solo Enrico, sino también Rose, los panaderos de Boston o las comunidades griegas o italianas de Nueva York o de Chicago, que desarrollaron sus vidas profesionales a lo largo del mismo periodo histórico que Enrico, no son propuestos como ejemplo desde el que la generación de Rico debiera analizar sus conquistas o sus carencias. Ya hemos aclarado que la conexión entre el capitalismo flexible y las identidades fragmentadas no nos permite generalizar de forma sistemática una conexión entre el modelo de organización del trabajo y el carácter de los

⁹² Como apuntamos más arriba, los estudios tanto de Sennett como de Åkerström quedan circunscritos a los contextos en los que se enmarcan y su capacidad de extrapolación es limitada. No obstante, esto no excluye la referencia a otros estudios dedicados a contextos distantes que permitan establecer analogías con la investigación que ambos llevan a cabo. Según nuestro punto de vista, no se legitima el estudio de Zunz como antecedente del que Sennett está llevando a cabo, sino que se establece, por analogía, la vigencia del nexo entre el contexto y el sujeto desde él. Desde la analogía, afianzamos la conexión entre el capitalismo flexible y las identidades fragmentadas aunque no podamos pormenorizar cómo se conectan el sistema de producción de bienes y las identidades de los sujetos.

⁹³ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 127. Cursiva nuestra.

agentes que lo asumen. Nos permite, y ahí concluirá su poder de extrapolación, establecer analogías que remitan a conexiones afines.

En este sentido, no cabe la alusión a un pasado en el que el modelo de organización del trabajo hubiera sido más considerado con el modo de vida que generara, dada la imposibilidad de establecer una regla que regulara esta conexión. Cabe, sin embargo, buscar en el juego de analogías entre generaciones aquello que la generación de Rico pretende nombrar: los atributos corroídos de su identidad. Así, no propone el autor con nostalgia recuperar un sistema económico más basado en la estabilidad porque le serían afines identidades simétricamente estables, ni mostrar que la corrosión del carácter sea un punto de no retorno que nos invitara a regresar a un pasado que nos fuera más afín, más *propio* en sentido aristotélico. Se limita, recurriendo a las referencias a Weber, a Zunz o, especialmente, a Enrico a arrojar luz sobre aquello que limita la capacidad narrativa de la generación de Rico. El propio Sennett es contundente:

Al pintar este cuadro soy muy consciente de que, pese a todas las reservas, corre el riesgo de parecer un contraste entre un antes que era mejor, y un ahora peor. Ninguno de nosotros podría desear volver a la seguridad de la generación de Enrico o de los panaderos griegos de Boston⁹⁴.

Así, encuadraremos los análisis de la generación de Enrico dentro de un contexto de análisis de la forma de vida de la generación siguiente y no reconoceremos en esta alusión a la forma de vida de la generación de Enrico el establecimiento de un arquetipo o de un *pasado recuperable*. Tampoco aspiraremos a establecer un principio rector de la relación entre el sistema de organización del trabajo y la forma de vida de los sujetos que lo componen. Más llanamente, afirmamos con Sennett que aquello que, en el contexto del que se hace cargo, pueda ser establecido acerca del atributo narrativo de la identidad será dependiente del modelo de organización del trabajo de su sociedad. Como puede observarse, tematizar esta conexión es tan inevitable para nuestra investigación como delicado desde el punto de vista discursivo pues, si pretendemos seguir acotando nuestro estudio a los presupuestos que encontramos en los estudios venidos de las ciencias sociales del final del siglo XX, la capacidad de extrapolación de nuestras conclusiones será siempre limitada. No tendremos inconveniente en asumir este coste.

⁹⁴ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 123.

A la vez, no renunciaremos a la posibilidad de esclarecer qué corrientes filosóficas del final del siglo XX han tratado las consecuencias de estos modelos de organización del trabajo, como no renunciamos a una guía de naturaleza filosófica para conducirnos en el esclarecimiento de dicho presupuesto.

C) EL MIEDO COMO PESQUISA. RECONOCIMIENTO DEL POSTULADO

Enrico y su generación no son ejemplo o norma a pesar de ser presentados como opuestos en algunos aspectos a la generación de Rico. Es la generación anterior y, por lo tanto, Rico bebe de su vivencia para planificar su vida, pero esto no la convierte en modelo eidético construcción de la identidad. Sí que la convierte en otro modelo de construcción del carácter que puede ayudar a comprender mejor el que ocupa a Rico y así es presentado: “Sería un sentimentalismo taciturno lamentar la decadencia del trabajo esforzado y de la autodisciplina (...) y todas las otras alegrías de los viejos tiempos”⁹⁵.

Partiendo de este esquema de relación entre generaciones y centrándonos ya en la generación de Rico, relaciona Sennett sus recorridos laborales con los miedos que cumplen la función de límite regulador de sus vidas: la inestabilidad como rasgo de la organización del trabajo en el capitalismo flexible es un elemento decisivo en la explicación del miedo a no poseer las riendas del resto de aspectos de su vida que sienten Rico y Jeannette. De esta forma, el miedo evidencia la relación directa entre las exigencias de flexibilidad del mundo del trabajo y la corrosión del carácter que Rico reconoce. Un miedo que Enrico nunca encontró y que Rico encuentra cuando es incapaz de compatibilizar la incertidumbre propia del trabajador en el capitalismo flexible y su necesidad de *familiaridad* o *destreza* con respecto a su propio tiempo.

Desde esta vinculación, el miedo de Rico puede ser ahora interpretado con más precisión como consecuencia del conflicto entre el *largo plazo* que le inculcó Enrico y el *corto plazo* que su contexto socioeconómico le impone. Aquel *largo plazo* no solo es inculcado por la generación anterior guiada por la expectativa de que la de Rico se desarrollara siguiendo los mismos rudimentos que ellos emplearon, se guiaban también, probablemente, por la convicción de que aquella era la forma propia de construir

⁹⁵ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 104.

identidades dentro de contextos semejantes a los suyos, también para las generaciones posteriores. En definitiva, el *largo plazo* inculcado por Enrico no se limitaba a transmitir el *modus operandi* esperable en un contexto socioeconómico que ellos esperaban que fuera semejante, sino que intentaban transmitir una forma de construir modelos de convivencia y, en suma, estructuras sociales que ellos consideraban difícilmente eludibles.

Sin embargo, el conflicto de esta expectativa con la vivencia laboral de Rico es el nudo mismo de la corrosión que nos ocupa. Es este el punto en el que el atributo narrativo de la identidad carece de los elementos indispensables para *seguir narrando* y comienza su corrosión. Este miedo nos permite afinar el sentido de la corrosión que nos ocupa o, más exactamente, apreciar qué aspecto del carácter es el que se está viendo afectado: este socavamiento tiene su efecto en la construcción que los trabajadores hacen de su propio tiempo. Entendemos el tiempo no bajo la forma de lo estrictamente cronológico ni como objeto de análisis filosófico⁹⁶ sino más bien bajo la forma del tiempo humano, del tiempo que sirve de red en la que el sujeto acumula experiencias y en la que elabora su propia construcción de sí mismo y del contexto que le ha de ocupar.

Aquello que está siendo erosionado o corroído es la capacidad del sujeto para forjar un carácter. Y el rasgo del carácter que sufre la erosión es narrativo:

¿Cómo pueden perseguirse objetivos a largo plazo en una sociedad a corto plazo? ¿Cómo sostener relaciones sociales duraderas? ¿Cómo puede un ser humano desarrollar un relato de su identidad e historia vital en una sociedad compuesta de episodios y fragmentos? (...) Si pudiera establecer el dilema de Rico en términos más amplios, diría que el capitalismo a corto plazo amenaza con corroer su carácter, en especial aquellos aspectos del carácter que unen a los seres humanos entre sí y brindan a cada uno de ellos una sensación de un yo sostenible⁹⁷.

⁹⁶ Ambas formas de tratar el problema del tiempo exceden nuestra investigación, aunque en sentidos diferentes. Por un lado, nos excede el análisis exclusivamente cronológico o episódico del tiempo, pues remite a una *vivencia no humana*, es decir, que tiene lugar *fuera de los límites de la ciudad* y que es propia de *bestias* o de *dioses*. Por otro, el análisis filosófico del problema del tiempo nos comprometería con la revisión una discusión que excede las posibilidades de nuestro estudio. No excede, sin embargo, nuestros límites el análisis del juego que integra el tiempo cronológico en una estructura propia de los habitantes de esta ciudad —en la que impera un modelo de producción y de organización del trabajo—, y que nos permite generar identidades singulares o colectivas. No excede, en definitiva, nuestros límites atender a la vivencia estrictamente humana del paso del tiempo cronológico.

⁹⁷ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 25. Cursiva nuestra.

Encontramos otra formulación del miedo como resultante de la erosión del rasgo narrativo a propósito de lo que Tversky y D. Kahneman denominan *matemática del riesgo*, dedicada a establecer los modos por los que los sujetos asumen o no riesgos en su vida profesional y los cálculos que realizan para ello. Sennett, desde ahí, elabora una formulación que será para nosotros concluyente:

Dicho de otra manera, *al riesgo le falta matemáticamente el aspecto de una narración en la que un suceso conduce al siguiente y lo condiciona. (...) Estar continuamente expuesto al riesgo puede desgastar nuestra sensación de carácter*. No hay narración que pueda vencer la regresión a la media; uno está “volviendo a empezar”⁹⁸.

Miedo y narración aparecen como dos mecanismos de adaptación ante un mismo fenómeno: el paso del tiempo. Quizá dos mecanismos que se oponen entre sí, pues el miedo que se describe tiene que ver con la imposibilidad de recurrir a estructuras de origen narrativo para concatenar los acontecimientos que se suceden:

El miedo de Rico apunta a una debilidad que él siente que se da dentro de él por el mero paso del tiempo. El marco temporal del riesgo ofrece poco consuelo personal (...). En efecto, la ansiedad personal sobre el tiempo está profundamente entrelazada con el nuevo capitalismo. (...) Una aprensión es la ansiedad por lo que puede ocurrir; la aprensión la crea un clima en el que se hace hincapié en el sueño constante, y aumenta cuando la experiencia pasada no parece una guía para el presente. (...) El paso del tiempo parece vaciarnos⁹⁹.

La vivencia de la corrosión es el miedo. En un entorno de riesgo y amenaza, el tiempo propio deja de poder ser narrado y la corrosión de la identidad es la consecuencia que prueba la conexión entre nuestra percepción del tiempo y nuestra capacidad narrativa. Esta es la inestimable aportación de Sennett a nuestra investigación y desde esta debilidad y este miedo de Rico entendemos que la narratividad identitaria es la herramienta que nos permite edificar nuestro propio tiempo como un escenario acotado, como número o medida de nuestro movimiento¹⁰⁰.

⁹⁸ Sennett, R., *Op. Cit.*, p. 87. Cursiva nuestra.

⁹⁹ *La corrosión del carácter*, p. 100- 101. Cursiva nuestra.

¹⁰⁰ Recordando las reflexiones de la misma época de Ricoeur, surge de suyo un espacio discursivo de diálogo entre ambos autores:

“Los postulados de la lingüística estructural conllevan una crítica radical tanto del sujeto como de la intersubjetividad. En la lengua, podría decirse, nadie habla. La noción de sujeto, al ser desplazada al ámbito del habla, deja de ser un problema lingüístico para recaer en el terreno de la psicología. La despsicologización radical de la teoría del signo [llevada a cabo por el estructuralismo] une sus efectos a las demás críticas, de origen nietzscheano o

En conclusión, desde esta constatación del miedo, la ansiedad o la aprensión ante las dificultades en la formulación del tiempo vivido que sufren los sujetos analizados en la obra, llegamos al establecimiento del problema que nos ocupa: *la dificultad para el relato en el capitalismo flexible evidencia, por negación, la existencia de un atributo narrativo en el carácter que desde este momento nos ocupará*. Esto es lo que buscábamos realizando este rodeo por la sociología de finales del siglo XX, que interpretara el sentido de la carencia de un rasgo de la identidad -en sus palabras, carácter- que es afín a la narración y que lo es precisamente en el sentido de que cada acontecimiento *conduce a lo siguiente y lo condiciona*.

I.2. La identidad narrativa como postulado

Del presupuesto difuso a un postulado compartido: Con Sennett hemos nombrado la corrosión de la identidad vinculándola con las formas de trabajo propias del capitalismo flexible y, desde ahí, hemos defendido que el sentido de dicha corrosión está precisamente en la capacidad perdida para interpretar nuestras acciones o proyectarlas no como actos inconexos sino conformando una unidad en la cual un hecho sigue al siguiente y lo condiciona. Así, partiendo de la corrosión, se concatenan en un solo discurso, por un lado, el efecto de la estructura económica en la forma de vida de los sujetos y, por otro, la naturaleza narrativa de la interpretación que los sujetos llevan a cabo de su propia forma de vida. El efecto de dicha concatenación es lo que da a Sennett una relevancia capital para nuestro estudio: la corrosión es un efecto del sistema económico sobre la forma de vida de los sujetos que lo encarnan y dicha corrosión afecta a su disposición narrativa.

Gracias también a Sennett, podemos ser más rotundos al recuperar otras ciencias humanas que nos ocuparon antes. En Watzlawick, por un lado, la caracterización de la pauta o estructura como elemento indispensable para dar cuenta de la conducta y, por otro lado, la explicación de la relación entre conducta y sistema desde el recurso a patrones compartidos con expresiones narrativas contemporáneas son dos fundamentos de su

freudiano, del sujeto reflexivo, y entra a formar parte del gran movimiento que se ha llamado a veces la crisis e incluso la muerte del sujeto.” “Historia y narratividad”. *Filosofía y lenguaje*, p. 44.

análisis de la comunicación humana que remiten a una concepción narrativa de la identidad que no tematiza pero que postula.

En Anderson, el concepto de nación está legitimado desde recursos principalmente emocionales y filosóficamente vacíos. Así, su concepción de la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana”¹⁰¹ es construida a sabiendas de que su operatividad en el discurso colectivo y los efectos que tenga para la comunidad que lo asume no parten de una convicción racional o de un discurso asentado sobre convicciones compartidas y estables. Más bien, se basa en una concepción compartida por una comunidad de hablantes que tiene poco de racional y que queda anclada en los relatos compartidos y en las interpretaciones afines de vivencias semejantes. Recuperando la cita de Anderson: “la ficción se cuela silenciosa y continuamente en la realidad”¹⁰².

En Said, según nuestra lectura, se generaliza más la misma explicación de la construcción de la identidad como dependiente de un rasgo narrativo inherente en el sujeto, así como la relación de dependencia que dicha identidad asume con respecto a la estructura o sistema económico. Lo que en Sennett hemos analizado desde un punto de vista lo más individualizado posible -en Rico o en sus contemporáneos- y muy acotado generacionalmente es, sin embargo, posible aplicarlo a sistemas de creencias y valores mucho más generales y extendidos en el tiempo, como prueba no solo la obra de Said sino todos los estudios poscoloniales de raíz orientalista que le siguieron. Así, concepciones como la que desde Occidente tengamos de Oriente pueden ser tomadas en cuenta partiendo desde una matriz de análisis que no dista tanto de la que Sennett o Anderson postulan.

Según lo anterior, Watzlawick, Anderson y Said recurren a una matriz de análisis compartida que con Sennett logramos asir de forma suficiente: *hay una vinculación entre las estructuras económicas y políticas y la construcción que los sujetos hacen de su propia identidad -individual y colectiva- y, al mismo tiempo, hay un patrón narrativo en esa construcción de la identidad.*

¹⁰¹ Anderson, B., Op. Cit., p.23.

¹⁰² *Comunidades imaginadas*, p. 61.

Asumida esta constatación, podemos concluir que aquel presupuesto difuso que tratábamos de bosquejar al principio puede ser visto ahora de forma más definida: se trata de una alusión implícita a lo narrativo como recurso que permite interpretar los hechos culturalmente determinados desde su inclusión en una totalidad en la que cada elemento no sea interpretado de forma discreta, sino que se considere dentro de una serie en la que un hecho preceda al siguiente y lo condicione. Podemos por lo tanto dejar de considerar aquella alusión a lo narrativo como un *presupuesto difuso* que estos estudios comparten para empezar a analizarlo como un *postulado* que asumen, según nuestra impresión inicial, con relativa conciencia de sus implicaciones.

Si para dar cuenta de lo ecléctico de nuestra muestra inicial necesitamos descender en el nivel de concreción y considerar representativo de las ciencias sociales un solo estudio, para dar cuenta de lo difuso del presupuesto hemos necesitado un esfuerzo discursivo mayor que apenas concluimos. Consideramos ambos rasgos -lo ecléctico de la muestra y lo difuso del presupuesto- suficientemente restringidos. El primero desde el cambio de nivel de análisis y el segundo desde las conclusiones logradas gracias a la obra de Sennett. Desde él, entendemos que postular una capacidad narrativa en los sujetos es lo que permite a las ciencias sociales ser concluyentes en sus análisis, pues sin dicho postulado no podría concluirse la corrosión como rasgo identitario en los sujetos que ocupan a Sennett y ese es y debe ser la aspiración del estudio de Sennett o de cualquier estudio de su campo: ser concluyente. Por lo tanto, la asunción no declarada o poco justificada de este postulado no debe ser imputada a los estudios venidos de las ciencias sociales. Más bien, la interpretamos como una veta de análisis que la hermenéutica pudo aprovechar, ya que aquello que los estudios venidos de las ciencias sociales necesitan postular para llevar a cabo sus análisis y que estos sean concluyentes es aquello que a un estudio de naturaleza hermenéutica le es propio.

Del postulado compartido a Tiempo y narración: Partiendo del establecimiento de dicho postulado de origen narrativo, podemos dar un paso más en nuestra investigación y constatar que, si bien ha sido un postulado rentable desde el punto de vista práctico para las ciencias sociales a lo largo de las décadas finales del siglo XX porque les ha permitido ser conclusivas en sus análisis, también ha sido un presupuesto sin fundamentación desde el punto de vista teórico, lo cual nos legitima para recurrir a investigaciones que, sin

pertenecer a las ciencias sociales, sí aspiran a dar cuenta de sus discursos y de las implicaciones que estos asumen. En este sentido, las producciones propias de la escuela hermenéutica realizadas en el mismo periodo histórico nos permitirán replantear el lugar que este postulado de origen narrativo tiene en los discursos de sus contemporáneos.

Asumimos de partida, por un lado, la diversidad de enfoques y de métodos dentro de la hermenéutica y, por otro, lo estéril de proporcionar una panoplia de discursos que se planteen la vigencia de dicho postulado en dicho campo. Nos vemos impelidos por lo tanto a buscar un discurso dentro de este campo que sea lo suficientemente analítico y que dé cuenta de aquel postulado que hemos encontrado *en ejercicio* en las ciencias sociales. *Tiempo y narración*, publicada a lo largo de la década de los ochenta por Paul Ricoeur, nos parece el aliado más fiable para esta empresa.

Tomar como guía *Tiempo y narración* para el análisis sistemático de la identidad narrativa como postulado es sin duda el paso más arriesgado y decisivo de nuestra investigación. En un ejercicio que parte de nuestro *presupuesto de anticipación de la perfección*¹⁰³ de la obra de Ricoeur, emprendemos su análisis con la aspiración de encontrar allí un estudio de naturaleza hermenéutica capaz de dar cuenta del postulado compartido por las ciencias sociales.

Con este paso hacia la obra de Ricoeur – aquí también reside parte del riesgo- dejamos de atender a otros caminos que nuestra investigación podría haber seguido: renunciamos a detallar y comparar estudios más o menos afines a la hermenéutica como escuela de pensamiento que nos sirvieran para construir una visión unificada de aquello que hayamos podido concluir desde dicho campo acerca del postulado narrativo que nos ocupa. Renunciamos igualmente a tratar monográficamente algunos de esos estudios. Y renunciamos, por último, a la discusión metodológica acerca de la naturaleza de las conclusiones que los estudios hermenéuticos extraen de otros campos de estudio -es decir, no trataremos el problema teórico que implica que autores especializados en análisis

¹⁰³ Siguiendo las palabras del autor, este presupuesto “significa que solo es comprensible lo que representa una unidad perfecta de sentido. Hacemos esta presuposición de la perfección cada vez que leemos un texto y solo cuando la presuposición misma se manifiesta como insuficiente, esto es, cuando el texto no es comprensible, dudamos de la transmisión e intentamos adivinar cómo puede remediarse”. Gadamer, H. G., *Verdad y método*, p. 362-63.

textuales sean los responsables de enmarcar y mostrar las implicaciones que lícitamente puedan hacerse de los discursos elaborados dentro del campo de las ciencias sociales-.

A cambio, anticipamos que con este salto hacia la producción filosófica de Paul Ricoeur a lo largo de las décadas finales del siglo XX estaremos en disposición de ofrecer un análisis completo de este postulado que, de otro modo, podríamos haber evidenciado de una forma más plural, pero también menos rotunda. En definitiva, es el salto más decisivo que daremos en nuestra investigación centrarla en el análisis que en *Tiempo y narración* encontremos de este postulado y lo hacemos guiados por pocas certezas más operantes que el citado *presupuesto de anticipación de la perfección*.

Asumido, pues, el salto hacia Ricoeur y los riesgos que entraña, proponemos algunas sinergias que conserva con el estudio de Sennett: a primera vista, R. Sennett publica en 1998 *La corrosión del carácter* tras haber realizado sus estudios universitarios fundamentalmente en la Universidad de Chicago y P. Ricoeur publica entre 1983 y 1985 *Tiempo y narración*, mientras ejerce un semestre al año labores docentes en la misma universidad. Además, más allá de esta coincidencia que puede ser solamente accidental, las conclusiones sociológicas contenidas en la obra de Sennett pueden ser comprendidas en todo su calado desandando el camino que las reúne con el estudio de Ricoeur, es decir, encontramos en las dos obras una mutua implicación que nace en el punto de vista, en el esquema discursivo.

P. Ricoeur, en una revisión sucinta de su producción filosófica, explica de este modo su objeto de estudio en *Tiempo y narración*:

Sólo pude escribir sobre el tiempo cuando fui capaz de percibir una conexión significativa entre “la función narrativa” y “la experiencia humana del tiempo”. Los tres volúmenes de *Tiempo y narración* no hacen sino desarrollar, complicar y finalmente corregir la idea rectora presente desde estas primeras pruebas, a saber, que el relato sólo culmina su carrera en la experiencia del lector, cuya experiencia temporal “prefigura”. *Según esta hipótesis el tiempo es de algún modo el referente del relato, en tanto que su función es articular el tiempo para darle la forma de una experiencia humana*¹⁰⁴.

En *Tiempo y narración*, partiendo de la concepción aristotélica que también asume Sennett en su caracterización del carácter, Ricoeur defenderá el recurso a la narratividad

¹⁰⁴ A.I., p. 65. Cursiva nuestra.

de la identidad -individual o colectiva- que nos permitirá relacionarla con las estructuras socioeconómicas propias de su contexto y con lo que *denominaremos vivencia humana del paso del tiempo*: “La hipótesis que dirige nuestra búsqueda: que el trabajo de pensamiento que opera en toda configuración narrativa termina en una refiguración de la experiencia temporal”¹⁰⁵.

Sennett, por su parte, en las primeras páginas de la obra a la que nos hemos referido, acotará el suyo de modo afín:

Las especiales características del tiempo en el neocapitalismo han creado un conflicto entre carácter y experiencia, la experiencia de un tiempo *desarticulado que amenaza la capacidad de la gente de consolidar su carácter en narraciones duraderas*.¹⁰⁶

Según nuestra hipótesis, Ricoeur, que en su *Autobiografía intelectual* reconoce no haberse ocupado prioritariamente en ninguna etapa de su vida de ramas de la filosofía afines a la ética o a la filosofía política, en la obra que nos ocupa elabora el marco referencial que permite encuadrar el origen del malestar desde el que comienza su análisis *La corrosión del carácter*. En este sentido, recurrimos al estudio hermenéutico contenido en *Tiempo y narración* con la intención de dar cuenta no de las consecuencias que sigan a los análisis de Sennett o del resto autores que nos han ocupado -tampoco a aquéllos que comparten sus enfoques o que han continuado sus líneas de investigación-. Más bien, recurrimos a Ricoeur con la intención de dar cuenta de un postulado que nos parece operante en el fondo de estudios muy vinculantes en la concepción de la forma de vida de los sujetos contemporáneos y que, sin embargo, no consideramos tematizado con el suficiente rigor¹⁰⁷.

Sintetizando la sinergia entre ambos autores, encontraremos en *Tiempo y narración* el establecimiento de una *identidad narrativa* que será aquella que Sennett está encontrando en plena corrosión. *Desde un estudio de naturaleza sociológica encontramos postulado un rasgo de la identidad que Ricoeur había analizado unas décadas antes. Si convenimos con Ricoeur que el modo propiamente humano de entender el paso del tiempo*

¹⁰⁵ T.N., p. 635.

¹⁰⁶ *La corrosión del carácter*, p. 30. Cursiva nuestra.

¹⁰⁷ Como decíamos unos párrafos más arriba, buscamos desandar el camino que lleva a la obra de Sennett desde otra que le precede y que, esperamos, dé cuenta de sus postulados antes de que sean considerados como tales. En este sentido, es nuestro recurso a *Tiempo y narración* mucho más una vuelta a los cimientos que una búsqueda de las consecuencias que suponen obras como las de Sennett.

es estableciendo en él patrones narrativos y que esto resulta un rasgo fundante tanto de nuestra interpretación de su realidad como de nosotros mismos el estudio reseñado de Sennett supone su actualización más precisa.

El papel de El conflicto de las interpretaciones: ¿Cómo hacernos cargo de los contenidos de *Tiempo y narración* como análisis del postulado narrativo? Antes de emprender el salto hacia *Tiempo y narración* es pertinente especificar qué empeños lleva adheridos y el principal es el compromiso con el método y el contenido de la obra.

A continuación, buscaremos en la producción filosófica de Ricoeur una obra que legitime nuestro salto hacia su hermenéutica como efecto de articularla, de explicitar sus estructuras. En consecuencia, esta obra debe servirnos, por un lado, como guía para emprender nuestro estudio de *Tiempo y narración*, pero, por otro, debe servirnos para engarzar dicho estudio con las conclusiones que arrojan los estudios de Anderson, Watzlawick, Said o Sennett. La obra en la que encontramos estos asideros es *El conflicto de las interpretaciones* y, tomándola como guía, nos centraremos en la búsqueda ricoeuriana de una hermenéutica que, sin perder su identidad ni su vigencia, se sirva de las conclusiones venidas de otras investigaciones más o menos afines a la reflexión filosófica.

Detallando más este empeño surgen otros: si desde Said o desde Watzlawick hemos comprobado que las referencias a conceptos de origen estructuralista es una condición *sine qua non* de sus estudios, corroboraremos la vigencia de una deuda semejante en *Tiempo y narración*. Así, tanto los estudios que contienen el postulado que nos ocupa como la referencia hermenéutica desde la que pretendemos arrojar luz sobre dicho postulado, mantienen una vinculación con dicha corriente de pensamiento que, en consecuencia, deberá ocuparnos también.

En definitiva, si bien son innegables las renunciadas adheridas a nuestro compromiso con *Tiempo y narración* como matriz de análisis que nos permita dar cuenta del postulado narrativo, consideramos que aligera el peso de las renunciadas la posibilidad de reunir los discursos procedentes de las ciencias humanas interpretándolos desde la hermenéutica de Ricoeur y que, para ello, *El conflicto de las interpretaciones* debe permitirnos un *método*, una matriz que legitime el salto entre disciplinas. De este modo, con Anderson,

Watzlawick y Said hemos podido comprobar la vigencia de un postulado afín a la narración en el fondo de las explicaciones que las ciencias sociales elaboran. Hemos considerado la obra de Sennett paradigmática en el tratamiento contextualizado de este postulado por tratarlo, por un lado, en tanto recurso del que parten las ciencias sociales, y, por otro, en tanto capacidad narrativa que todo sujeto posee y sin la cual su identidad queda mermada. Desde las conclusiones que la obra de Sennett nos proporciona nos hemos visto impelidos a buscar una reflexión de naturaleza filosófica que nos permita tratar este postulado de forma más sistemática de lo que estos autores nos permiten. Para ello, asumiendo el riesgo y las renunciaciones que puedan implicarse, hemos propuesto la guía que *Tiempo y narración*. Por último, para que esta guía nos aproxime a una interpretación precisa de las conclusiones no solo de Sennett sino de su ámbito de investigación en general, recurriremos a *El conflicto de las interpretaciones*.

II. EL CONFLICTO DE LAS INTERPRETACIONES

INTRODUCCIÓN

Hemos concluido el primer capítulo recurriendo a Sennett para enfocar el objeto del análisis que nos ocupa. Desde la corrosión del carácter de los sujetos en el contexto del siglo XX en Estados Unidos, estábamos en posición de proponer la asunción implícita pero operante de un rasgo narrativo en la constitución de dicho carácter o identidad. De esta forma, encontrábamos estudiando la obra de Sennett una asimilación de los corolarios del discurso de Ricoeur en *Tiempo y narración* y, ahora, daremos forma al modo en que debemos acercarnos a *Tiempo y narración*. Para ello, recurrimos a *El conflicto de las interpretaciones* buscando una reflexión relativa al método de trabajo propio del hermeneuta precisamente en el momento en que está teniendo lugar el establecimiento - o el replanteamiento al menos- de dicho método.

En conformidad con T. Calvo defenderemos que, a lo largo de las décadas de los setenta y ochenta, los estudios hermenéuticos realizados por Ricoeur responden a una metodología de trabajo cualitativamente diferente a la desempeñada en sus trabajos anteriores y que dicha metodología está siendo ya planteada en 1969 en *El conflicto de las interpretaciones*. La obra, lejos de vertebrarse a la manera de un discurso metodológico con el que el autor se compromete, supone un conjunto de reflexiones relativas a la naturaleza misma de la hermenéutica, así como al juego de sinergias que reclama con otras escuelas de pensamiento con las que comparte contexto histórico.

Surge entonces la posibilidad de ajustar cuentas con el estructuralismo como escuela de pensamiento: en nuestro estudio de *Tiempo y narración* reconocemos una deuda con el estructuralismo que *El conflicto de las interpretaciones* puede ajustar. Esta deuda compete a cualquier lector, pues son estructuralistas muchos de los autores a los que se recurre para establecer como corolario la identidad narrativa. Sin embargo, es para nosotros particularmente vinculante porque legitima aquel modo que en este momento nos ocupa: analizaremos *Tiempo y narración* incorporando el acoplamiento entre

hermenéutica y estructuralismo como una de sus condiciones de posibilidad. Deberemos sustanciar, en fin, nuestra convicción de que el procedimiento discursivo de Ricoeur en la década de los ochenta integra las conclusiones metodológicas que encontramos planteadas en el final de la década de los sesenta. De un modo no lineal pero sí reconocible de forma retrospectiva, encontramos en *Tiempo y narración* la puesta en funcionamiento de un modo de análisis que se planteaba ya en *El conflicto de las interpretaciones*.

Movidos por esta convicción, ordenaremos esta parte siguiendo el siguiente orden:

- En los dos primeros puntos recurriremos a los dos capítulos iniciales de *El conflicto de las interpretaciones* para rescatar de la concepción de la hermenéutica primero y de la escuela estructuralista a continuación.
- Desde ello, en los dos siguientes apartados, sirviéndonos de la metáfora del injerto en el plantón, nos haremos cargo de los acercamientos de Ricoeur a la defensa de un campo de trabajo en el que el acoplamiento del injerto hermenéutico en el plantón de los análisis estructuralistas fuera el método de análisis más adecuado.
- En el apartado ‘La palabra como espacio de mediación entre acontecimiento y estructura’ trataremos aquellas resistencias que el estudio estructuralista no disuelve y que la hermenéutica deberá asumir como afines.
- Desde lo anterior, a modo de conclusión, recurriremos a la propuesta de T. Calvo de una *hermenéutica del texto*. Intentaremos asumir esta descripción como el resultado del acoplamiento de injerto y plantón que conforma una sola metodología de trabajo -visto desde su puesta en práctica, aquello que buscamos en dicha hermenéutica del texto es, sin más, el método de análisis propio de *Tiempo y narración*-.

II.1. Estructuralismo y hermenéutica: el injerto en el plantón

A) ACERCA DEL INJERTO

Nos centramos ahora en los rasgos definitorios de la hermenéutica ricoeuriana a lo largo de las décadas de los setenta y los ochenta. No nos proponemos abordar las características propias de la hermenéutica como modelo de pensamiento heterogéneo, con etapas distantes entre sí y varias escuelas que evolucionan hacia ámbitos de análisis lejanos entre sí. Nos ceñimos a la hermenéutica en tanto modelo discursivo del autor de *Tiempo y narración*. Para ello, recurriremos a ‘Existencia y hermenéutica’, contenido en ‘Hermenéutica y Estructuralismo’. En nuestro recorrido profundizaremos en la *otra vía* propuesta en dicho texto, aquella que minimiza la adhesión a “la ontología de la comprensión a la manera de Heidegger”¹⁰⁸ y que pretende elaborar un discurso propio que sea concluyente acerca de la fundamentación de la hermenéutica como escuela de pensamiento o, más bien, como práctica que el autor reconoce como propia. Es siguiendo esta vía como caracterizaremos aquello que Ricoeur considera *injerto tardío* que reclama un *plantón*.

Defiende Ricoeur que el punto de inicio de esta escuela es la exégesis como marco de actuación, que la interpretación es la generadora del modelo explicativo desde el que nos acercaremos al relato esperando obtener de él un punto de vista acerca de cierta esfera de la realidad. Partir de la interpretación como modelo delimita ya significativamente el modo en el que nos acercamos al texto: solo es posible interpretar y sistematizar un texto previamente configurado por otro desde la búsqueda del *quid* –“*aquello en busca de lo cual un texto ha sido escrito*”¹⁰⁹– que mantiene su tensión discursiva¹¹⁰. Por tanto,

¹⁰⁸ *El conflicto de las interpretaciones*, p. 10. En adelante emplearemos el acrónimo *C.I.*

¹⁰⁹ *C.I.*, p. 7. Cursiva nuestra.

¹¹⁰ Esta búsqueda del *quid* que la exégesis hermenéutica se plantea conecta la concepción de Ricoeur con la reflexión que, siguiendo a Habermas, el Profesor López Molina lleva a cabo acerca del psicoanálisis como una forma de *hermenéutica de lo profundo* que ordena la construcción de nuestra biografía:

Un paralelismo entre Dilthey y Freud, porque ambos eligen como punto de partida de su análisis de la comprensión del sentido a la *biografía*. (...) Dilthey elige la biografía como modelo porque la historia de una vida posee la virtud de la *transparencia*. En el rescoldo del recuerdo biográfico es posible encontrar la vida histórica. (...) Para Freud la biografía es objeto de análisis solo en cuanto que es, al mismo tiempo, algo conocido y desconocido desde el interior mismo de ella, de tal modo que siempre será preciso ir más allá del recuerdo manifiesto. López Molina, A. M., *Autorreflexión e interés emancipatorio en J. Habermas*, p. 375.

centrados en la exégesis, quedamos emplazados a un trabajo que no puede obviar el efecto que tienen la comunidad, la tradición o la corriente de pensamiento a la que el autor pertenece.

Desde de este rasgo definitorio de la hermenéutica, plantea Ricoeur una tarea previa a la interpretación y que ha de ser acotada brevemente antes de seguir adelante: no hay interpretación sin una *comprensión previa*: “Ninguna interpretación notable ha podido constituirse sin tener que tomar prestado algo de los modelos de comprensión disponibles en cada época dada”¹¹¹.

Recuperaremos este texto a la hora de justificar la necesidad de la reflexión acerca del estructuralismo teniendo en cuenta el contexto del autor en la década de los ochenta y el objeto de análisis que entonces le ocupa pero, por el momento, nos sirve para profundizar en la caracterización de la interpretación: reclama necesariamente, decíamos, el resultado de una comprensión del que partir. *No hay interpretación de las impresiones mismas tomadas en primera instancia, la hay de expresiones significantes que den cuenta de un estado de cosas y sobre las que elaborar un discurso*¹¹².

Por otra parte, establecida esta ligazón entre comprensión e interpretación, el trabajo del hermeneuta centrado en la segunda queda emparentado con el lenguaje como

En la distancia con el pensamiento de Dilthey reconoce Habermas la conexión de Freud con la concepción hermenéutica que había ocupado a Ricoeur en *Freud: Una interpretación de la cultura*: si Dilthey había basado su hermenéutica en la comprensión que establece una *conexión objetiva* y, por lo tanto, concebía el texto autobiográfico como resultado de la conexión entre *intenciones conscientes* y declaradas por parte de su autor, Freud, nos obliga a ensanchar el arco de materiales con los que trata la hermenéutica hasta incorporar actos fallidos, sueños y otros tipos de deformaciones no conscientes que también determinan la construcción autobiográfica.

En este sentido, “la hermenéutica de lo profundo que Freud contrapone a la hermenéutica filológica de Dilthey se refiere a textos que indican *las ilusiones del autor sobre sí mismo*” (Habermas, J., *Conocimiento e interés*, versión castellana de Jiménez, J., Ivars, J. F. y Martín Santo, L., Madrid, Taurus, 1982. P. 219). Reconocemos en la revisión de López Molina una concepción de la tarea del hermeneuta que conecta con aquella que nos ocupa en *El conflicto de las interpretaciones*: “la concepción hermenéutico-histórica no es suficiente. (...) Es necesario ir más allá del arte de la hermenéutica, puesto que no solo es preciso aprehender el sentido de un texto eventualmente deformado, sino también el sentido de la deformación del texto”. López Molina, A. M., *Autorreflexión e interés emancipatorio en J. Habermas*, p. 379. En efecto, la hermenéutica ricoeuriana a partir de la década de los setenta toma análisis cada vez más distantes de la concepción de Dilthey para elaborar sus interpretaciones, ampliando tanto sus fuentes como su vigencia en el sentido en que López Molina recupera la habermasiana *hermenéutica de lo profundo*.

¹¹¹ C.I., p. 8.

¹¹² A pesar de los trabajos de Dilthey o de Schleiermacher acerca de la hermenéutica como deudora de esta tarea interpretativa que, de una forma más o menos intensa, reclama siempre un trabajo anterior de comprensión de la realidad del que nutrirse, nos mantenemos firmes en nuestra intención de construir esta parte del discurso ciñéndonos a los estudios que nos ocupan: buscamos dar cuenta del procedimiento discursivo que ocupa a Ricoeur durante los años de redacción de *Tiempo y narración*. El trabajo de otros hermeneutas puede distar mucho de esta fundamentación.

principal - ¿y única? - herramienta con la que tratar con el objeto comprendido. Se trata de lo que Ricoeur considera “nudo semántico de toda hermenéutica”¹¹³. Acotar al plano de la interpretación el trabajo propio del hermeneuta y, a la vez, asumir la necesidad de referirse a un trabajo de comprensión previo, permite a Ricoeur la generación de un espacio discursivo en el que el *sentido* de los textos con los que el hermeneuta trabaja no se restringe a la asunción a priori de su univocidad. Más bien, de cada interpretación llevada a cabo por un hermeneuta lo único que podemos dar por seguro que compartirá con cualquier otro estudio hermenéutico ulterior será “una determinada arquitectura del sentido”¹¹⁴.

El espacio discursivo en el que la interpretación tiene lugar no enfrenta una interpretación a otra porque no hay una referencia unívoca al sentido último del texto que pudiera servir de vara de medir entre sus posibles interpretaciones. Este *sentido* -en tanto aspiración última de los textos que son objeto de interpretación- tendrá la particularidad de mostrarse ocultándose, de resistirse a un análisis definitivo y concluyente a la vez que permite un *acercamiento prudente* desde tantos puntos de visión como hermeneutas lo interpreten.

Así pues, encontramos en la génesis misma de su hermenéutica la alusión a la multiplicidad de sentidos contenida ya en los textos que son objeto de su interpretación. Y esta alusión a la multiplicidad de sentidos como quehacer de la interpretación reclama, tal y como quedaba apuntado en la referencia al *nudo semántico*, la legitimidad de una instancia de mediación como el lenguaje. Es esta descripción de su tarea la que permite al autor incorporarse al contexto filosófico desde el que elabora su investigación¹¹⁵. Desde el segundo Wittgenstein a Freud, pasando por los avances en lógica simbólica, la lingüística de Saussure o la antropología cultural de Lévi-Strauss, aparecen ante Ricoeur estudios recientes y cercanos al campo de producción del hermeneuta y que le permiten desarrollar su quehacer.

De esta forma, interpretación y sentido solo adquieren consistencia a la luz de la pertenencia de la hermenéutica al plano reflexivo que queda circunscrito a los productos contruidos con el lenguaje como principal ingrediente. La comprensión como momento

¹¹³ C.I., p.16.

¹¹⁴ C.I., p. 17.

¹¹⁵ El propio Ricoeur es claro: “Al llevar el plano al terreno del lenguaje tengo el sentimiento de encontrar a las otras filosofías actualmente vivas en un terreno común”. C.I., p. 20.

en el que el sentido de una afirmación puede quedar asentado de forma unívoca desde, valga el ejemplo, su referencia a impresiones sensibles ha quedado atrás en el momento mismo en que el hermeneuta comienza su trabajo. Atrás y permanentemente supuesto. El lenguaje es ahora el único elemento con el que trabajar.

Logramos con esto un primer esbozo en nuestra caracterización del *injerto tardío*: *el sentido como resultante de una interpretación, dependiente de una comprensión realizada con anterioridad y de la que podemos dar cuenta desde un lenguaje simbólico*. Afianzando el uso de la metáfora en el injerto, encontramos también una primera conclusión con respecto al resultado que arroja el trabajo del hermeneuta: *desde la comprensión construida por otro y desde el esquema de trabajo de otro, genera una interpretación propia*. Lo cardinal será que esta interpretación hermenéutica afecte a la comprensión del dato desde el que se desarrolla, que permita un replanteamiento de la cuestión tomada en su conjunto.

En este punto, Ricoeur muestra cómo, en el siglo XX, el problema del *Cogito* es replanteado a la luz del trabajo hermenéutico de disciplinas como el psicoanálisis que evidencian este replanteamiento incesante que no agota la cuestión pero tampoco queda necesariamente circunscrito al ámbito de análisis en el que fue enunciado primariamente –antes de ser tomado como objeto de interpretación por parte del hermeneuta-. Nos encontramos entonces ante la evidencia de que no es exclusivo del esquema de trabajo de la hermenéutica el hecho de que la interpretación llegue después de la comprensión, como tampoco será exclusivo de ella el replanteamiento inagotable del trabajo interpretativo. Siempre que nuestra materia de análisis esté relacionada con la comprensión del *sí mismo*, con la alusión al *Cogito* o a cualquiera de sus efectos, estaremos abocados a una interpretación si deseamos concluir el análisis.

Aceptando este modo de proceder de la interpretación, Ricoeur recupera la máxima de Schleiermacher: habrá trabajo para la hermenéutica allí donde haya mala interpretación. Podemos considerar algunas revisiones y recuperaciones del problema del *Cogito* en los siglos XIX y XX como estrategias que buscan enfrentarse a una interpretación *anticuada*: Marx, Nietzsche y Freud, considerados por el propio Ricoeur desde su raíz compartida como escuela de la sospecha¹¹⁶, son prueba de esta necesidad de revisión del problema del *Cogito* desde interpretaciones que buscan un resultado diferente

¹¹⁶ Freud, una interpretación de la cultura.

en la comprensión del *sí mismo*. Desde ellos, la máxima cobra una profundidad diferente, pues más que tomar como punto de inicio una visión parcialmente desajustada o imprecisa de la realidad, lo que la hermenéutica intenta llevar a cabo es una revisión –interpretación– de un trabajo de comprensión que, más allá de que estuviera desajustado, el hermeneuta considera como punto de partida, como condición *sine qua non* para el trabajo interpretativo que le ocupa. En este sentido, no son los trabajos de Freud, Marx o Nietzsche revisiones del problema del *Cogito* desde interpretaciones contextualizadas en la época que les incluía sino, más bien, la interpretación que desde su contexto se podía llevar a cabo de un problema que había sido objeto de análisis ya en la época moderna. Así, las tópicas con las que el psicoanálisis construye su revisión de la identidad no anulan las deducciones cartesianas al respecto. Más bien, retoman el mismo problema y proponen una interpretación *actualizada*. En efecto, encontramos un terreno abonado para el trabajo del hermeneuta en la mala interpretación, pero también en la interpretación obsoleta.

Encontramos en este punto otro rasgo que será para nosotros principal en la construcción de la hermenéutica que mueve a Ricoeur a lo largo de las décadas de los setenta y los ochenta: *toda interpretación busca dar un nuevo sentido a una comprensión plausible que la precede*. Toda interpretación aspirará a hacer presente un análisis que no ha generado ella, pero dentro de un sistema que el propio hermeneuta ha diseñado. Solo bajo este esquema tiene sentido considerar las tópicas freudianas como interpretaciones del problema del *Cogito* que ha ocupado a la filosofía europea desde la modernidad, pues suponen un acercamiento a la *filosofía de la reflexión* que esquivo una revisión de la *filosofía de la conciencia* por considerarla no solo poco concluyente sino falsificadora, ya que genera la falsa sensación de que existe un sujeto capaz de dar cuenta de su realidad circundante de forma aislada.

Desde esta vinculación entre el quehacer de la hermenéutica y la escuela de la sospecha recuperamos la máxima: *hay hermenéutica allí donde ha habido análisis susceptibles de ser interpretados*. Yendo más lejos, no necesariamente malos análisis, sino análisis. Lo más conclusivos posible. Y la posibilidad de revisar su vigencia. Con ambos factores basta para que el trabajo de interpretación que lleve a cabo el hermeneuta sea fructífero desde un punto de vista filosófico. Sirva como caso concreto la

caracterización del *Cogito* actualizada por las tópicas freudianas¹¹⁷. En ellas, queda patente el final de la vigencia de un análisis - el cartesiano- y la restauración del problema al que dicho análisis alude como territorio intelectual que puede ser de nuevo conquistado, es decir, asumido que no cabe una reflexión filosófica sobre el problema del sujeto en tanto conciencia en el contexto propio de los filósofos de la sospecha, sin embargo, surge la necesidad de una revisión filosófica de la existencia del sujeto determinada por factores -ya pulsionales, ya estructurales- que lo condicionan.

Continuando con la veta de análisis freudiano, aparece “la problemática de la existencia como deseo”¹¹⁸ dentro de un espacio culturalmente determinado. Es así como el psicoanálisis es generador de una ontología a la vez que edifica una crítica de la conciencia entendida desde el *Cogito* en sentido moderno. Las interpretaciones unificadas de mitos, ritos, sueños o actos fallidos aluden a una ontología en construcción que busca arrojar luz acerca del sujeto que acumula la asimilación de todos ellos. Queda pendiente la construcción de una ontología ahora atisbada y que dé cuenta del sujeto no en tanto conciencia generadora de un sentido para su realidad circundante sino, más bien, como resultado de una interpretación del problema del *Cogito* que deja al sujeto como resultante y como portador de sentido. En palabras del propio Ricoeur: “hay que perder el *mí* para encontrar el *yo*”¹¹⁹. A pesar de ello, con este breve acercamiento al psicoanálisis evidenciamos aquella aspiración de la hermenéutica ricoeuriana: la revisión de los objetos de análisis obsoletos que pueden ser recuperados desde una interpretación que tenga como principal herramienta el lenguaje simbólico. Y, ahora, podemos matizarla añadiendo que será la hermenéutica capaz de elaborar ontologías suficientemente estructuradas si queda circunscrita al espacio discursivo donde la interpretación que sucede al análisis permanece vigente:

Esta figura coherente que somos (...) no se da en ninguna otra parte fuera de la dialéctica de las interpretaciones. En este sentido la hermenéutica es insoslayable¹²⁰.

¹¹⁷ Seguimos a Ricoeur en su exposición convencidos de que idéntico resultado arrojaría la elección de Nietzsche o de Marx como autores desde los que tratar la revisión posmoderna del problema del *Cogito*. Convencidos, en definitiva, del rasgo común que lleva a Ricoeur a incluirlos en una corriente compartida.

¹¹⁸ *C.I.*, p. 25.

¹¹⁹ *Ibidem*.

¹²⁰ *C.I.*, p. 29.

Retomamos, pues, la idea apuntada al principio según la cual es propia del hermeneuta la necesidad de la interpretación como recuperación de una comprensión anterior y parcialmente incompleta u obsoleta y, desde la síntesis del trabajo del psicoanálisis, precisamos que es el plano que delimita el símbolo aquel en el que el hermeneuta trabaja y consideramos esa limitación consecuencia tanto de la naturaleza de la interpretación como de su objeto de trabajo: *la figura coherente que somos*.

Desde la hermenéutica ricoeuriana, podremos tratar siempre la existencia en tanto existencia interpretada e, incluso, bosquejar el sistema o estructura desde donde el sujeto elabora dichas interpretaciones. Será coherente con ella la aspiración a una ontología que tuviera como inicio el lenguaje como espacio simbólico y la interpretación como estrategia con la que operar en él. Tan coherente como pretendida. Recuperamos antes de concluir una idea con la que dábamos comienzo a la revisión de la hermenéutica ricoeuriana: la renuncia a la *otra vía* que suponía un camino más directo, a saber, aquel que recupera la ontología de Heidegger. Aparece ahora aquella ontología como resultante de un trabajo que excede los límites de *El conflicto de las interpretaciones*, pero, más generalmente, también los límites de la reflexión que el hermeneuta puede llevar a cabo acerca de su propio trabajo, que es aquella que en este momento nos ocupa:

¿Puede irse más lejos? ¿Pueden articularse estas diferentes funciones existenciales en una figura unitaria, como intentaba Heidegger en la segunda parte de *Ser y Tiempo*? Esa es la cuestión que el presente estudio deja sin resolver¹²¹.

B) ACERCA DEL PLANTÓN

Si en el apartado anterior enfocábamos nuestro discurso en el tratamiento de las líneas maestras de la hermenéutica ricoeuriana, a continuación, nos propondremos enmarcarlo. Tal y como recogíamos más arriba, si hay un *tiempo de la interpretación* que es propio del hermeneuta será solo después y concatenado con una comprensión

¹²¹ *Ibidem*. Sirva la referencia también para mostrar, de forma aún difusa, la influencia relativa de la obra de Heidegger en la hermenéutica de Ricoeur. Influencia relativa porque no sigue su *vía* de pensamiento que considera *corta*, pues ya ha sido recorrida de forma concluyente por el propio Heidegger y le permitiría a Ricoeur *atajar* recurriendo a la autoridad de su argumento.

precedente. En este sentido, hemos de partir de un *tiempo de la tradición* del que podamos ofrecer una interpretación. El injerto reclama un plantón, decíamos:

No se interpreta a partir de la nada, sino para explicar, prolongar y así mantener viviente la tradición misma en la que uno se sustenta. Así, el tiempo de la interpretación pertenece de alguna manera al tiempo de la tradición¹²².

Encontrábamos desde las primeras aproximaciones al marco referencial de la interpretación su necesidad de quedar enmarcada en la alusión a una comprensión compartida y precedente que arroje un resultado que dicha comprensión no agota. En este sentido, la *tradición* -en tanto sustrato cultural tomado en este momento de forma generalísima- asume el papel de sedimento que ha sido acotado o al que, como poco, podemos aludir postulando una comprensión compartida, que no agota el trabajo del hermeneuta. Por no agotarse la posibilidad de la interpretación, el *tiempo de la tradición* no aparece frente al hermeneuta como un *depositum* inerte del que pueda ofrecerse una comprensión definitiva. Más bien, aparecerá como el juego de implicaciones que reclama una interpretación permanentemente renovada sin la cual quedamos en deuda con esa temporalidad.

“Toda tradición vive por la gracia de la interpretación”¹²³, sin ella está condenada a dejar de serlo, a dejar de formar parte del sustrato que permite nuevas formas desde la permuta de elementos culturales que, tomados aisladamente, nos parecen repetidos. Ya en el comienzo del análisis del sustrato desde el que el hermeneuta lleva a cabo su quehacer encontramos que también este análisis le reclama a su vez: el *tiempo de la tradición* solo permanece vigente si es interpretado. Concluíamos el apartado anterior vinculando la interpretación con un análisis anterior y comenzamos este apuntando otro vínculo en la misma red, es decir, si el objeto de la comprensión es un producto cultural, este reclamará una interpretación que lo renueve, que lo actualice. *Tiempo de la tradición* y *tiempo de la interpretación* serán por lo tanto tratados como mutuamente implicados en un juego que promete dar cuenta de ambos solo si aceptamos *a priori* su implicación recíproca. En este sentido y dando un paso más, establece Ricoeur: “Mi hipótesis de

¹²² C.I., p. 33.

¹²³ *Ibidem*.

trabajo es que esta carga temporal tiene alguna relación con la constitución semántica de lo que he llamado (...) el símbolo”¹²⁴.

El problema del tiempo, del engarce entre temporalidades, se presenta como el objeto más propio de la hermenéutica ricoeuriana, tal y como sustanciaremos en la revisión de *Tiempo y narración*. Pero se presenta, además, como objeto acotado desde su constitución semántica y, en consecuencia, emparentada con *lo simbólico*. La interpretación se sustenta en la ausencia de univocidad en el sentido y es ahora cuando comprendemos en qué medida la interpretación es dependiente de una concepción simbólica del sentido que solo se muestra ocultándose. El sentido es aludido por el hermeneuta desde su asunción de la mediación de lo simbólico como condición de posibilidad del discurso acerca del sentido.

Así, el sentido posee un carácter simbólico que da lugar a la interpretación y al que solo podemos aludir desde un lenguaje igualmente simbólico. Es el símbolo el que *da que pensar*, el que no se agota en una única interpretación y queda necesariamente irresuelto. Es, en conclusión, el continente de un sentido del que ya negamos su univocidad pero al que el hermeneuta no renuncia. Lo simbólico engarzará el *tiempo de la tradición* y *tiempo de la interpretación* precisamente porque mantiene esta tendencia hacia el sentido así categorizado. Esta naturaleza de lo simbólico permite a Ricoeur acercarse primariamente al problema del tiempo: “entre el acrecentamiento del sentido y la carga temporal debe haber un nexo esencial”¹²⁵.

Atisbamos así que el trabajo que nos resta dará cuenta de la temporalidad solo en tanto afín al sentido tomado como efecto de la *tradición*, de los sedimentos culturales que la conforman y emparentada con él. Desde aquí surge en el discurso de Ricoeur la llamada al estructuralismo que será relevante en nuestra revisión de *Tiempo y narración*:

Si la hermenéutica es una fase de apropiación del sentido (...); si la hermenéutica es un recuperar por medio del pensamiento el sentido suspendido en la simbólica, solo puede considerar el trabajo de la antropología estructural como un apoyo y no como algo opuesto; uno solo se apropia de aquello que ha tenido antes a distancia para su estudio¹²⁶.

¹²⁴ C.I., p. 34.

¹²⁵ *Ibidem*.

¹²⁶ C.I., p. 36.

En efecto, las temporalidades y su vertebración por medio de lo simbólico como continente del sentido de los actos culturales, pueden ser analizadas desde los esquemas que el estructuralismo propone, dando lugar a un espacio teórico ulterior para la interpretación del hermeneuta¹²⁷. De esta forma, *Antropología estructural* de C. Lévi-Strauss proporciona al autor un discurso fundamentado y claro acerca cómo lo diacrónico y lo sincrónico conviven en el interior de cualquier comunidad y confieren, en su mutua implicación, una identidad a la misma.

Confía Ricoeur en obtener una mirada más madura sobre las temporalidades y lo simbólico de la que él mismo ha esbozado y a la que nos hemos referido más arriba. Concibe el estructuralismo –al menos en estos primeros análisis– como una corriente de pensamiento más rigurosa y comprometida con lo sistemático, a la vez que advierte de los riesgos que asume si pierde de vista los límites que conforman el espacio en el que su método tiene aplicación. En definitiva, reconocemos en las palabras del autor –*uno solo se apropia de aquello que ha tenido antes a distancia para su estudio*– una guía que encontraremos después, en uso, en *Tiempo y narración*, especialmente en su parte segunda.

Hasta el momento hemos constatado sintonías entre hermenéutica y estructuralismo, así como la aspiración de Ricoeur de apoyar la tarea del hermeneuta en estudios merecedores de su confianza pero, antes de acercarnos a *Tiempo y narración*, recuperamos la intención inicial de este apartado: ¿Puede el estructuralismo ejercer la función de plantón para el injerto tardío descrito más arriba? Para responder, organizaremos el análisis de Ricoeur en tres pasos consecutivos.

Primero, acudimos a su revisión del nacimiento de la escuela estructuralista, con Ferdinand de Saussure y su *Curso de lingüística general*¹²⁸. En *Curso de lingüística general* se atisba para la comunidad dedicada a las ciencias sociales un método de trabajo

¹²⁷ Como recordábamos más arriba, la intención del autor a lo largo de la obra es la de recorrer la *vía larga* en su reflexión acerca del quehacer mismo de la hermenéutica, por oposición a la *vía breve* que supondría la adhesión a aquella *ontología de la comprensión a la manera de Heidegger*. Según nuestro punto de vista, esta misma intención es vigente en *Tiempo y narración* y delimita la arquitectura general de la obra, como evidencian tanto las referencias bibliográficas que Ricoeur necesita como la metodología que dirige su discurso.

¹²⁸ “Como se sabe, el estructuralismo procede de la aplicación de un modelo lingüístico a la antropología y a las ciencias humanas en general”. *C.I.*, p. 37. Para fundamentar un método de trabajo propio de la antropología estructuralista necesita recurrir a otro ámbito de investigación en el que dicho método encontró su funcionalidad. Este salto entre disciplinas está muy presente en la concepción que Ricoeur está en este momento construyendo acerca del estructuralismo.

que cambia el horizonte de posibilidad de sus análisis: “asistimos a la inversión de las relaciones entre sistema e historia”¹²⁹. Partirá el análisis de Saussure de una distinción entre las representaciones históricas de los actos comunicativos que el autor considerará *habla* y la organización sistemática a la que remite y que es considerado el objeto de análisis en sentido último: la *lengua*. Para hacernos cargo del análisis del lenguaje partimos de la distinción entre las formas que toma una estructura subyacente – *lengua* - y aquello que de dicha estructura puede quedar analizado desde el conocimiento de sus efectos -*habla*-. Asumida esta distinción surgen de suyo tres principios:

- Hay un sistema de signos que puede ser analizado con independencia de los actos de habla e incluso de los hablantes mismos que asumen dicho sistema. Desde esta premisa Saussure da el paso decisivo: este sistema de signos es el objeto de estudio de la lingüística. Podríamos considerar que este principio el paso decisivo en el nacimiento del pensamiento estructuralista, sin embargo, reclama un ajuste que a continuación proponemos.
- Consecuencia de este primer principio, tal y como anticipábamos en la vinculación entre lo diacrónico y lo sincrónico en la antropología de Lévi-Strauss, surge la necesidad de establecer una pauta para arbitrar en el ajuste de estos dos planos. Aquello que nos permite arbitrar en el eje de las sucesiones de acontecimientos solo es la referencia de todos los acontecimientos allí contenidos a una estructura o sistema.

Nace de esta forma la lingüística estructuralista justamente en el momento mismo en el que la Historia es puesta en un segundo plano o, mejor, es analizada no como variable independiente y de la que hacerse cargo así tomada sino, más bien, como conjunto de eventualidades –acontecimientos- que pueden y deben quedar incluidas en una tendencia consistente justamente en la referencia a un marco compartido. Nace, en definitiva, la lingüística estructuralista en la convicción de la subordinación de la Historia al sistema, del habla a la lengua. Será este ordenamiento lo que nos permitirá ser precisos en los análisis que de los actos de habla podamos concluir.

¹²⁹ C.I., p.37.

Con Saussure, lo que dota al pensamiento estructuralista de su capacidad explicativa es que el orden sincrónico, la lengua, adquiere su sentido al presentarse como la referencia de múltiples actos de habla que acaecen de forma diacrónica. Es el ensamblaje entre lo diacrónico y lo sincrónico lo que pone en funcionamiento la explicación estructuralista.

- El tercer principio ha ocupado a la fonología influenciada por la obra de Saussure particularmente: se trata de la alusión al atributo no reflexivo de la asimilación de la lengua. En este sentido, la lengua es asimilada por los hablantes desde la individuación de dicho arquetipo de forma inconsciente. A sabiendas de lo problemático de esta alusión a lo inconsciente, nos detenemos en la caracterización general de este atributo: “este inconsciente no es el inconsciente freudiano de la pulsión, del deseo (...); es más bien un inconsciente kantiano”¹³⁰. Posponemos el esclarecimiento de este tercer principio hasta su aplicación a la antropología estructuralista en Lévi-Strauss, en la que a continuación nos centramos.

Ensanchando la referencia a la obra de Saussure, damos cuenta del *segundo paso*: siguiendo las evoluciones de la fonología influenciada por los estudios de Saussure, considera Lévi-Strauss que es posible postular un modelo general para dar cuenta de los efectos de las estructuras no reflexivas en los actos concretos en los que estas puedan evidenciarse¹³¹. Para la escuela estructuralista, este estudio fonológico y otros afines a Saussure suponen la puerta de entrada, en el ámbito de las ciencias humanas, a un método de estudio que permita tematizar, desde su constatación, la vigencia de determinadas leyes – leyes que operan de forma general- en su campo de estudio.

Si seguimos la concatenación causal que propone Ricoeur, “los sistemas de parentesco han dado a Lévi-Strauss la primera analogía rigurosa de los sistemas fonológicos”¹³². Lo más importante para considerar a este sistema de ordenamiento del parentesco dentro de la antropología cultural en tanto dependiente o, al menos, afín a la metodología propuesta en los tres principios de Saussure y aplicada posteriormente a la fonología por Troubetzkoy estará en la vigencia de la relación de subordinación de lo

¹³⁰ C.I., p. 39.

¹³¹ Le sirven de referencia, en este sentido, estudios de fonología de N. Troubetzkoy que buscan pautar la referencia a un sistema de leyes generales desde el que podemos establecer conexiones necesarias.

¹³² C.I., p.41.

diacrónico a lo sincrónico apuntada más arriba. Para el antropólogo, la inteligibilidad de su campo de estudio depende del orden de lo sincrónico: sin que la preocupación principal sea la historia, la concatenación de acontecimientos, se centrará en la vigencia de las estructuras de parentesco dentro de cada comunidad, obviando —aparentemente— el efecto que tenga en ella la sucesión de generaciones.

En esta subordinación de lo histórico a la inteligibilidad de las leyes que rigen el orden de lo sistémico se jugará, en conclusión, el poder de generalización de la propuesta metodológica de Saussure. En este sentido, las relaciones de parentesco cumplirán una función afín en la antropología estructuralista a la desempeñada en la lingüística estructural por la lengua. Lengua y relaciones de parentesco permiten establecer un código y ese código, independientemente del observador y de su interpretación consciente, conserva una función simbólica. Recuperamos con esto un cabo que quedaba tendido: el tercer principio que proponíamos con Saussure es recogido por la antropología estructuralista de Lévi-Strauss desde la alusión a lo simbólico como una referencia a un *inconsciente no freudiano*.

Más que ahondar en la categorización de dicho atributo inconsciente, quedan los análisis estructuralistas circunscritos a cómo el sistema o estructura permanece vigente en los actos culturales —cómo el habla remite a la lengua como sistema, cómo las generaciones se ordenan siguiendo un sistema de parentesco que delimita el resto de relaciones dentro de una comunidad de hablantes. Cómo, en definitiva, lo diacrónico contiene y perpetúa la referencia a lo sincrónico—.

Recuperamos, aún, otro cabo anterior que el hilo argumental de este apartado había pospuesto: Ricoeur considera fundamental para analizar la vigencia de la escuela estructuralista el modo en que la metodología de trabajo de la lingüística de Saussure se generaliza. La analogía apenas apuntada entre lengua y relaciones de parentesco, así como aquella que se establece entre los actos de habla y la concatenación de generaciones, permiten el trasvase metodológico entre dos disciplinas como son la lingüística y la antropología cultural, entre las que se apuntan sinergias.

A pesar de la complejidad del salto entre disciplinas y de lo arriesgado del trasvase metodológico, Ricoeur defiende que “todo lo que se puede afirmar es que el modelo lingüístico orienta la búsqueda hacia articulaciones similares a las suyas”¹³³. No

¹³³ C.I., p.45.

consideramos indispensable para nuestra investigación ahondar más en este sistema de generalización que reúne las investigaciones de Saussure con las llevadas a cabo por Lévi-Strauss. Baste mantener en la memoria la genealogía del método de análisis y conservar una cierta cautela:

La empresa estructuralista me parece perfectamente legítima y al abrigo de toda crítica, en tanto guarde la conciencia de sus condiciones de validez, y por lo tanto, de sus límites¹³⁴.

Llegamos, pues, al *tercer y último paso* en el que, tomando como referencia *Pensamiento salvaje* de Lévi-Strauss, Ricoeur propone la generalización del método estructuralista: el objeto de estudio es ahora “todo un nivel de pensamiento, considerado globalmente (...). Y este nivel de pensamiento es considerado en sí mismo como forma no domesticada del pensamiento único”¹³⁵.

Centrará sus análisis Lévi-Strauss a lo largo de *El conflicto de las interpretaciones* en evidenciar la presencia de un pensamiento no necesariamente primitivo, pero sí anterior al empleo de la lógica y ajeno a sus imposiciones. Un pensamiento “homólogo del pensamiento lógico”¹³⁶ pero que opera en el nivel estrictamente sensible en el que opera aquella *estructura inconsciente*: hay un orden inconsciente que puede ser analizado sin tomar en cuenta el punto de vista del observador y que guardará sinergias tanto con la obra de Saussure como con la *Antropología estructural* publicada por Lévi-Strauss unos años antes.

Esta alusión a lo inconsciente que queda fuera del pensamiento lógico supone un reto para nuestra investigación, pues Ricoeur reconoce aquí la frontera entre los objetos de estudio que pueden ser sistematizados adaptando los métodos de trabajo de la lingüística estructural y aquellos con los que el estructuralismo corre el riesgo de superar sus límites metodológicos. En este sentido, colocados en la frontera –sin saber, quizá, de qué lado estamos definitivamente; conservando la duda de si hemos ido ya *demasiado lejos*-, comprobamos cómo el objeto de estudio que se proponía en *Pensamiento salvaje* nos ha obligado a renunciar a la semántica para atender exclusivamente a la sintaxis de los acontecimientos, ya que no podremos dar cuenta del significado concreto o del

¹³⁴ *Ibidem*.

¹³⁵ *C.I.*, p. 47.

¹³⁶ *Ibidem*.

contenido de los ritos de ninguna cultura concreta si nuestra pretensión es meramente sintáctica, si quedamos enfocados en la alusión de dichos contenidos –diacrónicos- a una estructura subyacente –sincrónica- que tienden a mantener vigente a la vez que la ocultan -o, al menos, que renuncian a sistematizarla-.

Es, pues, en esta aplicación fronteriza del método estructuralista donde Ricoeur recupera sus reservas con respecto al riesgo que corren las investigaciones estructuralistas si superan los límites en los que su método tiene aplicación. En este momento, justamente en el salto desde la semántica hacia la sintaxis de los actos culturales que se intenta llevar a cabo en *Pensamiento salvaje*, se materializan sus reservas: “Desgraciadamente falta una reflexión acerca de sus condiciones de validez, acerca del precio que hay que pagar por este tipo de comprensión”¹³⁷.

Seguimos a Ricoeur en su lectura de la evolución de la escuela estructuralista en este momento decisivo del análisis y, explorando los límites del territorio que analizamos, encontramos fundadas las reservas con las que iniciamos el camino. Enfrentados al riesgo de que la generalización del método haya sido apresurada, encontramos en el recorrido de nuestro autor un giro inesperado:

¿No habrá seguido el autor el camino más cómodo para ligar el destino del pensamiento salvaje a un área cultural donde las combinaciones importan más que los contenidos, *donde el pensamiento es efectivamente bricolaje y opera (...) sobre escombros de sentido?*¹³⁸.

Encuentra Ricoeur en la renuncia al significado –semántica- de los actos culturales una condición ciertamente restrictiva de la metodología estructuralista que debe ser asumida siendo conscientes de sus consecuencias: partir de la insignificancia de los contenidos y centrarse en el sentido de la sintaxis que posibilita dar cuenta de su concatenación obliga al antropólogo a un trabajo donde el pensamiento es efectivamente *bricolaje* -empleando la expresión que Lévi-Strauss había utilizado en *El pensamiento salvaje*-. Lejos de asemejar el trabajo del investigador en antropología con el del arquitecto que tiende a servirse de una metodología estandarizada con límites precisos para su aplicación, lo asemejará más bien a una tarea que se emprende con mecanismos y herramientas de naturaleza heterogénea y de los que no necesariamente seremos grandes

¹³⁷ *Ibidem*.

¹³⁸ *C.I.*, p. 48. Cursiva nuestra.

conocedores -el *bricoleur* está condenado a comprometerse con los rudimentos que tiene *a mano*, con los residuos que hayan sobrevivido a construcciones y destrucciones precedentes-. Queda pues abonado el terreno para la conclusión acerca de la limitación metodológica que ha de asumir la antropología cultural de corte estructuralista¹³⁹:

He seguido deliberadamente en la obra de Lévi-Strauss la serie de trasposiciones del modelo lingüístico hasta su última generalización en *El pensamiento salvaje*. La consciencia de validez de un método, decía al comienzo, es inseparable de la consciencia de sus límites¹⁴⁰.

C) EL INJERTO EN EL PLANTÓN: ARTICULACIÓN ENTRE ESTRUCTURALISMO Y HERMENÉUTICA

“¿Cómo se articulan hermenéutica y estructuralismo?”¹⁴¹ Tratadas ya ambas escuelas de pensamiento desde la perspectiva de Ricoeur, nos enfrentamos ahora a la construcción de un discurso compartido. Las tres afirmaciones exploratorias contenidas en ‘Hermenéutica y antropología cultural’ nos servirán para acotar los límites y condiciones que el discurso que acople ambas escuelas deberá incorporar¹⁴².

La primera de las afirmaciones que deben ajustar este acoplamiento es la siguiente: *hay un desnivel entre el objeto de la explicación estructural y el de la interpretación hermenéutica*. Este desnivel puede sustanciarse siguiendo el juego de analogías: mientras la explicación estructural se centra en un sistema inconsciente, la interpretación hermenéutica pretende una recuperación consciente; mientras que la explicación estructuralista se vertebra a través de divergencias significativas de los datos

¹³⁹ Tan importante como mostrar la conveniencia de la referencia a la escuela estructuralista para construir nuestra revisión de *Tiempo y narración*, es dar cuenta de las reservas de Ricoeur ante la escuela estructuralista. Solo entre ambos polos el contenido de *El conflicto de las interpretaciones* supondrá un asidero. Sirve, así, tanto el esclarecimiento de las reglas propias de la lingüística estructural como el trabajo de bricolaje al que se ve impelido el antropólogo en *El pensamiento salvaje* en la frontera que delimita la legitimidad de sus generalizaciones.

¹⁴⁰ C.I., p. 52.

¹⁴¹ C.I., p. 63.

¹⁴² Legitimamos nuestro reconocimiento de la articulación de ambas escuelas en el pensamiento de Ricoeur a partir de la década de los setenta partiendo de *La historia de la filosofía como hermenéutica*. En ella, el Profesor Sánchez Meca identifica entre los recursos que Ricoeur emplea en *Tiempo y narración* algunos que conservan una inequívoca “orientación estructuralista” (Sánchez Meca, D., *La historia de la filosofía como hermenéutica*, p. 181). De este modo, más allá de la tradicionalidad y la inteligencia narrativa que en ese momento ocupan a Sánchez Meca, queda de manifiesto que la articulación que debemos ahora fundamentar no parte de una revisión artificiosa de *Tiempo y narración* por nuestra parte sino de la ponderación del papel del estructuralismo efectivamente presente en la obra.

recogidos con respecto la estructura o sistema, la interpretación hermenéutica parte de la consideración del símbolo como elemento cultural capaz de arbitrar entre acontecimiento y estructura; mientras que la explicación estructuralista, para serlo, ha de ser independiente del observador, la interpretación hermenéutica necesita que el observador y aquello de lo que este quiere dar cuenta pertenezcan al mismo campo semántico o sistema referencial. Observamos que ambas disciplinas *hacen aparecer el tiempo* desde una dialéctica de acoplamiento entre lo diacrónico y lo sincrónico que ambas presuponen. Observamos asimismo que pueden revisarse solamente desde un ajuste recíproco¹⁴³.

A partir de este primer asidero, la duda con la que comenzábamos el apartado puede precisarse: ¿puede separarse la explicación estructural de toda interpretación hermenéutica? Recuperando las alusiones contenidas en *Antropología estructural* a la función del símbolo en la vida social, apunta Ricoeur la respuesta: el problema del doble sentido del que la hermenéutica se ocupa desde la articulación de lo simbólico debe asumirse de antemano al iniciar la investigación acerca de los actos culturalmente determinados que tienen lugar en el interior de una comunidad.

En el mismo sentido, la segunda afirmación es más rotunda: *los estudios estructuralistas centrados en la referencia sincrónica a una estructura o sistema subyacente parten de dicha asunción*.¹⁴⁴ Desde aquí, Ricoeur pierde - ¿momentáneamente? - el recelo a defender una vía de acoplamiento entre estudios de ambas disciplinas y afirma:

Estoy de acuerdo en que en los sistemas estudiados aquí esta afinidad de los contenidos es de alguna manera residual; residual, pero no nula. Porque una inteligencia estructural no rige jamás sin un grado de inteligencia hermenéutica, aun si esta no está tematizada¹⁴⁵.

En efecto, no es la afinidad que buscamos ni evidente ni aplicable a cualquier trabajo hermenéutico ni estructuralista. Sin embargo, no es menos cierto que algunos esfuerzos de la antropología cultural de influencia estructuralista -como el que supone la

¹⁴³ Recuperando el juego de analogías: lo inconsciente del sistema puede ser recuperado desde la intención de ordenación consciente que mueve al hermeneuta y el juego de sinergias entre los actos y la sincronía que los recorre desde un estudio estructuralista puede renovarse e incluso hacerse más preciso desde la función simbólica que el hermeneuta encuentra en los actos de habla.

¹⁴⁴ Citando a Ricoeur: “La inteligencia de este doble sentido, inteligencia esencialmente hermenéutica, está siempre presupuesta por la inteligencia de *los intercambios de valores complementarios*, puesta en práctica por el estructuralismo”. *C.I.*, p. 64. Cursiva nuestra.

¹⁴⁵ *C.I.*, p. 65.

búsqueda de la homología entre las leyes de casamiento y las prohibiciones alimentarias-han de presuponer una interpretación ulterior capaz de constituir un arco metafórico que sustente dicha correspondencia. De este modo, aunque la interpretación hermenéutica todavía no haya tenido lugar, queda en el trabajo del antropólogo su simiente¹⁴⁶.

En su última afirmación exploratoria, Ricoeur recorre el binomio en sentido opuesto: *¿puede construirse la interpretación hermenéutica sin que esta suponga una explicación estructural anterior?*

Si en el punto anterior invitaba a cualquier estructuralista a considerar parte de sus estudios dependientes de la interpretación ulterior del hermeneuta, este punto se vertebra en sentido inverso: en esta *vía larga* que hemos preferido, no hay interpretación hermenéutica sin una reflexión sistemática y anterior relativa al orden comunitario. *Los símbolos solo pueden interpretarse sin caer en la equivocidad y en la vaciedad del discurso si pueden quedar anclados a un análisis que presuponga el juego de pertenencia y ocultamiento entre lo diacrónico y lo sincrónico.* Así, la última de las afirmaciones ha resultado ser la más rotunda, pues nos obliga a reconocer que la hermenéutica ricoeuriana, emprendida la *vía larga* de construcción del discurso, se edifica sobre los cimientos analíticos que encuentra en estudios de tradición estructuralista.

En síntesis, en un primer acercamiento a la conjunción entre ambas disciplinas, encontramos una ligazón potente entre dos discursos que no dejan de implicarse recíprocamente en su intención de referirse a las realidades culturales que les ocupan. Por lo tanto, en nuestra revisión de la hermenéutica ricoeuriana, queda constatada esta afirmación: *la comprensión de las estructuras a partir del estudio de los acontecimientos culturales y la interpretación de estos desde el papel del símbolo en las construcciones culturales pueden considerarse como mutuamente implicadas.*

Esta mutua implicación entre los trabajos propios de la investigación estructuralista y las interpretaciones hermenéuticas que se sigan de ellos puede precisarse. Con esta intención, nos centramos ahora en el objeto de estudio que ambas escuelas comparten: el sentido no unívoco de los actos culturalmente determinados que dependen del papel del símbolo como elemento intermediario capaz de arrojar luz, aun

¹⁴⁶ “Estas consideraciones constituyen la exacta contrapartida de las afirmaciones precedentes: nada de análisis estructural, decimos, sin inteligencia hermenéutica de la trasfencia de sentido, sin esta donación indirecta de sentido que instaura el campo semántico a partir del cual pueden ser discernidas las homologías estructurales”. *C.I.*, p. 69.

parcialmente¹⁴⁷. En ‘El problema del doble sentido’ se recupera la discusión planteada en ‘Estructura y hermenéutica’, esta vez desde la transferencia a nuevos niveles de investigación con la intención de que ello clarifique o condene definitivamente la empresa. Analizamos cada nivel brevemente a continuación, tomando la siguiente afirmación como punto de partida:

Querría establecer que la vía de análisis y la vía de la síntesis no coinciden, no son equivalentes: por el camino del análisis se descubren los elementos de la significación (...); por el camino de la síntesis se revela la función de la significación¹⁴⁸.

Con respecto al *nivel hermenéutico*, el problema del sentido no unívoco o múltiple puede, en este nivel, encontrar interpretación: el sentido es siempre resultante o efecto de una expresión que contiene varios significados al mismo tiempo sin que ninguno de ellos pierda vigencia. En este primer nivel, la función alegórica del lenguaje contextualiza la multiplicidad del sentido en la palabra misma, incapaz de mostrar un solo sentido y de forma plena. La hermenéutica opera con textos que dependen de palabras así categorizadas. En esta línea, recupera el autor la afirmación Dilthey: “Llamamos exégesis, interpretación, al arte de comprender las manifestaciones escritas de la vida”¹⁴⁹.

Habrá, pues, un lugar para la interpretación si hay una manifestación escrita de la que hacernos cargo y dicha manifestación no será nunca el reflejo unívoco de la vida culturalmente determinada. Más bien, será la escritura como mediación simbólica la que legitime el acercamiento a dicha vida culturalmente determinada. Acercamiento, por lo demás, parcial y no definitivo, como muestra Ricoeur a través de la referencia al sueño como objeto de estudio del psicoanálisis: es un breve relato que siempre deja implicadas múltiples interpretaciones que se superponen entre sí.

Si nos centramos en el *nivel de la semántica*, aunque cambie la escala, la multiplicidad del sentido responde a una matriz afín. Tomando de S. Ullmann¹⁵⁰ la terminología, podemos trasvasar el problema en esta nueva escala a una afirmación de la polisemia. Si un nombre puede asumir más de un sentido, la multiplicidad de su

¹⁴⁷ Nos hemos referido a la propuesta de Ricoeur con respecto al papel del símbolo y a su alusión al sentido múltiple a lo largo de nuestra caracterización del *injerito tardío*.

¹⁴⁸ *C.I.*, p. 72.

¹⁴⁹ ‘El surgimiento de la hermenéutica’. En *Dos escritos sobre hermenéutica*, pp. 21-107.

¹⁵⁰ Ullmann, S., *Semántica: Introducción a la ciencia del significado*.

significado es prácticamente un axioma del sistema con el que, desde la semántica, damos cuenta la lengua. Así, la referencia a Ullmann conecta, también a esta escala semántica, con la falta de univocidad del sentido como condición ineludible, pues lo que hace del lenguaje instrumento de conocimiento es, precisamente, que un signo puede designar una cosa sin dejar de designar la otra, ya que, para tener valor expresivo frente a la segunda, debe haberse constituido como signo de la primera. Y agregaba desde ahí:

Esta *intención acumulativa de las palabras* es una fuente fecunda de ambigüedades, pero también lo es de una predicación analógica, gracias a la cual se pone en marcha el poder simbólico del lenguaje¹⁵¹.

Hasta aquí, la trasposición de planos evidencia que los efectos simbólicos pueden ser considerados efectos ineludibles del funcionamiento de la lengua misma. En consecuencia, Ricoeur concluye: “la semántica, y más particularmente la polisemia y la metáfora, han recibido así el derecho de ciudadanía en la lingüística”¹⁵².

Para referirnos al *nivel de la semántica estructural* tomaremos la obra de R. Greimas como marco de referencia. Con más precisión, los tres postulados asumidos por su semántica estructural pueden servir para trasvasar nuestro análisis a este nivel. Estos tres postulados son: la finitud del universo lingüístico objeto de estudio de la semántica estructural; la referencia de dicho universo no a las palabras mismas ni a los lexemas sino a sus *estructuras subyacentes*; y, finalmente, la afirmación de dos planos, uno en el que las palabras conforman la “manifestación del discurso” y otro que denominaremos “plano de inmanencia”¹⁵³.

Observamos que con Greimas la palabra ha sido desterrada del plano estructural aunque ligada a él. Ricoeur encuentra en ello un asidero importante, pues la multivocidad del sentido y el papel del símbolo pueden ser analizados como un “efecto de sentido”¹⁵⁴ que se explica desde dicha relación entre planos y el lugar en que queda la palabra. Desde aquí, el papel del símbolo o la ausencia de univocidad del sentido no serían problemas irresueltos desde el punto de vista estructuralista y, a la vez, queda pendiente qué quiera decir la existencia misma de este modo de relación entre planos. Para concluir esta breve

¹⁵¹ C.I., p. 79.

¹⁵² C.I., p. 81.

¹⁵³ C.I., p. 84.

¹⁵⁴ *Ibidem*.

exploración y recordando a Greimas, reconocemos que “hay tal vez un misterio del lenguaje, y es un problema para la filosofía, no hay misterio alguno en el lenguaje”¹⁵⁵.

Desde Dilthey, Ullmann y Greimas hemos trasvasado el problema de la falta de univocidad del sentido de los actos culturalmente determinados a un problema de estratificación en planos discursivos y las conclusiones son muy clarificadoras ya que, en los tres planos, el discurso siempre convive con la falta de univocidad del sentido y con la posibilidad del malentendido, toda vez que es imposible renunciar a la carga simbólica del lenguaje como elemento vertebrador. En consecuencia, esta pluralidad de tratamientos ha servido para observar en condiciones más favorables que la ligazón entre las investigaciones estructuralistas y la interpretación hermenéutica que proponíamos tiene vigencia y puede predicarse de la hermenéutica ricoeuriana. Queda, sin embargo, pendiente qué pueda decirse desde la lingüística estructuralista acerca de la palabra como espacio intermediario entre los dos planos de discurso. A ello dedicaremos el resto del apartado.

Recurrimos ahora a ‘La estructura, la palabra y el acontecimiento’ para armonizar la interpretación hermenéutica con el análisis de la palabra en la lingüística estructuralista. Si lo logramos, podremos presentar la reflexión hermenéutica como consecuente con análisis estructuralista y establecer la resistencia de ciertos contenidos culturales que no quedan asumidos en el análisis estructuralista y que reclaman una interpretación ulterior. Para ello, Ricoeur retoma los límites metodológicos estructuralistas tomando como argumento de autoridad la obra de Saussure:

- i. *Es posible un análisis empírico del lenguaje donde prime la observación y el establecimiento inductivo de consecuencias.* La lengua, tomada como conjunto de reglas constitutivas de un código, puede ser tratado como un solo objeto de estudio, mientras que el habla –en tanto ejecución de dicha lengua- reclamará la conjunción de un conjunto disperso de análisis procedentes de la psico-fisiología, la psicología o la sociología, entre otras ciencias de naturaleza social o humana.
- ii. *Cualquier conocimiento estable se desarrolla dentro de un corpus constituido y cerrado.* Podremos suponer entonces un inventario de elementos y, desde esta finitud del objeto de análisis, podemos considerar dos formas de abarcarlo: una

¹⁵⁵ C.I., p. 88.

centrada en las evoluciones de los elementos constitutivos de la lengua, que consideraremos lingüística diacrónica y otra centrada en los rasgos y el funcionamiento del sistema mismo en un momento concreto, que consideraremos lingüística sincrónica.

Ricoeur encuentra con esta distinción un gran aliado en Saussure, pues el lingüista establece desde el planteamiento mismo de su trabajo que ambas formas de análisis son por igual legítimas, a pesar de que no puedan ser llevadas a cabo de forma simultánea. Además, establece un orden jerárquico entre las dos estableciendo que los estudios diacrónicos que de la lengua pueden llevarse a cabo han de ser considerados desde la subordinación que aceptan con respecto al estudio sincrónico de la lengua.

Siendo así, la interpretación hermenéutica podrá encontrar su razón de ser en el residuo resultante del trabajo de la lingüística sincrónica que no quede supuesto en el replanteamiento diacrónico de la cuestión¹⁵⁶.

- iii. *Recuperando la consideración de la lengua como un sistema cerrado, sus elementos constitutivos pueden definirse desde relaciones de oposición binaria dentro del propio inventario.* Cabe por lo tanto una combinatoria de dichas parejas de oposición desde la que los elementos del sistema toman cada cual su significado o referencia individual. Desde este límite, asumimos que la definición misma de cada signo que forma parte de la lengua no se establece desde la referencia directa y única a un objeto o cosa. Más bien, es la pertenencia a un sistema cerrado lo que confiere identidad a cada uno de los signos integrantes de dicho sistema o estructura.

La revisión de los límites del estructuralismo y de sus reglas de funcionamiento interno, nos permiten incorporar definitivamente esta afirmación: “El estructuralismo puede ser así definido como la toma de conciencia total de las exigencias contenidas en esta cadena de presupuestos”¹⁵⁷. Prácticamente de forma simultánea al establecimiento de esta conclusión, recuerda Ricoeur la dirección en la que emprendimos este análisis: *si*

¹⁵⁶ Por la importancia que esta condición tendrá para nuestra revisión de los contenidos de *Tiempo y narración*, citamos esta alusión a la sincronía desde *Prolegomena to a theory of language* publicada en 1943 por L. Hjelmslev: “Detrás de todo proceso se debe encontrar un sistema (...) Es entonces el sistema, es decir, la combinación de los elementos en un conjunto simultáneo lo que se comprende con prioridad”. *C.I.*, p. 92.

¹⁵⁷ *C.I.*, p. 93.

es posible establecer un concepto de lengua que pueda asirse desde la lingüística estructuralista, la clausura exitosa de dicho discurso arrojará un resultado todavía nutritivo para el hermenauta.

La interpretación del sentido de los actos y operaciones contenidas por el corpus cerrado que denominamos *lengua* será el objeto de trabajo que ocupará al hermenauta y que estamos presentando como resultante del trabajo de análisis y sistematización estructuralista. Desde la referencia a Saussure, hemos aludido a dos excedentes que pueden ser revisados conjuntamente: desde la subordinación de los análisis diacrónicos a los sincrónicos que la metodología saussureana propone, el habla será analizada como expresión o consecuencia de la lengua y sus atributos. A la vez, como defendemos, la interpretación hermenéutica solo tiene lugar de forma diferida, y quizá también parcialmente subordinada, al análisis estructuralista. En este sentido, *habla* e *interpretación* reciben nuestra consideración de excedentes: *no caben dentro del análisis que pretenda cierta cientificidad a la vez que no quedan disueltos en una correcta concatenación de elementos discreta y positivamente planteados.*

Observamos cómo, una vez más, los razonamientos de Ricoeur tienden a conservar lo disonante, a evitar la clausura del discurso completo y la eliminación de aquello que lo dificulte. Al contrario, tanto el *habla* para la lingüística estructuralista como la *interpretación* para los sistemas estructuralistas de análisis de los fenómenos culturales, son arrastradas por el autor durante la construcción de su discurso casi como acompañantes que no llegan a quedar invitados al mismo pero a los que nunca se les invita a marcharse.

Podemos ahora referirnos a la intención que inspira nuestra revisión de *Tiempo y narración*: es la palabra la instancia de mediación entre sistema y acto, capaz de compartir con el acto de habla en el esquema lengua-habla de la lingüística estructuralista su carácter sensible y su exclusión del espacio discursivo del que podemos dar cuenta siguiendo un esquema con aspiraciones científicas. En consecuencia, consideramos la palabra como el elemento intermediario entre sistema y acontecimiento que nos permite proponer una lectura de *Tiempo y narración* que explora los límites mismos de las investigaciones de otros autores allí contenidas. La palabra, como instancia mediadora, da un sentido a la interpretación hermenéutica que la aleja de la discusión o el enfrentamiento con la tradición estructuralista y la coloca en una perspectiva constructiva, pues comienza

cuando los análisis concluyen y explora los límites donde estos se detuvieron. Nuestra lectura de *Tiempo y narración* tiene en esta máxima su punto de inicio.

Para legitimar este inicio, recurrimos a la lingüística posestructuralista de N. Chomsky. Su defensa de una *gramática generativa* replantea la clausura del sistema a la que nos referíamos con Saussure desde una concepción que reconocemos en el trabajo hermenéutico de Ricoeur a lo largo de su en las décadas de los setenta y ochenta. En efecto, entenderemos con Chomsky que:

El hecho central sobre el que debe caer toda la lingüística significativa es este: un interlocutor ejercitado puede producir en su lengua una frase nueva en un momento oportuno y otros interlocutores pueden comprenderlo inmediatamente aunque sea igualmente nueva para ellos (...) El dominio normal de una lengua implica no solo la capacidad de comprender inmediatamente un número indefinido de frases enteramente nuevas, sino también la aptitud para identificar frases desviantes (...) queda claro que una teoría del lenguaje que descuide este aspecto creativo no tiene más que un interés marginal¹⁵⁸.

En la obra de Chomsky encontramos una reflexión dentro de los análisis de la lingüística donde los límites del sistema no deben clausurarse con la intención de dejar fuera aquello que la sucesión diacrónica de acontecimientos arroja. Siguiéndole, podemos asumir -tanto en los actos de habla como en la palabra más arriba caracterizada- que la relación sincrónica entre sistema y acto puede incorporar nuevas formas que los sujetos que participen de dicho sistema reconocerán como propias y compartidas en el uso mismo. Nace, por lo tanto, una interpretación de la gramática que replantea la noción misma de sistema o estructura: “La gramática es un procedimiento que determina una serie infinita de frases bien formadas y asigna a cada una de ellas una o varias descripciones estructurales”¹⁵⁹.

Será desde esta renovación de la concepción estructuralista desde donde Ricoeur legitime su integración de la interpretación hermenéutica como conclusión de sus análisis: hay un rasgo dinámico en la relación entre lengua y habla que remite a un dinamismo paralelo entre sistema y acontecimiento que otorga a la palabra -y a su homólogo, el texto- la responsabilidad de incluir cambios o variaciones en dicho binomio. Ricoeur reconoce en la teoría de Chomsky un elemento legitimador de sus propios esfuerzos de integración:

¹⁵⁸ Chomsky, N., *Problemas actuales en teoría lingüística: Temas teóricos de gramática generativa*, p. 7-8.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 9.

Es evidente el interés filosófico de esta nueva fase de la teoría lingüística: una nueva relación, de carácter no antinómico, está en camino de instituirse entre estructura y acontecimiento (...) gracias a los conceptos dinámicos del género de la *operación estructurante* y ya no de un *inventario estructurado*¹⁶⁰.

Desde esta perspectiva, la polisemia como sedimento de la multiplicidad de sentidos puede ser revisada no tanto como problema sino como evidencia de este carácter generativo que los actos de habla poseen. En efecto, la polisemia no concierne exclusivamente a la relación sincrónica entre estructura y acontecimiento, sino que reclama la inclusión del proceso, del movimiento diacrónico de los acontecimientos mismos para ser acotada. *Hay un retorno ineludible desde el acontecimiento hacia la estructura contenido en cada acto de habla.* En conclusión, en Chomsky reconocemos un esquema estructuralista en el campo de la lingüística que no clausura el discurso en el establecimiento de unas reglas de operación sincrónica entre acontecimiento y estructura ni en la concepción de la diacronía como pura acumulación cuyos efectos no son recibidos por la estructura o sistema. *El lenguaje está de fiesta*, tal y como repite Ricoeur y, en consecuencia, con respecto al lugar de la palabra, podemos entonces afirmar:

No cesan de complicarse y de renovarse los intercambios entre estructura y acontecimiento, entre sistema y acto. (...) La palabra ha parecido ser el punto de cristalización, el nudo de todos los intercambios entre estructura y acontecimiento. *Si tiene esta virtud de obligar a crear nuevos modelos de inteligibilidad, es porque ella misma está en la intersección de la lengua y del habla, de la sincronía y la diacronía*¹⁶¹.

II.2. La hermenéutica del texto

Nos hemos referido con cierto detalle a algunos de los ensayos contenidos en *El conflicto de las interpretaciones*. Hemos buscado con ello la revisión que, al final de la década de los sesenta, el autor lleva a cabo de las necesidades de la hermenéutica como disciplina filosófica que identifica como propia. En los primeros apartados presentamos de la forma más sincrética posible los rasgos definitorios de dos escuelas de pensamiento que comparten contexto sociocultural: la hermenéutica que nos ocupa y el estructuralismo

¹⁶⁰ C.I., p. 102. Cursiva nuestra.

¹⁶¹ C.I., p. 106. Cursiva nuestra.

que es presentado bien como método de trabajo de algunas ciencias sociales, bien como disciplina filosófica que supera dicho carácter metodológico y se presenta como reflexión general. A continuación, apuntamos las condiciones de partida de la conjunción de ambas escuelas de pensamiento y, finalmente, partiendo de la viabilidad de dicha conjunción, evidenciamos cómo ambas escuelas pueden ser concebidas como afines. Para ello, recurrimos a una de las reflexiones de las contenidas en *El conflicto de las interpretaciones* que, a nuestro entender, es más concluyente y vinculante a la hora de analizar la obra posterior del autor: aquella que considera que el acoplamiento entre los trabajos estructuralistas y los hermenéuticos puede plantearse desde la transferencia de sus dificultades a un problema de confusión entre niveles de análisis. Distinguiendo entre el *análisis* de los elementos constitutivos del discurso de las ciencias humanas, de los que el estructuralismo se hace cargo y la *interpretación* de la función de significación que dichos elementos adquieren, de la que la hermenéutica tiende a ocuparse, probamos que la viabilidad de la conjunción que considerábamos posible durante el punto anterior es, además, deseable y fructífera si es planteada bajo ciertas condiciones de posibilidad. Entre ellas, la principal tiene que ver con el elemento que ambas disciplinas consideran definitorio del espacio discursivo que no es posible superar y que, por lo mismo, debe ser el espacio en el que arbitremos la posibilidad de la conjunción de sus análisis: la palabra, el lenguaje como elemento problemático y, a la vez, como última posibilidad de entendimiento entre estructuralismo y hermenéutica desde la perspectiva de Ricoeur.

Ahora, argumentada la pertinencia de un discurso que vincule estas dos escuelas, debemos incluir los contenidos de *Tiempo y narración* en este espacio discursivo¹⁶². Para ello, recurrimos a Tomás Calvo y a su concepción de la *hermenéutica del texto* como característica de una etapa del pensamiento de Ricoeur. Según reconocemos con T. Calvo, el trabajo intelectual de Ricoeur en las décadas de los setenta y los ochenta está ya asumiendo de suyo el acoplamiento entre ambas escuelas que ha quedado sustanciado en *El conflicto de las interpretaciones*. Durante el Symposium *Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación*, en su ponencia “Del símbolo al texto”, el profesor Calvo parte de la fractura entre las posiciones del autor con respecto al objeto de estudio de la hermenéutica

¹⁶² En el capítulo ‘La matriz teórica’, contenido en *La historia de la filosofía como hermenéutica*, el Profesor Sánchez Meca lleva a cabo una revisión pormenorizada de los contenidos de la obra que nos ocupa que pueden ser de gran utilidad para nuestro lector. A pesar de reconocer con más rotundidad que nosotros el efecto de la influencia de Heidegger sobre la obra de Ricoeur, el estudio de Sánchez Meca, dada su precisión y claridad, facilita el acceso más fiable que hemos encontrado en nuestra lengua a los contenidos de *Tiempo y narración*.

entre las publicaciones anteriores y posteriores al final de la década de los sesenta: si en los estudios anteriores el objeto de análisis era primordialmente el símbolo y su papel en la generación de espacios culturales, en los posteriores, es el texto –el discurso, el relato mismo- el objeto y, por tanto, el diálogo con otras disciplinas se acepta como una condición *de facto*. Asumimos con Calvo la relevancia de este salto:

La redefinición posterior de la hermenéutica como interpretación no ya de los símbolos sino de los textos como tales abrirá un horizonte teórico sustancialmente nuevo y de una fecundidad extraordinaria”¹⁶³.

Recuperando la distinción entre lengua y habla de origen saussureano y desde la oposición entre dicho esquema que da origen a la escuela estructuralista y la lingüística de Benveniste y su concepción del habla y del acontecimiento como primordiales, podemos delimitar qué cambio es el que está teniendo lugar en la hermenéutica de Ricoeur al final de la década de los sesenta.

Recurriendo a entidades de las que nos haremos cargo al enfrentar la revisión de *Tiempo y narración* tales como *mundo del texto* u *obra*, muestra Calvo el salto desde una hermenéutica tradicional que conserva reminiscencias psicologistas hacia “un horizonte teórico sustancialmente nuevo”¹⁶⁴. Este horizonte nuevo se abre a partir de la concepción del *discurso escrito* –incluso de la escritura generalmente tomada-, como instancia condenada a mediar entre las instancias saussureanas de lengua y habla. Dos rasgos principales del discurso escrito le condenan a este papel de mediación: por un lado, cualquier discurso es un acontecimiento y, como tal, es temporal y relevante solo bajo determinadas circunstancias -*la frase muere*- pero, por otro, si nos referimos al discurso que queda escrito, esta caracterización debe ser revisada y deberemos asumir que, si bien el discurso sigue conservando dependencias hacia los receptores originarios del mismo, en el momento en que queda escrito y se convierte en *texto*, pierde su carácter de acontecimiento fugaz -*la frase no muere ya*-.

En este sentido y sin dejar de pertenecer al ámbito del habla, ha perdido algunos de los rasgos que le incardinaban en esa categoría sin llegar por ello a estar en condiciones de poder incluirse en la lengua como elemento estructurante. A la vez, cualquier discurso,

¹⁶³ Calvo, T, “Del símbolo al texto”, en Symposium *Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*, VV. AA., Granada, Anthropos, 1991, p.124.

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 125.

en tanto acto de habla, establece un espacio comunicativo entre emisor y receptores del mensaje y, en cambio, el discurso escrito modifica ese establecimiento, pues con la escritura, quíerose o no, el discurso se independiza de su autor y este pierde su derecho de ajustar su sentido último cada vez que el discurso sea recibido por sus receptores, queda desvinculado del espacio comunicativo que el texto funda.

Como anticipábamos, es claro que el discurso escrito no está en posición de asumir un lugar dentro de la lengua. Sin embargo, no lo es en tanto que dicha forma discursiva no acumule determinadas sincronías que sean afines a la lengua, pues al perder ciertas vinculaciones con la oralidad esta forma de discurso “convierte al texto en algo análogo a la lengua”¹⁶⁵. Esta asimilación por parte del discurso escrito de determinados rasgos afines a la lengua como estructura nos permite afirmar que el discurso escrito es susceptible de ser explicado postulando su objetividad –derivada de su independencia de su emisor- y desde dicho carácter análogo a la lengua¹⁶⁶. Por otra parte, a la vez que asumimos esta concepción del discurso escrito y sus rasgos afines a la lengua, no olvidamos que conserva su pertenencia al ámbito del habla. El texto es entendido como *mediación* y, por ello, es el objeto de estudio que reclama una metodología capaz de integrar la comprensión buscada por la analítica llevada a cabo desde un esquema estructuralista y la interpretación como tarea del hermeneuta.

Podremos así plantear un *arco hermenéutico* entre ambas tareas que tiene lugar precisamente en el momento en que el objeto de estudio es el texto¹⁶⁷. Diríamos que es una exigencia del objeto más que una pretensión del sujeto que intenta asirlo. Compartimos con Calvo la consideración de este espacio discursivo donde el texto es colocado en el lugar central como un espacio netamente diferente al tratado en la obra de Ricoeur antes de las décadas de los setenta y los ochenta. Además, añadimos nosotros, esto permite conectar consideraciones de naturaleza metodológica sostenidas en 1969 con

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 126.

¹⁶⁶ Este tratamiento del discurso escrito como instancia intermediaria que conserva su pertenencia al ámbito del habla a la vez que puede contener rasgos que remiten a entidades estructurales es capital en nuestra reconstrucción de la relación entre estructuralismo y hermenéutica en *Tiempo y narración*.

¹⁶⁷ Recuperamos el estudio acerca de los elementos definitorios de la hermenéutica y de su evolución del Profesor Pérez de Tudela donde comprobamos que esta renovación ricoeuriana responde a la idiosincrasia de esta escuela: “La historia de la hermenéutica, en buena medida, es la crónica de una lucha: la lucha contra las múltiples dificultades -y posibilidades- metódicas, conceptuales y, en definitiva, ontológicas, que parecen inseparables de este ámbito ambiguo. La hermenéutica, en efecto, inicia su andadura como *Kunstlehere*, como teoría o doctrina de un arte cuya posibilidad se da por averiguada: el arte de comprender”. *Hermenéutica y totalidad. Las razones del círculo*, en Logos. Anales del Seminario de Metafísica, nº 26 (1992), p. 22-23.

investigaciones aplicadas al ámbito del texto en la década de los ochenta –como las contenidas en *Tiempo y narración*.

En efecto, no se trata de un mero ensanchamiento o ampliación del marco interpretativo de la hermenéutica precedente sino de una transformación radical. La anterior oposición metodológica entre estructuralismo y hermenéutica, tal y como *El conflicto de las interpretaciones* muestra, se debilita a la luz del establecimiento de un nuevo objeto de estudio de naturaleza cualitativamente diferente. La oposición entre lengua y habla de origen estructuralista sirve ahora al hermeneuta para comenzar a elaborar su reflexión acerca de la naturaleza del texto escrito como espacio de mediación entre ambos.

La tarea del hermeneuta que sea consecuente de la asunción de la comprensión –estructuralista- y la interpretación –hermenéutica- como ocupaciones consecutivas, pero de naturaleza diferente y no como independientes y propias de escuelas de pensamiento mutuamente excluyentes será la tarea que reconoceremos en *Tiempo y narración* y la que, de la mano de Calvo, pretendemos mostrar en el fondo de la reflexión metodológica contenida en *El conflicto de las interpretaciones*. Hay una consideración del texto como instancia central que cambia la concepción misma de la hermenéutica en Ricoeur tras 1969, donde la confrontación con el estructuralismo no solo se debilita, sino que debe ser replanteada en la dirección que en los apartados finales venimos apuntando.

Nos encontramos, por fin, con la veta de análisis desde la que dar forma a nuestra investigación: *la hermenéutica del texto*. Con ella Tomás Calvo encuentra la mutación metodológica de las investigaciones de Ricoeur a partir de la cual nuestro estudio buscará en *Tiempo y narración* un elemento rector capaz de dar razón del postulado que hemos reconocido en las ciencias sociales. Para nosotros, el texto en tanto mediación entre habla y lengua –o, mejor, en tanto instancia análoga a la *lengua* que no pierde los atributos que lo incardinan dentro de los actos de *habla*- es aquello que obliga a Ricoeur a revisar su metodología de trabajo para acoplarla al mismo, para considerarlo su quehacer. El espacio que funda el texto, derivado del espacio generado por la palabra como mediación, nos permite concebir la hermenéutica de Ricoeur en estas décadas como un conjunto de investigaciones que comparten una metodología de trabajo sustancialmente nueva y que permite un ajuste de cuentas de la hermenéutica con otras escuelas de pensamiento que arroja un resultado diferente al que en ocasiones anteriores el propio Ricoeur había encontrado.

En efecto, ahora, no tiene vigencia la anulación recíproca de las investigaciones estructuralistas y hermenéuticas, apareciendo más bien la necesidad recíproca de ser integradas en un solo discurso –en un juego de implicación mutua entre diacronía y sincronía, entre análisis e interpretación que recuperaremos a continuación-. Por otra parte, probar la viabilidad de esta interpretación no nos lleva a la anulación de las muchas reservas que desde ambas disciplinas se plantean con respecto a la idiosincrasia de la otra. Más bien, es prueba de cómo, desde el inicio de la década de los setenta, Ricoeur está considerando dentro de su campo de trabajo algunas investigaciones tradicionalmente consideradas dentro de la corriente estructuralista y cómo ello le obliga a replantear sus propias reservas ante dicha corriente¹⁶⁸.

Según nuestro punto de vista, los análisis de *El conflicto de las interpretaciones* son fundamentales para interpretar ajustadamente la producción de Ricoeur en las décadas siguientes por ser el momento en que las reflexiones del autor se centran en el establecimiento de los límites de las investigaciones que en esas décadas le van a ocupar. No encontramos en los intentos de ajustar la relación entre injerto y plantón una toma de postura en una discusión ya clásica entre estructuralistas y hermeneutas sino, más bien, la intuición del autor de la necesidad que tiene su campo de estudio de recurrir a análisis coherentes con consideraciones metodológicas de corte estructuralista si aspira a una interpretación que tenga un carácter conclusivo.

A la luz de la naturaleza del objeto de estudio que ocupa a Ricoeur en las décadas de los setenta y los ochenta, como hemos reconocido en *El conflicto de las interpretaciones*, no tiene sentido ya un enfrentamiento casi dicotómico entre dos disciplinas. Por el contrario, el compromiso con un objeto de estudio como las entidades textuales y su sentido último dentro de comunidades obliga a Ricoeur a reescribir la vinculación entre ambas escuelas. Esta consideración que ahora nos atrevemos a formular como consecuencia de las evidencias expuestas a lo largo del capítulo no pretende redefinir el campo mismo de la hermenéutica en general sino, más bien, proponer una etapa del pensamiento de Ricoeur donde el autor justifica su necesidad de reconsiderar sus alianzas metodológicas y, desde ello, de reconstruir los límites de sus investigaciones.

¹⁶⁸ En efecto, hemos considerado hasta el momento la mutua implicación entre las dos escuelas sin detenernos demasiado en el punto de vista desde el que reconocemos dicha implicación. Para ser más precisos, debemos reconocer que es la hermenéutica ricoeuriana la que alude a los análisis estructuralistas y la que modifica sus estructuras discursivas con la intención de asumirlos.

El resultado de esta necesidad, tal y como a continuación exploraremos en *Tiempo y narración*, serán estudios de naturaleza hermenéutica que se apoyan en consideraciones estructuralistas previas. Consideramos las alusiones particulares a autores cercanos a la corriente estructuralista como la punta del iceberg de una vinculación más honda, que apuntamos brevemente a continuación desde dos consideraciones que han quedado sustanciadas a lo largo del capítulo.

Por un lado, el compromiso con la *otra vía*¹⁶⁹ que aparece de forma aparentemente fugaz y sin consecuencias en las consideraciones iniciales de *El conflicto de las interpretaciones* supone, a la luz de nuestra investigación en sus obras posteriores, un compromiso metodológico más hondo: el de recorrer esta *otra vía* como camino más seguro para arrojar luz acerca del papel de lo narrativo en la composición de las identidades temporalmente determinadas. Consideraremos por lo tanto que este compromiso con la otra vía que huye de las conclusiones heideggerianas es una forma de asumir *de facto* un sistema de alianzas e influencias nuevo que le acompañará en las siguientes décadas. En este mismo sentido, la relación entre comprensión e interpretación que el propio Calvo nos obliga a reconsiderar a la luz de la naturaleza del texto como instancia problemática, es el garante que nos legitima para referirnos a la necesidad patente en *Tiempo y narración* de reconsiderar el papel del estructuralismo en la hermenéutica ricoeuriana.

Por otro lado, encontraremos en *Tiempo y narración* un juego con los análisis no siempre venidos de autores de corte estructuralista pero sí considerados sistemáticamente como anteriores a la interpretación y, por lo tanto, dependientes de una definición del trabajo analítico cercana a los presupuestos de la tradición estructuralista. Este juego, claro, reclama la interpretación como trabajo posterior que corresponde al hermeneuta y que nace en la consideración de que *hay un análisis* que permite la comprensión de algunos elementos culturalmente determinados y que, de suyo, *reclama una interpretación* que los incluya en un sistema que les otorgue una funcionalidad, determinándolos desde él.

¹⁶⁹ La recordamos: por oposición a la *vía* que tradicionalmente era propia de la escuela hermenéutica -esto es, a la vía que representa la ontología heideggeriana- se refiere Ricoeur a la *otra vía* como aquella que le ocupa en la década de los ochenta. En otras ocasiones se refiere a ella como *vía larga* en una referencia que interpretamos como sintomática de una vinculación con la metodología nacida en la lingüística saussureana, más rigurosa y necesitada de cargas probatorias diseccionadas con precisión.

En conclusión, partiendo del papel del texto descrito por el profesor Calvo, encontramos nuestra *vía* de estudio de *Tiempo y narración*: hemos mostrado desde *El conflicto de las interpretaciones* la renuncia rotunda del autor a una hermenéutica que no parta de la comprensión resultante de un análisis anterior al trabajo de interpretación del hermeneuta y que le dé sentido. Este juego de mutua implicación entre análisis e interpretación es una condición de partida para la *hermenéutica del texto* que nos permite diferenciarla tanto del trabajo de otros hermeneutas como de otras investigaciones de Ricoeur en otras etapas de su pensamiento. Asumida esta dialéctica entre ambos esfuerzos, el trabajo del hermeneuta estará siempre diferido y será - ¿parcialmente? - dependiente de aquellos análisis que le preceden y en los que debe confiar como cimiento de sus propias conclusiones. Además, será el texto, la palabra escrita, el *Kampfplatz* discursivo, donde esta mutua implicación es la única metodología posible.

Queda pues abierta la *vía* en la que la escuela estructuralista pueda reclamar su efecto en las investigaciones desarrolladas en *Tiempo y narración* sustentada no tanto en alusiones concretas a autores estructuralistas sino en una metodología de trabajo que asume la necesidad de referirse a análisis que le preceden que posean un mayor rigor metodológico. Desde esta alusión de Ricoeur a análisis precedentes y desde su compromiso con la *vía larga* nos atrevemos a apuntar: *en Tiempo y narración hay una deuda implicada con la corriente estructuralista desde la consideración misma del texto como objeto de estudio hasta la arquitectura general de la obra organizada a partir de la revisión de análisis que la preceden y que hacen alusión a un sedimento que, a modo de sistema, genera implicaciones que pueden rastrearse desde dichas entidades textuales.*

A lo largo de la segunda parte de nuestra investigación emprendemos la revisión de *Tiempo y narración* en la que encontraremos vestigios de dicha deuda, así como acercamientos, cada vez más certeros, a aquello que en nuestro primer capítulo considerábamos nuestro objeto de estudio: la identidad narrativa como postulado olvidado por las ciencias sociales.

II.3. Diálogo con J. L. Pardo

Detenidos un instante en el recorrido entre el postulado y el estudio de su genealogía, recurrimos al Profesor Pardo para acotar definitivamente el postulado. Gracias a *El conflicto de las interpretaciones* y a la *hermenéutica del texto* hemos reconocido el método de trabajo que permite a *Tiempo y narración* articular un estudio capaz de concluir la identidad narrativa y hemos filiado el destino de nuestra investigación con esta conclusión, convencidos de la idoneidad del método. Sin embargo, encontramos ahora un salto entre el postulado sociológico que nos ha ocupado hasta aquí y la revisión de su genealogía en la hermenéutica ricoeuriana que nos ocupará en adelante.

Recurrimos a la ‘Undécima aporía del aprender, o del camino del colegio’, contenida en *La regla del juego*, para reformular el salto que debe remontarnos desde el efecto al estudio de su causa. En ella, Pardo aborda el problema del *paso* entre el juego I y el juego II, entre la *poiêsis* y la *práxis*, entre producción y uso:

La inmediatez aparente de esta operación (la rapidez con la cual la cosa sale de las manos del artesano y pasa a los labios del usuario o al cubo de la basura) puede hacer que nos pase desapercibido el importante *salto* que se produce en ese ‘paso’ (que no es sino el ‘paso’ del juego I al juego II): aunque el juicio del usuario sea, por decirlo así, un juicio práctico y no teórico, ello no elimina el hecho de que el ciudadano *juzga* el producto del artesano, y de que este juicio opera, por citar una vez más a Aristóteles, mediante el *logos* (lo cual, como acabamos de recordar, no significa exactamente “mediante la palabra”, si por la palabra entendemos la encarnación verbal de una operación psicológica subjetiva, sino que el *logos* -que no el ciudadano- es lo que hace aparecer el vaso como vaso ‘llamándolo’ así, incluso sin la necesidad de abrir la boca el usuario más que para llevárselo a los labios, sin pronunciar vocablo alguno)¹⁷⁰.

Nuestro *paso* es el que media entre el trabajo del hermeneuta -afín al juego I y a la *poiêsis* de los poetas inspirados a los que Pardo hace referencia- y las producciones de las ciencias humanas -afines al juego II y a la *práxis* de los usuarios dentro de su comunidad narrativa de referencia-. Y nuestro problema para vertebrar la ligazón entre las conclusiones del estudio hermenéutico y el punto de partida de las investigaciones en las ciencias sociales es el problema del *juicio práctico* que no elabora el sociólogo o el politólogo particularmente tomados, sino que permanece implícito en sus estudios: el atributo narrativo no es nombrado por ellos, ni tiene en su discurso un papel porque, de

¹⁷⁰ *La regla del juego*, p. 457.

algún modo, no encuentra un *logos* que transite el *paso*. El olvido del juego I da sentido al juego II como construcción de la ciudad que los usuarios habitamos pero instala entre ambos juegos una frontera que ahora amenaza a nuestra investigación con la esterilidad de sus efectos.

Nos encontramos, pues, concluyendo nuestro estudio de las ciencias humanas, instalados en el juego II¹⁷¹, en el espacio que nos permite reconocernos como ciudadanos y como usuarios y en el que la referencia al juego I implica una forma de dominación, de apropiación de sus efectos: Said o Anderson *usan* el atributo narrativo de nuestra identidad sabiendo que es ese el único estatuto que dicho atributo tiene, sabiendo “que el juego I solo puede existir *en* el juego II y *para* el juego II”¹⁷². Al mismo tiempo, ordena nuestra investigación la referencia a la hermenéutica ricoeuriana como referencia al juego I que contiene la génesis de nuestro quehacer como usuarios, como ciudadanos que permanecemos dentro de los límites de la *polis*. Buscamos por tanto en Ricoeur una reflexión que, a costa de anular momentáneamente nuestra condición de ciudadanos, nos permita explicar la configuración del atributo narrativo que da sentido a dicha condición y considerando que la *hermenéutica del texto* cumple para nosotros una función capital para acercarnos a *Tiempo y narración*, entendemos ahora que no anula lo problemático de nuestro punto de vista, pues no nos permite concluir el salto que apenas reformulamos entre el tiempo de la ciudad -en la que los usos son ya comprendidos por todos, en el que la sociología o la politología no necesitan aclarar qué atributo narrativo de nuestra identidad es el que están dando por supuesto- y el tiempo de los poetas y los fundadores - en el que la configuración de nuestra identidad podía analizarse-.

Aunque siempre tengamos la posibilidad de tratarnos a nosotros mismos como *cualquier otro*, anulando nuestras condiciones personales o culturales y estableciendo juicios que aspiran a un asentimiento universal, reconocemos en los estudios que articularon nuestro primer capítulo la resistencia de sus campos a incorporar dicha posibilidad y la adhesión a las condiciones que, *de facto*, gobiernan nuestras ciudades¹⁷³. Esta resistencia es la que nos lastra a la hora de reconocer el postulado como huella cuyo

¹⁷¹ “Como ya tantas veces hemos dicho y en cada una de esas ocasiones hemos olvidado, siempre estamos jugando al juego II, pero no siempre lo sabemos (porque a veces hay obstáculos estructurales que nos obligan a mantenernos, aunque sea ficticiamente, en el juego I)”. *La regla del juego*, p. 459.

¹⁷² *La regla del juego*, p. 485.

¹⁷³ Las debilidades metodológicas de las ciencias sociales y su independencia con respecto al pensamiento especulativo han sido tratadas desde las consideraciones iniciales. Sin embargo, reconocemos sus efectos a lo largo de toda la primera parte.

origen podamos rastrear. Así pues, estamos abocados al recurso a la metáfora para articular el salto. Tomamos de la ‘Decimotercera aporía del aprender, o de la prueba de la división’ su descripción:

Hay que retrotraerse desde la metáfora hasta sus condiciones de posibilidad. Si metáfora significa traslación (aún más claro en el griego moderno, donde hacer una metáfora es cambiarse de casa, es decir, metáfora = mudanza), entonces la metáfora presupone, como *su primera condición de posibilidad*, “que algo está en un lugar determinado” y propio, a saber, las palabras en sus dominios de significación exclusiva y normal, pues el único modo de comprender la distinción “propio/figurado” consiste en aceptar la distribución del léxico en campos semánticos o contextos usuales. Solo pueden hacerse mudanzas cuando las palabras tienen cada una su casa, su domicilio, su residencia. (...) Y a este dominio de la lengua pertenece *la segunda condición de posibilidad* de la metáfora, es decir, la posibilidad misma de efectuar la transposición que las operaciones metafóricas concretas ejecutan. La metáfora presupone una “normalidad lingüística” *que viene a interrumpir* (...) y no se trata, en esa “posibilidad de transponer”, de algo que el hablante hace con la lengua o con las palabras, sino de un movimiento propio de la lengua, una reflexión hecha por la lengua misma: “no hay una manufactura deliberada, reflexiva, electiva y secundaria de un ingenio lingüístico personal, sino una obra espontánea y natural de la palabra misma; no hay un producto individual del hablante, sino un impersonal y anónimo producto de la lengua”¹⁷⁴.

La metáfora *-mudanza-*, que con Ricoeur reconocemos en la génesis de nuestro uso de la lengua, es el modo de articular el salto y debe legitimar nuestra investigación. En este sentido, recuperamos la revisión de Pardo de la reflexión de Sánchez Ferlosio:

Si las esferas semánticas pueden compararse con domicilios privados cuya inviolabilidad define la “normalidad” del habla, y la metáfora como una orden judicial que autoriza en condiciones especiales a violar esa privacidad, “cualquier constelación de conceptos realmente fecunda para el conocimiento no habrá de ser una colección de llaves para otras tantas puertas predeterminadas, por numerosas que sean, sino un tal vez pequeño juego de ganzúas capaz de abrir siempre nuevas e ignotas cerraduras”¹⁷⁵.

Con Pardo¹⁷⁶, reconocemos en las ganzúas tres rasgos que nos acercan a la analogía con la metáfora: no son asunto de propietarios sino de *amantes de lo ajeno* y no sirven para una puerta concreta sino para infinitas puertas potenciales; sirven, también,

¹⁷⁴ *La regla del juego*, p. 551-2. Los entrecomillados contenidos en la cita son incorporados por el autor de: Rafael Sánchez Ferlosio, “Sobre la transposición”, en *Ensayos y artículos II*, Barcelona, Destino, 1992, pp. 49-76.

¹⁷⁵ *La regla del juego*, p. 555.

¹⁷⁶ Sirva el artículo de J. L. Pardo para profundizar en la analogía: “El concepto vivo o ¿Dónde están las llaves? Ensayo sobre la falta de contextos”, Barcelona, Archipiélago, n° 31, diciembre de 1997.

para puertas que todavía no han sido fabricadas, al contrario que las llaves, fabricadas a continuación de las cerraduras que justifican su uso; y, finalmente, son únicas y originales, al contrario que cualquier manojó de llaves.

A modo de ganzúa, la fuerza de la identidad narrativa como conquista de la reflexión hermenéutica está en la posibilidad que nos brinda para acceder, como intrusos, a los espacios de decisión en los que sociólogos, politólogos o historiadores revisan sus investigaciones. No podremos convertir en juego de llaves el desarrollo discursivo de *Tiempo y narración* o, más precisamente, el resultado que arroje no podrá emplearse en ese sentido, pues no eliminará el salto ni nos permitirá asistir al juego I. En cambio, el juego de ganzúas que la hermenéutica ricoeuriana crea para entrar en los discursos de las ciencias sociales, para orientarse en ellos y, finalmente, para dar cuenta de su relativa falta de memoria¹⁷⁷ sí debe avalar nuestra investigación al dotarnos de los recursos que nos permitan olvidar momentáneamente nuestra condición de usuarios para preguntarnos por el tiempo de los productores, para tratarnos como *cualquier otro* sin perder por ello la filiación con nuestra ciudad.

La identidad narrativa es la mejor muestra del papel de la metáfora en el plano del discurso -recordemos la aspiración ricoeuriana: *de la palabra a la frase, de la frase al texto y del texto al mundo*- y el recurso de Pardo a la ganzúa nos permite reconocer el sentido de ese papel en nuestra investigación: la identidad narrativa es la ganzúa/metáfora que nos permite el acceso a los discursos contemporáneos de las ciencias sociales desde la reflexión hermenéutica. Accede nuestro estudio a los espacios donde politólogos o sociólogos reformulan el juego II mediando la hermenéutica, como accedemos a los conceptos mediando la metáfora: “[la metáfora] es lo que queda del concepto, como residuo, en el habla normalizada. Acechar el brillo de los númenes entre los residuos

¹⁷⁷ No hay llave que articule el salto, pero sí hay ganzúa. Y la ganzúa sirve: es lo que nos queda para interpretar el sentido de los análisis de nuestros contemporáneos que tienen que ver con nuestro modo de vida y con cómo ese modo de vida tensa nuestros atributos, los pone a prueba: “Algo parecido a lo que Sócrates llama *corrupción de la juventud* es lo que designa Richard Sennett como *corrosión del carácter*, a saber: el proceso de fragmentación biográfica que las nuevas exigencias del mercado laboral mundializado provocan en las vidas personales de los trabajadores. (...) En efecto, el *trabajador flexible* de nuestros días es aquel cuyo oficio carece de toda delimitación rigurosa: no es zapatero, ni sastre, ni siquiera obrero de una cadena de montaje de automóviles, sino que debe ser *capaz de hacer cualquier cosa* en un periodo de formación permanente que se identifica con la longitud completa de su vida laboral y a lo largo de la cual debe estar dispuesto a reciclarse, reformarse, redefinirse y ajustarse cuantas veces sea necesario y en la medida en que lo sea”. *La regla del juego*, p. 415-416.

arruinados es quizá la tarea de la filosofía y lo que sella su inquebrantable amistad con la literatura, los mitos o la poesía”¹⁷⁸.

Si consideramos una transcripción del *habla normalizada* los estudios de las ciencias humanas, podremos confiar en la filosofía de Ricoeur para reconocer en los residuos que deja el brillo del concepto de la identidad narrativa en ese habla. La normalidad encaja llaves en cerraduras, pero nuestra investigación se filia con las ganzúas para preguntarse por el origen de esas cerraduras. Necesitamos tratar con la metáfora para preguntarnos por la genealogía de nuestro lenguaje y con la identidad narrativa para vertebrar la genealogía del postulado de las ciencias humanas. Por tanto, gracias a Pardo, podemos articular el salto hacia *Tiempo y narración* sabiendo que nuestra genealogía dependerá de la filiación que la filosofía conserva con el juego I, con el tiempo de los poetas inspirados que conectaban conceptos con palabras y sabiendo que ambos, juego I y juego II, son partes constitutivas de cualquier sujeto entre las que media la metáfora, la mudanza, el cambio.

El miedo de los personajes de Sennett puede ser considerado pesquisa de la insistencia de un rasgo narrativo en nuestra identidad pero debe dirigirnos hacia una reflexión filosófica que no trate con los testigos sino que se guíe por el brillo de los conceptos que los mueven. Hemos necesitado a psicólogos, politólogos y sociólogos para hacer referencia al juego II en el que nos encontramos y al que esperamos aludir al final de nuestro estudio, pero ahora saltamos decididamente hacia un análisis que mantenga sus ojos puestos en el juego I, que se pregunte por el tiempo de los poetas y de la fundación de los mitos. Debemos a José Luis Pardo la articulación del salto del postulado a su genealogía y el recurso a la metáfora que lo hace posible y, gracias a él y al recorrido que le precede, enfrentamos, por fin, *Tiempo y narración*.

¹⁷⁸ *La regla del juego*, p. 555.

SEGUNDA PARTE: GENEALOGÍA DE LA IDENTIDAD NARRATIVA

Introducción

III. Hermenéutica del tiempo en la narración

Introducción

III.1 Diálogo con Agustín de Hipona

III.2 Diálogo con Aristóteles

III.3 La trama como fundamentación de la identidad narrativa

III.4 Conclusiones

IV. Variaciones historiográficas de la trama

Introducción

IV.1 El eclipse de la narración: el diálogo con la historiografía francesa y con el modelo nomológico

IV.2 Reconocimiento del espacio narrativo: vigencia de la trama en la epistemología positivista

IV.3 Reconocimiento del espacio narrativo: articulación del vínculo indirecto entre Historia y narración

IV.4 Conclusiones

V. Variaciones ficticias de la trama

Introducción

V.1. Diálogo con la narratología

V.2. Diálogo con la ficción

V.3. Vigencia de la trama en la narrativa del siglo XX

V.4. Conclusiones

VI. La identidad narrativa como conclusión

Introducción

VI. 1. La aporética de la temporalidad: de Aristóteles a Heidegger

VI.2. La poética de la narración: del tiempo histórico en la narración a la identidad narrativa

VI.3. La identidad narrativa como corolario aporético

VI.4. Conclusiones

INTRODUCCIÓN

Nuestra investigación nos ha conducido hasta *Tiempo y narración*, donde esperamos encontrar un estudio suficiente del postulado difuso de origen narrativo con el que conviven los estudios de las ciencias sociales de las décadas finales del siglo XX. Para dar cuenta del modo en que estudiaremos la obra, hemos recurrido a la *hermenéutica del texto* como pauta desde la que nos haremos cargo de la vinculación de la hermenéutica ricoeuriana con la escuela estructuralista.

Nuestra convicción es la siguiente: es posible articular un discurso de naturaleza filosófica acerca de la *identidad narrativa* que dé razón de dicho postulado y mitigue su carácter difuso. Guiados por esta convicción, desarrollaremos nuestra investigación entre estos dos polos: primero, daremos cuenta del desarrollo discursivo que lleva a cabo el autor con particular atención a los asideros bibliográficos a los que debe recurrir y, a continuación, profundizaremos en aquellos elementos conceptuales que sean decisivos para el esclarecimiento de la identidad narrativa.

Siendo dos tareas complementarias, sin embargo, deben ser tratadas de forma independiente si pretendemos obtener de la obra una conclusión operante en el ámbito de las ciencias sociales. Por ello, cada conjunto de elementos resultante de cada parte de la obra es una pieza que complementa a las otras tres y que, en el orden en que las proponemos, permiten que esta investigación concluya con la revisión del *postulado* que la inspiró. Esta doble estrategia -descriptiva y reflexiva- nos conducirá a unas conclusiones que se irán encabalgando a lo largo del discurso.

III. HERMENÉUTICA DEL TIEMPO EN LA NARRACIÓN

INTRODUCCIÓN

La primera parte de la obra tiene por objeto el establecimiento de una hipótesis de trabajo que será contrastada en las partes segunda y tercera. Para ello, Ricoeur, tras una primera formulación de su hipótesis y del campo de investigación en el que tiene aplicación, organiza el recorrido en tres capítulos: en el primero, apoyándose en *Agustín de Hipona*, dará cuenta de las conclusiones aporéticas a las que llega el razonamiento especulativo cuando enfoca sus esfuerzos en la experiencia humana del tiempo; en el segundo, apoyándose en *Aristóteles*, busca una vía de acercamiento a dicha experiencia desde ámbitos racionales pero no necesariamente especulativos: la *trama*, como eje de cualquier narración, es presentada como elemento vertebrador de nuestra experiencia del paso del tiempo; en el tercero, elabora el autor el modelo desde el que transita el salto entre una explicación de la temporalidad estrictamente *humana* que desde el punto de vista especulativo se ha probado que es infructuosa y una explicación de esa misma experiencia desde un punto de vista puramente *fáctico*: cómo explicamos la experiencia humana del paso del tiempo cuando no tenemos por objeto tematizarla sino, simplemente, incorporarla a nuestra interpretación de lo que acaece en un espacio culturalmente determinado. El modelo que encuentra Ricoeur es el de la *triple mimesis* y desde él articulará el salto entre una experiencia del tiempo *muda* desde el punto de vista especulativo y una narración que tenga por objeto *tomar conjuntamente* los acontecimientos, dotándolos de sentido solo porque pertenecen a una estructura significativa mayor que cada uno de ellos y capaz de aportar un sentido unificado al conjunto.

Para nuestra investigación esta primera parte de la obra es capital, pues si llegamos a *Tiempo y narración* buscando el establecimiento y articulación de un rasgo narrativo inherente a la *vivencia humana del tiempo*, este rasgo encuentra en la primera parte de la obra los rudimentos suficientes para establecerse. Por tanto, si queremos llegar a dar

cuenta de dicho rasgo narrativo tendremos que comenzar por aclarar con toda la precisión que seamos capaces qué es una *narración*, cuáles son los elementos a los que esta no puede renunciar y qué recorrido es el más fiable para lograr que dichos elementos puedan servirnos para dar cuenta de la experiencia humana del paso del tiempo. Sin establecer qué sea el *mythos*, cómo reclama una *concordancia* que se imponga sin eliminarla a la *discordancia* y qué recursos quedan a nuestro alcance para hacer de ello una lectura del paso del tiempo -*triple mimesis*-, nuestra aspiración de acotar lo más posible el rasgo narrativo de nuestra identidad será forzosamente insuficiente.

Por ello, los diálogos con Agustín de Hipona y con Aristóteles nos conducirán desde la relación entre *mythos* y *distentio animi* hacia el establecimiento de la *triple mimesis*. En este sentido, nos encontraremos con un recurso de Ricoeur que al lector de nuestra investigación no le será ajeno: considera el autor que aquello que le ocupará en lo sucesivo será el análisis de un presupuesto que, a modo de *núcleo común*, puede reconocerse en la historiografía y en los relatos de ficción propios de cualquier época histórica. Este presupuesto es lo que hace posible dar cuenta de la experiencia temporal sin tematizarla desde el punto de vista especulativo, pero necesitando suponer que su entidad no tiene un carácter paradójico que paralizara cualquier trabajo racional que la incluyera entre sus ingredientes. Y este presupuesto solo puede ser *narrativo*¹⁷⁹.

Asume el autor que este presupuesto tiene un *carácter circular* y, a pesar de considerar inherente al trabajo mismo del hermeneuta el tratamiento con este tipo de circularidades, aclara que esta primera parte tiene que mostrar que la correspondencia y mutua implicación entre temporalidad y narratividad no deviene necesariamente en un círculo vicioso sino que puede presentarse como un sistema de contrapesos en el que ambas, tomadas conjuntamente, fundamenten las explicaciones que seamos capaces de elaborar acerca de la experiencia humana del tiempo.

A tal fin, en primer lugar, tomará la guía de las *Confesiones* para mostrar las paradojas en las que desemboca el análisis especulativo de la experiencia del tiempo, especificando de antemano que no está entre las preocupaciones de Agustín de Hipona resolver o disolver de forma narrativa dichas paradojas. A continuación, tomará la guía de la *Poética* de Aristóteles como espacio discursivo en el que se pretende mostrar la

¹⁷⁹ “Nuestra primera parte está consagrada a este importante presupuesto”, aclara Ricoeur en la primera página de la presentación.

naturaleza de la trama como rasgo propio de la tragedia en tanto género dramático especificando igualmente que no está entre las preocupaciones de Aristóteles las implicaciones temporales que tengan sus análisis. Pueden ser consideradas ambas obras como vías de acceso independientes al mismo círculo que se convierte en estos momentos en el presupuesto con el que nos comprometemos. Dos vías de acceso independientes y que parten de “horizontes filosóficos radicalmente diferentes”¹⁸⁰ pero que, presentados conjuntamente, configuran un solo presupuesto.

El modo que Ricoeur encuentra para emparentar ambos estudios tras asumir su independencia nos ayudará a mostrar con más claridad la circularidad del presupuesto: en las *Confesiones* la discordancia siempre se impone cuando el sujeto trata de dar cuenta de forma concordante de un *animus* expuesto al paso del tiempo cronológico y en la *Poética* la concordancia tiende a imponerse a la discordancia en la construcción de tramas y en su captación y comprensión. En Agustín el sujeto anhela la concordancia en el análisis de su temporalidad, pero topa una y otra vez con la discordancia mientras que en Aristóteles la regla principal en la construcción de tramas dentro del género trágico debe ser la conservación de la concordancia entre los episodios, las causas, los fines o los personajes.

Ricoeur configura el presupuesto que debe analizarse en la primera parte de la obra tratándolo como una circularidad en la que ambas partes se reclaman mutuamente. Esto fundará un eje concordancia-discordancia que Ricoeur propone recorrer de forma inversa a la cronológica: desde Agustín hacia Aristóteles, esto es, desde lo paradójico de los análisis de las *Confesiones* que tienden a desembocar en paradojas hacia la necesidad de prevalencia de la concordancia que no puede olvidar el poeta si no quiere que su trama deje de serlo y que nos recuerda Aristóteles.

¹⁸⁰ *Tiempo y narración: configuración del tiempo en el relato histórico*. En adelante, citaremos la obra con el acrónimo T.N. I. En este caso: T.N. I, p. 40.

III.1 Diálogo con Agustín de Hipona

¿Qué es el tiempo? La pregunta central que ocupa a Agustín de Hipona en el libro XI de las *Confesiones* es el cabo más fiable desde el que comenzar a desentrañar la madeja con la que nuestro presupuesto circular nos obliga a tratar.

El modo en que Ricoeur nos acerca a la obra le obliga a anticipar dos rasgos de su lectura. Por una parte, no revisará la concepción del tiempo como dependiente de la concepción de la eternidad, que es la manera en que A. de Hipona presenta su argumentación; y, por otra, no buscará resolver las paradojas o interrogantes en las que desemboquen dichas argumentaciones. Estos rasgos de la lectura de las *Confesiones*, especialmente el primero, “violentan un tanto el texto”¹⁸¹ pero, sin embargo, nos van a permitir una primera vía de acceso a la circularidad que nos ocupa.

Explicitados estos rasgos de la lectura del texto de Agustín, Ricoeur es rotundo en la consideración de las argumentaciones de este: son una “cavilación inconclusiva”¹⁸². Y lo son porque el objeto del que pretenden dar cuenta genera que cualquier cavilación al respecto lo sea: el libro XI es tomado entonces como piedra de toque que permite a Ricoeur mostrar “un carácter aporético de la reflexión pura sobre el tiempo”¹⁸³. Este carácter aporético no es exclusivo de la reflexión que Agustín lleva a cabo sino propia del objeto de análisis que le ocupa. De este modo, la argumentación agustiniana acerca de la experiencia humana del tiempo es tan poco concluyente como cualquier otra que comparta su objeto de análisis:

La teoría agustiniana del tiempo es inseparable de la operación argumentativa por al que el pensador corta, una tras otra, las cabezas de la hidra del escepticismo, que renacen continuamente¹⁸⁴.

Por otro lado, este carácter *inconclusivo* de las cavilaciones ocupadas en la experiencia humana del tiempo que hacen que desemboque en razonamientos aporéticos es uno de los puntos que Ricoeur necesita establecer con más profundidad para continuar construyendo, en esta primera parte, los cimientos de la obra completa: “En mi libro será constante la tesis de que *la especulación sobre el tiempo es una cavilación inconclusiva*

¹⁸¹ T.N. I, p.41.

¹⁸² T.N. I, p. 43.

¹⁸³ *Ibidem*.

¹⁸⁴ *Ibidem*.

a la que solo responde la actividad narrativa. No porque ésta resuelva por suplencia las aporías; si las resuelve, es en el sentido poético y no teórico. La construcción de la trama responde (...) con un hacer poético capaz de aclarar la aporía (...) pero no de resolverla teóricamente”¹⁸⁵.

Así pues, Ricoeur intenta establecer cuanto antes y siguiendo la guía de A. de Hipona la imposibilidad de concluir exitosamente un razonamiento especulativo acerca de la experiencia humana del tiempo. A ello dedica sus esfuerzos, no sin haber destacado previamente -acabamos de observarlo en la cita- que dicha imposibilidad es una condición necesaria para que la arquitectura general de la obra sea sostenible. Para ello, toma la argumentación escéptica relativa al tiempo y enfatiza el fracaso agustiniano en su intento de refutarla:

El argumento escéptico es bien conocido: el tiempo no tiene ser, puesto que el futuro no es todavía, el pasado ya no es y el presente no permanece. Y, sin embargo, hablamos del tiempo como que tiene ser, afirmando que las cosas venideras serán, las pasadas han sido y las presentes pasan, e incluso que ese pasar no es nada¹⁸⁶.

Como vemos, también el texto clásico muestra ya una disposición a asumir la imposibilidad de anular la paradoja que el argumento escéptico plantea y, por lo mismo, a buscar otros cimientos más sólidos desde los que no perder completamente la batalla frente al escéptico. Asume Agustín que el argumento del escéptico es difícilmente rebatible pero, a la vez, recuerda la evidencia de que constantemente trabajamos con una concepción de la vivencia humana del tiempo no solo operativa sino que consideramos, además, bien fundamentada. De esta forma, la cuestión acerca del tiempo queda parcialmente replanteada, pues ya no nos preguntamos *qué sea* el tiempo sino *cómo es* y si está compuesto por entidades que *no son* en un sentido pleno y actualizado. Este es el replanteamiento al que nos ha obligado el argumento escéptico.

Partiendo de esta pregunta por el cómo, Ricoeur considera decisivo el paso siguiente: asumida la afinidad con *lo que no es* a la que nos vemos impelidos al tratar con el concepto de tiempo, solo nos queda la evidencia de que, en el ejercicio de vivir, entendemos el tiempo. Sea un entendimiento parcial, sea poco o nada reflexivo, partimos

¹⁸⁵ *Ibidem*. Cursiva nuestra.

¹⁸⁶ *Confesiones*, Libro XI, 54, 17.

de él para obrar y, más aún, para recordar o proyectar actos culturalmente determinados. Hay, por tanto, un cómo que permite al sujeto tratar funcionalmente con su experiencia del tiempo, *luego el tiempo puede sentirse y medirse mientras pasa*¹⁸⁷.

Parecería, entonces, que aquello que podemos entender acerca del tiempo depende del presente, de lo presente. Y tendrá lugar mientras pasa. Con respecto al pasado y al futuro, el escéptico nos obliga a reconocerlos como entidades que pertenecen exclusivamente al plano del lenguaje: *narramos* aquello que tiene vinculación con el pasado y *predecimos* aquello que se vincula con el futuro. Solo escaparán, por lo tanto, al juicio del escéptico aquellas concepciones de pasado y de futuro que asuman que su entidad es lingüística y que son en realidad efectos de un sujeto que narra o que predice. Fuera de él o, más precisamente, de su discurso, no tienen entidad. Entendemos ahora en qué sentido consideraba el autor decisivo el paso, pues conectar pasado y futuro, respectivamente, con narración y previsión no es solo una manera de replantear la cuestión para esquivar los ataques del escéptico, es también el momento discursivo en el que ambas estructuras temporales son reconsideradas ya no como entidades independientes del sujeto que este trata de asir sino como *partes* o *capacidades* de este:

Todo el resto de la argumentación se mantendrá en el marco de esta cuestión, para llegar a situar “dentro” del alma las cualidades temporales implicadas en la narración y en la previsión¹⁸⁸.

Al desplazar la pregunta hacia el cómo, hemos encontrado un presente capaz de comprenderse -parcialmente, pero de forma operativa- y un pasado y un futuro que debían ser replanteados y hemos llegado desde ese replanteamiento a una pregunta por el dónde y a su respuesta: la entidad del pasado y del futuro son dependientes del lenguaje y, en última instancia, del sujeto que las elabora. Así concluye este examen, apuntando hacia una concepción del pasado y del futuro deducidas desde la argumentación que acabamos de esbozar y a la que deberemos recurrir: “Solución elegante: al confiar a la memoria el destino de las cosas pasadas, y a la espera las futuras, se puede incluir memoria y espera en un presente ensanchado (...) ‘Habría que decir que los tiempos son tres: presente de

¹⁸⁷ *Confesiones*, Libro XI, 16, 21.

¹⁸⁸ *T.N.* I, p. 49.

las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las cosas futuras' (*Confesiones*, libro XI, 20,26)"¹⁸⁹.

Nos enfrentamos, pues, al tiempo tratándolo como un evento del que solo sabemos dar cuenta cuando pasa, cuando está pasando, *durante*. Será el pasar, *transire*, la clave desde la que podremos acotar qué rasgos del tiempo pueden ocuparnos. Primero, antes de ver qué rasgos del tiempo sean esos que pueden entenderse con más claridad desde su visión como *paso*, asumimos con Ricoeur la estrecha ligazón entre esta concepción del tiempo y una "cuasi espacialidad"¹⁹⁰. Siguiendo a Agustín, para comenzar a dar cuenta del tiempo deberemos estar dispuestos a comprometer para ello nuestra lectura del espacio, no en tanto condición de posibilidad de la comprensión del concepto de tiempo sino, más llanamente, como *lugar al que el tiempo pertenezca naturalmente*. En este sentido, se suele referir Agustín a un *spatia temporum*, que no puede ser otro que el ánimo mismo del sujeto, como ese lugar desde el que el tiempo se articula y desde el que podemos dar cuenta de sus efectos.

Localizado, pues, un espacio desde el que el tiempo puede ser objeto del discurso, entendemos que el tiempo permite ser tratado como objeto si no suponemos su detención, si dejamos que sea el paso mismo aquello que nos ocupe, sin pervertirlo. En esta línea, Ricoeur comienza a conectar la concepción agustiniana con la influencia aristotélica: *algo del movimiento*, su número o medida. Así, desde la ligazón con Aristóteles, el *transire* al que alude Agustín para referirse al tiempo como objeto de su análisis nos obliga a emparentarlo con un cambio de *algo* que no sea el tiempo mismo. En efecto, Agustín ronda constantemente la aporía como pago por no renunciar al carácter más genuino del tiempo como concepto del que aspira a dar cuenta desde el punto de vista filosófico: *el tiempo es paso -transire-, reclama cierta espacialidad y esta solo puede ser el alma o ánimo del sujeto. El tiempo solo puede entenderse como medida de los cambios que acaecen a las entidades que le son afines*.

Estos tres rasgos que, como decimos, parecen conducir el esquema agustiniano a la aporía, pueden sin embargo armonizarse si aceptamos que el concepto de tiempo solo puede ser entendido como tránsito o paso del que tenemos noticia al tomar conciencia de sus efectos y que esto solo puede tener lugar en el sujeto que, a modo de *spatia temporum*,

¹⁸⁹ T.N. I, p. 50.

¹⁹⁰ T.N. I, p. 53.

se nos presenta como condición de posibilidad de la existencia misma del tiempo. *Sin un sujeto no es pensable el tiempo* y, desde aquí, nos presenta Ricoeur la referencia principal que debe incorporar del libro XI de las *Confesiones*: la *distentio animi* que presentamos desde texto canónico:

Por eso me ha parecido que el tiempo no es más que una distensión. Pero ¿distensión de qué? Lo ignoro. Maravilla será que no sea del espíritu mismo¹⁹¹.

Ricoeur es tajante llegado este punto al defender que la extensión del tiempo solo puede entenderse como *distensión del ánimo*. Tomamos conciencia de la naturaleza del tiempo si la emparentamos con la relajación, distensión o esparcimiento de un ánimo que es afectado por él. Si habíamos asumido un presente que se ensancha con la insistencia de las *cosas pasadas* y de las *cosas futuras* merced a las facultades del ánimo que denominamos *memoria* y *espera*, ahora Ricoeur completa esa construcción: es el *ánimo* lo que se alarga, extiende o relaja.

La *distentio animi* es la piedra angular de la reflexión agustiniana que logra mantener a flote su discurso al borde mismo de la aporía: el tiempo es *paso* y solo puede captarse en tanto movimiento o cambio que tiene lugar en una entidad que no es él mismo. El tiempo reclama la *espacialidad de un ánimo* en el que generar efectos, al que afectar y, en este sentido, podemos concluir que el tiempo solo tiene sentido en tanto distensión de un ánimo que es afectado por él. Así, la *memoria*, la *espera* o la *atención* y el *compromiso* serán facultades de nuestro ánimo capaces de hacerse cargo, respectivamente, de las *cosas pasadas*, las *cosas futuras* o las *cosas presentes* y, en consecuencia, de acercarnos a una lectura del tiempo humano más ajustada, más propia - aunque, quizá por lo mismo, nos alejan de una disquisición concluyente acerca de cuál sea su naturaleza última-.

Tenemos, en definitiva, gracias la *distentio animi*, una concepción más nítida de las aporías que amenazan al discurso del filósofo y más definida nuestra única vía de escape: “hasta que no hayamos relacionado la *distentio animi* con la dialéctica del triple presente no nos habremos entendido a nosotros mismos”¹⁹². Veamos qué destino le corresponde a este discurso.

¹⁹¹ *Confesiones*, Libro XI, 26,33.

¹⁹² *T.N.* I, p. 58.

Hemos visto los rasgos propios de la experiencia humana del tiempo y hemos llegado a la *distentio animi* como la piedra angular que articulará dichos rasgos en un discurso que apenas comienza. Ahora nos toca retomar el carácter problemático del análisis teórico de dicha experiencia temporal y recuperar el paso, *transire*, como espacio en el que todavía es posible dar cuenta de la experiencia humana del tiempo en tanto afección -*distentio*- de un ánimo. Nos encontramos entonces atados a la concepción del triple presente -presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las cosas futuras- y a su anclaje en las tres facultades del ánimo -memoria, atención y espera- como límites del espacio discursivo en el que, aún, sea posible arrancar a lo aporético algunas conquistas acerca de la naturaleza del tiempo vivido.

La primera idea que aparece en este espacio es que nuestra medida del tiempo es y solo puede ser independiente del “movimiento exterior”¹⁹³, es decir, que el paso entre los tres presentes no es un paso que dependa de lo que acaezca, del tiempo meramente cronológico sino, más bien, de la facultad del ánimo que permite su aprehensión. Agustín es rotundo: “En ti, alma mía, mido yo los tiempos”¹⁹⁴. Apenas escapamos de la aporía nos encontramos con el precio que hemos de pagar: *el tiempo es dependiente exclusivamente de la vivencia que nuestro ánimo hace de él* y no viceversa. El pasado no es pasado por su anterioridad en un sentido cronológico sino porque es atendido por la facultad que así lo categoriza, el recuerdo; el presente es presente si ocupa a nuestra atención y nuestro compromiso y el futuro lo es si ocupa a nuestra espera. No será pasado de nadie aquello que no pueda ser recordado, ni presente lo que no ocupe ni futuro lo que no se espere.

A la vez, aclara Ricoeur, esta medida del tiempo que solo depende del alma no es siempre una actividad suya en sí sino una pasividad que atiende a los efectos que en ella se generan: espera -*expectat*-, atiende -*atendit*- o recuerda -*meminit*-, es decir, recibe efectos de los tres presentes. Así, por un lado, asumimos con Agustín que el tiempo depende solo del ánimo y, por otro, que el ánimo es pasivo en la recepción de la temporalidad. Acorralado por el carácter aporético de su objeto de estudio Agustín recurre a lo que Ricoeur considera *la joya del tesoro*:

Cuando deseo cantar una canción conocida, antes de comenzar, mi expectación abarca (*tenditur*) su totalidad, pero, apenas comienzo, todo lo que voy

¹⁹³ T.N. I, p. 61.

¹⁹⁴ *Confesiones*, libro XI, 27, 36.

recordando de ella relacionado con el pasado se amplía (*tenditur*) en mi memoria. Y la vitalidad de esta acción (*actionis*) mía se dilata (*distenditur*) en ella por lo que ya he recitado y en expectación por lo que aún recitaré. Pero mi atención (*attentio*) sigue estando presente, y por ella pasará (*transitur*) lo que era futuro para convertirse en pasado. Y a medida que esto se va realizando (*agitur et agitur*), disminuye la expectación y se prolonga la memoria. Al fin disminuye la expectación, al acabarse toda acción y pasar enteramente a la memoria¹⁹⁵.

Con esta alegoría busca Ricoeur cerrar la discusión acerca de la pasividad de las facultades de nuestro ánimo que nos permiten hacernos cargo de aquello que consideramos en tanto pasado, presente o futuro. Son pasivas dichas facultades y es nuestro ánimo afectado, pero, a la vez, es solo desde dicha afección que es posible tener algo que decir acerca del tiempo en tanto que tiempo vivido.

Según nuestro punto de vista, lo que seguramente queda afianzado es el carácter de paso o tránsito que la experiencia temporal adquiere: recuerdo, atención y espera no solo en tanto facultades sino, merced a los párrafos anteriores, también en tanto garantes de la experiencia temporal, son fases de un proceso que no puede ser analizado de forma unitaria. La vivencia del tiempo puede interpretarse si aceptamos su carácter de tránsito y la direccionalidad de este: de la espera al recuerdo pasando por la atención. Desde el presente de las cosas futuras, inexorablemente dirigidas hacia su propio devenir en presente de las cosas pasadas que tendrá una fugaz parada en el presente de las cosas presentes. En definitiva, es el tránsito y su dirección inexorable desde lo que se espera hasta que es recordado lo que el famoso fragmento del libro XI nos obliga a reconocer.

En este sentido, podemos considerar la *distentio* a la que nos estamos refiriendo como el *alargamiento* o la *distensión* que el ánimo asume pasivamente como efecto de hacer concordantes los tres presentes. Es tan patente la necesidad de referirnos al triple presente como asumir su dinámica de paso o tránsito como único espacio en el que los tres se muestran bajo formas acotadas que permitan su caracterización. Habrá *imágenes-huella* que afectarán a nuestra facultad de recordar *imágenes-signo* que afectarán a nuestra espera, como habrá *acciones* que afecten a nuestra atención. Y las tres facultades serán pasivas. Sabido esto, si debemos hacernos cargo de la experiencia temporal en su conjunto, estaremos impelidos a referirnos al tránsito entre los tres presentes y a su

¹⁹⁵ *Confesiones*, Libro XI, 28, 38.

direccionalidad desde lo futuro hacia lo pasado. De esta forma, solo mediante la distensión del ánimo podremos integrar en un solo tránsito o recorrido los tres presentes.

Ahora bien, el recurso a la *distentio* no resuelve las aporías en las que el discurso especulativo desemboca cuando el tiempo vivido es su objeto de análisis; más bien, las desplaza: la ubica ahora en un ánimo que es afectado por *cosas pasadas, futuras o presentes*. El recurso a la distensión como capacidad anímica obra el desplazamiento de la aporía, pero no su resolución, pues sigue escapando al discurso la posibilidad de dar cuenta racional de qué sea el tiempo y, además, añadimos la cuenta pendiente de dicha *distentio* como capacidad del sujeto que le permite adaptarse al paso -tránsito- del tiempo. La *distentio* reubica el problema del tiempo, pero nos fuerza a asumir otra deuda. De este modo, Ricoeur cierra el argumento desplazando la aporía y posponiendo el pago de la deuda:

A este enigma de la especulación sobre el tiempo responde precisamente el acto poético de la construcción de la trama. La *Poética* de Aristóteles no resuelve especulativamente el enigma ni lo resuelve de manera alguna. Lo hace actuar... poéticamente¹⁹⁶.

Encuentra Ricoeur en el recurso a lo narrativo la manera de dejar en suspenso la aporía para poder continuar su análisis del libro XI de las *Confesiones*. Pospone también el pago de la deuda a la que la *distentio* como facultad del alma nos obligaba y desde este mismo recurso a lo narrativo atisbamos el motivo: es esta facultad la que necesariamente debe quedar pospuesta si es la narración aquello que hace transitable la aporía.

Comenzábamos este diálogo con dos rasgos de lectura que Ricoeur lleva a cabo del libro XI de las *Confesiones*. Uno de ellos tenía que ver con el objeto mismo de la lectura que no aspiraba, decíamos, a resolver los interrogantes en los que el estudio de Agustín desembocaba, como ha mostrado el recurso a la *distentio animi* como eje vertebrador del paso -*transire*- del tiempo, que lejos de resolver los problemas a los que nos conduce su análisis, nos ha permitido replantearlos desde un lenguaje agustiniano hasta *acercarlos* a un esquema compatible con la *Poética* de Aristóteles.

El otro rasgo de la lectura ricoeuriana del libro XI tiene que ver con la sintonía existente en Agustín entre la lectura del *paso* del tiempo y la *eternidad* como contraste.

¹⁹⁶ T.N. I, p. 65.

El autor consideraba un riesgo en su estrategia *violentar* el trabajo de Agustín obviando lo relativo a la eternidad en su estudio acerca del tiempo. Nos detenemos a continuación brevemente en ello antes de concluir el diálogo.

La eternidad cumple una función rectora en *Confesiones*: “la primera función del aserto sobre la eternidad con respecto al tiempo: la función de idea límite”¹⁹⁷. Si consideramos la *distentio animi* el efecto del quehacer específicamente humano ante el paso del tiempo, no tendremos inconveniente en asumir que es propio de la *vox* humana convivir con su comienzo y su final como las condiciones de posibilidad de sus propios efectos. Así, deberemos aludir a la omnipotencia y a su efecto para dar cuenta del quehacer divino con respecto al paso del tiempo y ello nos impele a recurrir a un *verbum* divino que instaure con dicho paso una relación diferente: no es pensable un *verbum* divino que conviva con su inicio y su final. Más bien, es propio del *verbum* divino captar el paso del tiempo desde su completud y de forma activa, de manera opuesta a la *vox* humana que necesita captarlo como una dialéctica entre tres presentes y de forma pasiva. Entendemos ahora la función de idea límite que el *verbum* supone con respecto a la *vox*, pues nos permite suponer una relación con el paso del tiempo que no parta de ser afectado por él sino que lo capte activamente y que, además, lo haga de forma unitaria y no condenada al fraccionamiento, como ocurre a la *vox* humana. Queda, pues, acotado el concepto de eternidad:

La eternidad es “siempre estable” (*semper stans*) en contraste con las cosas, que no son “nunca estables”. Esta estabilidad consiste en que “en la eternidad nada es pasajero, sino que todo está presente (*tutum esse praesens*). Al contrario del tiempo, que nunca está presente en su totalidad” (11,13)¹⁹⁸.

Así, el trabajo de la *vox* humana con respecto al paso del tiempo puede ser redefinido partiendo de esta idea límite. La inteligencia del sujeto compara el tiempo con aquello que no cambia o, más precisamente, compara su visión del paso del tiempo dependiente de lo que no permanece con una visión del mismo fenómeno que pueda asirlo desde la permanencia, desde una apariencia que coincida plenamente con su esencia, condenando al olvido a la posibilidad del cambio. El *verbum* divino capta en toda su completud y de forma activa el paso del tiempo e integra la posibilidad de esa relación

¹⁹⁷ T.N. I, p. 68.

¹⁹⁸ T.N. I, p. 71.

con el paso obliga a la *vox* humana a dar cuenta de su capacidad para asir el paso del tiempo no ya como un misterio sino también *como el misterio que es propio de su naturaleza*, como el misterio que le permite ser lo que es. *La afección que la vox humana recibe del paso del tiempo es aquello que la permite definirse*. He aquí la función reguladora que la idea límite ejerce sobre el esquema agustiniano de la *distentio animi*, propia de la *vox* humana.

“*Distentio est vita mea*”¹⁹⁹, defiende Agustín y es merced a la eternidad como captamos la radicalidad de esta afirmación. Desde las faltas o defectos del modo de ser específicamente humano entendemos también qué sea dicho modo. De esta forma, la inteligencia compara su tiempo con la eternidad, compara su afección causada por el paso del tiempo con la captación activa de su completud, compara, en definitiva, el tiempo captado como una unidad sin discontinuidades con la distensión de sí misma en la dialéctica de los tres presentes. El efecto de dicha comparación será lo que permita a Ricoeur concluir el discurso acerca de la *distentio* desde la función reguladora que la eternidad tiene sobre nuestros análisis de la temporalidad:

El libro XI demuestra que la atracción de la experiencia temporal por la eternidad del Verbo no es tal que anule la narración todavía temporal en una contemplación libre de las presiones del tiempo. (...) La narración se funda en la aproximación a la eternidad por el tiempo, la cual, lejos de abolir la diferencia, la acrecienta continuamente²⁰⁰.

Concluimos esta reconstrucción del pensamiento de Agustín de Hipona engarzando la lectura del paso del tiempo con la capacidad narrativa del sujeto que es afectado por dicho paso y sobre el que reposa la posibilidad de la narración. De este modo, logra Ricoeur mostrar esta conexión partiendo de su opuesto: la eternidad del *verbum* como idea límite y reguladora.

¹⁹⁹ *Confesiones*, Libro XI, 29,39.

²⁰⁰ *T.N.* I, p. 78.

III.2 Diálogo con Aristóteles

Recuperamos las aporías agustinianas desde la *Poética* de Aristóteles para explicar el modo en que acaece aquel tránsito. No resolveremos en este diálogo con Aristóteles ningún problema especulativo, pero interpretaremos la manera propia, estrictamente humana, de asumir e incorporar el efecto del tiempo vivido en la configuración de las identidades²⁰¹.

Tal interpretación se lleva a cabo desde cuatro niveles complementarios. El primero de ellos, *La melódica: el binomio mimesis-mythos*, se centra en la justificación del tratamiento de los conceptos propios de la explicación del arte poética “por operaciones y no por estructuras”²⁰², con el objeto de generar con ellos una matriz de interpretación que pueda exportarse a otros terrenos discursivos. El segundo, *La trama: un modelo de concordancia*, comienza a inferir los efectos de esta consideración de los conceptos aristotélicos como vigentes también en análisis lejanos a la tragedia clásica. Se observa el papel de la trama como eje vertebrador y generador de concordancias entre elementos discordantes, como una oportunidad para recuperar la *distentio animi* agustiniana desde un esquema categorial capaz de hacer inteligible aquello que condenaba al silencio a Agustín: la vivencia propia del paso del tiempo. El tercero, *La discordancia incluida*, incorporado el establecimiento de la *concordancia discordante* en los dos anteriores apartados, Ricoeur recorre la argumentación desde el lado opuesto: la necesidad que la concordancia tiene de incluir elementos discordantes que deba *depurar*, esto es, reformular. En efecto, para que cualquier narración pueda considerarse completa debe conformar una unidad partiendo de incidentes discordantes, pero este apartado nos permite recordar que, en la misma medida, sin esos incidentes discordantes que amenacen la concordancia hacia la que cualquier narración debe conducirse, esta no tendría sentido: “Al incluir lo discordante en lo concordante, la trama incluye lo conmovedor en lo inteligible”²⁰³. Por último, *El antes y el después de la configuración poética*, se recupera

²⁰¹ Encontramos una guía para orientarnos en este diálogo en la reflexión del Profesor Carvajal Cordón que, al ocuparse de la felicidad como determinación de la voluntad y de la prudencia, recurre a una configuración de la identidad que reclama la superación de las aporías en las que cae el pensamiento especulativo gracias a la integración del *mythos* aristotélico: “Resulta enormemente difícil determinar en qué consiste para cada uno la felicidad, ya que esta exige la consideración del vastísimo enjambre de todos nuestros deseos e inclinaciones, así como de sus consecuencias a todo lo largo de la trama enmarañada de acontecimientos que teje nuestra vida”. Carvajal Cordón, J., *Kant y el poder del deseo en la vida humana*, p. 157.

²⁰² T.N. I, p. 82.

²⁰³ T.N. I, p. 101.

la función de la mimesis como *imitación creadora* que se apoya en la explicación del *mythos* de origen aristotélico.

En conformidad con este tránsito de Agustín de Hipona a Aristóteles, resuelve Ricoeur:

Ha llegado el momento de relacionar los dos estudios independientes que preceden y poner a prueba mi hipótesis de análisis: *entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural*. Con otras palabras: el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal²⁰⁴.

A través de los trabajos de Agustín y de Aristóteles, Ricoeur ha logrado vertebrar este principio para su discusión. Consciente de la insuficiencia de ello y del camino que su estudio tiene por delante, aclara: “Lo que aquí se esboza no es más que una especie de modelo reducido de la tesis que el resto de la obra deberá poner a prueba”²⁰⁵.

Desde este inicio, nos encontramos frente a la necesidad del autor de generar elementos que permitan articular la distancia entre los discursos de Agustín y de Aristóteles. Con ese propósito, Ricoeur anuncia su intención de emplear la *triple mimesis* como elemento que articule dicha distancia: “Tomo como hilo conductor de este análisis de la mediación entre tiempo y narración la articulación evocada antes, e ilustrada ya parcialmente por la interpretación de la *Poética* de Aristóteles entre los tres momentos de la mimesis”²⁰⁶.

Para esbozar inicialmente este salto entre ambos discursos a través de la *triple mimesis*, diremos que la *mimesis II* cumple una función de ruptura y de eje del análisis: desde ella el lector está capacitado para recomponer la temporalidad desde una instancia discursiva de origen no cronológico sino narrativo. Se trata de “la operación de configuración constitutiva de la construcción de la trama resulta de su posición intermedia

²⁰⁴ T.N. I, p. 113. Cursiva nuestra.

²⁰⁵ T.N. I, p. 114.

²⁰⁶ *Ibidem*.

entre las dos operaciones que yo llamo mimesis I y mimesis III y que constituyen el ‘antes’ y el ‘después’ de la mimesis II”²⁰⁷.

Nos encontramos, pues, ante un acto configurador que, primeramente, logra acotar el espacio en el que la configuración es posible: aquel que media entre la mimesis I como prefiguración del campo práctico y mimesis III como su refiguración consecuencia del acto de lectura. De suyo, encontramos en la mimesis II el gozne que articula el espacio discursivo en el que se conjugan los textos de Agustín y de Aristóteles y también anticipan uno de los ejes de nuestra investigación: “El lector es el operador por excelencia que asume por su hacer -acción de leer- la unidad del recorrido”^{208 209}.

Antes de referirnos a los rasgos principales de las tres partes de la mimesis, recogemos las intenciones que inspiran al Ricoeur:

*Esta contemplación de la dinámica de la construcción de la trama es, a mi juicio, la clave del problema de la relación entre tiempo y narración. Lejos de sustituir un problema por otro, pasando de la cuestión inicial de la mediación entre tiempo y narración a la nueva del encadenamiento de los tres estadios de la mimesis, baso toda la estrategia de mi obra en la subordinación del segundo problema al primero. La mediación entre tiempo y narración la constituyo precisamente al construir la relación entre los tres modos miméticos. (...) Con otras palabras: para resolver el problema de la relación entre tiempo y narración debo establecer el papel mediador de la construcción de la trama entre el estadio de la experiencia práctica que la precede y el que la sucede. En este sentido, el argumento del libro consiste en construir la mediación entre tiempo y narración demostrando el papel mediador de la construcción de la trama en el proceso mimético*²¹⁰.

Para que la composición narrativa nos permita dar cuenta de nuestra experiencia temporal, deberá enraizarse en una precomprensión del mundo de la acción que sea compartida por el narrador y los receptores de la narración. Ricoeur considera *mimesis I* a dicha precomprensión compartida. Para describir este espacio discursivo, Ricoeur

²⁰⁷ *Ibidem*.

²⁰⁸ *Ibidem*.

²⁰⁹ A lo largo de la presentación del capítulo, Ricoeur incide en varios momentos en que el estudio de la mimesis II y de la construcción de la trama *incumbe a la hermenéutica* de forma decisiva, pues permite considerar el relato en tanto mediación en un proceso más complejo -proceso que hemos descrito al analizar la triple mimesis-. Por nuestra parte, reconocemos en esta consideración de la hermenéutica aquella que describíamos con la *hermenéutica del texto* y que pretendemos encontrar *en movimiento* en el desarrollo de la obra.

²¹⁰ T.N. I, p. 115. Cursiva nuestra.

recurre a tres elementos: las estructuras inteligibles que, proponiendo respuestas a cuestiones relativas al qué, al cómo, al con o contra quién, hacen referencia a una comprensión práctica compartida por narrador y receptores de la narración. Los recursos simbólicos que son compartidos por ambos polos del hecho narrativo; entenderemos con Cassirer que la función del símbolo es la de articular culturalmente una experiencia. Y, por último, el carácter temporal que está implícito en la mediación del símbolo: desde el citado recurso a lo simbólico podemos considerar *proyecto*, *motivación* y *cuidado* como recursos específicamente humanos y culturalmente determinados con los que referirnos a las categorías cronológicas futuro, pasado y presente. Desde la intersignificación de estos tres elementos podemos considerar la mimesis I como una comprensión previa y compartida del obrar humano. Comprensión que posibilita la construcción de la trama.

Asumida la precomprensión que articula la mimesis I, el papel de la *mimesis II* tendrá que ver con la generalización de las atribuciones del *mythos* en la tragedia clásica que encontramos en la *Poética* de Aristóteles a espacios discursivos alejados de la generación y recepción de ficciones. Debemos ahondar en ello en el apartado siguiente, pero, por el momento, apuntamos este empleo de la construcción de la trama como aquello a lo que la mimesis II remite:

Puede decirse que la operación de construcción de la trama que, a la vez, refleja la paradoja agustiniana del tiempo y la resuelve no según el modo especulativo, sino según el poético²¹¹.

De este modo, la trama deberá acompañar los elementos de dos dimensiones temporales -una cronológica y otra de origen narrativo y superpuesta por el sujeto- logrando que ambas conformen una sola unidad de sentido de forma que solo seamos capaces de dar cuenta de cada una de ellas desde su referencia recíproca. Debemos, para ello, atender a los conceptos que el autor elabora para vertebrar este modo de *tomar juntas* ambas dimensiones temporales. En este sentido, serán principales en nuestro siguiente capítulo los conceptos de *síntesis de lo heterogéneo* y *acto configurante*.

Nos presenta Ricoeur este tercer momento de la mimesis como el pago de una deuda contraída ya en el primer momento y que tiene que ver con el aporte de sentido que la función narrativa debe incorporar a nuestro modo de captar el paso estrictamente

²¹¹ T.N. I, p. 133.

cronológico del tiempo: “La narración tiene su propio sentido cuando es restituida al tiempo del obrar y del padecer en la *mimesis III*”²¹².

La primera de las cuatro etapas en las que el autor organiza la exposición, ‘El círculo de la “mimesis”’, tendrá que resolver el problema de la circularidad en la que parece incurrir el sistema completo si el tercer momento de la mimesis remite de forma unívoca al primero: “el punto de llegada parece conducir al de partida o, peor aún, el de llegada parece anticipado en el de partida”²¹³. En las tres etapas restantes, ‘Configuración y lectura’, ‘Narratividad y referencia’ y ‘El tiempo narrado’, Ricoeur vertebró el papel de la construcción de la trama en la refiguración de la experiencia temporal y propone con ello una lectura del problema de la relación entre tiempo y narración.

Concluimos esta reconstrucción dialógica de los contenidos de la primera parte de *Tiempo y narración* con el siguiente fragmento que anticipa también la veta que rescataremos en el siguiente apartado.

La prioridad dada a la historia todavía no narrada puede servir de instancia crítica frente a cualquier énfasis sobre el carácter artificial del arte de narrar. Contamos historias porque, al fin y al cabo, las vidas humanas necesitan y merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y pide narración²¹⁴.

III.3 La trama como fundamentación de la identidad narrativa

Centramos ahora nuestros análisis en la construcción de la *trama* como un eje de nuestra lectura de *Tiempo y narración*. Para ello, nos apoyaremos en dos partes de las tres que componen ‘El círculo entre narración y temporalidad’, en concreto, en las dos que, superada la constatación del carácter problemático del concepto de tiempo en la tradición filosófica desde su fundación, buscan en la concepción clásica de la trama -como motor del espacio narrativo- el elemento que hace transitable este carácter problemático. Así, en el primer punto, *Mythos* y *distentio animi*, configuraremos la trama y, en el segundo, *La*

²¹² T.N. I, p. 139.

²¹³ T.N. I, p. 141.

²¹⁴ T.N. I, p. 145.

triple mimesis, reconoceremos sus efectos en espacios discursivos alejados de la producción y recepción de ficciones.

A) MYTHOS Y DISTENTIO ANIMI

Para acotar el concepto de trama que debe ser operante en nuestro contexto, organizamos nuestro análisis alrededor de dos polos:

- La trama como elemento rector de nuestra concepción de la narración.
- La *distentio animi* como *espacio* capaz de vertebrar la inclusión de la trama en nuestra vivencia del paso del tiempo.

Desde el primer momento, Ricoeur nos presenta una visión de la trama engarzada con la concepción clásica del *mythos*, desde una lectura aristotélica. En adelante, esta ligazón con la interpretación aristotélica será un elemento que atravesará la obra completa y que cumplirá en ocasiones el papel de horizonte regulador. Así, centrado en la *Poética*, encuentra Ricoeur la clave interpretativa que nos permite ampliar el arco de situaciones que pueden ser analizadas desde los presupuestos de la obra: “*mythos* y *mimesis* deben tenerse por operaciones y no por estructuras”²¹⁵. De este modo, las caracterizaciones que proponemos a continuación de ambos conceptos son tratadas como mecanismos explicativos para la acción, para la actividad humana llevada a cabo en un contexto sociocultural dado. No se trata, por lo tanto, del establecimiento de reglas que permitan analizar o, incluso, crear ficciones que sean mejor o peor recibidas por un grupo social de referencia sino de modos en los que los sujetos explican o dan cuenta de los actos que les circundan o que llevan a cabo. *Mythos* y *mimesis* son *operaciones que aspiran a reunir lo disímil*, a organizar lo que acaece y que se nos presenta concatenado cronológicamente pero carente de causalidad.

De un lado, *mimesis* hace referencia al proceso por el que activamente el sujeto *imita* o *representa* procesos que han sido previamente captados por él en otras series causales de hechos. Desde la tarea del autor de tragedias podemos entender que el sentido último de esta actividad mimética es una operación que nace en la intención de generar un arco argumental que reúna acontecimientos concatenados que pasan a copertenecerse,

²¹⁵ T.N. I, p. 82.

a reclamarse unos a otros a partir de una causalidad que es el propio arco argumental el que establece desde una concatenación que no contenía causalidad recíproca²¹⁶.

Del otro lado, *mythos*, siendo la operación que le es propia al arte poética, puede ser definida como “el arte de componer tramas”²¹⁷. Centrándonos en este carácter operativo, *mythos* hace referencia a un *quehacer*, a un modo particular de reunir los acontecimientos en un arco argumental donde pueda generarse cierta causalidad y donde las conclusiones puedan ser entendidas desde ella. Como el hilo que recorre y reúne las cuentas de un collar, se puede entender la obra de ficción como el efecto que el *mythos* - trama, en adelante- logra reuniendo acontecimientos en un determinado orden y bajo el signo de una causalidad que nos conduce a un desenlace que se teme o se espera, pero que en cualquier caso se sabe que será inevitable.

Siguiendo la *Poética*, hemos de dar cuenta del tipo de conexión entre esta trama y la *mimesis* y, para ello, asumimos desde el inicio que ambos conceptos son indisolubles y que se reclaman mutuamente. Siendo *mimesis* el proceso mediante el cual un autor imita o representa una acción, esta imitación sólo es verosímil si es capaz de entamar los acontecimientos que componen dicha acción. Por tanto, *la mimesis debe contener un mythos desde la que vincularse con la experiencia temporal que tiene lugar fuera de la ficción*.

El propio Aristóteles legitima esta dependencia: “la trama es la imitación de la acción”²¹⁸. *Es la construcción del mythos el qué de la actividad mimética*, sin *mythos* no puede haber imitación y sin dicha imitación cualquier ficción deja de tener sentido, pues deja de generar la ilusión en el receptor de una temporalidad verosímil, con sentido. En palabras de Ricoeur, “la imitación es *mimesis* cuando produce algo (...) precisamente la trama”²¹⁹. Asumir esta conexión entre *mythos* y *mimesis* y entender ambos como proceso, como operación, nos permite encontrar en las argumentaciones de la *Poética* un modelo

²¹⁶ Tomando el ejemplo clásico, es Sófocles el que engarza las máximas del oráculo con los acontecimientos que, seguidamente, padecerá o llevará a cabo Edipo. Es por lo tanto Sófocles el motor de la acción y no un narrador pasivo que recibe de lo real o de la tradición un conjunto acotado de acontecimientos que reproduce.

²¹⁷ *Poética*, 1447 a 2. Tomamos la traducción de López Eire: “el arte de entamar”. Además de hacer explícito con más rotundidad el carácter de proceso del *mythos* que asumimos, hace más evidente el rasgo de conjunción que la trama tiene con respecto a los acontecimientos que sin ella aparecerían independientes y contiguos. *Mythos* será entonces aquel proceso que reúne, *entrama*, acontecimientos.

²¹⁸ *Poética*, 1450 a 1.

²¹⁹ *T.N.* I, p. 86.

de construcción de tramas que no sólo sea efectivo, como el propio Aristóteles aclaraba, para el género trágico, sino de forma holística: cualquier composición narrativa será definida primeramente desde su capacidad para entamar, para establecer arcos argumentales que imiten o representen la experiencia temporal desde una posición que no se instala en la veracidad –en la dependencia del dato empíricamente observable- sino en la verosimilitud.

Este modelo sirve en nuestra investigación como elemento fundante no sólo de las tragedias clásicas, ni siquiera exclusivamente de los relatos de ficción en general, sino de cualquier composición narrativa que sea generada con la intención de dar cuenta de una acción culturalmente determinada. De esta forma, por ejemplo, buscaremos con Ricoeur en el campo la historiografía autores que muestren el efecto de este rasgo fundante en el interior de su disciplina como prueba de la legitimidad del salto categorial entre el análisis llevado a cabo en la *Poética* de la tragedia como género y cualquier otra forma de composición narrativa de cualquier época.

En definitiva, la necesidad de aportar una trama para que la mimesis de la acción pueda cumplir su tarea será tratado en lo sucesivo como *el motor de un proceso específicamente humano* que no sólo permite dar cuenta de las ficciones de la época clásica incluidas en el género trágico, ni siquiera exclusivamente de las ficciones, sino que, más generalmente, permite dar cuenta de cualquier intento de explicación verosímil que un sujeto elabora de una experiencia temporal dada.

Entenderemos, pues, que nuestra capacidad de entamar tiende a adherirse a nuestra concepción de las estructuras temporales no solo cuando somos generadores o receptores de ficciones sino siempre. Ricoeur encuentra en el libro VI de la *Poética* y en sus conclusiones acerca del papel de la trama en la tragedia la operación que permanece presente en cualquier composición de naturaleza narrativa y esto permite que empecemos a tratar con el modo en que los sujetos explican el paso del tiempo con un modelo o con la posibilidad de componerlo²²⁰.

Profundizando en la caracterización de la trama como núcleo de cualquier composición narrativa, hemos de atender a la conjunción de concordancia y discordancia

²²⁰ Sin embargo, necesitaremos recurrir a esta generalización que el autor presenta con reservas a lo largo de las siguientes páginas, al centrarnos en la mimesis II.

que compone cualquier relato. Partiendo del discurso aristotélico²²¹ entendemos el *mythos* como aquella capacidad que nos permite generar concordancia en un escenario dado donde la disposición de los acontecimientos tiende a ser motor de discordancia con respecto a la linealidad que cualquier *mimesis praxeos* pretende. El *mythos*, como hilo argumental o trama, es generador de concordancias en tanto generador de estructuras que se componen de partes que pueden ser caracterizadas a su vez y que nos permiten una comprensión más precisa de la naturaleza de la composición narrativa. Estas partes que reconocemos en cualquier composición narrativa y que explicamos desde el *mythos* tomado como generador de concordancia son, siguiendo a Aristóteles en *Poética* 50 b 30-31:

- Comienzo: *Ausencia de necesidad de sucesión.*
- Final: *Lo que sigue a otra cosa, sea en virtud de la necesidad sea en virtud de la probabilidad.*
- Nudo: *Viene después de otra cosa y después de él viene otra cosa.*

Observamos que la única parte de la estructura que el *mythos* genera que está sujeta a una sucesión que puede remitir a la discordancia que asumimos como parte ineludible de cualquier relato es el nudo. Así, el relato, su concepción como una unidad *-holos-*, depende de entender estas partes como generadoras de concordancia en un proceso que ha de contener discordancia, aunque esta deba quedar acotada en los límites que dichas partes establecen. Una composición narrativa puede ser concluida y considerada una totalidad solo si la discordancia se mantiene en los límites que la estructura concordante que la soporta le permite y, aun así, no desaparece.

Al proponer la necesidad de concordancia en la composición de tramas, hemos comprobado la naturaleza de los elementos que la componen: en tanto proceso, la trama y las partes en las que se estructura *-comienzo-nudo-desenlace*, definidas más arriba en términos aristotélicos-, no poseen una naturaleza cronológica sino lógica. En efecto, aquello que hace de un acontecimiento el comienzo de un relato no es de naturaleza cronológica *-haber sucedido antes que el resto de los acontecimientos que se relatan en la historia-* y lo mismo ocurre con los condicionamientos que hacen que un acontecimiento sea presentado como conclusivo. Más bien, es el autor mismo el que

²²¹ “Hemos dejado ya establecido que la tragedia es la imitación de una acción acabada y completa que posee una cierta extensión. Completo es lo que tiene principio, medio y fin”. *Poética*, 1450 b, 23-26.

establece qué considera principio y qué final para que el resto de los acontecimientos que componen el relato puedan captarse formando una unidad. Esta actividad del autor es la que pretendemos caracterizar como lógica: aplica al campo de la *praxis* una inteligibilidad que está cercana a la *phronesis*. En efecto, la estructuración en partes a la que el *mythos* conduce es de naturaleza lógica, pues intenta establecer un criterio semejante a la prudencia que establezca cierta unidad en una serie de acontecimientos de naturaleza discordante.

Mythos. Proceso. Concordancia. Estructuración en partes. Relación lógica y no cronológica entre acontecimientos. Causalidad establecida por el narrador merced a las partes de la trama. Apuntados estos conceptos recuperamos la referencia aristotélica que R. Sennett emplea unas décadas más tarde: “uno a causa de otro” y no “uno después de otro”²²². Ese es el objeto que pretende el acto mismo de entamar, establecer causalidades de naturaleza lógica -o, al menos, con su misma intención reguladora- en lugar concatenar cronológicamente acontecimientos en una amalgama que carezca de verosimilitud²²³. Este es el quehacer o proceso que hemos denominado trama, aquel que el sujeto aprende, reconoce o deforma en su relación con la ficción: “el poeta lo es más de tramas que de versos”²²⁴.

Hasta aquí, hemos reflejado algunos aspectos de la concepción clásica de *mythos* y de *mimesis* que Ricoeur rescata como elementos que, reunidos, nos permiten dar cuenta de la concepción narrativa subyacente no sólo en las composiciones literarias de origen clásico, sino en cualquier producción que pretenda dar cuenta de un conjunto de actos dentro de un contexto sociocultural dado. Para ello, recurrimos a la vinculación entre lo discordante y lo concordante entendiendo que elementos de las dos naturalezas son

²²² *Poética*, 1452 a 4.

²²³ Si recuperamos los problemas con las estructuras temporales de *largo plazo* en Sennett, observamos que el rasgo narrativo del carácter al que aludíamos encuentra en el libro VI de la *Poética* un argumento de autoridad.

²²⁴ *Poética*, 1451 b 27-32.

Recorre Ricoeur a lo largo del capítulo en varias ocasiones a *Aristotle's "Poetics": The argument*, publicado en Harvard en 1957 por G. F. Else. Recuperamos una de ellas:

“El constructor de lo que ha sucedido. No el constructor de la realidad de los acontecimientos, sino de su estructura lógica, de su sentido: su haber sucedido es accidental respecto de su ser compuesto”. *T.N. I*, p. 97.

Ricoeur comparte la concepción de Else del poeta como constructor. Constructor de tramas, claro. Pero no por el efecto de adjuntar en un mismo relato la descripción de acontecimientos sucedidos consecutivamente sino, más precisamente, por la construcción del espacio mismo que define e incardina dichos acontecimientos. Las acciones que componen el relato, los versos, son aquello con lo que el narrador deberá tratar, su materia de trabajo. Pero ese trabajo solo puede tener como objeto la ilación los acontecimientos con los que trata: “Hacer de las palabras indicios”. *Poética*, 48 a.

necesarios en la composición de tramas. La dinámica interna de esta vinculación es aquello que cada relato construye: los acontecimientos son presentados como discordantes y será su disposición en una red causal de naturaleza narrativa lo que nos permita considerarlos de forma concordante.

Retomando ahora el polo que apuntábamos al principio relativo a la *distentio animi como spatia temporum*, nos ocupamos del modo en que se relaciona la concepción agustiniana del alma con la capacidad de entramar. Es importante recordar que la *distentio animi* agustiniana es recuperada por Ricoeur como ejemplo paradigmático de las aporías en las que desembocan los análisis de naturaleza filosófica cuando se enfocan en el paso del tiempo como elemento de análisis. Agustín propone un distanciamiento progresivo de la lectura exclusivamente episódica del tiempo y la reconstrucción de la experiencia temporal desde la distensión o contracción del ánimo en nuestra vivencia del paso del tiempo. Así, la distensión del ánimo como consecuencia de su afección permite explicar que la *atención* afín al presente, así como el *recuerdo* o la *espera* afines al pasado y al futuro respectivamente, son categorías temporales de naturaleza diferente precisamente porque no forman parte de la entidad que estamos denominando *tiempo cronológico*, sino que, las tres, son elementos de lo que denominaremos *tiempo humano*. Este tiempo humano que con Agustín hemos de asumir que está emparentado con el tiempo cronológico pero que no puede quedar reducido a él, solo puede ser el resultado de la inclusión de los acontecimientos acaecidos en una composición que el sujeto aporta y que le permite dar cuenta de dichos acontecimientos de un modo que hemos emparentado con la capacidad de entramar. *Es un tiempo que el sujeto no recibe como resultado, sino que es el resultado de su propia composición.*

De este modo, Ricoeur encuentra en el libro XI de las *Confesiones*, por un lado, un ejemplo paradigmático de las aporías a las que un análisis filosófico nos ha conducido cuando hemos tratado de estudiar la aprehensión racional o propiamente humana del paso del tiempo. Pero, por otro, encuentra un juego de facultades del alma que permite la generalización de la función de *mythos* y *mimesis* en la composición de las tragedias clásicas analizada en la *Poética*. Encontramos con la relación entre la trama y la *distentio animi* una sinergia que permite redefinir el binomio concordancia-discordancia: *la trama aparecía como generadora de concordancia en un contexto discordante* –contexto formado por los episodios o acontecimientos que acaecen sin una ligazón causal- y *la*

distentio animi se nos muestra ahora como recurso del sujeto ante la discordancia concordante característica de la temporalidad viva –cronológica- según Agustín.

Partiendo de las *Confesiones*, es en el alma del sujeto donde las categorías temporales se refiguran en entidades lógicas –recuerdo, atención, espera- y son susceptibles de quedar emparentadas entre sí y de asir el paso del tiempo -pasado, presente, futuro-. “¿Qué es, entonces, el tiempo?”²²⁵; la perplejidad en la que encalla el discurso de las *Confesiones* es un ejemplo paradigmático del efecto del trabajo de la razón especulativa cuando se dedica a analizar el tiempo. Si asumimos la perplejidad de Agustín como paradigmática, su acoplamiento con la trama como proceso o quehacer supondrá un intento de superar la aporía o, mejor, de dejar de considerarla el punto final del discurso. De este modo, lejos de rehacer el esquema argumental de Agustín buscando completarlo o cubrir sus debilidades con la propuesta aristotélica, el objeto de destacar esta sinergia es mostrar el modo en que el sujeto da sentido a su vivencia del paso del tiempo después de haber constatado la aporía en la que desemboca su análisis teórico.

La *distentio animi* muestra que el recurso al *mythos* –esto es, a la capacidad de entramar como quehacer estrictamente humano- es un recurso inevitable para no renunciar a la concordancia, a la posibilidad de que los acontecimientos que tienen lugar *unos tras otros* puedan engarzarse. Y el *mythos* permite que reinterpretemos la experiencia temporal superando las aporías de las *Confesiones*. La sinergia entre ambos es el principal hallazgo de la primera parte de la obra²²⁶.

Demos un paso más: entendemos que el libro VI de la *Poética*, como dijimos, proporciona un eje cardinal al nombrar la trama como quehacer; entendemos igualmente que la *distentio animi* es ejemplo paradigmático del carácter aporético de los análisis llevados a cabo desde la razón especulativa del concepto de tiempo tomado como tiempo humano o vivencia subjetiva del tiempo. Reuniendo ambos extremos cerramos el círculo

²²⁵ T.N. I, p. 34.

²²⁶ Citamos uno de los fragmentos fundamentales para nuestro análisis y sobre el que volveremos en capítulos ulteriores. Nos sirve ahora para precisar el sentido de la sinergia:

“Ha llegado el momento de relacionar los dos estudios independientes que preceden y poner a prueba mi hipótesis de análisis: *entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana existe una correlación que no es puramente accidental, sino que presenta la forma de necesidad transcultural*. Con otras palabras: el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal.”. T.N. I, p. 113. *Cursiva nuestra*.

entendiendo que el *mythos* es la salida -narrativa- al laberinto de la aporía temporal y, más lejos, el efecto del que debemos inferir cierta capacidad narrativa inherente a la racionalidad misma.

Así, el cierre del círculo nos obliga a la siguiente afirmación: si la capacidad de entramar es tratada como un recurso con el que el sujeto cuenta para asir los acontecimientos no sólo formando parte de una sucesión –*uno tras otro*- sino formando parte de una serie causal –*uno a causa de otro*-, solo podremos tratar con la temporalidad vivida si renunciamos a la aporía agustiniana y aceptamos la generalización excesiva de algunos contenidos de la *Poética*. De algún modo, partiendo de dos acercamientos de Ricoeur que aceptamos como parciales a dos esquemas filosóficos *a priori* distantes hemos llegado a una circularidad que resulta muy rentable, pues caracteriza la trama partiendo *mythos* y *mimesis* en el análisis de la tragedia contenido en el libro VI de la *Poética* y la *distentio animi* partiendo del libro XI de las *Confesiones*. Ambas, *distentio animi* y trama, han sido presentadas como resultantes del recorrido analítico de dos pensadores cuya consonancia nos permite apuntar hacia la vinculación de la vivencia humana del tiempo con la capacidad narrativa del sujeto. Queda pendiente el recurso que hará esto posible: la triple mimesis.

B) LA TRIPLE MIMESIS

Debe Ricoeur articular el efecto aportado por el *mythos* -la trama, tomada como eje central de nuestro análisis- en el contexto en el que el discurso especulativo queda atrapado en aporías: la vivencia humana del paso del tiempo. Recitar algunos versos recordados, al modo en que muestra el fragmento de las *Confesiones*, es la operación que nos sirve para colocar frente al lector la silente presencia del *mythos* en la explicación que somos capaces de dar de la experiencia temporal. En lo sucesivo, trasladamos la cuestión desde este vínculo apenas constatado de narración y tiempo -desde las caracterizaciones de *distentio animi* y *mythos*- hasta una estructura diferente que pretende, sin embargo, dar cuenta del mismo problema. Se trata de la triple mimesis, en la que a continuación nos centraremos. Partimos de los tres elementos tomados separadamente para, durante la conclusión, dar cuenta de la estructura tripartita en su conjunto.

Para que el salto entre la concatenación de tiempo y narración y el campo discursivo abierto por la triple mimesis tenga sentido debe ser apuntado un estadio *prenarrativo* que reúna la narración misma con un campo de referencia no narrativo y que permita que dicha narración desemboque en una refiguración de la experiencia temporal fuera del texto, *después* de él. *Este estadio prenarrativo es la mimesis I*: una *pre-comprensión* del mundo que es compartida –difusamente, al menos- por narrador y lector donde cualquier narración, si lo es, queda enraizada. Siguiendo a Ricoeur, podemos parcelar esta *pre-comprensión* del mundo que hace posible el desarrollo de la acción en tres aspectos:

i. *Estructuras inteligibles*: se refiere el autor a las respuestas por el *qué*, el *cómo*, el *para qué* o el *con* y *contra quién* que la trama debe engarzar. Estos elementos del relato han sido considerados por otros autores de tradición hermenéutica partes inherentes al relato mismo y no partes de un estadio primero –*anterior*- que cumple la función de condición de posibilidad del relato mismo. Con Ricoeur, esta estructura es presentada como la red tupida de circunstancias y sujetos circundantes aparentemente contingentes que conforman la condición de posibilidad del relato, el marco que hace posible que dicho relato sea verosímil en la medida en que puede anclarse a una cierta familiaridad entre el narrador y los receptores del relato.

Entre los rasgos compartidos por los elementos que conforman esta red tupida de circunstancias y circundantes, encontramos uno que será principal en nuestro hilo discursivo: estos elementos sólo conforman un estado de cosas desde el que el relato pueda configurarse si cada uno de ellos puede definirse desde el resto de los elementos que conforman la estructura inteligible. Si no media una relación de interdependencia entre motivos, agentes, circunstancias o resultados, éstos no pueden ser garantes de un arco narrativo. Esta relación de mutua significación de los elementos de la estructura es un rasgo que no reposa de forma exclusiva en ninguno de los rasgos tomados independientemente y ello obliga a sus partes a definirse precisamente en tanto partes. Por lo tanto, podemos considerar esta necesidad de intersignificación entre elementos un rasgo definitorio de la estructura que conforma la mimesis I y una *concesión* de cada una de las partes de la estructura al conjunto.

Así, estas estructuras permiten una *comprensión práctica* compartida por receptores y emisor del relato. Se trata de una competencia que podemos entender como

la condición de posibilidad de esta mutua significación de los elementos que amparan al relato, ya que, si los sujetos que conviven con el relato no son portadores de cierta capacidad compartida para comprender las ligazones que reúnen a motivos con agentes o a estos con resultados, el relato en sí deja de tener sentido tal y como aquí lo estamos describiendo. Por lo tanto, la *intersignificación* de las estructuras que componen el relato depende de esta comprensión compartida por autor y receptores de la ficción y dar cuenta de esta comprensión práctica nos obliga a aludir brevemente a la *comprensión narrativa*, que recuperaremos más adelante²²⁷. Dos rasgos de la comprensión práctica nos obligan a esta alusión: la presuposición de cierta *familiaridad* entre los sujetos que comparten la narración, es decir, la referencia a un determinado contexto sociocultural compartido o afín a emisor y receptores y la *transformación* de los elementos estructurales que conforman el relato en el desarrollo mismo del relato y como consecuencia de él.

ii. *Recursos simbólicos*: un aspecto cardinal de la mimesis I será aquel que permite que la acción pueda ser interpretada de forma afín por los sujetos que la comparten y, para que esto sea posible, es necesario que compartan un conjunto de símbolos culturalmente determinados. Asumiendo la caracterización del símbolo dentro de la antropología cultural de raíz estructuralista, Ricoeur prioriza de ella, por un lado, la red de significaciones o sinergias que son propias del conjunto simbólico al que hacíamos alusión más arriba y, por otro lado, la necesidad que tiene cualquier experiencia de quedar anclada en un proceso cultural dado.

Estos dos rasgos de la caracterización del símbolo en la antropología cultural permiten que sigamos arrojando luz sobre la mimesis I: a la relación entre los sujetos que comparten la narración subyace una cierta concepción compartida culturalmente de *medida* o *regla*. Por su contundencia, citamos al autor para a continuación proponer un matiz a su aseveración: Si se da “una comprensión práctica que los autores comparten con su auditorio”, ello implicará “una evaluación de la acción en términos de bien y de mal”²²⁸.

²²⁷ Trataremos la comprensión narrativa en las conclusiones acerca de la identidad narrativa. Nuestra investigación está encaminada hacia la presentación de dicha identidad como corolario de la obra que puede servir para aclarar aquel postulado que difusamente reconocimos en nuestra primera parte. Por ahora, podemos apuntar que esta comprensión narrativa, por ser compartida por generador y receptores de la ficción y por depender de la definición recíproca de los elementos estructurales que la componen, es una primera conquista.

²²⁸ T.N. I, p. 122.

El matiz relevante de cara a la comprensión práctica de la que pretendemos dar cuenta es que una comprensión compartida nos remite a un contexto cultural compartido y, por lo tanto, a una familiaridad entre los esquemas de valores morales, no a una evaluación idéntica de los actos nacida de esa comprensión práctica compartida. La mimesis I permite que el acto narrativo pueda anclarse en una estructura cultural que permite que este sea compartido, pero ello no garantiza que entendamos de forma unívoca el contenido mismo del acto narrativo, pues no todos los sujetos que comprenden una ficción comparten los juicios morales que elaboran de los episodios que la componen. Compartir la *medida* o *regla*-transmitida culturalmente que permite evaluar como buena o mala una acción no implica necesariamente que compartamos el juicio que llevemos a cabo de dicha acción, pero sí que estemos en posición de comprender un relato de esta.

iii. *Carácter temporal*: nos limitaremos en este tercer aspecto a aquellas consideraciones relativas a la temporalidad que están incluidas en cualquier acto narrativo, es decir, en términos ricoeurianos, a los “inductores de la narración”²²⁹. Consideraremos *proyecto*, *motivación* y *cuidado* como aspectos de naturaleza narrativa que permiten dar cuenta de las dimensiones temporales de naturaleza aparentemente cronológica, esto es, *futuro*, *pasado* y *presente*, respectivamente.

Tales aspectos de la narración tienden a formar una unidad que puede ser revisada desde la concepción de Agustín del triple presente: para él, no podremos considerar ningún elemento de una sucesión temporal de forma independiente o aislada, más bien, deberemos considerar que los elementos que conforman una narración son dependientes del conjunto que conforman y que obtienen su sentido del sentido último que adquiere la narración completa. Así, hablaremos del *presente de las cosas futuras* para describir la dimensión temporal en la que se actualice el *proyecto* de los protagonistas de la narración; del *presente de las cosas pasadas* para describir la dimensión temporal en la que los protagonistas actualizan aquellos aspectos que, como la *motivación* o la actitud, son heredados de acontecimientos anteriores a la trama de la narración en cuestión; y, por último, del *presente de las cosas presentes* para describir la dimensión temporal en la que tienen lugar las acciones que componen los acontecimientos de la narración. En este

²²⁹ T.N. I, p. 124.

último presente, destaca especialmente el *cuidado* como rasgo del que los personajes de la narración no pueden desentenderse.

En definitiva, encontramos - ¿o suponemos?²³⁰- una correlación entre la dimensión temporal de naturaleza cronológica –futuro, pasado, presente- y la red conceptual que inferimos en los personajes de la narración - proyecto, motivación y cuidado- y esta correlación nos acerca a la concepción agustiniana del triple presente como estructura unitaria donde cada uno de los tres elementos es definido por su función en el conjunto. Este acercamiento a la concepción agustiniana nos da una interpretación unificada de la estructura tripartita que nos ocupa. Además, la interdependencia de los acontecimientos dentro de una estructura narrativa es uno de los asideros principales que encuentra Ricoeur para conectar una reflexión encaminada a dar cuenta de la estructura subyacente a las narraciones y una reflexión que dé cuenta de la *praxis cotidiana* de los sujetos.

Con esta alusión al triple presente como estructura única, quedan engarzadas las estructuras temporales de naturaleza cronológica en una única red conceptual de naturaleza narrativa que permitirá definir cada una de ellas en función de las restantes. De esta forma, desde la teoría del triple presente encontramos una caracterización de la mimesis I partiendo de una matriz narrativa. En esta línea, superando ya la descripción de los tres aspectos de la mimesis I recapitulamos el avance que dichos aspectos nos han permitido: *la riqueza del sentido de la mimesis I está en ser el sustrato o el presupuesto que difícilmente se pone en juego en el curso de la narración, pero sin el cual esta carecería de sentido por carecer de referente*. Este presupuesto tomará la forma de una *precomprensión* relativamente difusa, pero al fin y al cabo compartida por narrador y lector y será la condición de posibilidad de la trama, de la que daremos cuenta en la *mimesis II*. Dicha *precomprensión* queda acotada desde ciertas estructuras inteligibles compartidas y que solo tienen sentido en tanto red de interdependencias; desde una referencia de naturaleza simbólica a una regla o medida compartida culturalmente; y desde una configuración de las estructuras temporales basada en superponer una estructura simétrica de origen narrativo.

²³⁰ En el próximo capítulo profundizaremos en el efecto del *presupuesto de anticipación de la perfección* que, en términos de Gadamer, está implicado en lo que nosotros estamos considerando tercer paso del proceso de la triple mimesis. Dejamos por tanto la pregunta apuntada hasta entonces.

Nos encontramos aquí ante una reformulación de la *construcción de la trama* desde la propuesta aristotélica que dominó el diálogo con él. Lo principal de esta reformulación está en la posibilidad de que la trama sea tratada como *mediación*, pues aquel *arte de entramar* debe ahora observarse como gozne que articule la experiencia temporal, que la rinda humana. La trama engarza elementos de naturaleza heterogénea como agentes, fines, medios, circunstancias o los resultados inesperados que dichas interacciones generen, del mismo modo que engarza los acontecimientos concretos que a lo largo del relato acaecen de forma contigua y que ella pretende hilar.

Para nosotros, es clave el tratamiento del *mythos* aristotélico como *mimesis II* porque nos permite recuperar la consideración de trama como *síntesis de lo heterogéneo*. He aquí la función primera de la mediación de la trama: *es el elemento que permite el acto configurante*. Desde esta síntesis podemos *conectar* los caracteres temporales contiguos desde el punto de vista cronológico en una estructura lógica en la que sea el dinamismo propio de dicha estructura lógica lo que recubra lo cronológico dando lugar a una única estructura partiendo de elementos de naturaleza distante, heterogénea.

Recuperamos con esta revisión de las funciones del *mythos* dentro del sistema completo de la triple mimesis las reservas expresadas por el autor desde la primera parte de la obra con respecto a la posibilidad de generalizar esta concepción de la trama, que en la *Poética* queda restringida al ámbito de la tragedia como subgénero dramático, hacia una propuesta de caracterización de la trama como elemento que reúna o engarce las experiencias temporales en una estructura de naturaleza humana –ya no exclusivamente cronológica- que tiene vinculaciones con lo narrativo. *La mimesis II es el recurso que articula la generalización del texto aristotélico hacia campos de análisis que le son menos propios*. Permite reconsiderar la experiencia humana del paso del tiempo o, más precisamente, las paradojas en las que la filosofía especulativa tiende a desembocar al tematizarla y de las que hemos considerado paradigmático el libro XI de las *Confesiones*.

La trama aparece como mediación entre los dos elementos de la triple mimesis que reúne y diferencia y permite de esta forma un replanteamiento de la experiencia temporal del sujeto racional: resuelve de forma poética aquello que desde el punto de vista especulativo no logra explicar. Para transitar la paradoja agustiniana, la trama combina las dos dimensiones temporales –cronológica y lógica- haciendo que ambas solo sean elementos de la historia en tanto que se copertenezcan, en tanto que se definan desde

su mutua implicación. El *mythos*, pues, será considerado *acto configurador* y deberá ser la condición de posibilidad del acto de *tomar juntas* las partes episódicas o las categorías accidentales que conforman el relato en su conjunto, precisamente para que puedan ser redefinidas como partes de dicho relato. En síntesis, la posibilidad de tomar conjuntamente elementos de naturaleza heterogénea y de lograr que dicho conjunto sea transitable desde el punto de vista vivencial es el horizonte que abre la consideración del *mythos* como mimesis II: “El acto de narrar, reflejado en el de continuar una historia, hace productivas las paradojas que inquietaron a Agustín hasta el punto de llevarlo al silencio”²³¹.

Esquivamos el silencio del análisis especulativo porque desde una perspectiva *poética* es posible transitar la aporía²³². Desde la composición narrativa de la temporalidad podemos encontrar un espacio estrictamente humano para reinterpretar la temporalidad, para aludir a la *distentio animi* como efecto de un *mythos* tomado como llave o, mejor, como ganzúa²³³ que genera un tiempo humano en tanto *tiempo narrado*. De este modo, aquel problema que ocupaba a Ricoeur al referirse a la generalización de los rasgos propios de la tragedia para reconocerlos en marcos conceptuales alejados de ella y de cualquier forma de construir ficciones se disuelve frente a la constatación de la generalización del *mythos*. La trama como acto configurante es el modo en que el sujeto reúne acontecimientos desde la construcción de una red de dependencias que remiten a una totalidad verosímil. El problema es ineludible pero la evidencia de que es la trama el modo en que tratamos con el tiempo también lo es.

Gracias a ello podrán restituirse las propuestas de refiguración de la experiencia temporal al campo de los actos humanos. La *mimesis III* vendrá exigida por la simiente de sentido que propone la mimesis II y será el elemento que permita que dicha simiente quede anclada al “tiempo del obrar y del padecer”²³⁴. Sólo si este paso es transitado puede

²³¹ T.N. I, p. 135.

²³² Tomamos la formulación de P. Aubenque en *El problema del ser en Aristóteles*. Lo hacemos legitimados por su influencia en esta solución poética propuesta por Ricoeur.

²³³ Recordemos la reflexión del profesor Pardo: “ganzúas siempre capaces de abrir nuevas e ignotas cerraduras”. J. L. Pardo, *La regla del juego*, p. 556.

El mismo autor lleva a cabo un estudio afín a la problemática que nos ocupa que citamos por su claridad: “El concepto vivo o ¿Dónde están las llaves? Ensayo sobre la falta de contextos”, Archipiélago, nº 31. 1997.

²³⁴ T.N. I, p. 139.

la composición narrativa cumplir funciones de reunión entre el mundo del narrador – mimesis I- y el del lector –mimesis III-.

El *mythos*, ahora considerado exclusivamente dentro del campo de la tragedia clásica, cumple una función catártica en los sentimientos del receptor porque le permite reconocer en la representación teatral amores, temores o padecimientos que reconoce como propios, que pueden ser captados como verosímiles y, por tanto, como afines. Si llevamos a cabo la generalización de esta función del *mythos* a la experiencia temporal que apuntamos en la exposición de la mimesis II, deberemos atribuir al *mythos* la misma capacidad de refigurar el tiempo del lector. La mimesis III hará referencia a este estado de cosas efectivamente existentes que quedan refiguradas merced al efecto del *mythos* en su experiencia temporal. Para sustanciar esta referencia, el autor procede siguiendo cuatro etapas a las que nos referiremos de forma sucinta a continuación y que nos sirven para formular las conclusiones del funcionamiento mismo de esta estructura triple:

i. *El círculo de la mimesis*: Con la amenaza de la circularidad en la estructura triple de la mimesis, toma Ricoeur la siguiente postura, que asumimos: la pertenencia a un mismo sistema teórico puede obligar a sus partes a necesitarse para poder ser definidas, pero esta circularidad puede no desembocar en un círculo vicioso. Para probarlo, partimos de la negación de las interpretaciones apresuradas de la vinculación entre las partes de la triple mimesis: no deberemos considerar el relato –trama- como consuelo racional a la muerte o a la amenaza de una temporalidad informe, ya que ni el tiempo es necesariamente disonante ni nuestra alusión a la concordancia sólo es posible desde la alusión a la síntesis generada mediante el *mythos*. Tampoco lo consideraremos como elemento que articula el salto entre dos entidades -mimesis I y mimesis III- que tienden a identificarse en el trascurso mismo de la triple mimesis, pues el estatuto de *estructura prenarrativa* de la mimesis I hace imposible que podamos identificarla con el efecto del ejercicio narrativo –mimesis II- en el mundo del lector –mimesis III-.

Un contraejemplo de especial valor de esta interpretación apresurada del círculo de la mimesis lo encuentra Ricoeur en los relatos que los vencidos de cualquier conflicto encuentran capital llevar a cabo: “Contamos historias porque, al fin y al cabo, las vidas humanas necesitan y merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando

evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y *pide narración*”²³⁵.

En definitiva, asumimos la circularidad de la triple mimesis derivada de la copertenencia de sus elementos, pero negamos que ello desemboque en un círculo vicioso que invalide el análisis que desde ella llevaremos a cabo. Se trata de un círculo hermenéutico del que comenzamos a captar su funcionalidad.

ii. *Configuración y lectura*: Lo específico de esta etapa es que la función de la trama como elemento configurador hace que adquiera sentido en la formulación llevada a cabo por el narrador en el texto. Más bien, para que el texto pueda ser considerado tal, para que no solo tenga el aspecto de relato, sino que cumpla sus funciones, debe reunir mimesis II y mimesis III y debe concluir en el mundo del lector.

Encontramos una visión del lector como elemento decisivamente activo para que la refiguración de la experiencia temporal en una estructura unitaria tenga sentido. Así, reposa sobre el compromiso del lector la posibilidad de que el relato efectivamente sea considerado como tal y, hasta que dicho compromiso se cumpla, nada puede ser dicho del relato como tal.

iii. *Narratividad y referencia*: desde la ponderación del papel del lector en la triple mimesis, aquello que hace que una narración lo sea es la transmisión de un mundo proyectado por el autor que aparece en el mundo del lector como horizonte de posibilidad, como indicio o pesquisa de un mundo refigurado que el lector capta frente a sí. El mundo desde el que el narrador proyecta la ficción es ponderado ahora como la referencia principal del relato en su conjunto.

Pensaremos por lo tanto la mimesis III como momento de intersección entre la concepción del mundo que el texto *entrama* y el mundo del lector. Esta concepción de la mimesis III permite extraer como corolario que la efectividad del relato solo sucede *después*, cuando se ha producido ya dicha intersección con el mundo del lector. Recurre a la *fusión de horizontes* de Gadamer como proceso que puede camuflarse entre otras exigencias del discurso, pero que los presupuestos de trabajo del hermeneuta le obligan a poner de manifiesto.

²³⁵ T.N. I, p. 145. Cursiva nuestra.

Con la misma intención recupera y reformula el autor el eje central de *La metáfora viva*, donde las obras literarias aportaban al lenguaje cotidiano una experiencia que les servía de referencia. Referencia que el lenguaje asumirá y que no podrá ser directa ni meramente descriptiva sino, más bien, una referencia metafórica en la que aquello que se pone en juego son aspectos de aquel “estar en el mundo”²³⁶ que el lector ha de captar para que la obra de arte efectivamente lo sea y que le permiten a él refigurar su propia experiencia temporal.

Así, en esta etapa nos encontramos con uno de los presupuestos principales del sistema mismo: *aquello que el lector recibe con el relato es una propuesta de significación del mundo en la que él puede proyectar sus propias potencialidades y desde la que él construirá su propia interpretación del mundo*. La consecuencia de esta recepción será el *mundo refigurado* del lector merced al efecto del acto mismo de lectura²³⁷.

iv. *El tiempo narrado*: Para la última etapa resta la caracterización de este mundo refigurado por el acto configurador de la lectura. Es el tiempo la instancia que queda refigurada desde el acto de lectura: “la narración es una invitación a ver la praxis ‘como...’.”²³⁸. El tiempo que el lector capta frente a sí es aquello que queda efectivamente refigurado en el ejercicio completo de la triple mimesis.

Esta concepción del tiempo refigurado por el efecto de la triple mimesis al que nos referiremos como *tiempo narrado* permite ajustar una cuenta que quedó apuntada al tratar la concepción del tiempo vivido en Agustín en la que la especulación solo conducía a razonamientos aporéticos, a *cavilaciones inconclusivas*. No parece posible un estudio fenomenológico puro de la estructura del tiempo en tanto tiempo vivido, pues tal concepto no puede ser aprehendido de forma intuitiva. Así pues, la revisión del concepto de tiempo desde su refiguración gracias a la triple mimesis nos permite mostrar una nueva *columna*

²³⁶ T.N. I, p. 149.

²³⁷ Desde esta refiguración del tiempo que tiene lugar en la mimesis III puede revisarse el matiz que aportábamos a la caracterización de la mimesis I propuesta por Ricoeur: cada lector lleva a cabo dicha refiguración y, aunque para ello parta de rudimentos de naturaleza cultural y por lo tanto compartidos, no deberemos deducir de ello que sea una actividad que tenga lugar del mismo modo y en el mismo sentido en cada lector.

²³⁸ T.N. I, p. 156.

de sentido²³⁹ que complementa la que establecía la *distentio animi* como estrategia para tematizar el carácter aporético de las conclusiones llegadas de la filosofía especulativa. Esta nueva *columna de sentido* es la que conforma la triple mimesis como ejercicio narrativo que permite cierta intuición del sentido del tiempo.

Podremos, pues, concluir este apartado estableciendo que *el sentido que insiste golpeando en ambas columnas no es otro que el de una copertenencia entre la aporética de la temporalidad analizada desde la filosofía especulativa y la poética de la narración entendida desde la triple mimesis*. Dicho de otro modo: “La narración y el tiempo se jerarquizan simultánea y mutuamente”²⁴⁰.

Ahora bien, desde el punto de vista teórico, la triple mimesis no resuelve la vinculación entre tiempo y narración, ni nos permite conocer con más precisión sus rasgos. Sí que nos legitima, en cambio, para apuntar que la poética de la narración y la aporética de la temporalidad conforman un binomio condenado a categorizarse *simultánea y mutuamente*. En consecuencia, cualquier captación del tiempo en tanto *tiempo por el que soy afectado* contendrá cierta vinculación con lo narrativo y, llevando el argumento al extremo, diríamos que cualquier narración forma parte -aunque sea ínfima- del sedimento con el que se construye una red conceptual que permite el engarce de los acontecimientos que acaecen a mi alrededor.

En definitiva, más que una reformulación del binomio *mythos-distentio* como recurso para transitar la mutua dependencia entre tiempo y narración, lo que Ricoeur nos ha propuesto es una sistematización de la forma en que dicha vinculación pasa a formar parte del esquema categorial con el que el sujeto da cuenta de su vivencia del tiempo, del modo en que ese tiempo es captado como tiempo vivido. La triple mimesis restablece el orden y la categorización de los elementos teóricos en los que se está fundamentando su propuesta y prueba de ello es el concepto central que articula el sistema: el *mythos* trágico aristotélico y la posibilidad que abre de refiguración del tiempo vivido.

²³⁹ Sugerimos la terminología empleada por Deleuze para referirse a la *insistencia* del sentido entre columnas formadas por discursos relativamente afines contenida en *Lógica del sentido* solamente como analogía desde la que trazar el recorrido entre Agustín y Aristóteles.

²⁴⁰ T.N. I, p. 160.

III.4 Conclusiones

Rescatamos las principales aportaciones que hemos encontrado en la primera parte de *Tiempo y narración* para la construcción de la identidad narrativa.

- ¿Qué es una trama?

Hasta ahora, la categorización del concepto de trama es la principal conquista de nuestra reflexión. Hemos tratado de mantener la tensión entre dos compromisos, uno de fidelidad al texto aristotélico y otro de exploración de la sinergia entre la construcción de la trama y nuestra comprensión del paso del tiempo.

Esta tensión nos ha conducido a la generalización del *mythos*, recuperado como *capacidad de entramar* de la que podemos inferir algunos rasgos. Por un lado, el carácter inclusivo del *mythos*, es decir, el carácter no tanto de elemento como de conjunción entre elementos disímiles de la tragedia como lo son personajes o escenografía. El *mythos* es aquello que permite que la tragedia sea generada o recibida como un conjunto con sentido. Por otro lado, el carácter procedimental que el *mythos* posee en tanto juntura o bisagra entre acontecimientos que, antes de su efecto, se presentaban de forma discontinua o, en el mejor de los casos, dentro de una sucesión que comparte contigüidad espacio temporal pero no necesariamente un sentido unitario. En este sentido, el *mythos* de la tragedia que Aristóteles analiza solo podrá ser tomado por nosotros como procedimiento que puede aplicarse a operaciones alejadas de la generación o recepción de ese tipo concreto de ficciones si ponderamos por encima de cualquier otro de sus rasgos su carácter procedimental.

Asumido, entonces, que *mythos* es fundamentalmente *bisagra o llave* entre acontecimientos que parecerían inconexos sin su efecto y que, por lo tanto, su carácter es fundamentalmente el de procedimiento que da sentido unitario a un conjunto que solo se forma después de recibir su efecto, estamos en posición de profundizar en el papel de la trama en *Tiempo y narración*. Antes de ello, sintetizamos el papel de la *mimesis*: la consideramos como una capacidad propia de sujetos culturalmente determinados que *tiene que ver con imitar* o representar secuencias de actos que son de algún modo afines o familiares a emisor y receptores de la ficción en cuestión. Se entiende por lo tanto que la *mimesis* tiene sentido en tanto vinculada con un *mythos* que será lo que permita a emisor y receptores de la ficción entenderla de forma compartida.

Mythos y mimesis son entonces dos elementos que debemos articular conjuntamente: *mythos como el qué de la actividad mimética*. Sin esta capacidad de entamar que hemos considerado llave para conectar acontecimientos de forma armónica, el propio acto de imitar sería imposible y cualquier intento caería en una repetición o copia más o menos exitosa. A la vez, el *mythos* sin la actividad mimética sobre la que volcarse, dado su carácter llave o de bisagra, sería imposible por carecer de objeto -llave sin cerradura, bisagra que no reúne o articula-. Sin intención de imitación no pueden reunirse acontecimientos siguiendo una estructura o entramado.

La clave que la primera parte de *Tiempo y narración* pone frente a nuestros ojos será fundamental tanto para el desarrollo restante de la obra como para el sentido de nuestra investigación: es posible tomar el binomio *mythos*-mimesis como estrategia culturalmente determinada pero intrínsecamente racional que los sujetos tienden a emplear a la hora de dar cuenta de acontecimientos que llevan a cabo y aquellos por los que son afectados. Puede ser, pues, interpretado como subyacente a las formas en las que cada cultura representa o imita los procesos de una forma que ellos mismos consideran verosímil. Pero, yendo más lejos, apuntamos la posibilidad de interpretarlo, además, como la operación que nos es propia a la hora de tratar de refigurar nuestra experiencia temporal. En este sentido, una vez más y como hacíamos al superar el género trágico como espacio discursivo en el que era propio hablar del *mythos*, consideramos pertinente la superación del ámbito de la narratología o del estudio de ficciones a la hora de calcular el campo de acción en el que este binomio tiene vigencia.

Es esta una clave decisiva: podemos hablar de trama mucho más allá de las ficciones y, quizá, debamos hacerlo con el mayor rigor posible si aspiramos a proponer una respuesta a las aporías que con Agustín sembramos. Si aspiramos a entender de qué naturaleza sea la operación racional propia de sujetos culturalmente determinados mediante la cual estos son capaces de dar cuenta de su experiencia temporal de forma unitaria, *mythos* y mimesis serán continente y contenido indispensables. De esta forma, si bien la pregunta por la trama queda resuelta solo parcialmente pues generamos un binomio y su articulación para atenderla, ocuparnos en ella nos ha obligado a establecer un campo mucho más amplio del inicial donde reconocerla, pues desde ahora defenderemos que *habrá trama siempre que haya conjunción de mythos y mimesis y esto no solo sucede en la generación o recepción de ficciones sino en cada explicación de nuestra experiencia temporal como sujetos o como colectividades*.

- *Acerca de la circularidad mythos- distentio animi*

La trama es solo la mitad del círculo. Tiene sentido solo si nos permite interpretar la otra mitad, la *distentio animi* agustiniana. La estrategia discursiva ricoeuriana nos muestra un juego de sinergias y nos impele a acotar la reflexión al espacio que estos juegos generen. En este sentido, la concordancia y la discordancia son claves que solo pueden ser atendidas en todo su calado partiendo de este espacio. Considerábamos al *mythos* generador de concordancia en un contexto de discordancia que venía dado por la acumulación misma de episodios en el contexto de una ficción. Paralelamente, la *distentio animi* se nos presenta como el recurso del sujeto ante la discordancia característica de una temporalidad *viva* –cronológica- según Agustín, siendo la *distentio* será el recurso ante la sucesión y acumulación de presentes.

Mythos y *distentio* serán, por tanto, elementos generadores de concordancia con los que el sujeto está en posición de asumir e incorporar las discordancias que son necesarias en cualquier composición. El círculo que acabamos de apuntar se cierra entendiendo que es la búsqueda de un elemento vertebrador -generador de concordancia- lo que conduce a Ricoeur desde Agustín hasta Aristóteles, pues en el primero tratar de explicar lo concordante parece conducir a aporías y en el segundo es lo concordante presentado de una forma más precisa y, por lo mismo, susceptible de pensarse predicada de otros sujetos -como sería la aplicación del concepto de *mythos* a espacios no exclusivamente trágicos, ni siquiera exclusivamente literarios-. A la vez, y es justo nombrarlo ahora que por primera vez se hace patente en nuestro discurso, cerrar esta circularidad entre *mythos* y *distentio* no solo permite a Ricoeur fundar el espacio en el que la concordancia y la discordancia puedan formar parte de una misma estructura, sino que también es la manera en la que podemos empezar a tratar de forma análoga aquello que sucede al sujeto cuando trata de dar cuenta de su experiencia temporal y aquello que nos permite producir o recibir ficciones.

Así, recuperado la concepción de *mythos* y de *distentio* como generadores de concordancia, podemos cerrar nuestro círculo: *la discordancia viene dada*, es inherente al paso mismo del tiempo cronológico en el caso de la reflexión agustiniana y lo es también al acto mismo de comprender ficciones precisamente porque sin ella estas ficciones no lograrían ser verosímiles. La vida de cualquier personaje, porque debe ser de algún modo afín a aquello a lo que los sujetos se enfrentan cotidianamente, está siempre

amenazada por la victoria de lo discordante. Los elementos que se presentan contiguamente ante un sujeto en una sucesión de presentes cambiantes no están ni tienen por qué estar engarzados desde el punto de vista causal. *Y esta imposibilidad de reducir lo discordante nos obliga a asumir la condena racional a incorporarlo, a contar con ello siempre que tratemos con acontecimientos culturalmente determinados.*

En síntesis, el elemento compartido por *mythos* y *distentio* en tanto partes de una circularidad es la incorporación de elementos generadores de concordancia dentro de un espacio discursivo en el que la discordancia no es evitable. La aspiración de formar conjuntos con sentido guía al sujeto tanto en la lectura de su vivencia del tiempo como en la generación o comprensión de ficciones y ello solo tiene sentido si dicho sujeto ha asumido, de partida, que la discordancia es el elemento predominante en cualquiera de ambos campos. La concordancia es solo una conquista y es efímera, lo evidente siempre que la racionalidad no intervenga es la discordancia. He ahí la necesidad del eje *mythos-distentio*.

- Acerca de la mimesis II

Planteada así la circularidad que conforman la vivencia del tiempo y la creación y comprensión de ficciones, quedamos frente al problema de articular el trasvase desde aquello que podemos establecer del *mythos* hacia lo aporético del estudio de la *distentio animi*. Para ello, recurre el autor a la *triple mimesis* como proceso capaz de refigurar el tiempo cronológico en un tiempo vivido captado de forma unitaria.

Si miramos la triple mimesis desde su elemento central, veremos que es el acto configurante la piedra angular del discurso ricoeuriano: la síntesis de lo heterogéneo no solo es el momento clave que debe dar sentido a la triple mimesis en su conjunto, también es el momento discursivo en el que Ricoeur reúne con más precisión las referencias a la *Poética* y a las *Confesiones*.

La mimesis II es la bisagra de esta triple estructura que debe soportar el salto de la explicación clásica del arte de componer tramas en la tragedia a las aporías en las que cae Agustín. Por fin, Ricoeur toma como *operación* el *mythos* aristotélico y lo formula como efecto del trabajo de un ánimo que es afectado por la experiencia temporal. De este

modo generan, *Mythos* y *distentio*, una síntesis de aquello que sin ellos sería, además de heterogéneo, inconexo.

El proceso que consideramos mimesis II se puede reconocer en el acto de escritura o en el de lectura y el modo más fiable para asirlo es atender al trabajo de los trágicos que inspiran el discurso aristotélico. Sin embargo, nuestra investigación sigue el camino de Ricoeur que lleva esta matriz de análisis lejos de ese campo de trabajo. Pretendemos, más bien, que la síntesis de lo heterogéneo dé cuenta de aquella operación propia del ánimo afectado por la experiencia temporal. Es en este sentido en el que la mimesis II es bisagra: es acto configurador que puede reconocerse lejos de la capacidad de entramar personajes, marcos espaciales o argumentos a la hora de crear o entender una ficción. Puede reconocerse en el modo en que damos cuenta de nuestra experiencia temporal siempre que lo hagamos sin intentar dar cuenta de la tarea que estábamos llevando a cabo desde un punto de vista especulativo o teórico.

Para que mythos y distentio puedan presentarse como mitades de una sola circularidad y, sobre todo, para que puedan ser generadores de concordancia, deberemos incorporar el papel de la mimesis II dentro de una estructura triple que permite trasvasar el problema de la relación entre el tiempo y la narración. Este papel es ser síntesis de elementos heterogéneos, acto configurador que sirva como matriz de interpretación de elementos discordantes dentro de una estructura que, por efecto suyo, pueda armonizarse. Es el papel que Ricoeur nombra con la expresión “tomar juntas”²⁴¹ al referirse al acto configurante que permite transitar la circularidad que forman *Poética* y *Confesiones* y conectar la solución poética de origen aristotélico con el problema irresoluble desde el punto de vista especulativo en Agustín. No resuelve el problema, sino que lo integra en una estructura mayor, invitándonos a asumir una solución poética después de haber asumido el carácter aporético e inconclusivo de los esfuerzos especulativos al respecto. Y será en esa estructura mayor -la de la circularidad descrita entre los conceptos de tiempo y de narración- en la que el problema agustiniano con el tiempo, conservando su identidad aporética desde el punto de vista especulativo, asuma una interpretación más completa:

²⁴¹ T.N. I, p.133.

A este respecto puede decirse de la operación de la construcción de la trama que, a la vez, refleja la paradoja agustiniana del tiempo y la resuelve no según el modo especulativo, sino según el poético²⁴².

Captamos un tiempo propio unitaria y ordenadamente, pero, eso sí, a costa de tratarlo como tiempo narrado. La mimesis II es la ganzúa²⁴³ que, sin tener los argumentos-llave de naturaleza especulativa, nos permite el acceso a un tiempo humano desde una vía poética que será aquella que Ricoeur intenta reconstruir con la arquitectura general de *Tiempo y narración*. Así, asumimos esta generalización del *mythos* hacia una *distentio* afectada por el paso del tiempo como simiente de la caracterización de la identidad narrativa: “La narración y el tiempo se jerarquizan simultánea y mutuamente”²⁴⁴.

²⁴² *Ibidem*.

²⁴³ El carácter configurador de la mimesis II capaz de generar síntesis partiendo de elementos heterogéneos y la posibilidad que este carácter abre ante la reflexión ricoeuriana conecta aquello que con R. Sánchez Ferlosio y, sobre todo, con J. L. Pardo hemos considerado *ganzúa* que nos permite acceder, sin ser portadores de las llaves especulativas que nos acreditarían para ello, a un tiempo humano.

²⁴⁴ *T.N.* I, p.160.

IV. VARIACIONES HISTORIOGRÁFICAS DE LA TRAMA

INTRODUCCIÓN

Entenderemos por *Historia* o por historiografía el estudio concerniente al ámbito de las ciencias sociales relativo a los acontecimientos más relevantes de cada época y por *narración* la explicación ordenada de acontecimientos dentro de una construcción cuyos rasgos principales toman como punto de inicio el concepto de trama contenido en la *Poética* de Aristóteles. Desde aquí, dos convicciones dirigirán nuestro discurso: por un lado, que la Historia, en tanto ciencia social, posee un carácter narrativo que deberemos depurar pero que, prácticamente, consideramos ineludible. A la vez, este carácter narrativo no debe identificarse con una devaluación de sus contenidos ni con la asimilación de la Historia como una forma más de las que puede adoptar el relato de ficción. Por otro, la convicción de que este carácter de la Historia que la vincula con la composición narrativa está suponiendo en los sujetos que reciben el resultado de sus investigaciones capacidades o atributos igualmente ineludibles. Queda, pues, un espacio para la reflexión hermenéutica:

La historia más alejada de la forma narrativa sigue estando vinculada con la comprensión narrativa por *un vínculo de derivación que se puede reconstruir* paso a paso, punto por punto, mediante un método apropiado²⁴⁵.

Cualquier investigación surgida en el campo de la historiografía conservará un vínculo no con el relato de ficción sino con la comprensión de naturaleza narrativa que supone en el sujeto que debe recibir el resultado de sus investigaciones. La historiografía reclama para mantener su vigencia que asumamos su vínculo con el juego de la triple mimesis como esquema desde el que dar cuenta de su quehacer. Más aun, *la mimesis II* o

²⁴⁵ T.N. I, p. 165. Cursiva nuestra.

mimesis-narración es una matriz de análisis que tiene completa vigencia a la hora de analizar la epistemología de la Historia.

A la vez, esta apuesta decidida por el vínculo entre Historia y narración no hace olvidar al autor que dicho vínculo no es ni puede ser directo, pues la asimilación de la Historia en el campo de la narrativa sería un error epistemológico tan evitable como la imposición de una distancia artificial e impostada entre ambas parcelas. Así pues, se trata de aclarar cuál sea este vínculo de derivación que mantiene engarzadas a Historia y narración sin permitir la subsunción de la primera a la segunda.

IV.1 El eclipse de la narración: el diálogo con la historiografía francesa y con el modelo nomológico

La historiografía francesa de las décadas finales del siglo XX y la epistemología neopositivista de tradición anglosajona, siendo dos discursos muy distantes, comparten la desconfianza hacia la filosofía de la Historia de tradición hegeliana. Para dar cuenta de esta desconfianza, Ricoeur se apoya especialmente en la historiografía francesa legitimado en que aquello que la define no es tanto la claridad metodológica con la que procede en sus análisis como el compromiso con la búsqueda del quehacer principal que ha de ocupar al historiador. En este sentido, es el oficio del historiador y la metodología que él ha encontrado para llevar a cabo su tarea el nivel de concreción donde se instala su discurso, consumada la huida del análisis hegeliano del movimiento de la Historia.

Tales decisiones -tomar ahora como referencia tanto la historiografía francesa como la epistemología neopositivista y considerar ambas desde aquello que las distancia de la dialéctica de origen hegeliano -son muestra de la intención declarada de seguir una *vía larga* de análisis lo más discursiva posible y, en consecuencia, lo más alejada posible de la dialéctica de origen hegeliano y de la ontología de tradición heideggeriana. Además, ambas tradiciones comparten “la negación del carácter narrativo de la historia”²⁴⁶ y, en el mismo sentido, ambas escuelas llegan a la misma conclusión, aunque desde recorridos distintos. La historiografía francesa huye de la inclusión de su quehacer en el campo de

²⁴⁶ T.N. I, p. 170.

lo narrativo guiada por un cambio en su objeto de estudio: no es el historiador un agente que conforme un nexo causal entre acontecimientos históricos, sino que será “el hecho social tomado en su totalidad”²⁴⁷ el objeto de estudio con el que quedan comprometidos. La epistemología neopositivista, por su parte, declina de inicio la adhesión a los presupuestos compartidos con la narración por considerarlos irreconciliables con una explicación con pretensiones de generalización.

Nos centramos entonces en la historiografía francesa tomando como referencia el eclipse del acontecimiento como elemento fundacional. Para dar cuenta del concepto de acontecimiento histórico, Ricoeur comienza por caracterizarlo siguiendo dos series de aserciones, una ontológica y otra, sustentada en la primera, de naturaleza epistemológica.

El trío de características ontológicas del concepto de acontecimiento histórico será: el acontecimiento histórico posee la propiedad de “haber sucedido”²⁴⁸, que es absolutamente independiente de aquellas construcciones que los historiadores elaboren al respecto; además, dicho acontecimiento ha de haber sido “obra de agentes semejantes a nosotros”²⁴⁹, es decir, sujetos en última instancia no tan diferentes de aquellos que reciben el resultado de la investigación historiográfica habrán ejercido o padecido el acontecimiento en cuestión; y, a la vez, este acontecimiento, merced a su primer rasgo, nos obliga a reconocer que dicho agente, aunque semejante a mí, es absolutamente otro. El receptor del resultado de la investigación historiográfica reconoce la alteridad radical del agente que aportó el resultado de su esfuerzo para que un acontecimiento histórico acaeciera. Corresponde a este trío otro de características epistemológicas: el acontecimiento histórico sucede una única vez; además, el acontecimiento histórico podría no haber sucedido del modo que de hecho sucedió; y, por último, este acontecimiento depende de un sistema previo.

Considera Ricoeur ambas series simétricas y la riqueza de su análisis estará en las sinergias que surgen a partir de dicha simetría. Para ello, recurre a la obra de dos autores que, dentro ya de la historiografía francesa, revisan esta concepción del acontecimiento. En primer lugar, recurre a *Introduction à la philosophie de l'histoire: essai sur les limites de l'objectivité historique* publicada en 1938 por R. Aron y que considera precursora de

²⁴⁷ T.N. I, p. 171.

²⁴⁸ *Ibidem*.

²⁴⁹ *Ibidem*.

la *Escuela de los Annales* avalado por las referencias que autores como L. Febvre o M. Bloch toman en sus documentos fundacionales de los trabajos de Aron. El análisis que prima entre los expuestos en la obra de Aron es el de la relación entre los límites de la objetividad en el plano de la historiografía y la naturaleza del acontecimiento histórico como su piedra angular. Su postura es firme: si un historiador es aquel que debe aportar la comprensión y la explicación del acontecimiento histórico, este estará muy lejos de poder presentarse como objetivo. Si el acontecimiento reclama una comprensión, es decir, una reflexión de segundo orden y no de naturaleza directa con respecto a lo que efectivamente haya acaecido, ello implicará que su propia naturaleza no es compatible con un discurso con aspiraciones objetivistas. Con Aron se introduce en el campo de la historiografía un discurso en el que se considera al acontecimiento y al discurso que alrededor de él podamos construir precisamente como una construcción y no como el resultado de una evidencia que el observador se limita a nombrar bajo una terminología y un esquema de relaciones internas que sería inherente y que fuera conocido por cualquiera. Más bien, lo que comprendemos con Aron es que los acontecimientos históricos son producto de la reconstrucción elaborada por un historiador o por un conjunto de historiadores: “No hay una realidad histórica totalmente hecha antes de la ciencia, a la que simplemente convendría reproducir con fidelidad”²⁵⁰.

En este sentido, cualquier acontecimiento histórico es considerado por Aron más simplemente como un hecho. Sin embargo, la historiografía posa sobre él un juego de reconstrucciones relativas a las intenciones y motivaciones que lo hicieron posible o a los valores que lo inspiraron que conforman un sistema y que no deberían ser imputables al hecho en sí sino a su consideración de acontecimiento histórico y, por lo tanto, a su incardinación dentro de la metodología propia de la historiografía que permitirá a sus especialistas inferir series causales partiendo de la concatenación de acontecimientos, de motivaciones y de intenciones. Es desde este análisis desde donde Aron propone la “disolución del objeto”²⁵¹ de estudio de la historiografía consecuencia de la constatación del carácter del acontecimiento histórico como una reconstrucción realizada retrospectivamente por el historiador. Para Ricoeur la conclusión de Aron es decisiva,

²⁵⁰ T.N. I, p. 172.

²⁵¹ T.N. I, p. 173.

pues le permite afirmar que “el pasado, concebido como el conjunto de lo que realmente ha sucedido, está fuera del alcance del historiador”²⁵².

El segundo autor que nos ha de ocupar en este primer acercamiento es H. I. Marrou. Tomamos como referencia su *De la connaissance historique* publicado en 1945. Abunda la obra en la disolución del objeto de estudio de la historiografía basándose en que el conocimiento que esta logra es dependiente del uso que un especialista realiza de un hecho, luego “no es una ciencia propiamente hablando, sino solo un conocimiento de fe”²⁵³. En el mismo sentido y quizá con más rotundidad, “la Historia es una aventura espiritual donde la personalidad del historiador se compromete totalmente”²⁵⁴.

Con Marrou podemos ser categóricos en la afirmación de que en la historiografía francesa del siglo XX encontramos autores que están problematizando la naturaleza del acontecimiento histórico que describíamos en los dos tríos de rasgos y que, desde él y desde Aron, consideramos ahora insuficientes: *sin aquello que el historiador aporta, no hay un acontecimiento histórico, tal y como lo caracterizábamos*.

Sin los procedimientos que la Historia incorpora a su campo de análisis las conclusiones que extrae no serían posibles, pues tratamos cotidianamente con un pasado ordenado, determinado y presentado de forma objetiva e independiente del historiador que, sin embargo, no es otra cosa que la consecuencia de su trabajo y de su aplicación de procedimientos propios de esta parcela del saber que, paradójicamente, desde el punto de vista de la ciencia, tienen poco de probados o de objetivados. Más bien, se trata de la aceptación de las conclusiones del historiador como consecuencia de su estudio de las diferentes huellas que del pasado histórico haya encontrado y, a fin de cuentas, de la aceptación también de su reconstrucción como universalizable. *Un conocimiento basado en la fe o en la confianza más en que en la plausibilidad de su método*.

En definitiva, tanto R. Aron como H. I. Marrou colaboran con el objetivo de Ricoeur de problematizar el objeto de estudio de la historiografía y nos permiten, también, acercarnos a las discusiones que funda la historiografía francesa del siglo XX.

²⁵² *Ibidem*.

²⁵³ T.N. I, p. 174.

²⁵⁴ *Ibidem*.

Desde ellos, queda deshecha aquella *ilusión metodológica* que caracterizábamos desde las dos series iniciales y que consiste en asumir que “el hecho histórico existe de un modo latente en los documentos y el historiador es el parásito de la ecuación histórica”²⁵⁵. Y, consecuencia del destierro de dicha ilusión, queda al descubierto una asunción hasta ahora implícita del papel del historiador: este no se limita a *plantear la cuestión*, sino que está metodológicamente *antes*, es anterior al documento que analiza y desde el que construye su explicación del pasado.

Esta anterioridad epistemológica del historiador con respecto al documento o huella del acontecimiento histórico que le ocupa afianza el papel productor del historiador en el resultado que la historiografía genera. Y la ilusión metodológica, al disolverse, nos permite analizar tanto los rasgos ontológicos como los epistemológicos del acontecimiento a los que nos referíamos antes como derivados de una tesis inicial basada en la fe o en la suposición de veracidad del historiador que trata con ellos y no en rasgos inherentes a dichos acontecimientos.

Una intención semejante reconocemos en las investigaciones de Marc Bloch en *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. Esta es su declaración de intenciones: “El manual de un artesano a quien siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana, el cuaderno de notas de un obrero, que ha manejado mucho tiempo la toesa o el nivel, sin creerse por ello un matemático”²⁵⁶.

Siendo esta su aspiración, su estudio se centra en el modo en que la historiografía se apoya en testimonios que sirven como *huellas* que permiten interpretar los sucesos pertenecientes a épocas pasadas dotándolos de un sentido que, tomados aisladamente y sin el trabajo del historiador, no tendrían. Así, Bloch, desde el concepto de *testimonio*, establece una revisión de la naturaleza de los contenidos de la historiografía en la que emergen rasgos sociológicos y psíquicos propios del sujeto que da cuenta de ellos. Y, desde esta revisión, Ricoeur defiende con mayor legitimidad una convicción que debe sernos de especial utilidad a la hora de recorrer la distancia entre los trabajos de la historiografía y los relatos de ficción. Dicha convicción, todavía tomada muy

²⁵⁵ T.N. I, p. 175.

²⁵⁶ T.N. I, p. 176.

generalmente, será: “la explicación histórica consistía esencialmente en la constitución de cadenas de fenómenos semejantes y en la elaboración de sus interacciones”²⁵⁷.

En este sentido, son especialmente clarificadoras las reflexiones de Bloch centradas en el problema de la nomenclatura en el campo de la Historia. Le sirve este problema para evidenciar que incluso los modos de referirnos a las instituciones vigentes en otras épocas han sido fijados por sujetos que volcaban sobre ellos su propia interpretación de unos documentos que nos presentan como pretendidamente evidentes y objetivos, como si fueran el efecto de un proceso de análisis científico que así debiera ser considerado. Así, concluimos con Bloch: “*Las causas en Historia*, como en otras ciencias, no se postulan, *se buscan*”²⁵⁸.

Desde Aron, Marrou, y Bloch, queda planteado el problema epistemológico y ontológico al que remite el análisis del quehacer propio de la Historia. Sin embargo, es de la mano de Fernand Braudel desde donde Ricoeur considera definitivamente incorporados los principales avances de la historiografía francesa. Considera su *Mediterranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* publicada en 1949 la obra más representativa de la escuela de los *Annales* que será hegemónica en la historiografía francesa en la época que nos ocupa. De las muchas conclusiones que de dicha obra se pueden obtener, se centra primeramente en las relativas a la segunda de las afirmaciones que contenían sendas series causales con las que nos acercábamos al acontecimiento estudiado por la historiografía. Decíamos entonces que, desde el punto de vista ontológico, un acontecimiento histórico es efecto de la acción de un sujeto no demasiado diferente a nosotros mismos y completábamos dicha afirmación proponiendo que, desde el punto de vista epistemológico, ello implicará que cualquier acontecimiento es contingente.

Para Braudel, la Historia, contrariamente a lo que asumimos de forma irreflexiva, no debiera centrar sus esfuerzos en dar cuenta de acontecimientos como si estos estuvieran en disposición de formar parte de una serie causalmente determinada. No es posible, desde un punto de vista epistemológico, plantearse una empresa de estas características para el campo de la historiografía. En este sentido, Braudel es crítico con

²⁵⁷ T.N. I, p. 178.

²⁵⁸ T.N. I, p. 179. Cursiva nuestra.

una “historia episódica” o “*événementielle*”²⁵⁹ que parta de una consideración de la Historia con aspiraciones científicas y, al contrario, apuesta decididamente por una “Historia-narración”²⁶⁰. En contra de la concepción de la Historia como acumulación de descripciones relativas a episodios objetivados mediante testimonios dejados en documentos de los que el historiador se limita a levantar acta casi de forma aséptica, descubrimos con Braudel la veta de la Historia como narración. Esta veta nos obliga a cambiar el foco: ya no podremos recurrir al acontecimiento como eje cardinal de las reflexiones que han de ocupar al historiador, sino que deberemos encontrar estructuras temporales de naturaleza más general capaces de configurar un punto de anclaje.

En el prefacio de la obra, Braudel propone la superación de aquella Historia basada en los acontecimientos hacia una Historia más pausada y acompasada que se centre en la *larga duración*, donde se tratará de reconocer una *lentitud acompasada* que subyace a las variaciones sociales que acaecen. Será merced a esta revisión de la Historia desde estructuras de recorrido más amplio como podremos dar cuenta de las mentalidades, las instituciones políticas, los grupos sociales o sus tendencias ideológicas profundas atendiendo no a un acontecimiento que nos permita una visión concreta y probablemente parcial de algunos de estos elementos, sino considerándolos indispensables en una *Historia de larga duración*. De este modo, en Braudel encontramos el concepto que buscábamos en la escuela de los *Annales*:

Hay superar simultáneamente al individuo y al acontecimiento. (...) Con Braudel, el alegato en favor de la Historia se convierte en un alegato de la “Historia anónima, profunda y silenciosa”²⁶¹.

En el mismo sentido, en *Écrits sur l'histoire*, Braudel apuesta decididamente por la lentitud, la pesadez y el silencio de la larga duración abandonando la ilusión positivista anclada en la descripción del acontecimiento aisladamente tomado. Desde Braudel, también la escuela de los *Annales* centrará sus investigaciones en esta larga duración y en acotar cuánto puede la Historia abarcar bajo dicho concepto sin perder su sentido: ¿cuánto de larga puede ser una etapa para poder ser analizada como completud sin la duda de estar incluyendo en ella demasiados elementos disímiles?

²⁵⁹ T.N. I, p. 179.

²⁶⁰ *Ibidem*.

²⁶¹ T.N. I, p. 182.

El lector recordará la síntesis de lo heterogéneo y la primacía de la concordancia que no anula la discordancia como elementos que la trama genera. Nótese ahora cómo Ricoeur encuentra consideraciones afines a las allí señaladas dentro del campo de la historiografía: la *larga duración* o el *tiempo largo* que ocupa a Braudel, más allá su influencia en las investigaciones ulteriores de la escuela de los *Annales*, acerca el campo de la historiografía a la hermenéutica ricoeuriana. La crítica al modelo basado en el acontecimiento histórico comúnmente asumido por la historiografía y el cambio de foco hacia el estudio de las estructuras de larga duración en el interior de una cultura determinada que encontramos en la historiografía francesa permiten a Ricoeur un apoyo sólido desde el que toma impulso para la construcción de la segunda parte de *Tiempo y narración*.

Desde aquí Ricoeur hace referencia a aquellos estudios que, partiendo de la concepción del tiempo largo como ocupación del historiador, proponen una revisión de su campo de estudio. Recupera en ese sentido los estudios de Ernest Labrousse y su estratificación en *planos* de la *estructura social* donde se describen las relaciones de producción como aquello que define las formas de vida de cada sociedad. Esto conectará a la Historia con otras ciencias, principalmente con la sociología de tradición marxista, con el psicoanálisis freudiano y con la semántica estructural. Para nuestra investigación es especialmente relevante esta referencia a corrientes de pensamiento cercanas al estructuralismo porque evidencian aquella *hermenéutica del texto* que propusimos en la primera parte. En este sentido, recuperamos la referencia a la ideología definida por Althusser que Ricoeur recoge a colación del quehacer de la sociología conectado con la historiografía:

Un sistema (que posee su lógica y su rigor propio) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos, según los casos) dotado de existencia y de función histórica en una sociedad dada²⁶².

Nos centramos ahora brevemente en la epistemología de la Historia que parte de los presupuestos del positivismo lógico y conserva su intención de completar la unidad metodológica de la ciencia. Toma para ello algunos estudios enmarcados en la epistemología de tradición analítica que considera complementarios con los estudios venidos de la historiografía francesa de los que daba cuenta el apartado anterior. Ambas

²⁶² T.N. I, p. 192.

tradiciones centran sus análisis en la noción de acontecimiento histórico y en el papel de la narración en la historiografía.

El estudio al que Ricoeur recurre en primer lugar es “*The function of general laws in history*” de C. G. Hempel. De este artículo toma su tesis principal: deben ser análogas las leyes generales que explican el quehacer de la historiografía y las leyes generales de cualquier ciencia natural. Es claro desde estas primeras aproximaciones que el concepto de acontecimiento histórico ha quedado desprovisto de cualquier estatuto narrativo y, en consecuencia, se jugará para Hempel su destino en su capacidad de ser análogo a los acontecimientos físicos o a los empleados por otra ciencia natural.

Desde la obra de W. Dray podemos profundizar en esta revisión del concepto de acontecimiento y esperar que, desde ello, veamos más claramente la viabilidad de esta analogía. Dray propone la expresión *covering-law model* a la que nosotros nos referiremos como *modelo nomológico* y Ricoeur lo caracteriza desde tres observaciones: En primer lugar, el concepto de ley, junto con el de causa y el de explicación, forman parte de una única matriz de análisis. En este sentido, el concepto de acontecimiento queda incluido en un sistema general del que adquirirá su poder explicativo. Además, dentro de este modelo nomológico, consideraremos explicación y previsión como partes de un mismo proceso, ya que el valor de cualquier hipótesis en el campo de la Historia deberá ligarse a su capacidad predictiva. Por último, no podrá considerarse acontecimiento a cualquier evento efectivamente existente ni tampoco a aquello que hemos caracterizado siguiendo a la historiografía francesa como acontecimiento asumido que, para este modelo, el rasgo que un acontecimiento no puede dejar de poseer es el de la repetición -haciendo la analogía con los fenómenos naturales, el descenso de la temperatura en determinadas circunstancias podrá ser considerado acontecimiento por su carácter repetible-.

Aclaradas estas tres observaciones con las que caracteriza Ricoeur brevemente la arquitectura general del modelo nomológico, podemos atender a su aplicación en el campo de la Historia. Ni desde el concepto de causa ligado al de ley y al de explicación, ni desde la previsión ligada a la explicación, ni desde la capacidad del acontecimiento de repetirse ante contextos y antecedentes semejantes, podemos considerar a la Historia como una rama del saber que pueda soportar la aplicación de este esquema de análisis. Podemos considerar que se trata de una cuestión de madurez de la historiografía, pero, sea como fuere, lo que no podremos eludir como conclusión de la revisión del modelo

nomológico y del intento de aplicarlo a la Historia será que no es un campo que pueda ser hoy considerado ni afín ni análogo a las ciencias naturales.

En este sentido, es especialmente relevante el recurso de Ricoeur a la expresión de Hempel en “*The function of general laws in history*”: “En el mejor de los casos, la Historia no ofrece más que un esbozo de explicación (*explanation sketch*)”²⁶³. Lo es porque los defensores del modelo nomológico, influidos por Hempel, parten de su *explanation sketch* y asumen, por lo tanto, que en Historia no se establecen leyes semejantes o análogas a las que se establecen en las ciencias naturales y mantienen vigente, a su pesar, la duda que siembran los estudios de R. Aron acerca de los procedimientos que emplean los historiadores.

IV.2 Reconocimiento del espacio narrativo: vigencia de la trama en la epistemología positivista

Por nuestra parte, reunimos a continuación algunas de las aportaciones venidas desde la historiografía que Ricoeur rescata con la vista puesta en el establecimiento del diálogo con la narración. Sin embargo, estas aportaciones no deben ser consideradas el preludio de una asimilación de la Historia dentro del campo de lo narrativo. Más bien, deberemos partir de ciertas convicciones que el autor asumió de partida. Las recordamos:

- En el ejercicio del historiador *hay un componente narrativo inherente* que, no obstante, no nos debe llevar a la confusión de igualar el trabajo de la Historia con un trabajo exclusivamente narrativo.
- Este componente narrativo inherente a la tarea del historiador, aunque no deba entenderse como su único atributo, es *irrenunciable*, pues sin la comprensión narrativa como referente del relato histórico, este “dejaría de ser histórico”²⁶⁴.

Como consecuencia de estas convicciones, establecemos nuestra hipótesis de trabajo: *la Historia siempre conserva una vinculación con la comprensión narrativa que tiende a incorporarse sin explicitarse.*

²⁶³ T.N. I, p. 199.

²⁶⁴ T.N. I, p. 165.

Este vínculo es definido como “vínculo indirecto de derivación”²⁶⁵: la Historia, para dar cuenta de su objeto de estudio, debe tratar con la *temporalidad básica* en la que los actos humanos se engarzan y este trato la obliga a vincularse con la narratividad que estamos considerando indispensable para configurar una temporalidad vivida. A continuación, deberemos esclarecer los límites de la vinculación entre Historia y narratividad asumiendo que será una vinculación indirecta y, lo que es más importante, dependiente de la temporalidad cronológica como punto de encuentro entre las partes del binomio. Temporalidad que Ricoeur nos presentó siguiendo a Agustín y que nos obliga a convivir con la incertidumbre, con la falta de referentes teóricos y con la certeza de que su configuración asume rasgos que provienen de la composición de la trama que Aristóteles nos ayudó a explicitar.

Desde esta concepción de la temporalidad y asumiendo tanto las convicciones como la hipótesis de trabajo en la que desembocan, reunimos algunas referencias historiográficas en un discurso de segundo orden que nos permite tratar con el estatuto narrativo de la Historia como fundante e ineludible.

Para construir nuestro discurso desde estas referencias, nos apoyaremos en *las posibilidades de debilitamiento del modelo nomológico* de interpretación del trabajo del historiador por considerarlo un modelo que devalúa apresuradamente el recurso a *lo narrativo* y en *la asunción de la narratividad como recurso necesario para dar cuenta de la inteligibilidad de los actos humanos*, ya sean de naturaleza individual o colectiva. Las aportaciones de los historiadores de las que daremos cuenta a continuación pretenden profundizar en estas dos aseveraciones y, de suyo, conjugarlas. Presentaremos, entonces, cada una de estas referencias de forma sintética e independiente y dejaremos en manos del lector y del propio desarrollo del discurso la validación de esta conjugación a la que Ricoeur aspira.

-El papel de las razones en la historiografía, según W. Dray

En 1957 William Dray publica *Law and explanation in history*. Evitando modelos de análisis tendentes al establecimiento de leyes, preceptos o principios por considerarlos inadecuados para el estudio de los resultados de la historiografía, Dray revisa el estatuto

²⁶⁵ T.N. I, p. 166.

de la explicación en este campo cuando se aleja de una conexión causal directa y objetivable. Muestra la separación radical entre el concepto de ley en el campo de las ciencias naturales y la explicación que es afín al campo de la historiografía, para deducir de ello la imposibilidad de generar leyes en el campo de la historiografía y, consecuentemente, concluir la necesidad de proponer, como propio de este campo, un modelo de “explicación por razones”²⁶⁶.

Más allá de la constatación de la debilidad epistemológica de la historiografía, lo más importante de la obra de Dray para nuestra investigación es el espacio vacío generado por esta constatación y la posibilidad de ocuparlo con un modelo explicativo *más débil* desde el punto de vista lógico, pero *más certero* que acerque las propuestas de Dray a nuestra aspiración: el esclarecimiento de nuestra comprensión narrativa del paso del tiempo.

De este modo, asumida la imposibilidad lógica de probar la subsunción a leyes generales por parte de los acontecimientos históricos, podemos cuestionar la idoneidad de un estudio del acontecimiento como entidad única dentro de un eje cronológico y de la consideración del historiador como el *juez* que, lejos de un esquema deductivo, aspira a establecer argumentaciones probadas que ofrezcan una explicación a dichos acontecimientos de naturaleza histórica.

Así, más allá de la constatación de que el método de trabajo de la Historia como ciencia social no satisface las exigencias que el empirismo lógico considera necesarias, Ricoeur encuentra en la *explicación por razones* un esquema de trabajo no muy diferente al que empleamos para tratar las funciones de la mimesis I y establece, por lo tanto, cierto paralelismo entre la aspiración de Dray y nuestra búsqueda del componente narrativo inherente a cualquier explicación racional del tiempo o de cualquier asunto que reciba sus efectos: “W. Dray no se ha preguntado sobre las relaciones de su análisis con el de la construcción de la trama. La similitud de ambos es muy notable”²⁶⁷.

²⁶⁶ T.N. I, p. 210.

²⁶⁷ T.N. I, p. 222.

- Reconsideración de la explicación historiográfica de G. Henrik von Wright

La crítica al modelo nomológico de establecimiento de redes causales aplicado al campo de la Historia queda definitivamente acotada en las conclusiones de von Wright. Supera la explicación por razones que propone Dray aportando un modelo mixto entre su propuesta y el modelo de explicación causal propio del método moderno de las ciencias aplicadas -o, al menos, el que comúnmente aceptan como propio-: se describe un conjunto de hechos lógicamente independientes entre sí pero coincidentes en un espacio y en un tiempo dados, cuya combinación genera un estado de cosas o *mundo posible* que nos permite acercarnos de forma más fidedigna al acontecimiento histórico que se trate.

En esta concepción de un *mundo posible* que se forma partiendo de la contigüidad espacial y temporal de una serie finita de acontecimientos resuenan la explicación verosímil y la construcción de la trama que rescatábamos de la *Poética* como *herramientas* o recursos a los que no puede renunciar ninguna explicación racional que pretenda dar cuenta del efecto del paso del tiempo. Por lo tanto, la Historia, para tratar con el paso del tiempo cronológico, genera espacios discursivos como estos mundos posibles que permiten que su quehacer siga vigente y que remiten a nuestra capacidad de entramar.

Asumimos, pues, la crítica venida de la historiografía francesa al concepto de *acontecimiento* que este campo venía manejando y colocamos en el lugar central del discurso que el historiador construye el de *mundo posible*. Con ello, saltamos de una concepción con pretensiones científicas y de la que han dado cuenta la historiografía francesa y autores cercanos al positivismo lógico como Hempel o Dray y que tenía como eje del discurso el concepto de acontecimiento histórico hacia otra concepción del quehacer del historiador que sea capaz de incorporar aquel componente narrativo inherente e irrenunciable al que nos referíamos y que tenga como eje del discurso este concepto de *mundo posible* como explicación construida a partir de los hechos que acaecen de forma contigua.

La aportación de von Wright a la discusión acerca del método de trabajo propio de la historiografía permite que Ricoeur reconozca el componente narrativo que subyace. El modelo de explicación del acontecimiento histórico desde redes “cuasi causales”²⁶⁸ describe el estado de cosas que cumple la función de objeto de estudio partiendo de una

²⁶⁸ T.N. I, p. 225.

operación semejante a la síntesis de lo heterogéneo que nos ocupó en nuestra revisión de la primera parte de la obra. De este modo, el historiador establece redes cuasi causales generando una síntesis a partir de eventos lógicamente independientes y de naturaleza heterogénea.

Tal y como observaremos a continuación en los trabajos de los historiadores de inclinación narrativista, esta síntesis implicará una alusión al concepto de trama cercano a la mimesis-invencción o mimesis II. En efecto, las secuencias de acontecimientos cuasi conectados causalmente²⁶⁹ que apunta von Wright nos permiten vincular el análisis de los acontecimientos históricos con el establecimiento de tramas.

Desde los trabajos de Dray y von Wright afianzamos la caracterización de la síntesis de lo heterogéneo como operación de naturaleza narrativa que refigura la experiencia temporal del sujeto y, de suyo, reconocemos el efecto de aquella capacidad de entramar en el campo de la historiografía. Son, por lo tanto, dos referencias que sirven a Ricoeur para acercar al campo de la historiografía las conclusiones de la primera parte de la obra como prueban las referencias a la construcción de la trama y a la síntesis de lo heterogéneo a las que acabamos de aludir.

Insistiendo en esa misma clave, nos centramos ahora en la asunción de la narratividad como recurso necesario para dar cuenta de la inteligibilidad de los actos humanos. Asumido que la causalidad en este campo debe ser entendida *sui generis*, daremos cuenta a continuación de las aportaciones de algunos historiadores de la corriente que con Ricoeur consideramos narrativista.

- La teoría de la frase narrativa en A. Danto

La primera propuesta a la que alude Ricoeur en este sentido es la de Arthur Danto en *Analytical philosophy of history*, en 1965. Filósofo cercano a la tradición analítica, Danto estudia la concepción del mundo subyacente a nuestros modos de habla. Encuadrándonos en el análisis de la Historia y en su método de trabajo, los modos de

²⁶⁹ A lo largo de ‘Historia y narración’ Ricoeur hace referencia a ejemplos históricos analizados bajo el prisma tanto de Dray como de von Wright. Por su claridad, presentamos como muestra el siguiente: “El ataque de Alemania a Rusia en 1941 puede explicarse invocando el temor que tenía Alemania de que Rusia la tomara por la espalda –como si un cálculo de este tipo fuese válido para las razones de un superagente llamado Alemania”. *T.N.* I, p. 223.

pensar y de tratar las cuestiones que le son afines contienen construcciones sintácticas y emplean tiempos verbales que remiten a una concepción narrativa “irreductible”²⁷⁰.

Danto elabora desde esta certeza su *teoría de la frase narrativa*: los modos de pensar y de hablar propios del campo de la Historia responden a un parecido de familia consistente en hacer referencia a varios acontecimientos pasados y relativamente contiguos tomándolos como conectados en una única red causal. Es importante que estos hechos sean pasados con respecto al sujeto que elabora la frase, conjugando dicho *narrador* tres temporalidades: la del acontecimiento que se describe, la del otro acontecimiento al que se hace referencia en función del primero y aquella desde la que la conexión se establece, es decir, el tiempo al que pertenece el narrador²⁷¹.

Lo que supone esta concepción del trabajo de la historiografía y que Ricoeur rescata como ingrediente que nos ayudará a confeccionar una concepción del sedimento narrativo que le es propio es la crítica a la concepción del pasado como estable, determinado y fijo. Este prejuicio más o menos declarado por cada corriente de la historiografía anterior a las interpretaciones de raíz narrativista desemboca en una concepción de los acontecimientos pasados como recogidos en una red en la que se acumulan de forma igualmente estable y comprendida por cualquiera bajo una misma interpretación compartida, que es la que el historiador minuciosamente saca a la luz a partir de su trabajo con los documentos, los archivos y otras huellas de aquel supuesto pasado inefable. Según esta concepción que con los autores narrativistas ponemos en discusión, la Historia quedaba pues planteada como un campo de estudio estable y con explicaciones unívocas resultantes de un método de estudio compartido.

Otra consecuencia de este prejuicio propio de la historiografía anterior a los narrativistas será la concepción del historiador como un *cronista* capaz de rescatar la ligazón causal de aquella red de acontecimientos pasados²⁷² para acercársela, ya

²⁷⁰ T.N. I, p. 243.

²⁷¹ “El ejemplo paradigmático sobre el que descansa el análisis es la frase siguiente: en 1917 nació el autor de *Le neveu de Rameau*. En aquella fecha nadie podía pronunciar semejante frase que re-describe el acontecimiento del nacimiento de un niño a la luz de otro acontecimiento: la publicación, por parte de Diderot, de su tan conocida obra. Con otras palabras: escribir *Le neveu de Rameau* es el acontecimiento bajo cuya descripción se re-describe el primer acontecimiento, el nacimiento de Diderot”. T.N. I, p. 246.

²⁷² “La verdad total concerniente a este acontecimiento sólo puede conocerse *después* y a menudo mucho tiempo después de haber tenido lugar”. T.N. I, p. 245. Enfatizamos con esta referencia la asunción de la concepción del tiempo en la *Física*. Esta asunción no solo reúne a Danto con Aristóteles, sino, a la concepción narrativista con Aristóteles si partimos de la concepción descrita de la mimesis I como inherente a la *mimesis-invención* o mimesis II.

construida, al resto de sujetos que pertenecen a su comunidad. El primer corolario narrativista con respecto a esta concepción comúnmente aceptada de la tarea del historiador nos obliga a asumir que no podremos tener noticia de aquello que los historiadores futuros construirán con respecto al presente que habitamos: no sólo ignoramos algunos acontecimientos presentes que serán considerados por el historiador como causa o efecto de otros, sino que ignoramos incluso qué acontecimientos de aquellos que ya conocemos serán empleados por los historiadores futuros para elaborar las descripciones de aquello que hoy vivimos. Por lo tanto, no hay ni puede haber Historia del presente porque esta solo es capaz de elaborar su descripción partiendo del establecimiento de ligazones causales entre acontecimientos que no pueden ser previstas por el sujeto que vive dichos acontecimientos²⁷³ sino que son inherentes a la tarea del historiador.

- *Followability* en W. B. Gallie

W. B. Gallie publica *Philosophy and the historical understanding* en 1964. Desde su hipótesis de partida, la obra muestra una sintonía con las conclusiones de Danto acerca del papel de la narración:

Cualquiera que sea el contenido de la comprensión o de la explicación de una obra de Historia, debe ser evaluada (*assessed*) en relación con la narración de la que procede y a cuyo desarrollo contribuye²⁷⁴.

El concepto central del modelo de explicación de Gallie es el de *followability*: la explicación utilizada en el campo de la Historia es dependiente de la comprensión como ejercicio llevado a cabo por el receptor de dicha explicación. Antes de detallar en modo en que el receptor *sigue* el relato del historiador, detengámonos un momento para reelaborar, desde Gallie, respuestas que habíamos construido con Danto. ¿Qué es comprender una historia, real o de ficción? ¿Es posible comprender cualquiera de los acontecimientos que la componen aisladamente? Si con Danto destacábamos la necesidad del historiador de establecer redes causales aparentemente arbitrarias, con Gallie nos

²⁷³ Siguiendo a Ricoeur, recogemos las palabras de Danto: “Toda narración es una estructura impuesta a los acontecimientos, que los agrupa unos con otros y que excluye algunos como si carecieran de pertinencia”. *T.N.* I, p. 250.

²⁷⁴ *T.N.* I, p. 251.

acercamos a la estructura cognitiva que hace posible la recepción de dicha red causal: la capacidad del receptor para proseguir una narración es un presupuesto que aquel que elabora dicha narración no deja de tener presente. Podremos hablar entonces de *comprensión* en el campo de la Historia sólo si media un factor narrativo cuya función fundamental sea establecer relaciones entre acontecimientos entre los que no media una relación causal al modo en que la establece la epistemología propia de las ciencias naturales.

Retomando nuestro hilo y profundizando en la noción de *followability*, nos referimos ahora a la necesidad de Gallie de establecer una cierta direccionalidad (*directedness*) que considera presupuesto de cualquier narración. El receptor, comprende los acontecimientos y las acciones que componen el relato merced a cierta direccionalidad en los mismos que, teleológicamente, hace avanzar el relato. Ambos conceptos, *followability* y *directedness*, evidencian el paralelismo presupuesto por Gallie entre el relato de ficción y la obra histórica. En ambos prima la presencia de cierta *continuidad narrativa* que reúne a los agentes -que mueve al lector y que traza el escritor- a través de un discurso en el que debe surgir el *interés* como motor que teleológicamente apunta hacia la conclusión de la obra y que da sentido al relato mismo, sea este de la naturaleza que sea.

Así, las aportaciones de Gallie serán fundamentales no sólo para trazar el parecido de familia entre ambos modos de expresión sino, sobre todo, para jerarquizar dicho parecido: “la historiografía es una especie de género: historia narrada (*Story*)”²⁷⁵. En efecto, el acto de lectura que el historiador supone que seguirá a su trabajo estará basado –y el historiador lo está presuponiendo, tal y como la *followability* nos ha permitido afirmar- en nuestra capacidad para seguir las narraciones (*Stories*) y ello emparenta el trabajo del historiador con cualquier actividad narrativa.

- El acto configurante en L. Mink

Louis O. Mink publica *The autonomy of historical understanding* en 1966, el artículo en el que encontramos el corazón del argumento narrativista dentro de la historiografía. Parte de la concepción de la narración como una totalidad organizada que

²⁷⁵ T.N. I, p. 255.

requiere de un modelo particular de comprensión para tener sentido y, desde ella, reconoce la ligazón que la Historia conserva con la narración. En efecto, en la historiografía prima la pertinencia de comprender las proposiciones como partes de un todo del que solo se puede dar cuenta en tanto tal y que impone un concepto de armonía o equilibrio de raigambre igualmente narrativa. Buscará Mink huir de descripciones en las que se dé cuenta de los acontecimientos en tanto *ver-las-cosas-juntas* para aspirar a una totalidad que haga comprensible que *una-cosa-viene-después-de-la-otra*²⁷⁶.

Las reminiscencias de la *Poética* de Aristóteles en Mink se hacen evidentes en la formulación anterior. Si recuperamos su crítica a los desarrollos argumentales que se acercan a una acumulación episódica de acontecimientos de los que el receptor no capta con claridad su ligazón, por ser los desarrollos más imperfectos para la construcción de tramas, vemos con claridad el motivo por el que el artículo de Mink contiene “el argumento principal de la concepción narrativista”²⁷⁷. Son la referencia a la *Poética* y la revisión de la historiografía desde su concepción de la trama los pilares del texto de Mink que fundan un espacio discursivo en el que atender a la convergencia de las conquistas que, desde la concepción narrativista, Ricoeur ha ido rescatando: Gallie y Danto no solo no entran en confrontación con esta concepción, sino que la completan.

Ricoeur, siempre siguiendo estos vestigios aristotélicos, recupera desde Mink la concepción de la tarea del historiador como generador de “un tipo de juicio más próximo a la *phronesis* aristotélica que a la ciencia”²⁷⁸. En efecto, el trabajo del historiador depende del juicio prudente que le permite establecer redes causales entre acontecimientos que se presentan próximos desde el punto de vista del tiempo cronológico pero que, para formar parte de un relato –sea este de naturaleza histórica o de ficción–, deben incluirse en redes causales capaces de establecer conjuntos unitarios que permitan la comprensión del receptor.

Tomando desde este prisma el trabajo del historiador, Mink está en posición de describirlo como la búsqueda de una redacción que avanza solo de forma regresiva. El relato avanza en la descripción de hechos desde una cronología que se acerca al presente,

²⁷⁶ De nuevo, nos encontramos ante una construcción que nos remite a la *Poética*. Constatamos con ello el rescate que este capítulo lleva a cabo con respecto a las conclusiones relativas a la trama propuestas en el capítulo anterior. Tirando del mismo hilo, recordamos la expresión de Sennett en nuestra primera parte: *unos hechos a causa de otros y no a continuación de otros...*

²⁷⁷ T.N. I, p. 260.

²⁷⁸ T.N. I, p. 261.

pero que, sin embargo, está compuesto de forma inversa, desde una conclusión que se pretende fundamentar y estableciendo los antecedentes que permitan dar cuenta de ella como resultado de una causalidad que la convertirá en inexorable merced a la ligazón que el historiador ha construido.

Desaparece con Mink aquella concepción del historiador como cronista que ya estaba en discusión más arriba y se abre ante nosotros una de las incógnitas que con más interés ha rescatado Ricoeur del campo de la historiografía: ¿cuál es el papel del historiador? Asumido que su tarea está lejos de limitarse a levantar acta de aquello que inexorablemente acaeció, nos resta asumir, en consecuencia, que, además de rebajar el estatuto ontológico de las conclusiones venidas del campo de la historiografía, deberemos olvidar aquel arquetipo del historiador como el que descubre, rescata y trae a nuestro presente aquello que a nosotros nos llega ya *mentefacturado* por él.

La Historia lo será sólo de acontecimientos ya concluidos y reconocerá siempre su deuda con el género narrativo si debe dar cuenta de los procesos que la hacen comprensible para el receptor. En este sentido, Mink distingue varios modos de comprensión que serán propios de otros ámbitos del saber y defiende que el modo de comprensión que es afín al trabajo de los historiadores es el *modo configurante*, que dependerá de la generación de complejos de relaciones entre acontecimientos que serán simiente de aquella comprensión de naturaleza narrativa. Esta concepción sirve a Ricoeur para incidir en la pertinencia de la síntesis de lo heterogéneo como mecanismo para dar cuenta de la configuración que subyace a cualquier estructura narrativa, pues los acontecimientos inconexos que poseen naturalezas heterogéneas son congeniados por el narrador y comprendidos por el receptor merced a una síntesis que solo la trama o mimesis-invenición genera entre ellos. La síntesis que conjuga los acontecimientos históricos, como los actos de una tragedia o los capítulos de una novela, es un añadido que el historiador traza y que el receptor capta en su proceso de comprensión de la narración.

Desde ello, apuntamos una respuesta a la cuestión acerca del papel del historiador que pasa por considerar que, si la Historia conserva la deuda con la narración que estamos esclareciendo y que la síntesis de lo heterogéneo nos permite nombrar de forma precisa, quizá el historiador esté más cerca de entender su quehacer alejado de aspiraciones científicas de lo que está dispuesto a asumir.

- Trama y renuncia a la pretensión científica en H. White

Hayden White publica *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe* en 1973. En esta obra encuentra Ricoeur una alusión a la trama, tratada por nosotros como mimesis II, como operación vigente en la historiografía. Para emplear los contenidos de la obra de White partiendo de la arquitectura que la primera parte de la obra trazó, Ricoeur se centra en algunas de las reflexiones de White acerca del lugar en el queda la Historia si incorpora este papel de la trama.

Pero, antes de atenderlas, las enmarcamos dentro del espacio que han ido conformando los estudios a los que nos hemos referido y que fueron publicados durante la década anterior. Gracias a ellos, la historiografía en las décadas finales del siglo XX, ha integrado ya que, *en lo relativo a su estructura narrativa, su campo y el campo de la ficción comparten clase*²⁷⁹. Desde este contexto, *White se acerca a la posibilidad de concebir la Historia como un modo de construcción literaria*, como muestra su artículo de 1974 *The historical text as literary artifact*, en el que considera las narraciones históricas del siguiente modo:

Ficciones verbales, cuyo contenido es tan inventado como fundado y cuyos términos tienen más en común con sus duplicados en la literatura que con las demás ciencias²⁸⁰.

Por todo ello, sin ser el principal precursor de la corriente narrativista, consideramos a White el autor que con más rotundidad ubica la historiografía cerca de la producción literaria generalmente tomada. En sentido opuesto, con Aristóteles recordamos que los contenidos de los que da cuenta la Historia no pueden eludir su dependencia de la acumulación de acontecimientos, estando por lo tanto marcada por lo episódico, lo cual le impide generar tramas al modo en que los poetas o narradores lo hacen. Como ya hemos sustanciado, la *peripeteia* ha de ser generadora de relaciones y para ello debe ser el único agente que convierta la contingencia de los hechos dados en necesidad precisamente merced a los nexos causales que ella misma produzca. El objetivo de Ricoeur al recuperar la obra de White es exponer la especificidad del estilo argumentativo del historiador mostrándolo como perteneciente también al campo de lo

²⁷⁹ Desde su punto de vista, pueden ser cuestiones de segundo orden aquellas que a nosotros más nos ocupan, como qué sea esa *clase* o las consecuencias de su establecimiento para la historiografía a nivel epistemológico.

²⁸⁰ T.N. I, p. 270.

narrativo, a pesar de poseer ciertas especificidades derivadas de sus dependencias de lo episódico en las que Aristóteles nos obliga a reparar.

Frente a la imposibilidad de reducir la distancia con las ciencias aplicadas y asumiendo la corrección a la que obliga el recuerdo de Aristóteles, con White proponemos una interpretación del trabajo del historiador que atienda al “modo ideológico”²⁸¹ del que parte - nos reencontramos, pues, con la ideología en sentido marxista a la que hemos hecho referencia a colación de la escuela de los *Annales*-. Desde este análisis del trabajo del historiador, sus contenidos no son acumulados bajo un signo diferente que la generación de una trama, pero sí se matiza qué pueda ser considerado trama en este contexto: *lo que los historiadores hacen es evidenciar el relato ideológico que los miembros de una comunidad de hablantes han establecido como verosímil para dar cuenta de los acontecimientos que viven colectivamente y por los que son afectados*.

Queda replanteada la construcción de la trama para que siga siendo un mecanismo que nos permita dar cuenta no sólo de la generación de ficciones sino también de narraciones históricas. Lo que en *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe* considera White “la explicación por invención de la trama”²⁸² es, desde nuestro análisis, un modo de construcción que explica el trabajo de los historiadores que, en efecto, tiene su origen en la recepción de la tradición cultural propia de su contexto y que busca la generación de un relato de dicha tradición aceptado comunitariamente. Este trabajo solo puede ser considerado afín al de la construcción de la trama si añadimos de forma axiomática la inexistencia de leyes *a priori* en este campo de trabajo, lo cual es asumido tanto por White como por el propio Ricoeur.

En conclusión, llamaremos *consonancia disonante* al efecto generado por el relato que cualquier historiador lleva a cabo desde una tradición que por sí sola no genera relatos definidos sino costumbres o efectos culturales sostenidos en el tiempo y que, merced a la consonancia que el relato del historiador genera, toman una forma unitaria cercana a la narración. Encontramos con ello en White, como apuntábamos más arriba, la afirmación más decidida del enfoque narrativista del trabajo en Historia.

²⁸¹ T.N. I, p. 275.

²⁸² T.N. I, p. 277.

- La narración verídica en P. Veyne y el puente tendido hacia el estructuralismo

Paul Veyne publica *Comment on écrit l'histoire* en 1971. Rescatamos a Veyne como uno de los autores, con White, que recuperan con más rotundidad la alusión a la trama como procedimiento integrado en la historiografía. A lo largo de la obra, Veyne apoya sus conclusiones en dos máximas. En la consideración de la Historia como una “narración verídica”²⁸³, lo cual nos recuerda la primera reflexión que proponíamos al dar cuenta de la obra White. Y en la convicción de que la Historia es un saber o ciencia “demasiado sublunar para ser explicada por leyes”²⁸⁴.

En el mismo sentido que advertíamos con White, con ambas máximas se describen los límites de una concepción de la Historia que será simiente de las perspectivas que Ricoeur considera que con más pertinencia detectan las dificultades contemporáneas con respecto a la metodología de la historiografía como ciencia social y las consecuencias del debilitamiento de dicha metodología. Veyne explicita los presupuestos de una corriente de la historiografía que muestra el componente narrativo que subyace bajo los ornamentos de ciencia social con una metodología contrastada²⁸⁵. De este modo, con Veyne, la recuperación del concepto de trama como elemento vertebrador del trabajo de la historiografía acotará definitivamente nuestro discurso.

Por un lado, centrados en la primera máxima, la revisión del trabajo de la historiografía nos insta a considerar capital la capacidad narrativa del sujeto que *relata* los acontecimientos pasados. Dicha consideración obligará también a incorporar los elementos ideológicos a los que nos referíamos con la *consonancia disonante* y a reconocer las semejanzas entre aquello que Veyne está considerando narración y aquello que la escuela de los *Annales* denomina *reconstrucción*. Con esto quedan vinculadas la apuesta decidida por el componente narrativo y la consideración de la estructura en un sentido marxista como aquello con lo que los historiadores *trabajan* para elaborar dichas narraciones.

Por otro, enfatizando ahora la segunda máxima de Veyne, la Historia podrá ser objeto de análisis en tanto rama del saber, pero carece de una metodología científica de

²⁸³ T.N. I, p. 282.

²⁸⁴ *Ibidem*.

²⁸⁵ Este trabajo de Veyne resultará muy fructífero para nuestros intereses, especialmente si lo ponemos en consonancia con los estudios centrados en el relato de ficción de autores como N. Frye y F. Kermode.

la que se pueda dar cuenta en un sentido estricto. De este modo, la alusión a lo *sublunar* nos invita a reformular la clasificación aristotélica considerando que, lejos de las relaciones propias de los objetos supralunares regidos por leyes y regularidades estables, la Historia queda encuadrada en los acontecimientos que ya han sucedido y que han tenido lugar bajo las leyes que gobiernan el mundo sublunar, donde la ausencia de necesidad deja espacio a la contingencia y donde la verdad deja espacio a la verosimilitud como instrumento de medida. Así, la historiografía es condenada al establecimiento de redes causales que asumirán cierto margen de incertidumbre y que estarán siempre sujetas a críticas y revisiones, pues ha de estar siempre presente en sus análisis la contingencia y la falta de universalidad de sus conclusiones.

La trama, como factor aglutinador de los elementos que componen la narración, nos obliga a emparentar los trabajos de los historiadores con lo que Aron y Marrou consideraban *reconstrucciones* y que Veyne considera simplemente *narraciones verosímiles* en sentido aristotélico. Es así como nos alejamos definitivamente de la posibilidad de establecer principios semejantes a aquellos que rigen a los cuerpos celestes. Estas conclusiones de la obra de Veyne nos sirven para poner fin al repaso a las concepciones que desde la historiografía explicitan el sedimento narrativo que hemos pretendido sustanciar. A la vez, nos permiten emparentar dicho sedimento con aquello que el estructuralismo francés de tradición marxista considera *ideología*²⁸⁶. Será este parentesco lo que nos ocupe a continuación.

²⁸⁶ Este parentesco ha sido mencionado tanto en los presupuestos de los que Sennett partía en sus análisis sociológicos como en las referencias a la tradición estructuralista que Ricoeur ha necesitado. También nosotros hemos necesitado trazar las líneas de confluencia entre ambas escuelas, considerando que el mejor aliado para esa empresa era *El conflicto de las interpretaciones*. En las siguientes páginas nos ocuparemos con más detenimiento de este parentesco, ahora localizado *en movimiento* y no desde una consideración exclusivamente teórica de la que ya nos ocupamos.

IV.3 Reconocimiento del espacio narrativo: articulación del vínculo indirecto entre Historia y narración

Las referencias que nos han permitido dar razón del espacio narrativo en el que la Historia elabora sus análisis nos permiten ahora una reflexión de segundo orden: ¿cuál es la vinculación entre las estrategias propias de la narración y los productos de la investigación historiográfica? A continuación, defenderemos que las referencias a la estructura tienden a depender de estrategias narrativas, tanto en el campo de la historiografía que hemos revisado de la mano de Ricoeur como en el campo de la sociología del final del siglo XX al que aludimos con Sennett. En lo tocante a la historiografía, esta dependencia se materializa en un *vínculo indirecto con nuestra competencia narrativa*.

Desde el establecimiento de la triple mimesis declaramos la imposibilidad de vincular de forma directa ambos campos y renunciamos en consecuencia a la búsqueda de una causalidad que permitiera un estudio sistemático de las inferencias que desde cada campo se pueden hacer con respecto a la situación del otro. Ahora, reajustaremos esta vinculación desde esa imposibilidad de un vínculo directo entre Historia y competencia narrativa y la evidencia de que la Historia no puede romper su vínculo con la narración sin dejar de ser Historia. Nos colocamos, pues, en la bisagra teórica entre Historia y narración, lo cual esperamos que nos permita remitirnos a la fractura, afín, entre contexto socioeconómico e identidad.

Con Ricoeur reconocemos que, dentro de la historiografía del siglo XX, la asunción de este vínculo indirecto entre Historia y competencia narrativa es más rotunda cuanto más se debilita el modelo nomológico²⁸⁷. Partiendo de este contexto de reflexión acerca de los fundamentos del conocimiento historiográfico, reconocemos el corte epistemológico que imposibilita la vinculación directa y buscamos, desde la revisión de la obra de historiadores cercanos a las tesis narrativistas, un modo de *reformular* los parámetros del espacio de confluencia de ambos ámbitos del saber. Reconocemos tres planos en esta fractura o corte epistemológico y buscamos, para cada plano, alusiones

²⁸⁷ El modelo nomológico de análisis de la historiografía ha sido objeto de reflexión, sobre todo, en la segunda parte de la obra. De forma sucinta, diremos ahora que se trata de un modelo centrado en la búsqueda de un sistema lo más regularizado y objetivado posible que permita la mayor generalización posible en el campo de la Historia.

venidas desde tesis narrativistas que permitan reformular la imposibilidad del vínculo directo en la posibilidad de una vinculación indirecta o, al menos, que permitan replantear dicho espacio de confluencia.

Daremos cuenta de tres derivaciones para reformular el triple corte epistemológico que hace imposible la vinculación directa entre Historia y competencia narrativa y que presentamos como fundamentos de la propuesta ricoeuriana de vinculación indirecta. Las tres derivaciones son:

- i.* Con respecto a los procedimientos empleados para explicar la concatenación de los acontecimientos históricos, desde las tesis narrativistas se apuntan ciertos semi fracasos que podremos reformular como semi éxitos.
- ii.* Con respecto a las entidades que la ocupan, destaca la vigencia que entre las tesis narrativistas ha mantenido la formulación aristotélica uno a causa del otro que anula su alternativa, uno a continuación de otro, que remite a una mera contigüidad espaciotemporal entre los acontecimientos en favor de una ligazón entre ellos. En este sentido, la configuración de las entidades históricas y la causalidad que se pueda establecer desde ellas ha sido estudiada por autores como Aron desde una posición estructuralista cuya exposición nos permitirá profundizar en nuestra vinculación indirecta.
- iii.* Reconocidas las entidades que ocupan a la Historia, recuperaremos la formulación aristotélica incorporando ahora el carácter problemático de la temporalidad que se construye desde ellas. Son “fuerzas sociales cuya acción no podría imputarse (...) a agentes individuales”²⁸⁸ y, en consecuencia, desprovistas de ligazón causal evidente.

Desde esta reformulación del triple corte epistemológico establecido entre Historia y narratividad, reconoceremos la deuda de Ricoeur con el estructuralismo. Para sustanciarla nos centraremos en la escuela de los *Annales* o, más precisamente, en las reflexiones llevadas a cabo por sus miembros con respecto al sentido último de la Historia, al lugar que ocupa en el *corpus* formado por las ciencias sociales y, en última instancia,

²⁸⁸ T.N. I, p. 293.

al espacio reflexivo generado entre las aptitudes de los sujetos y el sistema socioeconómico en el que estas aptitudes toman forma. Espacio reflexivo que, por lo demás, hemos comenzado por plantear desde la fractura del vínculo directo con lo narrativo que esta escuela tiene el reto de reformular. Así, propondremos un nuevo estatuto epistemológico para el tiempo histórico construido sobre una concepción de la temporalidad que tiene una raigambre narrativa de la que depende, como nos mostraron los personajes de Sennett.

A) LA IMPUTACIÓN CAUSAL SINGULAR

Centrados ya en los procedimientos empleados para explicar la concatenación de los acontecimientos históricos, comenzamos superando la asunción del modelo nomológico de la “causalidad explicativa”²⁸⁹. Según nuestro punto de vista, la explicación por leyes que defiende este modelo puede ser un modelo explicativo que efectivamente sea vigente en el trabajo de los historiadores, pero no en el mismo sentido en que lo asumen otras formas de conocimiento más alejadas de la interpretación hermenéutica y más cercanas a las ciencias naturales. Tampoco es vigente, y esto será importante en este apartado, de forma exclusiva: si bien la explicación por leyes que defiende el modelo nomológico es una parte de las que edifica el conocimiento histórico, la Historia reclama, para seguir siendo Historia, incorporar recursos procedentes de lo que ya denominamos *construcción de la trama* que remiten, en última instancia, a la necesidad de un modelo de corte narrativista que nos permita vincular a la Historia con el *mythos* aristotélico como recurso sin el cual no solo la Historia sino otras ramas del saber que le son afines – como la sociología, principal en nuestro estudio, como mostramos en nuestro primer capítulo-, quedarían sin una explicación fidedigna de su metodología de trabajo.

Por lo tanto, integramos del modelo nomológico su propuesta de la *explicación por leyes* para dar cuenta de los procedimientos empleados en Historia, pero no la consideramos suficiente e incorporamos un modelo de explicación que le permita asumir con más precisión la naturaleza de las investigaciones propias de su campo. El modelo que ha de completar la *explicación por leyes* será el que Ricoeur toma de Max Weber y,

²⁸⁹ T.N. I, p. 300.

sobre todo, de Raymond Aron: *la imputación causal singular*. Recurrimos a la revisión de la obra de Weber para acotar este procedimiento:

El investigador debe construir *por la imaginación* un curso diferente de acontecimientos, sopesar las consecuencias probables de este acontecimiento real y, en fin, comparar estas consecuencias con el curso real de los acontecimientos²⁹⁰.

Ambos autores reconocen la carencia procedimental que hace que la historiografía reclame modelos explicativos de naturaleza narrativa. En palabras de Weber, todos “para desenredar las relaciones causales reales construimos otras irreales”²⁹¹ y esa es la razón por la que “todo historiador, para explicar lo que ha sido, se pregunta por lo que hubiera podido ser”²⁹², como evidencia Aron.²⁹³

Ya desde esta primera caracterización, el procedimiento de *imputación causal singular*, no anula la influencia de la *explicación por leyes*, pues no renuncia a un modelo de explicación causal. Sin embargo, sí completa la propuesta de explicación del modelo nomológico con un modelo que permite entender con más precisión el trabajo del historiador, condenado a recurrir a *construcciones explicativas irreales* para discernir qué elementos le permiten *conectar* los acontecimientos históricos de los que esté dando cuenta el estudio historiográfico en cuestión. Para ejemplificar este procedimiento y su vigencia, es especialmente clarificador el recurso al ensayo de M. Weber *Posibilidad objetiva y causalidad adecuada en Historia*. Trata desde una clave casi narrativa la temporalidad en la que el acontecimiento histórico se inscribe y, desde ahí, elabora su explicación. Si el historiador parte de la consideración de “la decisión de Bismark de declarar la guerra a Austria-Hungría en 1866”²⁹⁴ y se plantea qué hubiera podido suceder si Bismark no hubiera tomado esa decisión, lo que está haciendo es incorporar la

²⁹⁰ T.N. I, p. 301-2.

²⁹¹ T.N. I, p. 302.

²⁹² *Ibidem*.

²⁹³ En la misma línea, proponemos el artículo del Prof. Fdez. Liria “¿Cómo se reconoce el estructuralismo?”, así como el capítulo de *El materialismo* ‘Marx como Galileo de la historia’. Recurrimos a ambas referencias para mostrar otros estudios en los que un esquema de influencia estructuralista ha entendido de este mismo modo el efecto de la estructura en las explicaciones de corte histórico. En definitiva, el estructuralismo, en el campo de la historiografía, permite añadir al estudio narrativista un fundamento que es capital para nuestra conexión Ricoeur-Sennett: la estructura es clave para trazar la causalidad *-uno a causa de otro* y no *uno después de otro*— en el campo de la Historia y, ajustándonos al momento argumental en el que nos encontramos, para el trabajo de acoplamiento entre la historiografía y la construcción narrativa que estamos denominando vinculación indirecta.

²⁹⁴ *Ibidem*.

significación que este acontecimiento tuvo en la red causal que el relato histórico de aquella época nos ha proporcionado.

Completando la *explicación por leyes* reconocemos en esta *explicación imaginativa* una alusión a la trama precisamente en la búsqueda de la conexión entre acontecimientos o, al menos, en la intención del historiador de encontrar la influencia que cada acontecimiento ha tenido en los posteriores. Si reconocemos esta conexión, el acontecimiento en cuestión podrá ser considerado causa suficiente para el acontecimiento posterior, dando el primer paso para el establecimiento de lo que Weber denomina el “esqueleto sólido de la imputación causal”²⁹⁵. Ricoeur en este punto reconoce el juego de *continuidad-discontinuidad* entre la explicación por leyes a partir del modelo nomológico y la explicación histórica a partir del modelo de explicación narrativa. Desde las propuestas de Weber y Aron, encontramos que ambos modelos explicativos –el nomológico y el narrativista– colocan a la historiografía en una “ambivalencia epistemológica”²⁹⁶, pues la red causal entre ciertos acontecimientos históricos que da lugar al relato histórico no queda organizada en un sistema cerrado que permita una exposición de los acontecimientos bajo un esquema de leyes objetivadas y jerarquizadas al modo en que podemos encontrar, por ejemplo, en la física. Sin embargo, sí podemos proponer un modelo de imputación causal que permita ordenar el conocimiento historiográfico. En este sentido, son especialmente relevantes para nuestro estudio las novedades que la propuesta de Aron aporta al esquema de Weber en *Introduction à la philosophie de l’histoire*:

[En el campo de la Historia debe asumirse] La incertidumbre que nace de las delimitaciones de los sistemas y de las series, de la pluralidad de las estructuras fortuitas que el erudito es libre de construir o imaginar²⁹⁷.

Desde el estructuralismo de Aron, logramos una alusión al sistema y a su efecto en las series causales que se establecen en el relato histórico²⁹⁸ que nos permite reconsiderar los procedimientos propios de la historiografía. Antes de tratar, en el siguiente apartado, con las entidades de las que la Historia o la sociología dan cuenta, mostramos el procedimiento implementado por Aron, ejemplificándolo en la obra de

²⁹⁵ T.N. I, p. 305.

²⁹⁶ T.N. I, p. 307.

²⁹⁷ T.N. I, p. 306.

²⁹⁸ Por extensión, es igualmente capital para nuestro estudio o, más precisamente, para su intención de incorporar la corrosión analizada por Sennett a la identidad narrativa propuesta por Ricoeur.

Weber: en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* se ofrece una muestra de imputación causal singular donde se conectan los rasgos propios de la ética protestante con otros rasgos propios del sistema de organización económica naciente. Lo más relevante de esta conexión, a la luz de la revisión de Aron, está en que ninguno de los dos elementos son sujetos individuales o de los que se pueda dar cuenta así tomados. Se trata, más bien, de colectividades de difícil delimitación, es decir, de mentalidades o de instituciones que dan sentido a una época e incardinan a los acontecimientos que en ella suceden, pudiendo establecerse cierta causalidad desde su estudio sistemático.

En este punto, advertimos el papel capital que tienen para nuestro estudio las reflexiones de raigambre estructuralista llevadas a cabo por historiadores de corte narrativista. Con Aron comprobamos que es posible establecer una causalidad que complete la explicación por leyes desde una perspectiva que incluya no sólo la construcción de la trama como elemento al que la Historia no puede renunciar para seguir siendo lo que es, sino también el papel que en dicha construcción de la trama tienen entidades colectivas que pueden tomar múltiples formas pero que siempre serán parte de la cultura propia de la civilización de la que la historiografía esté dando cuenta en cada caso. El papel de las entidades estructurales en el conocimiento histórico solo puede ser asumido desde esta imputación causal singular, y su puesta en valor por parte de Aron es su formulación más rotunda.

En conclusión, desde la imputación causal singular estaremos más cerca de establecer la construcción de la trama como elemento necesario del conocimiento histórico y, en el mismo sentido, de asumir el efecto de las estructuras culturales en el mismo. Estaremos, siguiendo a Ricoeur, en posición de asumir la imputación causal singular como procedimiento generador de *cuasi-tramas*.

B) LAS ENTIDADES DE PRIMER ORDEN DE LA HISTORIOGRAFÍA

Buscamos ahora en el plano de las entidades que generan o son afectadas por los acontecimientos que la historiografía organiza una reformulación que cumpla el mismo papel que tiene la imputación causal singular en el plano de los procedimientos. Buscamos, pues, el recurso que legitime una filiación indirecta entre las entidades de las que la Historia da cuenta y aquellas que son propias de la narración. Como en el caso de los procedimientos hemos recurrido a R. Aron y a M. Weber, recurrimos ahora a *The*

anatomy of historical knowledge de Maurice Mandelbaum. Buscamos en la obra de Mandelbaum el *enlace* que muestre en el terreno de las entidades la vigencia de la filiación entre Historia y relato de ficción:

Este enlace existe bajo la forma de las entidades de primer orden del conocimiento histórico, *entidades sociales* que, si bien no pueden descomponerse en infinidad de acciones individuales, *mencionan*, no obstante, (...) a individuos susceptibles de ser tratados como personajes de una narración²⁹⁹.

Se trata de aquellas “entidades de pertenencia participativa”³⁰⁰ que nos permiten recurrir a procedimientos como las imputaciones causales singulares, pues son entidades que el historiador tiende a considerar dentro de los esquemas causales bajo los que compone el relato histórico. Desde esta perspectiva, consideramos el orden social efectivamente existente como efecto del funcionamiento de múltiples entidades que pueden ser objeto de análisis de la historiografía. Incluso, lo consideraremos el elemento indispensable para que esas entidades que generan o sufren los acontecimientos históricos puedan considerarse parte de una misma red causal. Así, a pesar de ser individuos los que generan o sufren dichos acontecimientos, la Historia no los considerará en tanto tales si pretende dar cuenta del movimiento histórico en su conjunto y tenderá, más bien, a considerarlos parte de una entidad de naturaleza colectiva y que es en sí misma generadora de efectos.

De este modo, las acciones, reflexiones o sentimientos de un individuo o de un grupo de individuos no pueden ser analizados desde el punto de vista historiográfico si el historiador en cuestión no está teniendo en cuenta, de suyo, que dichas acciones o reflexiones no son tenidas en consideración en tanto tales sino en tanto efectos de entidades desde las que se da cuenta del juego social en su conjunto. Cuando el historiador analiza cualquier documento buscando en él la huella de un acontecimiento pasado, lo hará buscando un testimonio desde el que dar cuenta de la concepción de una entidad de primer orden más que del sujeto concreto que firmó el documento o al que se refiere el testimonio:

²⁹⁹ T.N. I, p. 316.

³⁰⁰ *Ibidem*.

Los individuos solo interesan a los historiadores en la medida en que son considerados en relación con la naturaleza y los acontecimientos de una sociedad existente en un tiempo y en un lugar particulares³⁰¹.

Desde esta perspectiva, los historiadores dan cuenta de una sociedad si la tratan como generadora de efectos como son la cultura y las instituciones. Desde ellas, el historiador, a fin de cuentas, construirá un relato acerca de dicha sociedad. Por tanto, las acciones individuales o los efectos concretos de los sujetos en su sociedad solo son analizados en el campo de la Historia como reflejos de la cultura y las instituciones que subyacen, enmarcan y dan sentido a dichos efectos concretos. El historiador, siguiendo el esquema de imputación causal singular, vuelca sobre estas entidades las conexiones causales a su alcance para dar cuenta –*entramar*, decíamos con Aristóteles- de los acontecimientos por los que dicha sociedad queda afectada lejos de la influencia de aquellos individuos aisladamente tomados.

Llegados a esta conclusión, podremos tratar a las entidades de primer orden en el campo de la historiografía –nación, clase, pueblo o comunidad pueden servir de referencia ajustada, aunque sucinta- como *cuasi-personajes*. Del mismo modo que considerábamos que la imputación causal es un modo débil de trama, consideramos ahora a la sociedad en su conjunto o a alguna de las entidades de primer orden que la consolidan como un sujeto colectivo generador de efectos. En definitiva, como un agente con un papel semejante al del personaje en el interior de una trama.

En el mismo sentido, encontramos en otros pensadores contemporáneos de Mandelbaum pruebas del debilitamiento de la figura del individuo en la historiografía, como la consideración de su “esfera pública de aparición”³⁰² por parte de H. Arendt. El individuo es tomado exclusivamente como miembro de una colectividad de la que se pretende dar cuenta y, para sustanciar esta afirmación, Arendt propone tres rasgos que constituyen una sociedad: organización del territorio, distribución de las funciones y continuidad de la existencia de dicha sociedad. Ninguno de estos tres rasgos es consecuencia de la acción de un individuo tomado aisladamente sino el resultado de la acción relativamente armonizada de un gran número de sujetos concretos.

³⁰¹ T.N. I, p. 318.

³⁰² Anclamos la referencia a H. Arendt en el capítulo segundo de *La condición humana*, ‘La esfera pública y la privada’.

Reconocemos entonces la dependencia de las acciones individuales que los análisis historiográficos conservan a la hora de explicar los movimientos en las colectividades y, a la vez, tomamos conciencia de que no son ellos nunca su verdadero interés, pues las entidades de primer orden que estos individuos conforman son el objeto de dicho interés. De esta forma, la *clase*, la *civilización* o la *comunidad* de la que esté dando cuenta el historiador es el *cuasi-personaje* de su estudio historiográfico y, para asirlo, no podrá eludir las huellas de los individuos concretos si no quiere fracasar en su empresa, a la vez que siempre tendrá la necesidad de mirar más allá de ellos.

En síntesis, el objeto de estudio de la historiografía serán las entidades de primer orden cuya configuración procede de la *pertenencia participativa* de un gran número de individuos cuyas huellas pueden ser analizadas como reflejos de la acción de aquellas entidades a las que se refieren Mandelbaum y Arendt. Desde aquí, estamos en posición de referirnos a la *clase*, la *comunidad*, el *pueblo* o la *civilización* como *cuasi-personajes* que cumplen la función de *enlace* entre historiografía y experiencia narrativa que apuntábamos en el comienzo del apartado.

C) TIEMPO DE LA HISTORIA Y DESTINO DEL ACONTECIMIENTO

Concluimos la reflexión alrededor del triple corte epistemológico en el campo de la historiografía con el análisis de la vinculación indirecta entre algunas obras pertenecientes a la historiografía del siglo XX y la composición narrativa en lo tocante a la concepción del tiempo histórico. Ricoeur reconoce que “de hecho, ese es el tema de toda esta segunda parte”³⁰³ y, en efecto, el asunto central de ‘Historia y narración’ es el sedimento de origen narrativo que encontramos en la Historia en general y en las reflexiones de algunos historiadores de nuestro siglo en particular. Pero, y es el momento de explicitar este importante presupuesto, con la convicción de que en la *lectura* racional del tiempo contiene un rasgo narrativo que es ineludible y de que, por lo tanto, del estudio de la historiografía podrán extraerse evidencias de dicho rasgo narrativo.

Una revisión estructuralista de la Historia que asuma la imputación causal singular como procedimiento propio para elaborar causalidades, esto es, como *cuasi-trama* y que se enfoque en las entidades de primer orden como los *cuasi-personajes* de ella, reclama

³⁰³ T.N. I, p. 335.

una revisión del tiempo histórico que lo reformule como un continuo donde el tiempo pasado del que la Historia ha de hacerse cargo sea concebido como el escenario en el que el cambio, en tanto modificación estructural que puede anclarse en acontecimientos datados, es pensable. Trataremos pues con el tiempo histórico tomándolo como condición de posibilidad de esa forma de cambio y buscaremos en él vestigios del *mythos* aristotélico:

¿Se puede demostrar que el tiempo construido por el historiador nace, por una serie de desviaciones, de la temporalidad propia de la narración?³⁰⁴.

Para responder, partimos con Ricoeur del binomio formado por la historia de larga duración y la noción de acontecimiento. Con respecto a la historia de larga duración como objeto de estudio asumido por la historiografía francesa del siglo XX, reconocemos en la imprecisión de sus fronteras el efecto de la refiguración narrativa:

Al reanudar la defensa de la larga duración –*longue durée*– desde el punto de vista del destino del acontecimiento, quiero ocuparme en descubrir en ella el desarrollo de la dialéctica entre la configuración del tiempo por la composición narrativa y las refiguraciones temporales de la vivencia práctica³⁰⁵.

Con respecto al acontecimiento histórico, reconocemos en los “postulados epistemológicos implícitos”³⁰⁶ en él y que lo vinculan a la historia de larga duración la herencia del concepto de trama en un sentido aristotélico capaz de legitimar que el acontecimiento “recibe su inteligibilidad derivada de su contribución a la progresión de la trama”³⁰⁷. Desde la conjunción de larga duración y acontecimiento mediando el *mythos* identificamos los siguientes rasgos:

- i. *Singularidad*: si bien cualquier acontecimiento es por definición singular e irrepetible, no por ello renunciaremos a la posibilidad de universalizarlo, esto es, de encontrar en su actualización dentro de un contexto sociocultural dado mecanismos de naturaleza común con otros acontecimientos acaecidos en otros contextos.

³⁰⁴ *Ibidem*.

³⁰⁵ *T.N.* I, p. 336.

³⁰⁶ *Ibidem*.

³⁰⁷ *T.N.* I, p. 337.

- ii. *Contingencia*: del mismo modo, asumiremos en nuestro análisis la falta de necesidad de cualquier acontecimiento tomado de una serie efectivamente acaecida. Sin embargo, incorporar la noción de acontecimiento a la de trama nos permite reformular dicha contingencia pues, desde conceptos como el de *followability*³⁰⁸ propuesto por Gallie o desde los estudios de autores como Mink, Danto o Veyne, encontramos que, a pesar de la ausencia de necesidad en la noción misma de acontecimiento, deberemos asumir que nuestra comprensión del mismo y de la serie causal a la que este pertenece no nos permite entenderlo sin aceptar *a priori* el presupuesto de que “comprendemos que las cosas debían funcionar como lo hicieron”³⁰⁹.
- iii. *Desviación*: nuestro punto de referencia será la “deformación regulada”³¹⁰ como función que el acontecimiento asume en el interior de la trama. Partimos de la capacidad que el acontecimiento tiene de oscilar entre la aceptación y la condena de la tradición que lo engloba para considerar que el espacio discursivo en el que interpretamos el acontecimiento ha de permitir que este deforme y asuma, en el mismo acto, la noción de trama propia de su contexto sociocultural.

Desde esta reformulación del acontecimiento incorporando su vinculación con la trama, tomamos de Ricoeur una conclusión que nos acompañará el resto de nuestro estudio:

Los acontecimientos históricos no difieren de los acontecimientos enmarcados por la trama (...) [Y, para afianzar esta tesis, ha sido necesario] Extender a la noción de *acontecimiento histórico* la reformulación que la idea de *acontecimiento-estructurado-en-trama* ha impuesto a los conceptos de singularidad, de contingencia y de desviación absolutas³¹¹.

Incorporado el acontecimiento tratado por la historiografía a la concepción narrativista de la estructuración con arreglo a una trama, recuperamos un estudio paradigmático: *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*. En

³⁰⁸ El concepto que propone Gallie para dar cuenta de este modelo de explicación será el de *followability*: la explicación utilizada en el campo de la historiografía es dependiente de la comprensión narrativa como ejercicio llevado a cabo por el receptor de dicha explicación.

³⁰⁹ *Ibidem*.

³¹⁰ *Ibidem*.

³¹¹ *Ibidem*.

él, Fernand Braudel, siguiendo procedimientos cercanos a la imputación causal singular para la generación de una *cuasi-trama* y asumiendo el papel de *cuasi-personajes* de las entidades de primer orden como la civilización europea, incorpora al acontecimiento del que da cuenta la Historia a una estructura propia de la narración y establece entre los acontecimientos que acaecen en dicho contexto no sólo una contigüidad espacial y temporal sino también una afinidad, un *parecido de familia* que surge como consecuencia del establecimiento por parte del narrador de un *entramado* que los incluye.

En consecuencia, trazará Braudel una concepción del tiempo histórico que partirá de incorporar al acontecimiento a una red o entramado que le permite, manteniendo su singularidad, su contingencia y su desviación, construir con otros acontecimientos, contiguos o no desde el punto de vista espacial y temporal, un hilo discursivo, un relato. En Braudel, un hilo discursivo que reúne una gran variedad de acontecimientos en una sola concepción de la civilización europea que no desatiende la referencia a fechas, documentos, batallas, tratados o cualquier otra alusión a las huellas a las que la historiografía necesita recurrir. Con ello Braudel lleva a la práctica un tratamiento del tiempo histórico que Ricoeur utiliza como de punta de lanza de la revisión epistemológica que en la historiografía tiene lugar en el siglo XX a raíz de las interpretaciones de corte narrativista.

Esta interpretación narrativista del tiempo histórico lleva a Braudel a concebirlo desde una división en periodos que contextualizan el cambio que el *cuasi-personaje* –la civilización europea, en este caso- realiza o sufre dentro del arco argumental –*cuasi-trama*- que él ha configurado y en el que los cambios sufridos por los *cuasi-personajes* pueden ser incorporados. Reformulamos con él el tiempo histórico desde la mutua implicación entre el acontecimiento y la larga duración y reconocemos su afinidad con la imputación causal singular y las entidades de primer orden como *cuasi-trama* y *cuasi-personajes* respectivamente.

Para Braudel, “las civilizaciones son los personajes más complejos y más contradictorios del Mediterráneo”³¹² y lo son precisamente porque las tratamos como sujetos preparados para asumir las variaciones a las que obliga el paso del tiempo sin perder aquello que las hace ser lo que son. En definitiva, la civilización europea, los imperios, el pueblo, o cualquier otra figura histórica de primer orden empleada en el

³¹² T.N. I, p. 350.

estudio de Braudel no sólo es tratada en tanto *cuasi-personaje*, sino que será poseedora también de una larga duración que le permitirá ser objeto de cambios que irán conformando lo que más arriba hemos considerado *cuasi-trama*. De este modo, gracias a su concepción del tiempo histórico desde el binomio formado por el acontecimiento y la historia de larga duración, “el acontecimiento informa constantemente las estructuras desde dentro”³¹³, es decir, permite a las entidades de primer orden ser analizadas dentro de un entramado.

Para profundizar en esta visión del tiempo histórico que reconocemos en Braudel, nos detenemos en las referencias de otros autores de la escuela de los *Annales* al vínculo entre acontecimiento e historia de larga duración. En *Un autre Moyen Âge*, J. Le Goff busca “modelos intemporales”³¹⁴ que permitan establecer regularidades en el interior de estructuras temporales extensas y difusamente acotadas. Los ritos culturales serán esas modelos capaces de configurar un ritmo en el interior de las estructuras temporales de larga duración como representaciones de una mentalidad que es “lo que menos cambia”³¹⁵ dentro de los contenidos cambiantes investigados por el historiador. Le Goff recurre a elementos propios de la antropología cultural que cumplen una función diacrónica dentro del campo de la Historia y permiten una revisión de las evoluciones de las sociedades desde el juego entre lo cambiante y lo repetido. Supera con ello el esquema de Le Goff el “falso dilema de estructura-coyuntura y, sobre todo, el de estructura-acontecimiento”³¹⁶ y, desde ahí, Ricoeur apunta el efecto que las consideraciones agustinianas pueden tener en la obra de Le Goff: las estructuras que desde la antropología cultural nos permiten establecer regularidades en los efectos que generan las entidades de larga duración conservan vestigios de lo que consideraba Agustín *presente de las cosas pasadas*, de forma que aquello que en Agustín considerábamos efecto del recuerdo y, en definitiva, trabajo de la memoria, es precursor de aquello que Le Goff denomina “memoria constituyente: el tiempo de los abuelos”³¹⁷, esto es, “ese pasado primordial en que nuestra identidad colectiva, búsqueda angustiada de las sociedades actuales, adquirió ciertas características esenciales”³¹⁸.

³¹³ T.N. I, p. 353.

³¹⁴ *Ibidem*.

³¹⁵ T.N. I, p. 354.

³¹⁶ *Ibidem*.

³¹⁷ *Ibidem*.

³¹⁸ *Ibidem*.

Por tanto, desde Le Goff y siguiendo el paralelismo con Agustín, aquello que los ritos, en tanto modelo intemporal, proporcionan a la civilización que los sustenta es la posibilidad de establecer regularidades dentro de largas extensiones de tiempo. De suyo, la Historia empleará dichas regularidades como atributos esenciales de una realidad en constante cambio diacrónico desde los que establecer sincronías.

En el mismo sentido, Georges Duby en “*Historie sociale et ideologies des sociétés*”, si bien comienza recurriendo a una revisión de las ideologías desde una perspectiva “totalmente no narrativa”³¹⁹, es decir, considerándolas entidades estables y estabilizadoras, continúa asumiendo el carácter desestabilizador del acontecimiento en el interior de dichas ideologías. Para Duby, el trabajo del historiador es necesario en “los periodos críticos en los que el movimiento de las estructuras materiales y políticas acaba por reflejarse en el plano de los sistemas ideológicos”³²⁰. El historiador tendrá, pues, como principal ocupación la relación entre los acontecimientos y los efectos que estos generan en las estructuras ideológicas a las que pertenecen y que se verán afectadas por ellos. Reconocemos con Ricoeur en esa relación la presencia de un *cuasi-acontecimiento* que permite la descomposición del concepto ya apuntado de *cuasi-trama* y la redefinición del vínculo entre el acontecimiento y la larga duración:

Es todo cuanto yo quería demostrar: los cuasi-acontecimientos que marcan los periodos críticos de los sistemas ideológicos se enmarcan en cuasi-tramas, que garantizan su estatuto narrativo³²¹.

En *Pensar la Revolución francesa* François Furet lleva a la práctica esta redefinición del acontecimiento histórico: “¿Cómo pensar un acontecimiento como la Revolución francesa?”³²². Para responder, Furet parte de que el historiador, de la misma forma que lo haría cualquier otro investigador, se acerca a su materia de estudio manteniendo un cierto distanciamiento que le permite atender a los acontecimientos sin asumir por ello las creencias que acumulan los actores que intervienen en ellos, “en una palabra: sin compartir la ilusión de la Revolución francesa sobre sí misma”³²³. Asumidos dicho distanciamiento y la motivación exclusivamente intelectual del historiador, deberemos asumir de suyo que la comprensión del historiador del acontecimiento

³¹⁹ T.N. I, p. 355.

³²⁰ *Ibidem*.

³²¹ T.N. I, p. 359.

³²² *Ibidem*.

³²³ T.N. I, p. 360.

histórico será naturalmente diferida o dependiente de las explicaciones que este encuentre en los documentos o las huellas de aquel acontecimiento que queden todavía a su alcance.

Simplificando esta metodología y aplicándola a la Revolución francesa, toma Furet las explicaciones propuestas por A. Tocqueville y por A. Cochin. Con Tocqueville, pensar la Revolución francesa será fundamentalmente pensar el final del periodo en que la monarquía suponía el principal eje de construcción de la realidad política y de la organización social. Con Cochin, por el contrario, pensar la Revolución será pensar el surgimiento de una nueva manera de comprender al individuo dentro de las sociedades europeas nacientes, así como asistir a la aparición de nuevas instituciones. Con Cochin atenderemos a las “sociedades de pensamiento”³²⁴ como matriz desde la que se generan nuevas concepciones del poder político con fundamentos diferentes a aquellos que rigieron la época precedente y que serán simiente de “la transformación de los individuos aislados en pueblo –actor imaginario único de la revolución-”³²⁵.

Desde la propuesta de Furet, reconocemos el carácter problemático del concepto de acontecimiento, capaz de aparecer como el instante de nacimiento y de acabamiento de organizaciones políticas o como piedra de toque desde la que comprobar la vigencia de esas organizaciones dentro del contexto en el que dicho acontecimiento se produce. Sin embargo, compartimos con Ricoeur la interpretación de que este carácter problemático es consecuencia del aislamiento del acontecimiento, de olvidar su vínculo con la temporalidad de larga duración que habíamos reconocido en Braudel. Conectadas las aportaciones de Le Goff, Duby y Furet con la obra de Braudel, la conclusión de ‘Historia y narración’ ubica este carácter problemático del acontecimiento en una matriz de análisis que adquiere un carácter menos problemático:

En conclusión, en el plano de la temporalidad, esta analogía es de la misma naturaleza que la analogía que hemos intentado preservar, en el plano de los procedimientos, entre atribución causal y construcción de la intriga, y luego, en el plano de las identidades, entre las sociedades (o las civilizaciones) y los personajes del drama. En este sentido, todo cambio entra en el campo histórico como cuasi-acontecimiento³²⁶.

³²⁴ *T.N.* I, p. 361.

³²⁵ *Ibidem*.

³²⁶ *T.N.* I, p. 363.

Obtenemos del hilo conductor que Ricoeur propone el esquema conecta *cuasi-trama*, *cuasi-personaje* y *cuasi-acontecimiento* a costa de considerarlos recursos narrativos vinculantes en un discurso teórico, a costa de mantener la vigencia de aquella vinculación indirecta entre historiografía y narración. Este vínculo que no genera causalidades directas no nos permite establecer una metodología *universalizable* que puedan compartir las ciencias sociales, es evidente. Sin embargo, sí nos legitima para defender la persistencia de recursos procedentes de la narración en la Historia –y las ciencias sociales en general-.

Desde de esta primera conclusión surge nuestro primer corolario: tal y como apuntábamos en la introducción del capítulo, la preocupación por la naturaleza del vínculo entre Historia y narración y por los efectos de la segunda en la primera era también la preocupación por la fundamentación teórica de las conclusiones de la obra de Sennett. En este sentido, decíamos, *Tiempo y narración* ha de mostrar la problemática subyacente a los estudios de campo llevados a cabo por Sennett y que le permiten establecer como conclusión probada la corrosión de los rasgos narrativos del carácter de los sujetos que conforman las sociedades estructuradas por el modelo socioeconómico que denomina *capitalismo flexible* o *nuevo capitalismo*. Teniendo en el horizonte la *identidad narrativa* como conquista de *Tiempo y narración* y recordando el postulado subyacente en el *carácter legible* que ocupa a Sennett, nuestro estudio armoniza el corolario hermenéutico publicado en 1985 y el postulado sociológico publicado en 1998.

Con ello quedan vinculadas no solo la historiografía y la narración sino los trabajos de influencia estructuralista dentro del campo de las ciencias sociales y determinados rasgos de naturaleza narrativa que subyacen en la identidad o carácter de los sujetos. *Para poder vincular lo estructural y lo individual recurrimos a estrategias que obtenemos de la narración, como prueba Sennett con la corrosión o ilegibilidad en los sujetos que quedan desvinculados de la estructura socioeconómica. Por lo tanto, en la conclusión de 'Historia y narración' encontramos el momento discursivo en el que pueden acoplarse las conclusiones de la hermenéutica de Ricoeur y los puntos de partida de la sociología de Sennett, en el que aquello que estaba siendo postulado por Sennett puede reconocerse como vestigio hermenéutico.*

IV.4 Conclusiones

Somos conscientes del coste que para el lector tiene el desarrollo discursivo que hemos escogido para nuestra investigación. Si en nuestra primera parte logramos acotar el objeto de nuestra investigación -el postulado narrativo presente en las ciencias sociales- y el modo en que lo abordaríamos -la hermenéutica del texto-, en la segunda hasta ahora solo habíamos configurado el espacio discursivo en el que, de la mano de Ricoeur, aspiramos a vertebrar aquel objeto siguiendo ese modo. La paciencia que el lector ha tenido con nuestra investigación debe verse compensada a partir de ahora, pues la incursión en las tradiciones historiográficas que, de un modo u otro, han planteado el vínculo que la Historia conserva con la narración debe servirnos para comenzar a evidenciar, en ejercicio, aquel postulado narrativo con el que hemos filiado el destino de nuestra investigación. También debe ser la piedra de toque que muestre en qué medida nuestro compromiso con *El conflicto de las interpretaciones* y con la *hermenéutica del texto* es portador de la suficiente *potencia explicativa* para sostener la arquitectura general de nuestro proyecto más allá de los límites de *Tiempo y narración*.

En las siguientes páginas, cerramos el capítulo ajustando algunas cuentas con las que nos hemos empeñado hasta aquí. En nuestra primera conclusión intentamos resolver la duda sobre la idoneidad de nuestro segundo capítulo como acceso fiable a la consideración de *Tiempo y narración* como patrón desde el que reconocer vestigios narrativos dentro de las ciencias sociales. En las conclusiones segunda y tercera organizamos las referencias que emplea Ricoeur no tanto como elementos que deban ser atendidos individualmente sino como argumentos que el autor emplea para probar la plausibilidad de la arquitectura general que edificó en la primera parte de la obra³²⁷. Y, en

³²⁷ Volvamos un instante los ojos hacia esos estudios, independientemente tomados, antes de concluir con el conjunto que conforman. Las aportaciones de Dray y von Wright al debilitamiento del modelo nomológico imperante en el campo de la historiografía, dan lugar a una caracterización más precisa del papel que la síntesis de lo heterogéneo como recurso propio de la mimesis II o mimesis-invenición. Con respecto a las referencias centradas en el papel de la narración dentro de la historiografía hemos hecho referencia a los siguientes autores: Danto, Gallie, Mink, White y Veyne. Con sus aportaciones hemos configurado un espacio donde la narratividad en los discursos elaborados por los historiadores emerge como un elemento irrenunciable que permite a Ricoeur legitimar y enriquecer a un tiempo su revisión de la historiografía.

En este sentido, muchos son los réditos que obtenemos de este recorrido: la frase narrativa en Danto que fuerza el reconocimiento del papel de la trama como acto configurante del sentido que los acontecimientos históricos requieren para serlo; la capacidad para continuar involucrado en el relato -*followability*- en Gallie, que el lector de cualquier narración posee y que historiador no puede dejar de respetar; el acto configurante en Mink como recordatorio de la imposibilidad de escapar del papel de la *phronesis* sin renunciar con ello a la comprensión del receptor; la alusión que encontramos en White a la consonancia

la cuarta, recuperamos por primera vez el postulado narrativo con el que logramos concluir nuestro primer capítulo para emparentarlo con otros estudios acerca de los presupuestos de los que la historiografía parte, considerando que ese es el modo más seguro en que nuestro postulado se legitima en el interior de las discusiones cíclicas acerca del quehacer mismo de las ciencias sociales.

- *La hermenéutica del texto puesta en movimiento en 'Historia y narración'*

En nuestro segundo capítulo encontramos en la *hermenéutica del texto* la justificación del uso de los contenidos de *Tiempo y narración* como estudio específicamente hermenéutico del que es posible obtener un análisis sistemático de la identidad narrativa como postulado difuso de las ciencias sociales que inspira nuestra investigación. En efecto, si los trabajos de Said, Anderson, Watzlawick o Sennett han cumplido alguna función en nuestro estudio esta es la de sustanciar, cada uno desde su prisma y desde su objeto de análisis, nuestra convicción de que dentro del campo de estudio que todos ellos comparten y al que nosotros nos estamos refiriendo como *ciencias sociales* hay un presupuesto narrativo que puede formularse como postulado. Sin embargo, haber sustanciado esta afirmación en el primer capítulo no nos legitimaba para emprender esta inmersión en *Tiempo y narración*. La legitimidad la encontramos en *El conflicto de las interpretaciones* y en la lectura de T. Calvo de la producción filosófica de Ricoeur a partir de aquella obra. Con Calvo, entendíamos *El conflicto* como una declaración de intenciones a nivel metodológico que Ricoeur necesita llevar a cabo justamente en el momento en que sus presupuestos estaban cambiando.

Pues bien, la importancia de la clausura de 'Historia y narración' que en este momento nos ocupa estriba en que es la primera clausura parcial que nos permite extraer consecuencias de carácter general. La primera que recupera la *hermenéutica del texto*

disonante como recurso afín a la generación de tramas -con él no solo estaremos próximos a concluir la ligazón entre el acto de entramar y el trabajo de los historiadores sino que, de suyo, estableceremos que la naturaleza de las tramas propias de las narraciones y aquellas propias de la Historia poseen rasgos compartidos que nos permitirán apuntar hacia una necesidad más propia del sujeto que lleva a cabo ambos estudios que a los estudios mismos-; y, por último, el papel que con Veyne encuentra la trama dentro del campo de la historiografía como instancia que nos obliga a rebajar las pretensiones cientifistas venidas de corrientes cercanas al modelo nomológico, a la vez que nos plantea el papel de la narración como el campo de reflexión abierto en el interior de la historiografía.

como articulación de la mutua implicación entre los estudios llevados a cabo por la escuela estructuralista en el campo de la historiografía y los estudios de naturaleza hermenéutica relativos a la interpretación de los contenidos que aquellos estudios están *de facto* poniendo en juego. Entre la comprensión y la interpretación como intenciones que, respectivamente, inspiran ambos grupos de estudios queda un espacio discursivo en el que se juega el sentido último de nuestra investigación, pues debe legitimar el salto categoría implicado en el trabajo del hermeneuta que incorpora *-trae consigo*, recuperando la expresión de Ricoeur - aquello que los investigadores estructuralistas, ocupados en la comprensión de los fenómenos culturalmente determinados, generan y, desde ello, construye una interpretación acerca del sentido último que recorre sus trabajos.

Con la *hermenéutica del texto* sustanciábamos cómo este ejercicio hermenéutico de *traer consigo* articulaba el salto desde el resultado de los estudios estructuralistas enfocados en la comprensión de hechos culturalmente determinados hacia un espacio discursivo de segundo orden que pretende elaborar interpretaciones. Ahora que tenemos aún reciente el trabajo de la historiografía de finales del siglo XX y el modo en que Ricoeur lo emplea, podemos probar que los contenidos de *El conflicto* eran efectivamente una declaración de intenciones que *Tiempo y narración* sustancia, tal y como apuntaba el Prof. Calvo. De esta forma, podemos leer -y esa es, de hecho, nuestra propuesta- las siguientes conclusiones relativas a la historiografía como pago de la deuda contraída entonces.

Antes de centrarnos en dichas conclusiones como pago de la deuda, debemos reconocer la incorporación de algunos autores que no se consideran estructuralistas dentro del esquema de análisis e interpretación en el que el primero es tarea del estructuralismo y la segunda del hermeneuta. Reconocemos la posibilidad de que ello implique una merma en la legitimidad de nuestras conclusiones y del pago de la deuda metodológica. Sin embargo, la justificación de nuestra insistencia a pesar de ello está en que esos autores alejados del estructuralismo explican procesos culturalmente determinados y, en consecuencia, son estudios a los que Ricoeur recurre porque no entran en conflicto con esta sinergia entre estructuralismo y hermenéutica que queda diseñada en *El conflicto* y que define el quehacer propio de la *hermenéutica del texto*.

- *¿Cómo organizar las referencias a la escuela narrativista? El papel de Hayden White en la elaboración del mapa*

El recurso a la obra de White es capital para el desarrollo general de ‘Historia y narración’. Lo es por los contenidos a los que nos hemos referido más arriba, pero lo es también por el papel que cumple dentro del conjunto de alusiones a otros pensadores que el discurso de Ricoeur va incorporando. Según nuestra interpretación, White cumple una función de frontera o de límite que nos permite considerar el conjunto de forma unitaria porque con él descubrimos una forma de pensar la Historia que lleva los presupuestos narrativistas hasta las consecuencias últimas, concibiendo la Historia como un modo de producción literaria.

Prueba de esta función de regulación que la alusión a White cumple en el sistema completo que está conformando Ricoeur es la réplica que él aporta a los contenidos de la *Poética*. De Aristóteles incorporamos la ligazón que la historiografía conserva inexorablemente con los acontecimientos pasados que bloquea la labor propia del narrador de establecer, dependiendo solo de él, los nexos causales entre los acontecimientos que componen la Historia. Pero, a la vez, White nos obliga a reconocer en la Historia un *entramado* que no se desprende nunca de sus recursos narrativos a pesar de que no esté nunca en manos solo de aquel que la narra y de que siempre conserve una deuda con las cosas pasadas, con la memoria de otros o con las huellas que dejaron. De Aristóteles recibimos un veto que White flexibiliza o, al menos, que White reconoce como imposible. Desde la conjunción de ambos argumentos hemos organizado la sucesión de referencias historiográficas formando un *corpus* que arroja una imagen de las principales aportaciones de la epistemología narrativista a la larga discusión que nos ocupa. Ahora, por fin, podemos entender el lugar de la paridad que conforman las reflexiones de Danto y Gallie, la conclusión del discurso ricoeuriano con la narración verídica en Veyne y, en fin, podemos *seguir narrando...*

- *La mutua implicación entre la frase narrativa en Danto y la posibilidad de entender un relato histórico en Gallie*

En la revisión de Arthur Danto hemos afirmado que el quehacer propio del historiador incorpora, para ser productivo, modos de pensar las cuestiones que le son

afines empleando construcciones sintácticas y tiempos verbales que remiten a una concepción narrativa que el propio Danto consideraba irreductible. A la vez, con el estudio de W. B. Gallie nos acercábamos a la estructura cognitiva que hace posible la recepción de dicho quehacer del historiador, es decir, a la capacidad del receptor para *proseguir* una narración que es producto del historiador. Esta capacidad es la que con Gallie hemos denominado *followability* y que articula la comprensión que es propia del campo de la historiografía.

Las obras de ambos autores, publicadas entre 1964 y 1965, presentadas conjuntamente, nos permiten construir una lectura compartida que se coloca en su espacio de confluencia. Una lectura que no se reduce a los esfuerzos de interpretación hermenéutica para tomar la tarea del historiador aisladamente ni a elaborar las conclusiones a nuestro alcance del hecho de que las explicaciones de sus investigaciones estén atravesadas por construcciones lingüísticas afines a la narración ni a interpretar la tarea del receptor de la obra historiográfica y los recursos que ha de emplear para ello. Nuestra lectura debe sustanciar la tendencia que la tarea del historiador y del receptor comparten y, para ello, ha tomado dichos estudios como precursores de una concepción narrativista que, después, hemos visto ampliada por el resto de los autores que nos han ocupado. Descubrimos, pues, el juego de sinergias entre ambos y el papel que el recurso a lo narrativo cumple en ese conjunto. Danto no considera que necesariamente los contenidos de la historiografía respondan a estructuras semejantes a las de la ficción ni Gallie considera que esta capacidad para seguir y captar el sentido teleológico de una historia -sea de la naturaleza que sea dicha historia- sea el único factor propio de la Historia, equiparándola con la ficción. Más bien, *el papel que este recurso a lo narrativo adquiere en ambos autores es el de servir de espacio discursivo en el que el sujeto puede dar cuenta del paso del tiempo cronológico en tanto tiempo vivido.*

La conjunción de las obras de Danto y de Gallie muestra desde los dos lados del proceso comunicativo -emisor y receptor- que no es viable el *entre-dos* que los reúne sin una referencia a lo narrativo. A recursos narrativos que, además, deben ser formulados desde una forma culturalmente determinada y que sea propia de una cultura concreta dada en una sociedad igualmente concreta y temporalmente acotada. Nuestra lectura no niega que la historiografía -como el resto de las producciones afines al campo de las ciencias sociales a lo largo de las décadas finales del siglo XX- contenga influencias o afinidades metodológicas con las ciencias experimentales generalmente tomadas, pero sí que

privilegia la referencia a lo narrativo como recurso que ha de incorporarse a cualquier estudio relativo a la metodología propia de la historiografía.

Encontramos con la lectura que conjuga ambos trabajos una forma sincrética de mostrar qué espacio discursivo es el que se crea como consecuencia del debilitamiento y posterior caducidad del modelo cientifista de estudio de la historiografía y qué es lo que emerge y que siempre había estado latente, esto es, su ineludible empleo de recursos procedentes de la narración. *Aquello que estaba latente es el presupuesto de origen narrativo que hemos rastreado siguiendo a Ricoeur, y es, en sentido fuerte, el mismo presupuesto que fue presentado en nuestra primera parte como un postulado que comparten algunas de las principales aportaciones venidas de las ciencias sociales que han tenido lugar en las décadas finales del siglo XX.* En consecuencia, podemos concluir que es posible reconocer un parecido de familia entre esos discursos que intentaban esclarecer la raíz narrativa de las producciones historiográficas y este estudio: ¿podemos defender que aquello que Ricoeur conquista para la Historia es lícito reconocerlo en la sociología o la politología posteriores? He ahí el sentido último que debe conducir nuestra investigación.

- Recuperación de la genealogía del postulado narrativo de R. Sennett

Al hilo de la reflexión que hemos construido en este capítulo hemos reconocido en la historiografía que Ricoeur toma como referencia algunos de los atributos propios de las ciencias sociales que nos ocuparon en la primera parte. Es ahora momento de atender a dicha sinergia. Analizando los contenidos de ‘El círculo entre narración y temporalidad’ dimos con el principio explicativo que guiaría nuestro análisis *Tiempo y narración* consistente en la afirmación de un modo poético de transitar la aporía de la temporalidad del que podemos encontrar efectos en múltiples expresiones culturales, incluyendo algunas aparentemente muy distantes de la producción y comprensión de ficciones.

A la vez, para que ese principio sea vigente fuera de los límites de la obra y pueda cumplir en nuestra investigación el papel de elemento vertebrador, es necesario que, apoyándonos en ‘La intencionalidad histórica’, llevemos a cabo una reformulación de la problemática subyacente en el estudio de R. Sennett, esta vez, en términos más próximos a la obra de Ricoeur. Esta reformulación integra las investigaciones en las que Ricoeur se

apoya en su revisión de las tesis narrativistas dentro del campo de la historiografía para dar cuenta del fundamento teórico subyacente en las tesis de R. Sennett. Más simplemente: *desde la revisión ricoeuriana de autores como Wright, Aron, Marrou, Braudel o Danto podemos proponer una vinculación indirecta pero fiable entre el trabajo de los historiadores y la narración y, como veremos, dicha vinculación es afín a la propuesta por Sennett entre determinadas estructuras de naturaleza socioeconómica y la corrosión de la competencia narrativa de los sujetos que las construyen.*

Retomamos *La corrosión del carácter* recordando los tres focos de nuestro análisis para plantearlos ahora a modo de pesquisas con las que reconocemos los fundamentos teóricos en los que se afianza la propuesta de Sennett desde una exposición más sistemática y de naturaleza hermenéutica que hemos encontrado en *Tiempo y narración*:

- La aproximación al concepto de carácter o identidad y su filiación con los recursos narrativos propios de los sujetos racionales a la hora de enfrentar su vivencia del paso del tiempo.
- La relación de dependencia entre la estructura socioeconómica y el carácter o identidad de los sujetos que la integran.
- La corrosión y el miedo como garante para el establecimiento de una identidad narrativa que constatamos desde su afección.

Si reconocemos estos análisis como pesquisas del funcionamiento narrativo con el que operan las referencias a lo estructural en el campo las ciencias sociales, el recurso al estudio de *Tiempo y narración* se entenderá como la única respuesta posible a la búsqueda de su fundamentación teórica. En este sentido, buscamos en la obra de Sennett -una obra de 1998 y de naturaleza práctica o aplicada- las pesquisas o, incluso, los últimos testigos de la pertinencia de la obra de Ricoeur -publicada entre 1983 y 1985 y cuya naturaleza es teórica o, al menos, con menores empeños adquiridos con su coyuntura sociocultural-. Lo posterior nos sirve como pesquisa para la búsqueda de sus fundamentos o principios reguladores.

Nos centraremos en algunos puntos de la obra de Ricoeur que consideramos preámbulos necesarios para la reflexión sociológica propuesta por Sennett. Buscamos, en primer lugar, la legitimación de la raíz común de estas pesquisas que reside en la mutua

implicación de la identidad y su contexto socioeconómico de referencia. Más que una legitimación explícita, encontramos en *Tiempo y narración* una afirmación mejor fundamentada de dicha implicación biunívoca que estamos considerando como el *acceso más fiable* al análisis de la narratividad del carácter o identidad del sujeto. El estudio que acabamos de concluir acerca de la vinculación indirecta entre la Historia y la narración nos permite analizar de forma más sistemática el calado de la obra de Sennett al proporcionarnos ese acceso fiable al presupuesto que ambas obras comparten: en Ricoeur, el recurso a lo narrativo en el ejercicio del historiador aparece si este debe dar cuenta de la estructura subyacente –ya sea en lo tocante a los procedimientos que emplea, a las entidades a las que se refiere o al tiempo histórico del que da cuenta en última instancia-. En Sennett, para tratar la estructura socioeconómica subyacente a la forma de vida de los sujetos del final del siglo XX en Estados Unidos, surge de suyo la necesidad de recurrir a lo narrativo desde su carencia o corrosión.

Si consideramos la obra de Sennett como vestigio de una concepción que Ricoeur estaba ya tratando desde una reflexión de segundo orden y de naturaleza hermenéutica, podemos afirmar la vigencia de los análisis de ‘La intencionalidad histórica’ en los estudios de Sennett. Y, si podemos afirmar esto, *podemos concluir que la obra de Sennett solo queda definitivamente analizada si es incluida en una corriente de pensamiento muy anterior a ella y que permite a su autor elaborar conclusiones últimas desde desarrollos escuetos*. Así, incluyendo a Sennett en una corriente de trabajo en historiografía que queda descrita desde las referencias que Ricoeur ha empleado y observando los parecidos de familia que *La corrosión del carácter* conserva con ellas, logramos mantener a flote nuestra hipótesis: *Sennett es pesquisa para encontrar un estudio hermenéutico de la relación del tiempo vivido y la narratividad*. *La corrosión del carácter* es un estudio del que no se puede dar cuenta si se toma aisladamente, sino que exige al lector la tarea de entroncar sus presupuestos en una tradición mucho más prolija. En este sentido es en el que, al comienzo de nuestra investigación, apuntábamos la siguiente intención: considerar que la obra de Sennett, para poder comenzar a escribirse, ha necesitado apoyarse en postulados que le vienen dados, por igual, desde la historiografía y desde la hermenéutica. *Podríamos decir que lo que hacemos al diseccionar los contenidos de Tiempo y narración es buscar la genealogía de los postulados sennettianos. De uno muy particularmente: la identidad narrativa*.

V. VARIACIONES FICTICIAS DE LA TRAMA

INTRODUCCIÓN

En ‘La configuración del tiempo en el relato de ficción’ Ricoeur enfoca sus esfuerzos en el análisis del *relato de ficción*, considerando que la única restricción para ser considerado miembro de esta clase es la abolición del compromiso con la verdad, que sí recorría a los miembros de la clase *Historia*. Consideraremos la mimesis II como espacio de confluencia entre las dos formas de relato del que, integrando las conclusiones de ‘Historia y narración’, esperamos obtener una descripción más precisa a lo largo del capítulo. Para ello, Ricoeur comienza esta tercera parte recuperando el *mythos* aristotélico que considerábamos sedimento de la capacidad narrativa del sujeto y que debe servirnos para explicar el papel en la configuración de culturas del relato de ficción generalmente tomado y, yendo más lejos, para abordar el modo en que los sujetos culturalmente determinados dan cuenta del paso del tiempo cronológico en tanto tiempo vivido. A la vez, esta recuperación no parte del cierre del discurso relativo a la historiografía que nos ocupó en la segunda parte, sino que incorpora sus conquistas, como el vínculo indirecto entre Historia y narración, la teoría de la frase narrativa de Danto o el de la capacidad para continuar el relato *-followability-* que tomábamos de la obra de Gallie.

Recuperamos, pues, la construcción de la trama como “dinamismo integrador”³²⁸ capaz de generar estructuras con sentido completo y unitario partiendo de elementos heterogéneos con la vista puesta en el papel de la verosimilitud en la composición de ficciones a la luz de las novedades en el campo de la narrativa a lo largo de los siglos XIX y XX, con especial atención a la novela como género paradigmático. Entenderemos la verosimilitud como “la habilidad de un hacer-creer”³²⁹ y haremos depositaria de tal capacidad a la inteligencia narrativa del sujeto y con N. Frye abordaremos esta operación

³²⁸ T.N. II, p. 384.

³²⁹ T.N. II, p. 394.

de carácter *transhistórico* consistente en la vinculación de esa inteligencia narrativa con la tradicionalidad propia de su tiempo histórico y de su comunidad de referencia.

Como veremos, en N. Frye encuentra Ricoeur un planteamiento afín del lugar de la ficción que parte de ese correlato con las facultades del sujeto que se ponen en juego en ese lugar y aprovecha la sinergia entre el final de *Anatomie de la critique* de Frye y el inicio de *The sense of an ending* de F. Kermode para incorporar a su discurso el análisis del problema propio del siglo XX que tiene que ver con la dificultad para concluir las ficciones y que, con Kermode, consideraremos consecuencia del debilitamiento del paradigma narrativo propio de nuestro tiempo. Finalmente, propondremos el isomorfismo entre el concepto kuhniano de paradigma y la tradicionalidad que con Frye consideramos insalvable a la hora de dar cuenta del relato de ficción como efecto culturalmente determinado por ella.

Ante el vínculo entre tradición e inteligencia narrativa y la revisión del aparente debilitamiento del paradigma contemporáneo para la construcción de tramas, se ve Ricoeur impelido por el propio discurso a plantear qué restricciones sean propias del discurso narrativo contemporáneo y recurrirá para ello a la semiótica en el mismo sentido que antes lo hizo a la historiografía francesa.

En *Morfologija skazki*, V. J. Propp trata la forma general del cuento ruso y busca aquellas partes constitutivas de este género con la intención de conformar una taxonomía que le permita dar cuenta de la generalidad. Para ello, recurre a la exposición de más de treinta funciones con las que conforma una “protoforma del cuento”³³⁰ desde la que se pueden estudiar los cuentos singularmente tomados partiendo de funciones como la trasgresión, el engaño o la interrogación que serán asumidas por personajes capaces no solo de encarnarlas en la acción concreta de cada cuento sino también de servir a la semiótica como evidencias de los rasgos compartidos por el género que conforman su identidad. Desde aquí, nosotros consideraremos estas funciones como elemento principal que relega a los personajes y a sus caracterizaciones a un lugar secundario o derivado desde un punto de vista semiótico.

Con la misma intención, recuperaremos *Logique du recit* de C. Bremond. En ella se mantiene una intención analizar el relato de ficción pero se parte de la consideración

³³⁰ T.N. II, p. 429.

del estudio properiano de las funciones como restrictivo, rígido y mecánico. Para superar estas debilidades, recurre Bremond al encadenamiento de funciones a personajes y a contextos culturalmente determinados. Desharemos, pues, con Bremond, la escisión properiana entre funciones y personajes y partiremos de la imposibilidad de dar cuenta de unas sin los otros. Además, añadiremos el anclaje en un sistema cultural de referencia que permita articular la dualidad anterior dentro de una armonía que permite la mutua *precomprensión* del autor de la ficción y del receptor de esta. Recuperando las conquistas de la primera parte de la obra, consideraremos que la mimesis II o mimesis-invencción debe quedar inscrita en un contexto cultural para cumplir su función de mediación entre mimesis I y mimesis III.

Recorridos ambos estudios acerca del relato de ficción, reconoceremos su parcialidad o, al menos, su debilidad a la hora de dar cuenta del papel de la trama en la constitución identitaria del sujeto. Recurriremos en consecuencia a A. J. Greimas, especialmente a sus estudios *Du sens y Maupassant: la semiotique du texte, exercices pratiques*. En ellos se parte del papel de los *actantes*, es decir, de los arquetipos que dan lugar a los personajes y que llevan a cabo o padecen las acciones que en las funciones properianas se detallan. Desde su concepción del papel de los *actantes* en el estudio del relato de ficción puede Greimas organizar el estudio de la trama dividiéndola en tres estratos: superficie, profundo y figurativo. Este esquema de Greimas es preferido por Ricoeur a los propuestos por Propp y Bremond, pero, a la vez, reconoce la deficiencia implicada en el hecho de que el tercero de los estadios, el figurativo, quede anclado no en el relato mismo sino en el sedimento cultural del que toma su razón de ser. Para nosotros, esta deficiencia será un elemento clave en la configuración del discurso de *Tiempo y narración* y en la investigación que nos ocupa, tal y como mostraremos en el siguiente capítulo.

V.1. Diálogo con la narratología

Nos proponemos enriquecer el concepto de trama que ya configuramos tomando como punto de partida los análisis llevados a cabo dentro de la narratología y que tienen como objeto el *juego* que se genera entre la concatenación de acontecimientos y el acto configurante propio de la trama. Este acto configurante es efecto de aquella síntesis de lo heterogéneo, de aquella generación de concordancias dentro de series de elementos *a priori* discordantes que analizó la primera parte de la obra pero, en este momento, es pertinente recuperarlo dadas las posibilidades de análisis que abre el relato de ficción. En este sentido, tratamos a continuación varias versiones de este juego.

En la primera versión del juego, encontramos un planteamiento general que sigue una de las estrategias discursivas más habituales en la obra, consistente en asumir que los tiempos del verbo pueden separarse de “la experiencia viva del tiempo”³³¹ pero, a la vez, en objetar que esa separación nunca será completa. Esta paradójica vinculación entre los tiempos verbales que el relato pone *en movimiento* y las estructuras temporales de las que da cuenta un estudio fenomenológico del tiempo es analizada por Ricoeur de forma especialmente provechosa partiendo de las reflexiones inspiradas por el relato de ficción y ello nos legitima para considerar dicha vinculación una forma de vinculación indirecta que recuperaremos más adelante.

En *Problemas de lingüística general* publicado en 1971 por E. Benveniste encontramos la distinción entre historia -en la que el hablante no está implicado en su proceso discursivo- y discurso -en el que el hablante trata de influir en el oyente- y, desde ella, reconocemos una vinculación entre los tiempos verbales propios de la *historia-narración* y nuestra vivencia temporal: ambos pueden entenderse aisladamente tomados, pero conservan una dependencia idéntica con el paso del tiempo cronológico. En efecto, lo que acotamos con Benveniste es el papel del tiempo cronológico en la relación entre estructuras del discurso y en la configuración de la *historia-narración*, pues en ambos casos el tiempo es la referencia a la que ambos se deben.

Por el contrario, la obra de H. Weinrich *Tempus. Besprochene und erzählte Zeit*, se propone disociar el empleo de los tiempos verbales en el interior de cualquier *historia-narración* de nuestras categorías *presente-pasado-futuro*, que serán propias de aquello

³³¹ T.N. II, p. 471.

que venimos considerando *tiempo vivido*. De este discurso, tan alejado del de Benveniste, tomamos la distinción entre *tempus* y *Zeit* que deriva de la disociación apenas apuntada, donde *Tempus* es aquel tiempo verbal que sirve de vehículo para la *historia-narración* y *Zeit* es el tiempo cronológico independiente de la vivencia del sujeto.

Desde esta distinción y haciendo referencia a Husserl, Ricoeur plantea una “filiación por neutralización”³³² que le permite ajustar más esta vinculación paradójica entre tiempos verbales y tiempo cronológico. La *filiación por neutralización* se evidencia en que cualquier acto de naturaleza narrativa tiende a anular en el receptor el compromiso con su entorno de referencia. Es así como se logra la neutralización del paso del tiempo cronológico, empleando estructuras narrativas que aclaran el efecto de la *historia-narración* en nuestra concepción del tiempo que se consumará en la constitución de una concepción humana o vivida del tiempo que hemos construido desde Aristóteles y Agustín de Hipona. A pesar de ello y recuperando la estrategia discursiva a la que nos referíamos al principio de este primer juego, Ricoeur considera el análisis de Weinrich precipitado en su ruptura con el paso del tiempo cronológico y propone, como complemento de la *filiación por neutralización*, el *redescubrimiento* del tiempo cronológico conformado en el tiempo vivido como el quehacer propio de la *historia-narración*.

La segunda versión del juego parte de *Morphologische Poetik*, publicado en 1968 por G. Müller. Reconoce el autor en la naturaleza del acto narrativo la vinculación con la vida como condición de posibilidad. El acto de narrar reclama un acontecimiento del que hacerse cargo y obtiene ese acontecimiento, de forma directa o derivada, de la vida. En efecto, tanto en los relatos en los que la verdad es la pretensión como en los que lo es la verosimilitud, la vida será siempre el qué del acto narrativo.

Desde esta concepción de la narración recupera Ricoeur una expresión tomada de T. Mann en la que nos detenemos brevemente: “narrar es dejar de lado (*aussparen*³³³), elegir y excluir a la vez”³³⁴. Narrar tiene que ver con conservar y con seleccionar. Con Mann matizamos que, si la narración solo tiene sentido como referencia a la vida, esa referencia no es ni puede ser inocente. Es efecto de un sujeto que ahorra, que conserva elementos concretos de aquel *fluir* que le ocupa y otros no. El ahorro es tarea de alguien

³³² T.N. II, p. 490.

³³³ *Aussparung*, *épargne*, ahorro.

³³⁴ T.N. II, p. 495.

y no es inocente. Es tarea del narrador la disección entre lo que de la vida le sirve para disponer de ello y lo que de ella le sirve para protegerlo, para emplearlo de un modo diferente y efecto del cuidado³³⁵.

Retomando la guía de *Morphologische Poetik* distinguimos tres tiempos a partir del acto narrativo: el tiempo de narrar, que es cronológico y que podemos medir en páginas o renglones leídos; el tiempo que es narrado, que pertenece al universo de la obra; y el tiempo de la vida, que reconocemos como tiempo también narrado pero que no pertenece a la narración misma, sino a la vida. G. Genette propone en *Discours du récit* una estructura afín, donde prima el tiempo propio del “enunciado narrativo”³³⁶ capaz de conectar otras dos temporalidades: el tiempo propio de la historia “narrada”³³⁷ y el tiempo propio del acto de narrar tomado en sí mismo. Ambas estratificaciones del tiempo partiendo de la experiencia temporal que el relato de ficción genera, evidencian que hay un “carácter de ficción”³³⁸ en el fondo de cualquier experiencia que incluya una dimensión temporal y que se trata de un carácter irreductible, inherente a nuestra lectura del tiempo cronológico.

Para nuestra investigación es relevante que el estudio del *carácter de ficción* que consideramos inherente a cualquier experiencia humana relacionada con el paso del tiempo no sea dependiente de la técnica narrativa que el narrador emplee. Es decir, reconociendo el papel del narrador y la existencia de un tiempo en el que la narración se produce, reconociendo también que la narración es un producto cultural y, por lo tanto, sujeto a las especificidades propias de cada contexto, no dejamos de considerar este vínculo entre la narración y la vivencia del tiempo independiente de la técnica narrativa empleada por cada narrador o de cualquier otro accidente que lo incardine.

La última versión del juego incorpora del anterior dos nociones relativas al papel del tiempo, la de *punto de vista* y la de *voz narrativa*. Sin ambas, la ligazón entre la experiencia temporal y la narración a la que remite el juego queda *demasiado distante*.

³³⁵ Es tarea del narrador esa disección, sin embargo, ¿es exclusivamente suya? Desde de las referencias ricoeurianas a productos narrativos tan distantes como los de Braudel y los de Woolf, lo que se va debilitando es la seguridad en los límites del espacio en el que la narración es pertinente. Aceptando esta concepción del acto narrativo de Mann e incluyéndola en los límites de nuestro discurso, esa tarea de elección y de ahorro es la que vinculaba la mimesis II con la mimesis I. Por lo tanto, la narración en tanto ahorro no es exclusiva de los narradores, lo es de cualquiera que entrame. Y, para nosotros, la capacidad de entramar es inherente a la identidad del sujeto y a su *lectura* del tiempo.

³³⁶ T.N. II, p. 501.

³³⁷ *Ibidem*.

³³⁸ T.N. II, p. 510.

Cualquier narración representa un mundo, un universo y, en ella, punto de vista y voz narrativa coinciden y comparten la función de introducir al lector en ese mundo. Así, en la novela, lo definitorio es la exploración con el punto de vista y con la voz narrativa y, de suyo, con la experiencia del lector.

En *La transparence intérieure*³³⁹, D. Cohn estudia los modos en que la vida psíquica de los sujetos es representada en la novela. Algunos de ellos sirven a Ricoeur para revisar aquella coincidencia entre punto de vista y voz narrativa: “la mimesis de la vida psíquica o interior”³⁴⁰ que puede reconocerse en una confesión o en una autobiografía y a través de la cual el lector recibe los pensamientos de un personaje de ficción sin mediaciones; el monólogo interior que presupone la “transparencia del espíritu”³⁴¹ del personaje a los ojos del narrador y la capacidad de este de ponerla a disposición del lector; y, por último, de la mano de Flaubert o de Jane Austen, “el famoso estilo indirecto libre”³⁴², basado no en citar el monólogo interior del personaje como en la segunda técnica, sino en narrarlo. Las experiencias y también las palabras empleadas para nombrarlas son del personaje, sin embargo, el narrador decide aclarar su presencia a los ojos del lector, dejar patente su mediación.

En la misma dirección, recupera Ricoeur el estudio de B. Ouspenski *A poetics of composition, the structure of the artistic text and typology of a compositional form*, de 1973. Con él, consideramos el punto de vista como aquello que designa en el interior de la narración “la orientación de la mirada”³⁴³ del narrador hacia los personajes y la de los personajes entre sí. A la vez, esta orientación no elimina la vigencia de la voz narrativa, es decir, de la presencia inexpugnable del narrador en el relato mismo. Para aclarar esta vigencia recurre Ricoeur a la “novela polifónica”³⁴⁴, al modo en que las novelas de Dostoievski o Woolf muestran que la presencia de una polifonía de voces que construyen el relato extiende y deforma las concepciones clásicas de punto de vista y de voz narrativa.

En definitiva, aquello que desde la novela podemos explorar es el juego de deformaciones, extensiones o contracciones que los elementos constitutivos de la trama pueden sufrir sin que el resultado deje de poder considerarse una narración. Y la primera

³³⁹ Cohn, D., *La transparence intérieure: modes de representation de la vie psychique dans le roman*, París, Editions du Seuil, 1981.

³⁴⁰ *T.N.* II, p. 515.

³⁴¹ *T.N.* II, p. 517.

³⁴² *Ibidem*.

³⁴³ *T.N.* II, p. 522.

³⁴⁴ *T.N.* II, p. 527.

exploración nos ha llevado hasta la novela polifónica, donde voz narrativa y punto de vista, sin desaparecer, vuelven a configurarse.

V.2. Diálogo con la ficción

Recurrimos a la novela buscando algunos juegos concretos con la experiencia del paso del tiempo. Se trata de encontrar en variaciones imaginativas contenidas en ficciones aspectos de nuestra concepción del tiempo. En este sentido, concebimos las obras a las que nos dedicaremos a continuación como *fábulas sobre el tiempo*, sobre su configuración y las deformaciones que permite. Así pues, “dejemos ahora que estas tres fábulas sobre el tiempo nos instruyan”³⁴⁵.

En la lectura pueden distinguirse dos planos, uno centrado en trama de la obra literaria y otro pendiente de la visión de la temporalidad y del mundo que esa proyección configura. Esta distinción, aplicada a *La señora Dalloway*, muestra en el primero de los planos una trama *truncada* y construida partiendo de la intención de enfatizar el segundo plano, relativo a la experiencia temporal que la narradora -la voz narrativa- propone al lector. Atendiendo a los procedimientos que la obra emplea y que arrojan luz a este estudio, su técnica narrativa se construye a partir de la sucesión de *pequeños acontecimientos*, concretísimos y, muchas veces, aparentemente irrelevantes a lo largo de una única jornada. Estos acontecimientos son presentados mientras el sonido del Big Ben señalando las horas recuerda al lector que la experiencia de ficción también está sometida al efecto del paso del tiempo, a la vez que le impele a tomar conciencia de que el espacio de ficción le permite experimentar con la vivencia de ese mismo paso del tiempo en un sentido muy diferente al cotidiano.

Otro procedimiento empleado por Woolf relevante para nosotros es el modo en que los acontecimientos se van acumulando. A medida que la narración va avanzando, el ritmo en que los acontecimientos se suceden enlentece, proliferando los recuerdos de los personajes que generan en el lector ese efecto de enlentecimiento en el avance de la trama, que pone frente al lector una experiencia ficticia relativa al paso del tiempo cronológico.

³⁴⁵ T.N. II, p. 535.

La narración continúa avanzando inexorablemente, pero lo hace cargando con “una inmensidad implicada”³⁴⁶ cada vez más pesada o más presente.

El último procedimiento que destacamos es el poder omnímodo que se atribuye Woolf para saltar de un narrador a otro, para trasladar la narración al lector desde la construcción que de los acontecimientos hace un personaje y, a continuación, desde la que hace otro. Pasamos del flujo de una conciencia al de otra de la mano de una narradora que se atribuye ese poder desde el inicio -no es la propia narración la que impele al narrador a elaborar el relato desde la conciencia de uno de los personajes, es la narradora la que va saltando de una conciencia a otra por motivos que no siempre son claros para el lector-.

Estos procedimientos son prueba de que la intención última de Woolf es “refigurar mediante la lectura al tiempo mismo”³⁴⁷. El *tiempo mismo* que se configura alrededor de las campanadas del Big Ben, que recuerdan al lector la presencia del *tiempo monumental*, del tiempo que se construye solo con los golpes que derivan del paso del tiempo cronológico. El *tiempo mismo* lo construye la voz narrativa alrededor del *tiempo monumental* que el reloj hace patente: “Las horas de toda la narración hay que oírlas sonar -mejor, golpear-”³⁴⁸.

La fuerza de la novela no está en el juego entre un tiempo exterior e inapelable y uno interior, propio, íntimo sino en las variaciones de ese ensamblaje, en el salto de una conciencia a otra, de las narraciones de Clarissa a las de Septimus y a las de Peter. Con ello, lo que Woolf nos obliga a enfrentar es que las variaciones son infinitas y, en consecuencia, nuestras lecturas del paso del tiempo son construcciones, efectos del esfuerzo de uno sujeto arrojado a un tiempo monumental e informe. *El tiempo mismo como construcción es el resultado del juego entre los flujos de conciencia, de la acumulación de sus resonancias.*

En *La montaña mágica* lo que capta el lector con más precisión es la suspensión del paso del tiempo cronológico en el sanatorio de Davos. Lo que define la forma de vida de *los de arriba* es haberse aclimatado a un espacio “fuera-del-tiempo”³⁴⁹, a un *tiempo abolido* por carecer de medida, de regla. Berghof representa la reclusión espacial que

³⁴⁶ T.N. II, p. 539.

³⁴⁷ T.N. II, p. 542.

³⁴⁸ T.N. II, p. 544.

³⁴⁹ T.N. II, p. 554.

genera una reclusión temporal en la que *los de arriba* quedan suspendidos, una realidad en la que el tiempo no tiene efecto, no cumple su tarea y la narración se va construyendo alrededor del juego entre las vivencias que en Berghof se suceden y las pocas llegadas y salidas que permiten al lector tomar conciencia de que tiempo cronológico sigue teniendo efectos para *los de abajo*. En palabras de Ricoeur, “ver el hilo conductor de *La montaña mágica* en la confrontación de Hans Castorp con el tiempo abolido”³⁵⁰.

La estructura general de la obra también nos impele a considerar el paso del tiempo como eje, como muestra la estructura de los capítulos. Siete capítulos que narran los acontecimientos de siete años cuya proporcionalidad aparente toma una forma más compleja si atendemos a la extensión de cada capítulo ya que tienden a alargarse paulatinamente y el contenido que hace que se alarguen conserva un vínculo con la temporalidad, pues son las reflexiones del protagonista con respecto a su vivencia del tiempo y a los efectos que sobre esa vivencia tienen los acontecimientos que van acumulándose en la trama. Avanzando la trama, vamos profundizando en el debate interior del héroe frente a la pérdida de sentido del tiempo y tenemos la impresión de hacerlo en los instantes mismos en que está teniendo lugar, como si pudiéramos asistir a la toma de conciencia de la insustancialidad del tiempo en el momento mismo de producirse.

La presencia del autor en la narración misma es otro de los rasgos de la obra que nos permiten considerarla una reflexión narrada acerca de la temporalidad. El autor se atribuye la posibilidad de intervenir en el discurso que construye y, con ello, ensancha las posibilidades de la voz narrativa hasta el punto de que es esta la que interpela al lector, la que le dirige también en su toma de conciencia de las conclusiones de lo leído. El autor interpela al lector después de haber construido un universo en el que el efecto del tiempo es el asunto alrededor del que gravita la trama. La enfermedad, la muerte, su vecindad con el amor y tantos otros ejes desde los que se puede diseccionar la obra son deudores de este eje principal.

En ‘Nieve’ la experiencia del tiempo y el tiempo narrado logran conjugarse en un solo discurso en el que se evidencia que el tiempo cronológico ha perdido su lugar privilegiado y se abre frente al lector un espacio discursivo en el que la aporía que tematizábamos con Agustín - *¿Qué es, entonces, el tiempo?* - puede transitarse o, mejor,

³⁵⁰ *Ibidem*.

comprobamos que es transitada poéticamente. De este modo, la narración permite flexibilizar el foco de nuestro análisis: ¿y si lo principal no fueran los efectos que el tiempo cronológico tiene en nuestra experiencia sino la imposibilidad de acompañar ese tiempo fenoménico con *nuestro tiempo*? Accedemos a un discurso independiente y soberano acerca del *tiempo interior*, desligado de medidas y, desde él, asumimos que el único problema que el tiempo supone es el que tiene que ver con la imposibilidad de conjugar ambas esferas temporales. El tiempo es y solo puede ser un misterio y lo es porque nuestras percepciones no son unívocas ni pueden unificarse, como muestra ‘Nieve’, donde, de la mano de Castorp y de la voz narrativa que le interpela, este enigma del tiempo vuelve a plantearse, esta vez desde una arista nueva: ambas temporalidades, la de los relojes y la íntima, constituyen dos esferas por igual legítimas y de las que no encontramos posibilidad de conjugación fuera del relato. La obra, en definitiva, es una novela sobre el tiempo que nos aporta un modo de refiguración narrativa de la experiencia temporal en el que, claro, no encontramos una solución a las aporías agustinianas, pero sí un modo de hacerlas transitables, *en ejercicio*, producto de esa refiguración. La voz narrativa y el héroe guían al lector en ese recorrido y le conducen a una aparente suspensión de los efectos de la temporalidad en los capítulos finales y, especialmente, en el epílogo. *Desde esa aparente suspensión, quedamos frente a la vertiginosa imagen de un tiempo íntimo suspendido, independizado del tiempo de los relojes y es ese carácter de exploración surgido en la disociación de ambas temporalidades la aportación capital que rescatamos de la obra de Mann.*

Llegamos a Proust sabiendo que la novela ha acumulado suficientes estrategias para que sus variaciones imaginativas puedan considerarse estudios relativos a la configuración temporal de nuestra experiencia. Sabemos también el poder de la ficción literaria para crear el escenario en el que mostrar la apropiación de un héroe de su propia identidad y, si aquella concepción del *mythos* aristotélico que consideramos nuestro punto de anclaje sigue vigente es, sobre todo, porque esta apropiación de lo que siempre fue propio no es exclusiva del héroe sino reflejo de la apropiación que cualquier sujeto necesita para identificarse, para definirse. La *katarsis* aristotélica es reflejo de que cualquiera necesita ese escenario.

Aquello que con la novela temporal logramos los sujetos contemporáneos es una *puesta en escena*, una ficción capaz de refigurar las estructuras temporales estrictamente humanas, pero, a la vez, dependientes de los contenidos culturales propios de nuestra

época. En este sentido, la obra de Proust es una novela temporal paradigmática en la que es el héroe-narrador la entidad que sostiene la tensión narrativa porque la ficción tiene como objeto su experiencia temporal e integrará las especulaciones acerca de esta experiencia que el autor acumule. En este sentido, la *voz narrativa* tenderá a disolverse en *voces narrativas*, la del héroe y la del narrador. La voz del narrador puede reconocerse en el modo en que nos presenta al héroe, sobrevolando sus progresos, presentándolos desde una temporalidad diferente de la suya, como el que ya sabe cuál es la peripecia que le espera y la narra fundando en ese mismo acto narrativo una temporalidad que no es aquella en la que se inscribe la narración misma. Citando a Ricoeur, Proust “dice más de cien veces: “como veremos más adelante””³⁵¹, fundando en el lector la expectativa de una temporalidad que él administra.

Desde las primeras páginas de ‘Por el camino de Swann’ el narrador nos presenta la acción desde una anterioridad no datada, “un antes sin frontera”³⁵², un *tiempo perdido*. La experiencia de la magdalena servirá para colocar al lector dentro de ese espacio narrativo donde la experiencia temporal es, en realidad, lo único *en juego*. La magdalena, más allá de ser un signo premonitorio, aparece como efecto de una memoria involuntaria que sitúa la experiencia temporal en el foco, logrando que el héroe sea interpelado por su infancia, por el paso del tiempo. A la vez, la infancia del héroe no es el objeto de la ficción sino un haz de recuerdos inconexos y sin datar que no generan en el lector la sensación de poder asirse ordenadamente. Con ello, aumenta la sensación del lector de estar frente a una ficción autobiográfica que se escribió mezclando ensoñaciones y recuerdos difusos y que avanza hacia una conclusión en la que cunde la sensación de impotencia del lector ante la evidencia de la distancia con el pasado y de la imprecisión del recuerdo. Desde esta lectura del pasado el lector interpreta el tiempo perdido como aquella colección de recuerdos inconexos donde se mezclan ensoñaciones y referencias a acontecimientos constatables que es, a fin de cuentas, el espacio narrativo en el que Proust nos ha colocado.

Salimos de esa red de recuerdos en la estación de Tansonville, cerca de Combray y enfrentamos un *tiempo recobrado*. Nos encontramos ante una temporalidad en la que el presente inmediato adquiere una vigencia suficiente para contener la afirmación plena de la identidad del héroe, una temporalidad capaz de contener la pura contemplación en tanto

³⁵¹ T.N. II, p. 588.

³⁵² T.N. II, p. 590.

acto, a la vez, fugaz y con pretensiones de atemporalidad. Si al tiempo perdido accedía el héroe mediando una memoria involuntaria, en cambio, al tiempo recobrado accedemos casi por azar, por la acción de la atención como facultad ocupada en el presente. Podemos considerar el tiempo recobrado de un modo semejante al que Platón empleaba para describir las estatuas de Dédalo: “Siempre prestas a la fuga”³⁵³. En este tiempo, la intención del héroe que el narrador no deja de poner frente a los ojos del lector es la de fijar la vivencia cuando todavía es cometido de la atención. El héroe pretende sujetar un tiempo recobrado como el escultor atrapa y encapsula un solo instante que permite al que mira captar el sentido último de la acción completa que solo puede suponer.

En la escritura el tiempo recobrado para la contemplación y el tiempo recobrado como oportunidad para la atención se tocan, pues gracias a la escritura aquella atemporalidad *aterriza* en una experiencia que logra fijarla a costa de hacer imposible que volvamos a vivirla, a costa de que la atención la pierda de vista. Así pues, el tiempo recobrado queda caracterizado por la relación entre el aprendizaje de los signos propios del tiempo perdido y la exaltación de la atemporalidad que tiene lugar en el arte.

Tratamos con el tiempo a sabiendas de que estuvo perdido para poder ser ahora recobrado. Sin embargo, para Ricoeur, la obra nos enfrenta a una dualidad más profunda y, quizá, contenida en esta: la de la vida y la literatura. La impresión que queda fijada en una huella y la obra artística que muestra el sentido de dicha huella conforman una dualidad que permite dar cuenta de la experiencia temporal, que, recordémoslo, es el objeto de la novela. La narración es la búsqueda de una impresión ya perdida y que la obra literaria recobra a costa de asumir su incapacidad para volverla presente, para arrancarla de la memoria y devolvérsela a la atención.

En Proust encontramos una vinculación entre la vida y la literatura que da sentido a nuestro diálogo con la ficción. Si consideramos que un foco de la elipse que la trama dibuja es el tiempo perdido en el que los signos eran aprendidos y que el otro foco es la contemplación marcada por la atemporalidad, aunque ampliemos nuestro ángulo de visión y extrapolemos estos focos hacia una dualidad entre vida y literatura, no podremos perder de vista que esos focos no son ni pueden ser reversibles o intercambiables. Esclarecer el vínculo entre ambos focos de la elipse no elimina la distancia que media entre ellos y que Proust al final de la novela funde un *tiempo incorporado* nos obliga a

³⁵³ T.N. II, p. 606.

reconocer como corolario que el tiempo *recobrado* es, más precisamente, un tiempo *perdido-recobrado* que solo lo será, efectivamente, a costa de ser un tiempo *transitado*. La incorporación llegará como efecto de haber sido transitada la distancia entre los dos focos de la elipse y, además, de haberla transitado en el único sentido posible.

Cualquier tiempo recobrado incluye en sí mismo un tiempo perdido antes. Cualquier tiempo perdido es recuperado solo con la condición de asumir que es inasible en tanto presente. Cualquier tiempo solo es estrictamente humano cuando se transita, cuando es una variable en movimiento capaz de generar efectos, cuando se incorpora. En definitiva, “es el tiempo el que nos contiene”³⁵⁴ y la ficción nos lo recuerda.

V.3. Vigencia de la trama en la narrativa del siglo XX

En el capítulo III caracterizábamos el concepto de trama sirviéndonos del rodeo por la triple mimesis como configuradora de un tiempo específicamente humano que superara la aporética en la que desembocaba el análisis del tiempo y en el capítulo IV rescatábamos algunos estudios historiográficos cuya raíz común era la alusión a la trama como elemento vertebrador de sus discursos. Ahora, fundamentamos esta alusión a la trama tomando como referencia algunos estudios venidos desde la narratología. Es importante tomar en consideración que los estudios a los que nos referiremos fueron publicados en las décadas de los 60 y los 70, igual que aquellos que nos ocuparon en el capítulo IV. Del mismo modo que allí considerábamos que el papel que aquellas referencias cumplían en el estudio de Ricoeur iba más allá del puro poder ejemplificador de las propuestas del autor y que constituían el cuerpo mismo de su argumentación y, por lo tanto, eran clave para el éxito de su estudio, ahora, consideramos que reposa en los estudios de Frye, Kermode, Propp, Bremond y Greimas la posibilidad de construir un concepto renovado del *mythos* trágico que pueda dar razón de las ficciones propias del siglo XX.

Aunque la afinidad entre los estudios historiográficos y los narratológicos se haga cada vez más evidente, posponemos la revisión compartida de ambos hasta las

³⁵⁴ T.N. II, p. 617.

conclusiones y nos enfocamos ahora en dar cuenta de los estudios venidos de la narratología tomados independientemente.

A) EL MODO NARRATIVO CONTEMPORÁNEO

Retomamos el papel del *mythos* y de la triple mimesis y buscamos su vigencia en la configuración del relato de ficción desde el contexto sociocultural del siglo XX. Lo hacemos a partir de dos referencias que configurarán el modo desde el que, hoy, interpretamos el relato de ficción.

La primera de ellas recupera la *inteligencia narrativa* y la *tradicionalidad* en N. Frye como partes de un binomio capaz de atender al modo narrativo actual desde la articulación de temporalidades diferentes. Comenzamos recurriendo a la *inteligencia narrativa* como eje de nuestras referencias a la narratología y a aquellos asideros que ella reclama para configurar el relato. Entendemos por *inteligencia narrativa* aquella capacidad del sujeto de generar una ligazón portadora de sentido en un contexto de acontecimientos que carecerían de dicho sentido unitario si no fueran recogidos y reinterpretados por dicha inteligencia. Por lo tanto, diremos que “la inteligencia narrativa conserva, integra y recapitula su propia historia”³⁵⁵. Lejos de tratarse de un esquematismo de reminiscencias formalistas que colocaría nuestro análisis en un ámbito de influencia kantiana y, de suyo, a la inteligencia narrativa como una potencial facultad del sujeto que sería independiente del tiempo mismo que este sujeto habita, Ricoeur analiza la inteligencia narrativa desde su conexión con la *tradicionalidad*:

La tradicionalidad es ese fenómeno (...) que permite a la crítica mantenerse a mitad de camino entre la contingencia de una simple historia de los géneros o de las obras singulares que competen a la función narrativa y la eventual lógica de los posibles narrativos³⁵⁶.

Así, la tradición será el recurso que la inteligencia narrativa necesita para tratar con un *orden de naturaleza transhistórica* que, sin embargo, queda fijado en cada época histórica bajo ciertos rasgos concretos que pueden ser estudiados desde un punto de vista hermenéutico más allá de las conclusiones que ellos mismos aporten a la Historia de los

³⁵⁵ T.N. II, p. 395.

³⁵⁶ *Ibidem*.

géneros literarios concretos³⁵⁷. Nos colocamos, en consecuencia, en el marco interpretativo que parte del trabajo de la inteligencia narrativa con la tradicionalidad de su contexto cultural y cuyos efectos son los relatos de ficción. Tomamos entonces como ocupación principal de la inteligencia narrativa la referencia a los efectos de su contexto cultural, que tomarán la forma de cierta tradicionalidad.

Aquello que podremos considerar *transhistórico* -independiente del contexto cultural dado- será la alusión a la tradición, nunca la tradición misma. Del mismo modo, la inteligencia narrativa será un producto histórico dependiente de su contexto y no un concepto de naturaleza apriorística. Por tanto, el esquema que maneja Ricoeur y en el que se engarza la referencia a N. Frye huye de la reminiscencia formalista pero no se inscribe por ello en una lectura unitaria de la temporalidad, como prueba que la tradición y la inteligencia narrativa sean procesos culturalmente determinados y que lo único que podamos establecer como necesario, *transhistórico* o común a cualquier cultura sea su mutua implicación. Se tratará, más bien, de un acoplamiento por parte de la inteligencia narrativa a una tradición cultural a la que pertenece *de facto* y que tiene como rasgo principal la *larga duración* de sus contenidos. No hay en ese acoplamiento lugar para los formalismos en el esquema ricoeuriano, pero sí para el juego entre temporalidades como espacio en el que la inteligencia narrativa del sujeto logra de definirse.

En *Anatomie de la critique* de N. Frye anclamos nuestra asunción de la configuración narrativa del vínculo entre inteligencia narrativa y tradicionalidad que describimos como vínculo *transhistórico*. En ella encontramos arquetipos y modos específicamente narrativos desde los que se analiza el relato basándose en símbolos que orientan el discurso *hacia lo interior* –recurriendo a la terminología del propio Frye-. De este análisis obtenemos algunos pilares para nuestra revisión del tiempo narrado: por un lado, asumimos que los relatos de ficción que cada cultura produce pueden ser agrupados bajo *parecidos de familia*, pudiendo establecerse “modos narrativos”³⁵⁸ afines a los paradigmas propuestos por T. Kuhn³⁵⁹, por otro, merced al establecimiento de dichos

³⁵⁷ Con respecto a la necesidad que queda desde aquí apuntada de alusión a una estructura vivencial o social en el sentido más amplio del término por parte de la inteligencia narrativa, diremos de forma breve que sigue remitiendo al trabajo de *rescate* que la sociología de Sennett lleva a cabo con las conclusiones de los estudios hermenéuticos precedentes y, en particular, de *Tiempo y narración*: la obra de Sennett permite dotar de contenido al esquema ricoeuriano y nos permite desde su conjunción comprender con más precisión el contexto socioeconómico que nos ocupa.

³⁵⁸ T.N. II, p. 378.

³⁵⁹ Tomamos como referencia el concepto de paradigma en la obra de T. Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas*.

modos narrativos, asumimos la acción de una “imaginación creadora”³⁶⁰ que aquí denominamos *inteligencia narrativa* y cuyo objeto es aportar un esquematismo que por una parte será *transhistórico* y que podremos encontrar en cualquier cultura y que, por otra parte, será afín a la cultura de cuya tradicionalidad se nutre a la vez que intenta dar cuenta de ella. Por último, asumimos la rigidez de la *tradicionalidad* como muestra de nuestra “dimensión temporal irreductible”³⁶¹ desde la que la inteligencia narrativa genera relatos de ficción. En conclusión, gracias a Frye encontramos “en la construcción de la trama el correlato de una auténtica inteligencia narrativa que precede, de hecho y de derecho, a toda reconstrucción del narrar”³⁶².

Centrándonos ahora en la segunda referencia, enfrentamos la *dificultad contemporánea para concluir la narración* a partir de la referencia a F. Kermode. Si con Frye tratamos con un *tiempo narrado* efecto de una identidad que busca definirse, debemos dar cuenta ahora de las amenazas a las que debe hacer frente el *acoplamiento dinámico* que la inteligencia narrativa tiende a establecer con la tradicionalidad de su contexto histórico. Si el esquematismo que produce configuraciones narrativas es la única realidad *transhistórica* del sistema y tanto la inteligencia narrativa como la tradición son efectos de cada contexto sociocultural dado, ¿es lícito plantear la posibilidad de que las variaciones finitas de dicho acoplamiento se agoten? ¿Es la dificultad contemporánea para concluir el relato de ficción el síntoma que nos advierte de dicha posibilidad? En este sentido, la obra de F. Kermode *The sense of an ending*, “sin haberlo buscado, retoma el problema donde lo había dejado N. Frye”³⁶³.

En esta obra vincula cualquier trama de la que pretendamos dar cuenta con una *trama tipo* o, en palabras de Kermode, con “la gran trama que une el Apocalipsis al Génesis”³⁶⁴. Rescatamos de esta vinculación la explicación que arroja del problema contemporáneo del relato de ficción para ser concluido. Para Kermode, hay un nexo causal entre el debilitamiento del paradigma desde el que el narrador contemporáneo genera tramas y su imposibilidad para concluir dichas tramas con arreglo a una norma más o menos explícita y que sea afín con la tradicionalidad vigente en su contexto. Deberemos asumir por tanto el debilitamiento del paradigma como dificultad tan

³⁶⁰ T.N. II, p. 403.

³⁶¹ *Ibidem*.

³⁶² *Ibidem*.

³⁶³ T.N. II, p. 409.

³⁶⁴ *Ibidem*.

insalvable como propia del siglo XX y afirmar que la dificultad para concluir el relato es, más que una dificultad del relato, una amenaza para el proceso completo de comprensión –narrativa- del tiempo cronológico en nuestro contexto. De esta forma, gracias a Kermode, reunimos el esquema de análisis de Frye con el destino de la investigación que nos ocupa: hay una inteligencia narrativa que se caracteriza por generar tramas y estas tramas pueden analizarse desde la construcción de un arquetipo que las vertebrar. A la vez, es evidente el decrecimiento de las facultades de esta inteligencia a la luz de las dificultades que encuentra hoy para la conclusión de su tarea. En definitiva, con Frye nos reencontrábamos con la trama como efecto de la inteligencia narrativa y con Kermode la enfrentamos desde la certeza más característica del siglo, es decir, desde la finitud y la amenaza de la conclusión como atributos.

Sin embargo, aún es posible replantear el problema desde el papel del lector en la conclusión de la trama. Si consideramos la mimesis III como el efecto refigurador del tiempo cronológico y, a la vez, como la condición *sine qua non* para que el relato de ficción concluya sin perder su sentido, el vector de análisis cambia pues es el lector el que, de forma más o menos declarada, reclama que la ficción concluya, el que reclama la prevalencia de la consonancia frente a los elementos discordantes que en el arco narrativo hayan aparecido. El problema sigue vigente y sigue siendo, para nosotros, definitorio del siglo XX pero, en cambio, es ahora el receptor el foco. Es él el que está legitimado para interpelar al narrador cada vez que este amenace con la suspensión de la peripecia o el que reconoce su incapacidad para quedar afectado por el relato en su conjunto. Por tanto, cambiando el foco, el problema permanece y, quizá, se agrava: ¿Y si es una merma del receptor el origen del problema de la narrativa del siglo XX?

El asidero que resuelve el problema lo encontramos en la alusión al contrato tácito entre el autor y el lector -o, más precisamente, entre el proceso de configuración de la trama y el de refiguración ulterior que esta ejerce sobre el tiempo vivido por el lector- como aquello que permite reinterpretar la dificultad en la conclusión de la trama. Las ficciones contemporáneas se configurarán trastocando más o menos profundamente la lectura cronológica del tiempo o atenderán con más o menos fidelidad a las construcciones pertenecientes a épocas precedentes, pero no podrán dejar de producir una determinada concepción del tiempo narrado como tiempo específicamente humano. En consecuencia, las dificultades para concluir el relato de ficción o para que su conclusión responda a arquetipos determinados como el que reúne Apocalipsis y Génesis al que alude

Kermode, lejos de legitimar una respuesta positiva a la pregunta acerca de la posibilidad del final del arte de narrar, no son sino constataciones de la ligazón entre el mundo del texto que configura el autor y el mundo del lector, que quedará entonces refigurado en el acto mismo de lectura. Lo que se fortalece al tratar este problema es el contrato entre autor y lector, el vínculo entre configuración y refiguración.

Queda con esto libre el lector de la imputación del problema de la narrativa del siglo XX y, de suyo, queda esclarecido el sentido del contrato que el autor le propuso implícitamente en el principio de su relato: “yo deshago la obra, vosotros la rehacéis lo mejor posible”³⁶⁵. Además, queda disuelto o, en el menor de los casos, pospuesto el problema con la conclusión de las ficciones característico de nuestro siglo. Entendemos ahora que el tiempo no ha dejado de refigurarse como efecto de la ficción sino que aquello que este siglo nos ha mostrado es la posibilidad de continuar distanciándose cada vez más de un tiempo cronológico construido secuenciada y linealmente. Inversiones, reduplicaciones o yuxtaposiciones serán recursos que afecten a la temporalidad pero que, lejos de anunciar el final de su vínculo con la narración, no muestran sino su continuidad en nuestra época a la vez que nos recuerdan su dependencia de la refiguración.

Dando todavía un paso más, la argumentación que nos permite negar el final del arte de narrar también muestra la dependencia que la tarea del escritor tiene de la tradicionalidad propia de su época. Queda, en este sentido, la advertencia de E. H. Gombrich como conclusión: “el ojo inocente no ve nada”³⁶⁶. Si el ojo desde el que construimos el estudio del relato de ficción cae en la inocencia de obviar el contexto cultural del que procede la obra y al que regresará, refigurándolo, estará condenado a la ceguera.

Legitimados por Kermode negamos el final de la narración y defendemos la vigencia en el siglo XX del clásico *arte de entamar* como elemento refigurador del tiempo cronológico, así como del contrato tácito entre autor y lector. A la vez, la advertencia de Gombrich, nos obliga a tomar conciencia de la dificultad del problema de las relaciones entre las ficciones que una época genera y su contexto. No hemos hecho hasta aquí más que apuntar su inexorable dependencia y, a la vez, la búsqueda de un planteamiento cercano al expuesto en *The sense of an ending*, que hiciera posible la

³⁶⁵ T.N. II, p. 412.

³⁶⁶ T.N. II, p. 414.

aspiración a una relación biunívoca y lineal entre ambos ámbitos. En conclusión, la ficción, también en el siglo XX, conecta la concepción del mundo con la que su autor convive y la refiguración que el lector hace de su tiempo tomando como matriz dicha ficción. Dejar de incorporar esta conexión implicaría la condena a *no ver nada*. Cierra Ricoeur el primer capítulo de ‘Configuración del tiempo en el relato de ficción’ con una expectativa cautelosa acerca del devenir de la ficción que es coherente con nuestra revisión de las aportaciones de N. Frye y F. Kermode:

Y sin embargo... Y sin embargo. Quizá es preciso pese a todo, confiar en la exigencia de concordancia que estructura aun hoy la espera de los lectores y creer que nuevas formas narrativas, cuyo nombre ignoramos todavía, están naciendo ya, que atestiguarán que la función narrativa puede sufrir metamorfosis, pero no morir. *Ignoramos totalmente lo que sería una cultura en la que ya no se supiera lo que significa narrar*³⁶⁷.

B) LÍMITES DEL ESPACIO NARRATIVO

Las aportaciones de Frye y Kermode han acotado nuestra búsqueda de la estructura profunda que subyace a las formas narrativas propias de cada contexto cultural y su ligazón con este. En este sentido, desde la inteligencia narrativa y su vínculo con la tradicionalidad de la que se nutre, reconocemos un espacio discursivo que denominamos *tiempo narrado* y que definimos desde dos límites. Por un lado, sólo podremos aspirar a cierta perennidad en nuestros análisis si partimos de las aportaciones de la semiótica para establecer algunos rasgos del modelo lingüístico que no serán contingentes –como sí hemos establecido que lo serán las relaciones entre la inteligencia narrativa y la tradicionalidad concreta de su contexto- sino que, por su estabilidad, conformarán el modelo desde el que apreciar lo cambiante, la medida de su cambio y las implicaciones de éste. Proponemos con Ricoeur como ideal de racionalidad que cumpla esta función de modelo aquello que desde la lingüística consideramos *código*, esto es, el conjunto definido y acotado de relaciones internas aceptadas dentro de un sistema comunicativo. En palabras de Ferdinand de Saussure, la *lengua* que subyace a los *actos de habla*. Podemos apoyarnos en la tesis de R. Barthes según la cual “la narración es una gran

³⁶⁷ T.N. II, p. 419. Cursiva nuestra.

frase”³⁶⁸ para legitimar la incursión de los análisis semióticos y semiológicos en nuestro discurso.

Por otro lado, sólo podremos referirnos a dicha perennidad en los análisis del tiempo narrado si partimos de que los efectos que la inteligencia narrativa produce son deudores de la contingencia cultural que los genera y que, por lo tanto, son efímeros. Para ello, deberemos encontrar, en las aportaciones de la semiótica, recursos capaces de generar cierta integración entre diferentes efectos de la inteligencia narrativa en sus tradiciones de referencia. Se tratará por tanto de considerar como axiomático el carácter orgánico de cualquier sistema lingüístico y, desde ahí, dado que la narración formará parte de dicho sistema, establecer la organicidad dinámica de cualquier análisis de la construcción de tramas y considerar que estos análisis son la parte más general de un *corpus* orgánico que da cuenta de la *lengua* en su conjunto y que comienza en los análisis semióticos.

En definitiva, un polo desde el que limitamos el espacio tiene una naturaleza teórica, tendente a cierta perennidad y es dependiente de la *lengua* en un sentido saussureano y el otro nos obliga a quedar constreñidos al carácter dinámico que cualquier *acto de habla* no puede superar, dada su naturaleza orgánica. Para dar cuenta de la diacronía que implica cualquier narración deberemos reinterpretarla a la luz de algunos recursos que tomaremos de la semiótica, cuyo modelo nos resultará fundamental precisamente por su intención de mostrar sincronías subyacentes en aquellas diacronías narrativas. Buscaremos, entre ambos polos restrictivos, elementos que nos permitan esclarecer cierta estructura temporal subyacente en la narración que serán fundamentales para el esclarecimiento del *tiempo narrado* como tiempo específicamente humano.

En dicha búsqueda, partimos de una discusión teórica entre los presupuestos de V. J. Propp y de C. Bremond, centrados exclusivamente en la racionalidad del modelo lingüístico y concluiremos revisando las aportaciones de A. J. Greimas, que recupera rasgos de la inteligencia narrativa de los que la semiótica no puede dar cuenta por exceder los límites de su análisis.

³⁶⁸ T.N. II, p. 422.

- **Las funciones de la acción como elemento vertebrador del relato en V. J. Propp**

V. J. Propp, en *Morfologija skazki*, se propone trasladar la concepción taxonómica propia de los análisis de Linneo al estudio narratológico con el objeto, declarado en el prefacio, de “descubrir la sorprendente unidad oculta en el campo de las apariencias”³⁶⁹. Para llevar a cabo este análisis del cuento ruso desde una perspectiva morfológica afín a la semiótica, Propp se centra en segmentos de la acción que denomina *funciones* y que, según postula, poseen primacía con respecto a los propios personajes. Es decir, funciones como la del engaño, la complicidad o la transgresión, por citar algunas de las siete funciones principales, aparecen inexorablemente en todos los cuentos con independencia de los personajes que lleven a cabo estas acciones o del sentido teleológico de su trama.

Bajo el signo de dicha primacía, Propp, al comienzo de la obra, establece algunas tesis fundamentales acerca del acto narrativo tomado en general. Dos de ellas nos resultan especialmente clarificadoras por la sinergia que genera en su acoplamiento recíproco: por un lado, las funciones se encadenan en los cuentos siguiendo un esquema reglado por la necesidad y, por otro, las funciones que todos los cuentos asumen necesariamente conforman una “*protoforma*”³⁷⁰ del relato de ficción de la cual cada cuento analizado por Propp no es más que una variación. Desde ambas tesis, será tarea de los personajes generar en la narración la posibilidad de la conjunción frente a la segmentación que las funciones nos han permitido entender como ineludible. De este modo, nos encontramos, dentro de la obra de Propp, una de las características propias del acto narrativo que Ricoeur ha considerado capital y que hemos tratado detenidamente al establecer el concepto de trama bajo el signo de la triple mimesis: la narración posee la capacidad de conjugar actos que desde el punto de vista cronológico aparecen *uno-después-de-otro* para generar nexos causales que hagan posible que ambos sean comprendidos *uno-a- causa-del-otro*. Se trata de lo que consideramos *síntesis de lo heterogéneo*.

Así, la tarea de los personajes frente a las funciones será la de reunir, a modo de síntesis, los elementos que éstas aportan al cuento y que, siendo ineludibles, por sí mismos no son suficientes para generar un sentido de “duración”³⁷¹ entre el principio y el final del relato. Ni las funciones ni los elementos que emplean son suficientes para configurar

³⁶⁹ T.N. II, p. 427.

³⁷⁰ T.N. II, p. 429.

³⁷¹ T.N. II, p. 434.

un arco narrativo que encadene los actos heterogéneos que tienen lugar en el relato, a pesar de componer la *protoforma* del mismo.

De este modo, en la morfología del cuento ruso de Propp encontramos una revisión de la narratología propia de un contexto cultural dado que, sin embargo, para completar su análisis, necesita aludir a un rasgo que no puede acotar. En este caso, dicho rasgo será la capacidad de los personajes del relato para hacer transitable el paso de una función o segmento de acción al siguiente. Para que la peripecia del cuento quede cerrada, para lograr la síntesis de lo heterogéneo que cualquier narración pretende, el cuento reclama entonces un producto emergente³⁷² que exceda los análisis de las funciones dentro del relato de ficción y que sea inherente al trabajo de la inteligencia narrativa, que sea, incluso, el *qué* de este trabajo de la inteligencia narrativa. Por lo tanto, con Propp asistimos a la constatación de que la racionalidad narratológica se encuentra con la necesidad de aludir a instancias que quedan sistemáticamente fuera de sus análisis para poder dar cuenta del acto narrativo. Volveremos sobre esta importante constatación desde los siguientes análisis narratológicos.

- El personaje y la referencia cultural como elementos vertebradores del relato en C. Bremond

Nos acercamos a las aportaciones de Claude Bremond en *Logique du recit*, considerando su análisis como una “elección inversa”³⁷³ con respecto a la de Propp para hacerse cargo del mismo objeto de estudio. Además, Bremond aspira a una revisión crítica de la obra de Propp que mejore las limitaciones que el encadenamiento de funciones generaba. Para ello, Bremond critica que los encadenamientos entre funciones sean rígidos, al modo en que sugiere Propp, y apunta la necesidad de recurrir al sedimento cultural subyacente a cualquier narración dada para comprender la justificación de dicho encadenamiento. Es en los encadenamientos entre funciones aceptados por cada contexto cultural concreto en los que la narrativa de dicho contexto cultural se apoya y los que generan un sistema de alternativas cerrado que acota el campo del relato de ficción. Por tanto, este sistema de alternativas culturalmente determinado niega una de las premisas

³⁷² Al modo en que la epistemología de M. Bunge reclama la vigencia de productos emergentes en los corpus teóricos de las distintas ciencias, proponemos nosotros la emergencia de esta síntesis.

³⁷³ T.N. II, p. 436.

del esquema de Propp, pues las funciones no pueden ser independientes del personaje que las realiza o las padece. Con Bremond observamos un elenco sistemático de funciones que harán las veces de predicado o de proceso que solo es *narrativizado* en tanto que es adjudicado a un personaje que encarnará una o varias funciones al modo propperiano.

Este esquema, si posee una potencia explicativa mayor que el de Propp por ser capaz de dar cuenta de una muestra mayor de mensajes narrativos, sigue sin resolver el problema en el que desembocaba el análisis de Propp, pues queda igualmente sin explicación la forma en que la combinación de elementos en la trama bajo el signo de *uno-a causa-del-otro* supera la mera concatenación cronológica de acontecimientos *uno-después-de-otro*.

En síntesis, Bremond ha hecho depender las funciones propperianas del papel de los personajes que las asumen y ha anclado esta vinculación en el contexto cultural en el que la narración tiene lugar. Como consecuencia de ello entendemos con más precisión por qué las funciones narrativas no suponen un esquema que aclare el proceso de construcción de la trama, ni el modo en que dicha trama queda engarzada en el contexto cultural al que pertenece. A pesar de ello, tras la referencia a Bremond, sigue pendiente de aclaración el modo en que la trama actúa como principio selectivo de acontecimientos bajo el signo de la síntesis de lo heterogéneo, pues la exterioridad del contexto cultural que aparece como legitimador de la adjudicación de funciones narrativas a personajes así lo impone.

- La estructuración en planos en A. J. Greimas

En A. J. Greimas, especialmente en sus estudios *Du sens* y *Maupassant: la semiotique du texte, exercices pratiques*, encontramos otro modelo de respuesta a la pregunta por el elemento vertebrador de la trama del relato de ficción, por aquello que permite que los acontecimientos que forman parte de esta, a modo de eslabones, conformen una unidad de sentido en la cual ninguno de ellos parezca contingente. El modelo de Greimas parte de los “*actantes*”³⁷⁴, es decir, de los personajes arquetípicamente tratados y no de las funciones que éstos realizan en el interior de la trama. Desde ellos, en *Du sens*, Greimas dará cuenta de la composición de tramas desde

³⁷⁴ T.N. II, p. 445.

una estratificación del cuento que distingue entre estructuras profundas, superficiales y figurativas. Genera así un modelo semiótico de análisis que se centra en las dos primeras estructuras, que pueden ser más afines a su campo de trabajo, dejando para la estructura figurativa el papel de ser aquella en que aparecen los efectos que en las dos estructuras analizadas por la semiótica se hayan gestado.

Este modelo semiótico basado en los tres planos será criticado por Ricoeur por considerarlo insuficiente en lo que al problema central se refiere, pues tanto nuestra capacidad para producir o comprender relatos como nuestra afinidad con la tradicionalidad narrativa a la que pertenecemos quedan sin análisis. Esto es así porque formarán parte de las estructuras superficiales necesarias para conformar y comprender una narración, sin ser capaz Greimas de ajustar más la relación existente entre el binomio inteligencia narrativa- tradición y la racionalidad narratológica de la que da cuenta este autor en las estructuras profundas.

Así, la trama, en tanto efecto resultante de la estructura superficial, queda sin explicación suficiente a pesar de ser tenida en consideración durante el proceso completo de análisis del relato de ficción. La constatación de la falta de resultados partiendo de los *actantes* parece concluir una vía muerta en la que ni desde las funciones, ni desde la relación entre funciones y contexto ni, finalmente, desde los *actantes* logramos dar razón de la naturaleza de la trama en el relato de ficción. Sin embargo, tras revisar las aportaciones de Propp, Bremond y Greimas, podemos establecer el siguiente nexo común entre ellos: *lo que comparten estos estudios y que supondrá una veta principal para nuestro análisis es su incapacidad para incluir una alusión al papel del acto configurante de la trama dentro de un discurso que quede acotado bajo los límites del estudio narratológico del relato de ficción.*

Cualquier trama, en tanto causante de una síntesis que reúne elementos sin conexión causal para hacer que conformen un arco narrativo, supondrá la conjunción elementos heterogéneos que conducirán al receptor hacia un desenlace que sea a un tiempo verosímil y catártico. Sin embargo, si debemos encontrar en la narratología el qué de cualquier trama que explique esta propiedad, quedamos condenados a esquemas insuficientes o parciales. De este modo, hablaremos de cierta *filiación indirecta* de la narratología con la inteligencia narrativa generadora de tramas como aquello que dicha

narratología no puede dejar de considerar y, a la vez, no puede resolver dentro de los límites de su campo de acción.

Para concluir la referencia a la obra de Greimas advertíamos al lector de la relevancia de la asunción de la inconclusión de su explicación de la trama. Ahora reconocemos más fácilmente el sentido de esa advertencia: no es una debilidad exclusiva del discurso de Greimas lo que genera la falta de conclusión en sus análisis acerca de la capacidad configuradora de la trama sino un rasgo propio de los discursos venidos de la narratología y que se plantean ese objeto de estudio. Encontramos ahora, al final del recorrido por las aportaciones venidas de la narratología, una referencia que Ricoeur ya había empleado en la segunda parte de la obra: la referencia a la *vinculación indirecta*. Desde ella, son estos tres autores los que se ven impelidos a recurrir a un *afuera* de su discurso y, en consecuencia, los que se ven obligados a asumir la falta de independencia de los análisis semióticos. *La exterioridad de su discurso a la que no pueden evitar referirse es la capacidad configuradora o portadora de sentido de la trama o mythos.*

Como estudiamos en el capítulo anterior, los historiadores más cercanos al modelo nomológico se encontraban con un problema semejante y también recurrían a una exterioridad con respecto al sistema de aspiraciones científicas que llevaban a cabo asumiendo la debilidad de dicho sistema. Los estudiosos de la narración y los estudiosos de la Historia no logran cerrar sus sistemas de forma concluyente, reclamando sendas *filiaciones indirectas* con recursos que, *ad hoc*, apuntalan sus sistemas. Además, aquello a lo que recurren puede resultar convergente, pues la narratología recurre a la capacidad configuradora de la trama y la historiografía a la competencia narrativa de emisor y receptor del mensaje. Se abre, desde esta sinergia entre ambas partes de la obra, una veta de análisis que recuperaremos para finalizar la recapitulación que ahora comenzamos.

V.4. Conclusiones

Comenzábamos las conclusiones del capítulo anterior reconociendo al lector su paciencia con la presente investigación, con los cabos que habíamos lanzado hasta entonces y que se acumulaban en forma de deuda. Considerábamos que ese esfuerzo del lector comenzaba entonces a verse recompensado al encontrarnos con anclajes para

dichos cabos. De esta forma, la estructura general de nuestra investigación comenzaba a aclararse ya no como pretensión sino como camino efectivamente recorrido en el que tanto el objeto de estudio configurado en la primera parte como el modo de asirlo propuesto en la segunda podían examinarse a la luz de los avances que hasta ese momento habíamos acumulado. Ahora es el momento de dar un paso más, de considerar saldadas aquellas cuentas y de tomar de nuevo impulso para concluir nuestra investigación esclareciendo, hasta donde nos sea posible, qué sea aquella identidad narrativa que Ricoeur circunda cada vez con más precisión.

En este sentido, en las siguientes páginas nos centraremos en las conclusiones que arrojan tres análisis de los contenidos de este apartado que nos permitirán, saldadas aquellas cuentas, empezar a considerar a la identidad narrativa no un postulado sino una conquista discursiva necesaria para la conclusión de nuestra investigación -siempre a vueltas con la genealogía del postulado contemporáneo, pero cada vez más cerca de un discurso que lo sustancie-.

- De N. Frye a F. Kermode: el juego entre temporalidades como sentido último del vínculo entre inteligencia narrativa y tradición

En el inicio del capítulo nos ocupábamos de la referencia de la inteligencia narrativa a la tradición como espacio del que adquiere contenidos y enfatizábamos que ninguna de las dos entidades quedaba fuera del curso del tiempo aunque conservaban duraciones diferentes. De este modo, tomábamos el juego entre ambas duraciones o temporalidades como espacio en el que la inteligencia narrativa del sujeto debía definirse.

Este juego entre tiempos de diferente duración, así como el olvido de un espacio discursivo en el que quepa la referencia a lo que no sufre los efectos del tiempo, es relevante para la construcción de la identidad narrativa porque nos obliga a reconocer que no hay rastro de formalismos en su definición. Más bien, encontramos un elemento contingente de temporalidad más extensa y que denominamos *tradición* con la vista puesta en la antropología cultural desarrollada por los autores de corte estructuralista y otro elemento igualmente contingente, pero de temporalidad más breve y que denominamos *inteligencia narrativa*. Lo único estable es la tendencia de la inteligencia a referirse a la tradición para definirse y la necesidad de cierta tradición en cualquier

espacio social específicamente humano. Alejándonos de Ricoeur, esto aboca nuestro estudio al conflicto: ¿qué significa que las identidades se erosionen dentro de esquemas culturalmente determinados si tenemos en cuenta que dichos espacios tienen una duración mayor que las identidades que toman forma en su interior? ¿por qué hay identidades definidas por la corrosión dentro de tradiciones que, con anterioridad, habían generado construcciones identitarias definidas por rasgos marcadamente opuestos?

Con el recuerdo del juego entre la generación de Enrico y la generación de Rico en *La corrosión del carácter* todavía podemos avanzar un paso más en el puente discursivo que debe reunir a Sennett con *Tiempo y narración*. Reconocemos ahora en el juego entre generaciones el primer atributo de la identidad narrativa. El qué de la identidad narrativa, aquello que la ocupa, analizado desde el esquema que Ricoeur construye desde las alusiones a Frye y a Kermode, es justamente esa función de conexión entre inteligencia y tradición al que las generaciones remiten. Lo único que es perenne en el espacio de contingencia en el que las dos temporalidades confluyen es el *qué* de la identidad narrativa. Si la inteligencia narrativa y la tradicionalidad aparecen en nuestra investigación como elementos que la narratología construye como contingentes y sujetos al efecto del tiempo, lo que nos queda claro es que la identidad se edifica en el acto de *tender hacia*, de *referirse a*.

El carácter narrativo de nuestra identidad, gracias a estos autores, se nos presenta de forma más definida: *lo que es narrativo es el modo en que la inteligencia del sujeto logra filiarse con la tradición de su espacio cultural. Y esa filiación es perenne y define ambos extremos. Esa filiación, en fin, es el qué de la identidad narrativa.*

- Acerca del sentido de la construcción de un marco semiótico que solo es efectivo desde su referencia a la exterioridad

Los tres estudios procedentes de la semiótica construyen un marco de referencia que explica el sentido de la ficción solo si incorporan agentes externos a su discurso. Ocupaba a Propp la búsqueda del rasgo compartido por las variaciones aparentemente inagotables que se generan en la construcción de tramas. El engaño, la complicidad o la transgresión asumían el carácter de rasgo compartido por cualquier forma de relato y apuntaban hacia una *protoforma* en la que convergían. Desde el momento en que Propp

postula un arquetipo que rige a la totalidad de cuentos pertenecientes a una tradición -la rusa, en su caso-, el papel de la necesidad o de la incorporación de la norma en cada relato singular adquiere trascendencia para nosotros porque incide en la búsqueda de un elemento vertebrador en el interior de una forma de narración concreta y, además, lo hace centrando sus esfuerzos en el interior de la composición narrativa en sí -no en la conexión de la misma con su receptor o con el contexto del que nace-. Así, de su mano, encuadramos la discusión en un espacio en el que la trama volvía a ser revisada bajo el signo de la reformulación de aquella síntesis de lo heterogéneo que nos acompaña como mejor y más precisa alusión al efecto del *mythos* aristotélico.

Sin embargo, no nos ocupará a partir de aquí el espacio mismo en el que se incluye la ficción sino cómo, para constituirse, reclama de una exterioridad que lo *ponga en movimiento*. Para Propp son los personajes los que generan variaciones en el interior de la *protoforma* que las ficciones comparten y, de esta forma, la *duración* del relato -la *tensión* que lo empuja hacia la conclusión- es generada por su autor partiendo de los acontecimientos que estos personajes producen y que se engarzan como elementos heterogéneos que, sin embargo, logran adquirir una forma narrativa unitaria. Como señalábamos, es la exterioridad de la figura de los personajes lo que permite dar cuenta del papel de la *protoforma* que las funciones properrianas configuran. Atenderemos en lo sucesivo al papel de la exterioridad en la conformación de los sistemas explicativos que la narratología produce como veta de análisis afín a la síntesis de lo heterogéneo.

En Bremond, en cambio, los personajes se adherían a las funciones properrianas como elementos que no pueden disociarse sin perder su capacidad explicativa y sin dejar de ser generadores de acontecimientos en el interior de una trama. Constituyen por lo tanto el contenido que Bremond considera propio del discurso narratológico. Sin embargo, sigue siendo necesario desde este esquema el postulado de una exterioridad capaz de generar la síntesis y, en este caso, será la alusión al contexto cultural en el que el relato se entronca el *afuera* desde el que el relato se construye. Buscando con Bremond pulir la imprecisión del discurso de Propp que lo hacía dependiente de elementos que quedaban fuera de él, hemos llegado al mismo punto: ahora, es el contexto cultural dado el que da sentido al relato de la misma forma que, antes, eran los personajes los que daban sentido a la *protoforma* del relato.

Llegamos entonces a la obra de Greimas con el problema cada vez menos resuelto pero, paradójicamente, cada vez más claro. ¿Es posible un sistema que explique la narración desde elementos exclusivamente narrativos?

Greimas responde de forma sustancialmente distinta, proponiendo tres planos para estratificar el discurso acerca del hecho narrativo y considerando al último, el plano de las estructuras figurativas, directamente fuera de los objetos que son propios de los análisis narratológicos. *Su solución es incorporar la exterioridad como condición de posibilidad del discurso acerca de la narración, asumir que no es posible un discurso venido de la narratología que aspire ser concluyente en sus análisis sin integrar el efecto que tiene la exterioridad en sus composiciones.*

Desde las tres revisiones debemos concluir que la alusión a la semiótica para enmarcar un estudio acerca de la narración como elemento culturalmente determinado cumple una función reguladora más que propositiva, es decir, Ricoeur no encuentra un espacio seguro al que la narrativa quede circunscrita, más bien, lo que evidencia es la inutilidad de cualquier intento de configurar un espacio autónomo que sea propio de la narración. *Porque no existe un espacio acotado donde la narratividad como ejercicio pueda quedar circunscrita.*

En consecuencia, el valor que esta revisión de las obras de Propp, Bremond y Greimas cumple se hace más evidente cuanto más escasas son sus conclusiones desde un punto de vista propositivo. No construyen un espacio semiótico en el que considerar acotada la narración porque la narración es el espacio en sí. Siempre encontrarán una exterioridad con respecto al espacio semiótico que propongan para la narrativa porque su función es conectar espacios, vincular interioridades con exterioridades, dar sentido. Es en esta línea en la que apuntábamos el papel regulador que esta alusión a la semiótica tiene, pues no nos ayuda con propuestas desde el punto de vista conceptual pero sí nos proporciona un límite que cumplirá una función de regulación para la investigación que nos ocupa. Dicha regulación será, en conclusión, aquella que deriva de la asunción de la ausencia de un espacio discursivo en el que la narración quede circunscrita. Damos un paso más, alejándonos más de la guía de Ricoeur: ¿por qué la narración no es una herramienta que permita reconocer un espacio que le sea propio? ¿por qué cualquier espacio que pretenda circunscribir a la narración está condenado a advertir en su exterioridad aquello que necesita para definirse y sin lo cual carece de sentido?

Por fin, desde el sentido que nuestra investigación va definiendo, las respuestas son cada vez más sólidas: *porque la narración es un efecto identitario de los sujetos*. Es el efecto de un atributo los sujetos culturalmente determinados, nacidos dentro de los límites de sus sociedades. En consecuencia, *la narración, muy lejos de ser la incógnita, es el efecto que nos va a permitir rastrear algunos de nuestros atributos identitarios*. Desde la narración o, recuperando nuestro hilo, desde la función reguladora del fracaso de la semiótica para acotar el espacio propio de la narración, lo que obtenemos es el pie para comenzar a desandar el camino que va desde los efectos hacia sus causas: desde la narración, pasando por la facultad narrativa y su sentido, hasta la identidad narrativa.

- *¿Qué entraña la referencia al vínculo indirecto?*

En las páginas finales del capítulo apuntábamos que, tanto en la segunda parte de *Tiempo y narración* como en la tercera, para dar cuenta de sendos objetos de estudio, Ricoeur recurre a la vinculación indirecta. En la historiografía, reconocíamos esta vinculación tras un recorrido que comenzaba en la redefinición de su espacio discursivo a partir de los límites que el modelo nomológico de explicación de los contenidos historiográficos y la obra de H. White suponen en nuestra investigación.

Aquella *followability* propuesta por Gallie y que hemos empleado también para hacernos cargo de contextos puramente narrativos o la función de la frase narrativa de Danto como elemento propio del quehacer del historiador nos siguen pareciendo en este momento dos elementos centrales de ese espacio discursivo generado por ambos extremos. Sin embargo, son el centro de ese espacio sin ser concluyentes ni en sí mismos ni complementándose. Eran reflexiones historiográficas clave para la construcción de nuestra investigación porque no cerraban la explicación del acontecimiento histórico sin una alusión a la exterioridad -en este caso, la exterioridad era la tendencia del historiador a emplear recursos procedentes del relato de ficción-. El extremo lo marcaba White con la subsunción de la Historia a la narración, generalmente tomada pero, para Ricoeur y para los intereses de esta investigación, la clave no está en los extremos sino en qué sea el centro y qué podamos inferir desde ahí. El centro son análisis que logran formularse solo si asumen desde su partida que necesitarán asideros que quedan fuera de sus competencias para llegar hasta su conclusión.

En fin, de la mano de estudios como los de Gallie o de Veyne, tomábamos conciencia de que la historiografía estaba atravesada por concepciones de origen narrativo que le eran inherentes y ello nos permitía aludir por primera vez a la vinculación indirecta que unos párrafos más arriba recuperábamos. En efecto, lo que el largo recorrido por los autores de la corriente narrativista dentro del campo de la historiografía nos obligó a concluir era que no era posible la Historia sin vinculación indirecta con la narración.

Variando el foco, acabamos de sistematizar los estudios de Propp, Bremond y Greimas desde la dependencia que acumulan con la exterioridad para concluir sus análisis y es el propio Ricoeur el que emparenta esta necesidad con la vinculación indirecta. En este caso la vinculación no se establece con los hechos efectivamente existentes o con los acontecimientos pasados, lo cual generaría una mutua dependencia entre Historia y narración demasiado evidente y que ya descartamos. La Historia reclama de la presencia de atributos narrativos pero la narratología, para dar cuenta del sentido de la narración, no es a la Historia o a sus contenidos a lo que necesita remitirse. Más bien, aquello con lo que se filia la narratología para que su sistema pueda cerrarse es con el sujeto como exterioridad -no con el receptor de la obra o con la mimesis III como conclusión de la estructura triple, sino con los rasgos propios del sujeto-. Lo que en el discurso de Greimas se considera estadio figurativo remite, en definitiva, a la capacidad del sujeto de entamar como eje vertebrador del sistema completo y, sin postular esta capacidad, los elementos decididamente afines al análisis narratológico y propios de los dos estadios anteriores al figurativo quedarían inconclusos.

Así las cosas, asumimos que historiografía y narratología remiten a una vinculación indirecta que no es recíproca. Sin embargo, quizá no lográbamos ver con claridad aquello que ambas vinculaciones comparten por una cuestión exclusivamente formal propia de *Tiempo y narración*. Ricoeur construye su estudio de la historiografía desde varios trabajos venidos de ese campo y hace lo mismo con la narratología. No construye un discurso propio que incluya ambos espacios si no es a través de referencias. El problema de esta estrategia discursiva es que reclama una reflexión de segundo orden que, a modo de estructura que se ensambla, lleve a cabo el juego de acoplamiento entre discursos venidos de disciplinas distantes. Ricoeur puede recurrir a corrientes o autores contemporáneos cuyos estudios sean opuestos o complementarios para formar una visión de conjunto definida, como prueban tanto las referencias a los historiadores como a los estudiosos de la narración en la segunda y en la tercera parte de la obra. Sin embargo,

cuando necesita establecer equivalencias entre ámbitos de saber diferentes, la cuestión se complica: ¿qué significa que sobreviva siempre la alusión a la exterioridad del discurso tanto en la historiografía como en la narratología?

A la luz de nuestro recorrido, *ambas exterioridades son la misma, aunque se formulen de forma diferente. Desde la historiografía se alude a la narración y desde la narratología se alude al sujeto, pero en el fondo ambas aluden a lo mismo. Aluden a la posibilidad de entender de forma armónica el paso del tiempo cronológico como rasgo propio del sujeto nacido dentro de los límites de una comunidad. Aluden a una sincronía identitaria que, por fin, encontramos en ejercicio y no corroída como la encontraba Sennett.* Cerramos así estas conclusiones con el objeto de nuestra investigación acorralado, esperamos que de forma definitiva, entre dos alusiones tan indirectas como ineludibles: *narratología e historiografía remiten a una identidad narrativa en ejercicio capaz de generar efectos portadores de sentido sin los cuales ambas disciplinas serían estériles.*

VI. LA IDENTIDAD NARRATIVA COMO CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la obra, Ricoeur ha acumulado con el lector una deuda que solo quedará saldada si la rentabilidad de las partes segunda y tercera se materializa en la cuarta parte de la obra. Las referencias a investigaciones pertenecientes al campo de la historiografía y al de la narratología permitieron la acumulación de una gran cantidad de argumentos que deben ahora vertebrarse alrededor de las premisas que quedaron planteadas en la primera parte, si queremos aspirar a una conclusión capaz de saldar la deuda. Prueba de la radicalidad de este momento discursivo es la rotundidad con la que Ricoeur comienza la introducción de ‘El tiempo narrado’:

La cuarta parte de *Tiempo y narración* intenta explicar, lo más completamente posible, la hipótesis que dirige nuestra búsqueda: que el trabajo de pensamiento que opera en toda configuración narrativa termina en una refiguración de la experiencia temporal³⁷⁵.

Esta hipótesis es la que, a modo de deuda, debemos ahora recuperar para vertebrar el discurso que la salde. Para ello ‘El tiempo narrado’ comienza generalizando, en la primera sección, el discurso agustiniano acerca de la aporética de la temporalidad para, en la segunda, presentar la refiguración del tiempo en la narración como alternativa. Para ello, los cinco primeros capítulos de la sección actualizan la referencia cruzada entre la historiografía y el relato de ficción que se apuntaba en la primera parte de la obra y los dos capítulos finales transitan la aporía de la unicidad del tiempo. Por nuestra parte, estudiaremos cada sección en los dos primeros apartados del capítulo y, desde ahí, obtendremos una caracterización de la identidad narrativa desde la que construir una conclusión suficiente para nuestra investigación.

³⁷⁵ T.N. III, p. 635.

VI. 1. La aporética de la temporalidad: de Aristóteles a Heidegger

Comienza Ricoeur la primera sección recordando que la deficiencia más profunda de la teoría agustiniana es su incapacidad para refutar la concepción cosmológica del tiempo partiendo de su revisión psicologista. En Agustín de Hipona la única medida del tiempo es la que el ánimo encuentra en su *distentio* e *intentio*. La extensión del tiempo cosmológico y sus efectos debían ser, por tanto, fenómenos que quedaran explicados siguiendo esa dinámica íntima, pero la consecuencia de la previsible falta de conclusión de esta explicación nos obligó a reconocer la vigencia del estudio aristotélico. Así, comenzamos por reconocer en el tiempo del mundo su falta de vínculo con el tiempo del alma y recurriendo en consecuencia al libro IV de la *Física*³⁷⁶. En él, Aristóteles desliga el tiempo del movimiento, pues este permanece en aquello que se mueve mientras que el tiempo no. El cambio es perceptible en el ser que ha cambiado pero el tiempo no lo es, a pesar de ser el atributo al que aquel ser no puede renunciar para poder cambiar. Por lo mismo, Aristóteles infiere que el tiempo no puede existir sin el movimiento, completándose así la formulación clásica: el tiempo no es movimiento, pero no puede existir sin él. Por tanto, *el tiempo es algo del movimiento*.

Desde aquí, asumido que el tiempo es algo del movimiento, podemos precisar cuál es su medida, su condición de posibilidad: el cambio de los seres es propio del mundo y no una propiedad que nuestro ánimo les predique, los seres cambian con independencia de ser entendidos o interpretados por un sujeto cognoscente. Por tanto, el tiempo es algo del movimiento, pero esta relación entre ambos no se circunscribe al ámbito del conocimiento, sino que forma parte del ámbito de la vida, del mundo, donde la sucesión de cambios y la imposibilidad de que tengan lugar sin mediar el tiempo son evidentes. Encontramos así la ubicación definitiva del tiempo en la concepción cosmológica: “Pues esto es el tiempo: número del movimiento según el antes y el después”³⁷⁷.

Desde la concepción aristotélica, Ricoeur no constata la debilidad del estudio psicologista del tiempo en las *Confesiones*. Más bien, conjuga ambos estudios y construye desde ahí su propio discurso, como prueba la referencia al instante en Aristóteles y la intención ricoeuriana de complementarlo con la teoría del triple presente agustiniana. El instante —considerado por Ricoeur el concepto más decisivo del estudio cosmológico del

³⁷⁶ *Física* 218 b 21- 219 a 10.

³⁷⁷ *Física*, 219 b 2.

tiempo-, fin del antes y comienzo del después, genera continuidad en la temporalidad a la vez que nos permite interrupciones discretas de dicha continuidad. El instante actúa como garante de la unidad del tiempo y hace posible que este siga siendo el número del movimiento.

Esta percepción del instante se conjuga desde el triple presente, entendiendo que es un punto fijo en una sucesión y, a la vez, que marca un orden en esa sucesión. Los términos *presente*, *pasado* y *futuro* de origen psicologista se pueden conjugar con el instante y sus efectos en la sucesión. El instante puede ser interpretado como un ahora, pasando a ser un *instante situado* y, desde él, los rasgos del *presente de las cosas pasadas* y *del presente de las cosas futuras* pueden entenderse incorporando el esquema cosmológico. De este modo, la concepción psicologista, tras constatar la imposibilidad de negar la concepción cosmológica acerca del tiempo, encuentra un modo de vincularse con ella completando algunas de sus situaciones aporéticas -especialmente en lo relativo al instante- integrando su concepción del triple presente a la concepción revisada de la teoría cosmológica del tiempo. Recuperando las palabras de Ricoeur:

La conclusión de la confrontación de Agustín y Aristóteles está clara: no es posible afrontar el problema del tiempo por un solo extremo: el alma o el movimiento. La sola distensión del alma no puede producir la extensión del tiempo, así como el solo dinamismo del movimiento no puede engendrar la dialéctica del triple presente³⁷⁸.

Llegamos así a la fenomenología de Husserl huyendo de la reducción del problema que la aporética del tiempo suscita a la discusión entre Agustín y Aristóteles que nos ha acompañado a lo largo de la obra. Desde la caracterización de la conciencia íntima del tiempo que a continuación mencionamos, Husserl logra “mostrar el tiempo”³⁷⁹. Como contrapeso, reconoceremos la vigencia de la tesis kantiana de la *invisibilidad* del tiempo objetivo, más allá de nuestra necesidad de postularlo.

Nos centramos en el comienzo de *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, donde Husserl trata de esclarecer “el aparecer del tiempo en cuanto

³⁷⁸ T.N. III, p. 661.

³⁷⁹ T.N. III, p. 662.

tal”³⁸⁰, lo que es reinterpretado por nuestro autor como equivalente al esclarecimiento de una conciencia íntima del tiempo.

Dos aspectos de la investigación de Husserl se incorporan al desarrollo de *Tiempo y narración*. Por un lado, la caracterización de la *retención*: tomando como hilo conductor la percepción de un sonido cotidiano, la tesis que defiende Husserl es que este sonido constituye un *ahora* que no permite que lo contraigamos en un instante puntual y potencialmente aislado, sino que constituye una “intencionalidad longitudinal”³⁸¹. Con este tipo de intencionalidad se referirá a la consideración del *ahora* no solo como instante sino también como la retención de dicho instante durante los instantes que le siguen. Cada *ahora* estará compuesto por su propia duración y por la retención que le siga. En esta línea, la retención es la facultad que permite que cada instante no concluya abruptamente, que engarza su naturaleza puntual en una serie de instantes contiguos que son afectados por él.

El corolario que este análisis de la retención arroja es la justificación fenomenológica de la *duración*: cada instante contiene también la semilla de su retención en los instantes que le sucedan y ese es el germen de la *duración* como recurso racional capaz de encontrar estabilidades e identidades en el paso del tiempo como número o medida del cambio.

Por otro lado, incorporamos la distinción entre la *retención* como recuerdo primario y la *rememoración* como recuerdo secundario. Asumida la vigencia de la *retención* como insistencia del pasado inmediato o cercano en el presente, se enfrenta Husserl a la necesidad de dotar de una entidad diferente a aquellos acontecimientos pasados que no pueden ser considerados bajo el prisma de *la cola de cometa del presente*. Para ello, se servirá de la *rememoración* como facultad mediante la cual el acontecimiento pasado es atraído hacia el presente. Si pensamos en una melodía recordada accidentalmente, podemos precisar esta referencia a la *rememoración*: la primera certeza que encontramos es la de la presencia de un *continuum* entre la repetición y la impresión, esto es, de una continuidad entre aquello que es recordado y aquello que acaece en el estricto presente. Esta primacía de la continuidad implica el fracaso de la diferencia como instancia independiente de ella y, en consecuencia, su filiación inexorable con la duración

³⁸⁰ T.N. III, p. 663.

³⁸¹ T.N. III, p. 692.

y la continuidad como único espacio discursivo en el que no pierde todo su sentido. Desde el ejemplo de la melodía, clásico desde Agustín, encuentra Husserl no solo la posibilidad de afirmar la vigencia de la *rememoración* sino también, de su mano, de la continuidad del tiempo que incluye, de suyo, la diferencia.

Asumidas *retención* y *rememoración*, nos encontramos en el corazón del análisis husserliano de la conciencia íntima del tiempo. Si, mediando la rememoración, hacemos presentes acontecimientos pasados de una forma sustancialmente diferente a aquella en la que el pasado sigue presente en los instantes que le siguen y que la retención posibilita, ¿cómo es posible defender que la representación que construimos es fiel al fenómeno del que nació? Podemos hablar de un “encadenamiento del tiempo”³⁸² en el que cada instante se inscribe en una estructura común y, desde ello, plantear la vinculación entre *retención* y *rememoración* como facultades que nos permiten *hilar* un único recorrido temporal. *Es esta unidad del recorrido que surge como consecuencia de la concatenación de los esfuerzos de ambas facultades el corazón de la conciencia íntima del tiempo.*

Desde el análisis de la *duración* como representación de la temporalidad, hemos descrito las capacidades que nos permiten aprehenderla. Antes de concluir, insistimos en dos puntos de la argumentación de Husserl acerca de la naturaleza misma del tiempo: es necesario pensar la discontinuidad para comprender el tiempo, pero esta carece de entidad si no queda acotada bajo los límites de una continuidad que debemos ser capaces de vertebrar. Además, para poder siquiera apuntar hacia esta comprensión del tiempo, es necesario asumir la primacía de la impresión inmediata, del presente más pleno. Cualquier estructura temporal de la que pretendamos dar cuenta incluye esta primacía y ha sido elaborada entorno a ella.

Nos acercamos ahora a los análisis kantianos con la intención de rescatar las herencias que la conciencia del tiempo de Husserl acumula. La condición de partida que el análisis de Kant enfrenta al de Husserl es la referencia inexorablemente indirecta a la temporalidad: “El tiempo no aparece, es una condición del aparecer”³⁸³.

³⁸² T.N. III, p. 683.

³⁸³ T.N. III, p. 696.

En Kant³⁸⁴ el tiempo no tiene el carácter intuitivo que el espacio posee, a pesar de ser también un elemento a priori de la sensibilidad. Ambos son magnitudes infinitas, pero el tiempo no permite que lo analicemos de forma aislada. Así, hemos de partir de la presencia de una temporalidad que no podemos pensar aisladamente y que, dada su infinitud, solo podremos asir en tanto secciones o partes de un todo que nos sirve de referencia. En definitiva, el tiempo, tomado sin limitación, es un concepto incognoscible y, sin embargo, entendido como suposición o condición de posibilidad de la experiencia misma, se erige en su garante y permite al espacio ser forma a priori de la sensibilidad.

La clave estará, pues, en el carácter de suposición que el estudio kantiano sobre el tiempo incorpora. Descubrimos que el tiempo siempre estuvo presupuesto en nuestras estructuras cognitivas como consecuencia de entender sus efectos. Es, en términos ricœurianos, el sentido de la *apelación* que la experiencia misma hace a nuestra estructura cognitiva lo que nos obliga a asumir, dentro de esta, al tiempo. Desde esta concepción de la infinitud del tiempo como incognoscible y desde su conjugación con la necesaria *apelación* a los efectos de la temporalidad para poder construir el análisis de la experiencia cognitiva, podemos considerar que la fenomenología de Husserl es heredera de los análisis kantianos.

Los fenómenos solo pueden ser considerados tales tras haber sido afectados por el tiempo. La paradoja que Ricoeur enfatiza está en que este papel del tiempo en la generación del fenómeno como condición de posibilidad es, a la vez, lo que imposibilita su comprensión como objeto aislado: “el tiempo no puede ser percibido en sí mismo, sino que tenemos de él una representación indirecta”³⁸⁵. Desde el análisis kantiano de la temporalidad, Ricoeur presenta tres *analogías de la experiencia* o modos en los que esta es afectada por el tiempo:

- i. *El principio de la permanencia*: el cambio, dijimos con Aristóteles, es aquello de lo que el tiempo es medida. Sin embargo, el tiempo no queda afectado por ese movimiento. El tiempo es lo único que se nos aparece como inalterable.

³⁸⁴ Excede los límites de nuestra investigación dar cuenta de la argumentación contenida en la ‘Estética trascendental’ acerca del tiempo. Asumiendo esto, nos limitaremos a las referencias que Ricoeur considera principales de las contenidas en la *Crítica de la razón pura*.

³⁸⁵ T.N. III, p. 702.

- ii. “El principio de la sucesión temporal según la ley de la causalidad”³⁸⁶: algunas formas de sucesión dan sentido a la noción de acontecimiento.
- iii. *El principio de reciprocidad o de comunidad*: la simultaneidad es un modo en que el tiempo afecta a nuestra comprensión de la experiencia, que reclama la suposición de la reciprocidad como modo en que estas experiencias coexisten.

Citadas muy esquemáticamente las analogías, retomamos la tesis que vertebró esta primera sección de ‘El tiempo narrado’: *más allá de otras vinculaciones, los análisis de Husserl y de Kant acerca de la temporalidad, se reclaman mutuamente*. Para tratar este mutuo reclamo, citamos primero la síntesis del autor del párrafo 21 de la segunda deducción trascendental, B 152-157:

Kant acaba de decir que la aplicación de las categorías a los objetos en general exige que el entendimiento “como espontaneidad determine el sentido interno” (B 151). Kant aprovecha esta ocasión para regular definitivamente el problema de las relaciones entre el tiempo y el sentido interno. No duda en presentar el problema como una “paradoja”, dejada en suspenso desde el párrafo 6 de la *Estética*. La paradoja es esta: si el sentido interno no constituye por ninguna razón una intuición de lo que somos en cuanto alma, por lo tanto, como sujetos en sí, sino que “nos presenta a la conciencia sólo tal como nos manifestamos a nosotros mismos, no tal como somos en nosotros mismos” (B 152), entonces hay que afirmar que no tenemos ninguna intuición de nuestros propios actos, sino solamente del modo en que somos modificados interiormente por nuestros actos. Sólo así aparecemos ante nosotros mismos como objetos empíricos³⁸⁷.

El tiempo también actúa como garante del conocimiento propio: nos conocemos, tomamos conciencia de quiénes somos como objeto y como identidades afines a otras y ello *tendrá que ver* con el modo en que el tiempo determina nuestro sentido interno.

En síntesis, para Kant el tiempo no puede ser objeto de conocimiento aunque funciona como garante de cualquier conocimiento, también del conocimiento que elaboramos de nuestra experiencia interna. Y, para Husserl, el tiempo solo puede ser analizado desde la primacía del presente y de la continuidad. Confrontar la fenomenología y la crítica ha llevado al mismo callejón sin salida que la confrontación entre Aristóteles y Agustín: *repetimos la polaridad entre el tiempo del mundo y el tiempo del alma, relacionamos los estudios de Kant con los de Aristóteles y los de Husserl con los de*

³⁸⁶ KrV, B 233.

³⁸⁷ T.N. III, p. 710.

Agustín, pero no por ello estamos más cerca de vertebrar un discurso de naturaleza filosófica acerca de la naturaleza de la temporalidad. Quizá, incluso, lo contrario.

Afrontamos ahora la interpretación de la temporalidad en *Ser y tiempo*. Para ello, seguimos la revisión de Ricoeur que toma aisladamente algunos de sus contenidos a sabiendas de la polémica que implica escindir los análisis de la obra de las producciones posteriores de Heidegger -la convicción que nos mueve para seguir este esquema tiene que ver con la intención de obtener una analítica del *Dasein* que podamos articular en nuestro discurso-. El comienzo de *Ser y Tiempo* es desconcertante: parece que estamos ante una obra capaz de disolver las aporías en las que los trabajos de Aristóteles y Agustín desembocaban pues, en efecto, frente al *Dasein*, la dialéctica entre el tiempo físico y el tiempo psíquico parece anulada. Encontramos entonces una renovación de la fenomenología que permite asir las cuestiones de naturaleza ontológica desde su propia mutación en una *fenomenología hermenéutica*. Tres hallazgos del discurso de Heidegger avalan este nuevo acercamiento a la naturaleza del tiempo:

- La concepción del tiempo como *totalidad* está atravesada por la asunción de una estructura de *cuidado*.
- La unidad estructural *pasado-presente-futuro* es una unidad estática.
- El despliegue de esta unidad estática genera una *jerarquización* en niveles de la temporalidad en sí.

A continuación, atenderemos ordenadamente al desarrollo de estos hallazgos. Con respecto al vínculo entre *cuidado* y temporalidad, implica dejar de acotar su análisis al plano de la epistemología e incluir variables de naturaleza emocional o volitiva. Desde ahí, podremos construir un discurso acerca del *ser arrojado al mundo* que aspire a resolver el mayor problema teórico al que nos enfrentamos al tratar con el tiempo: el de su unidad integral capaz de contener estructuras de naturaleza disímil. De esta forma, *pasado-presente-futuro* pueden incluirse en la integralidad del *Dasein* que queda comprometido con el *cuidado*.

En el capítulo III de la sección segunda de *Ser y tiempo*, se propone la referencia del *cuidado* a la estructura temporal y, desde ella, la reformulación de las estructuras clásicas *pasado-presente-futuro*. La conclusión más relevante del esquema heideggeriano es la primacía del futuro con respecto a las otras dos estructuras temporales: analizados desde el *cuidado*, el pasado y el presente aparecen como garantes de la cotidianidad donde

el sujeto construye su identidad. Sin embargo, ambas estructuras no podrán concebirse sin el compromiso igualmente cotidiano de *hacer presente*, de conformar una única estructura partiendo de la primacía de lo que falta, de lo siguiente, del porvenir.

El tercer hallazgo es la principal aportación que recibimos de la fenomenología hermenéutica del tiempo de Heidegger. Partiendo de la distinción entre temporalidad, historicidad e intratemporalidad los dos hallazgos precedentes -el *cuidado* como elemento vertebrador de la temporalidad y la unidad de las tres estructuras temporales desde ahí-se completan.

Entenderemos la historicidad como el *entre-dos* que delimita al *ser-ahí*, como el espacio entre nacimiento y muerte que le limita. Surgirá como consecuencia la duda acerca de la historiografía, a la que tanto debe la presente investigación: ¿es causa o consecuencia de este *pensar históricamente* que describimos ahora en términos heideggerianos? Desde nuestro recorrido es consecuencia, como evidenció la escuela narrativista.

Con la intratemporalidad se refiere Heidegger al conjunto de experiencias que dotan de contenido a la temporalidad y le permiten seguir siendo *aquello en lo que* dichas experiencias conforman una única estructura. Surgirá desde esta vinculación entre la intratemporalidad y los acontecimientos una relación problemática entre la intratemporalidad así concebida y la temporalidad fundamental. Es sin duda una relación afín a la que se establece, en términos agustinianos, entre el tiempo del alma y el tiempo del mundo o, en términos fenomenológicos, entre el tiempo fenomenológico y el tiempo objetivo.

Para dar cuenta de ella, recurre Ricoeur a la expresión heideggeriana *contar con el tiempo* como matriz desde la que plantear la subordinación de la intratemporalidad a la temporalidad. El tiempo ordinario cumple una función de *nivelación* que permite dotar de sentido a la intratemporalidad: si el *cuidado* nos obligaba a tomar conciencia del papel del futuro en la estructura general de la temporalidad y la *historicidad* a entender la relación con el pasado, es la *preocupación* la capacidad que nos permite tratar con aquello que *ya* nos ocupa, que está presente. *Cuidado, historicidad y preocupación* corresponden a futuro, pasado y presente desde una perspectiva íntima, propia. Con Heidegger, denominamos a esta perspectiva concepción ordinaria del tiempo.

Tomar la temporalidad ordinaria como el elemento capaz de nivelar cuidado, historicidad y preocupación permite contar con una *noción-eje* que organiza de forma clara el concepto de tiempo, pues todo gira alrededor de un *ahora* que pertenece también al tiempo ordinario y que es objeto de preocupación. Se recorra el problema, como acabamos de hacer, de la intratemporalidad a la temporalidad o a la inversa, la situación no varía: la reducción de nuestra concepción del tiempo a una sucesión de *ahoras* es una estrategia que nuestra investigación descartó apoyándose en el libro IV de la *Física* fundadamente. La anterioridad ontológica y epistemológica del movimiento con respecto al tiempo anula ambos recorridos: “Ser algo del movimiento y ser algo del Cuidado me parece que constituyen dos determinaciones inconciliables en su principio”³⁸⁸.

De este modo descartamos con Ricoeur la asunción del esquema heideggeriano y recuperamos la vía discursiva que entronca la presente reflexión acerca de la temporalidad en *Ser y tiempo* con el resto de la obra: aquello que reconocemos de nuevo es el problema de la aporética de la temporalidad. En conclusión, *Ser y tiempo* “resume el fracaso de todo nuestro pensamiento sobre el tiempo, y, en primer lugar, de la fenomenología y de la ciencia. Pero este fracaso no es inútil, como se esfuerza en demostrar esta obra. (...) Lo que llamaré el trabajo de la aporía que actúa en el propio centro del análisis”³⁸⁹.

Para integrar el largo análisis de la obra de Heidegger que aquí hemos sintetizado en el resto de *Tiempo y narración*, Ricoeur formula en términos cercanos a los de Heidegger las aporías que delimitan nuestro concepto de tiempo. Las citamos a continuación:

Por un lado, constatamos una dinámica de atracción y repulsión entre el concepto *ordinario* de tiempo y el análisis *existenciar*io del tiempo. Esta dinámica la reconocemos, recuperando la guía agustiniana, en el *tiempo del alma* y el *tiempo del mundo*, que nos llevó a establecer este carácter aporético de los análisis especulativos acerca de la temporalidad de forma más rotunda. Nos legitima para establecer este carácter aporético el camino recorrido: la dinámica entre Agustín y Aristóteles, su revitalización en los textos de Husserl y Kant y la definitiva revisión de *Ser y Tiempo. La capitalidad de esta primera aporía está en que, a pesar de habernos acompañado desde las primeras líneas*

³⁸⁸ T.N. III, p. 763.

³⁸⁹ T.N. III, p. 768.

de la obra, logra ahora ser establecida no como toma de postura inicial sino como conclusión de un largo desarrollo discursivo.

Por otro lado, partiendo de la constatación de dicha dinámica entre tiempo ordinario y existencial, podemos ajustar más su mutua implicación pues ambos se definen desde la recíproca invasión de las fronteras discursivas que el otro delimita. Se fundan ambos conceptos partiendo de su referencia al otro, sea por contaminación -la intratemporalidad recibe de la temporalidad cronológica parte de sus restricciones-, sea por contrariedad -ambas temporalidades adquieren su propia identidad como consecuencia de colocarse en el sector opuesto de un vector compartido: la infinitud del tiempo del mundo es más fácil de captar en todo su calado si se opone a la finitud del tiempo mortal y, más aún, viceversa-.

Por último, el papel de la historicidad, entre la temporalidad fundamental y la intratemporalidad, en la fenomenología hermenéutica del tiempo en Heidegger puede precisarse. Sin embargo, Ricoeur no emprende esa precisión, limitándose a una sugerencia tan valiente como escasa: “Podemos preguntarnos si la propia Historia está edificada sobre la fisura del tiempo fenomenológico y del tiempo astronómico, físico, biológico: en resumen, si la Historia no es ella misma una zona de fisura”³⁹⁰.

Esta última aporía nos descubre una pauta con la que acercarnos a la conclusión de los análisis que *Tiempo y narración* ha construido: *la constatación de la naturaleza aporética de un concepto no es el final de su análisis*. Queda levantar acta, no solo de la falta de razonamientos concluyentes al respecto, sino también de las consecuencias que ello tenga. En este caso, las conclusiones acerca de la historiografía se deben exclusivamente a un producto emergente de la falta de razonamientos concluyentes capaces de delimitar con independencia los conceptos de temporalidad y de intratemporalidad.

³⁹⁰ T.N. III, p. 773.

VI.2. La poética de la narración: del tiempo histórico en la narración a la identidad narrativa

Comienza la segunda sección retomando el hilo con el que comenzaba ‘El tiempo narrado’:

La clave del problema de la refiguración reside en la manera en que la Historia y la ficción, tomadas conjuntamente, ofrecen a las aporías del tiempo (...) la réplica constituida por la poética de la narración³⁹¹.

Recuperamos la refiguración como efecto de la mimesis III que nos permite tratar con un tiempo humano edificado en la mutua implicación entre Historia y ficción. Desde ella reconoceremos en los dos primeros capítulos de la segunda sección los rasgos específicos del relato histórico y del relato de ficción, respectivamente. A continuación, desde los capítulos tercero y cuarto, revisaremos la complementariedad entre ambos modelos partiendo de la relación entre cualquier relato y la realidad, momento en el que nos podremos centrar en la refiguración como efecto de uno sobre la otra y como superación de la referencia como esquema de relación. Finalmente, tomando los últimos capítulos de la sección, recuperaremos los préstamos inherentes al vínculo entre Historia y ficción para concluir desde ellos y con toda la rotundidad que podamos que “lo que se llama tiempo humano, no es más que el tiempo narrado”³⁹².

A) ENTRE EL TIEMPO VIVIDO Y EL TIEMPO UNIVERSAL: EL TIEMPO HISTÓRICO

Podemos ya sintetizar en tres las alternativas posibles en la discusión acerca de la naturaleza del tiempo histórico: la alternativa hegeliana, aquella que hemos caracterizado desde la historiografía francesa del siglo XX y desde la corriente analítica de la historiografía anglosajona y esta vía que acabamos de plantear, que coloca la reflexión acerca del tiempo histórico en la intersección entre el tiempo del alma o tiempo fenomenológico y el tiempo del mundo o tiempo objetivo.

³⁹¹ T.N. III, p. 777.

³⁹² T.N. III, p. 780.

La Historia ha logrado fundarse y hacerse cada vez más sólida partiendo de una condición de partida que desde Heidegger vemos con claridad: se cimenta en la fisura entre el tiempo vivido y el tiempo universal. El calendario, los archivos, los documentos o las huellas desde las que edifica sus investigaciones no son más que recursos que palian y transitan esta fisura que los historiadores debieran reconocer como ineludible. Así, como acabamos de apuntar al referirnos a la conclusión de la primera sección, es el estudio acerca del carácter aporético de la temporalidad lo que nos permite esclarecer la naturaleza problemática de los conocimientos historiográficos, amparados en la efectividad de las conclusiones aporéticas y en la inconveniencia del cierre apresurado de la discusión desde el punto de vista filosófico, por más que exceda los límites del punto de vista del historiador.

El *tiempo del calendario* es el primer puente que genera la historiografía para transitar el salto entre el tiempo vivido y el tiempo cósmico. Nace este tercer tiempo con la intención de regular o, al menos, de dar cuenta del tiempo de las sociedades y de los sujetos que viven en ellas. Lo más relevante de la constatación de la raíz mítica de este tercer tiempo lo encontramos en la referencia a Benveniste en *Le Langage et l'expérience humaine*: la temporalidad que se abre con el recurso al calendario es una temporalidad capaz de dar cuenta de la vida de las sociedades, de cómo los sujetos que las componen pueden entender sus vidas. No hay tiempo socializado sin calendario. Nunca lo hubo.

Siguiendo todavía la guía de Benveniste, citamos tres rasgos comunes a todos los calendarios: reclaman un acontecimiento que sirva de fundador de la serie causal. Es posible recorrer el tiempo que es organizado por los calendarios en las dos direcciones, desde el pasado o desde el presente. Por último, fijan unidades de medida capaces de generar intervalos constantes que sirven para anclar su estructura en la alusión al tiempo del mundo o tiempo cósmico.

El siguiente puente que genera la práctica histórica tiene que ver con la *sucesión de generaciones*. Que las generaciones se sucedan es lo que ocupa a la historiografía, más que los mecanismos de adhesión a una generación o los rasgos que diferencian a una generación de otras. En este sentido, de la mano de Schutz y Dilthey, concebimos la sucesión de generaciones como un recurso que cumple funciones semejantes a las que adjudicábamos al calendario, es decir, conecta el tiempo cósmico con el tiempo vivido generando, en la fisura entre ambos, un tiempo social, compartido.

En la obra de A. Schutz de 1976 *The phenomenology of the social world* encontramos el intento de derivar desde la triada *presente-pasado-futuro* la triada *reino de los contemporáneos-reino de los predecesores-reino de los sucesores*. Tomamos del trabajo de Schutz el rasgo central del *reino de los contemporáneos*: la obligatoriedad de *envejecer juntos*, de recibir el efecto del paso del tiempo *a la vez*. Debe servirnos esta referencia para aclarar el salto hacia el atributo narrativo de nuestra identidad, también desde un punto de vista colectivo.

La noción de *huella* es el último de los puentes a los que Ricoeur de refiere. Antes de revisarlo, hacemos referencia al *archivo* y al *documento* como sus generadores. Un *archivo* es un cuerpo organizado de documentos cuya matriz de organización está en la pertenencia a una institución y que tiene como objetivo último la conservación de los documentos que dicha institución generara. El *documento* es, sin más, el garante o apoyo desde el que elaborar un relato, una historia. Nos encontramos entonces con la huella como efecto y, a la vez, como puente que conecta las dos temporalidades, cósmica y vivida. Como si una se superpusiera a la otra, encontramos en la huella la posibilidad de recorrer el tiempo vivido como afín al cósmico, emparentado con él. Así, podemos datar -con más o menos precisión- el instante en el que la huella fue generada superponiendo a los rasgos propios del tiempo cósmico un elemento de naturaleza diferente que aspira a cumplir con las exigencias que no le son afines. “La huella es así uno de los instrumentos más enigmáticos por el que el relato histórico *refigura* el tiempo”³⁹³.

B) LA NARRACIÓN DE FICCIÓN Y LAS VARIACIONES IMAGINATIVAS

Buscamos ahora el contrapunto a la revisión anterior a los estudios historiográficos recapitulando las variaciones del relato de ficción de las que dimos cuenta en el capítulo anterior. Las novelas de Woolf, Mann y Proust nos sirvieron para dar forma al concepto de *variación imaginativa* del tiempo, que recuperamos ahora por tratarse de narraciones centradas en la experiencia temporal capaces de proponer al lector variaciones imaginativas de esa experiencia. Son capaces porque comparten la intención de tematizar la *reinscripción* del tiempo fenomenológico en el tiempo histórico pero también porque lo hacen asumiendo la aporética de la temporalidad desde el punto de

³⁹³ T.N. III, p. 815.

vista especulativo. Su asunción de la aporía nos sirve para *conectar* la reflexión especulativa con la producción de tramas, en un recorrido que detallamos a continuación.

La primera y más evidente de las distancias entre el relato histórico y el de ficción es la referencia del primero a “los conectores específicos de la reinscripción del tiempo vivido en el tiempo cósmico”³⁹⁴. En cambio, en la ficción, el compromiso con el tiempo cronológico se *neutraliza* emergiendo así el tiempo vivido liberado de su compromiso con el tiempo del mundo. Asumido que cualquier ficción se funda en esa liberación simulada, las novelas que nos ocupan despliegan ante el lector un universo en el que ese simulacro es más patente y tiene la intención de llegar más lejos.

De este modo, si la aporía principal con la que concluíamos la revisión del estudio fenomenológico de la temporalidad era *la falla que el pensamiento reflexivo encontraba entre el tiempo vivido y el tiempo cosmológico*, para la ficción esta falla no existe, como prueba la inclusión, en el mismo relato, de personajes, lugares o acontecimientos históricos: la trama de *La señora Dalloway* se sitúa tras la II Guerra Mundial, la de *La montaña mágica* en los años que preceden a la I Guerra Mundial y la de *En busca del tiempo perdido* se distribuye entre el antes y el después de la I Guerra Mundial.

El relato de ficción se funda en la posibilidad de *neutralizar* la aporía poniéndola *en movimiento*, es decir, de edificar un tiempo vivido sin la referencia directa al tiempo cosmológico. De esta forma, anclar la ficción en referencias datadas no implica el compromiso con aquello que efectivamente acaeciera ni con la intención de descubrirlo. Más bien, implica para nosotros la pertinencia de una reflexión de segundo orden: ¿es la ficción la variación de la escritura que nos permite tratar con la especificidad del concepto de tiempo vivido, tiempo fenomenológico o tiempo del alma?

Su referencia a la temporalidad cosmológica puede relativizarse, al contrario de lo que sucede en la historiografía o en la construcción de la identidad del sujeto culturalmente determinado. En este sentido, el espacio discursivo de la ficción nos permite observar el tiempo fenomenológico desde un lugar privilegiado: “Resulta que la contribución principal de la ficción a la filosofía no reside en la gama de las soluciones que propone para superar la discordancia entre tiempo del mundo y tiempo vivido, sino

³⁹⁴ T.N. III, p. 818.

en la exploración de los *rasgos no lineales del tiempo fenomenológico* que el tiempo histórico oculta”³⁹⁵.

Recurrimos entonces a las *variaciones acerca de las aporías internas de la fenomenología* que encontramos en nuestras novelas secuenciando en estadios el recorrido que las permite deshacer la dependencia del tiempo fenomenológico con respecto al tiempo cosmológico.

El primer estadio parte de la revisión de Husserl de la paradoja del triple presente agustiniano. Husserl acaba admitiendo la existencia de un flujo que conecta el presente de las cosas pasadas, el presente de las cosas presentes y el presente de las cosas futuras, flujo que configura una unidad en la que nuestras *retenciones*, a modo de *cola de cometa*, vinculan el presente de las cosas pasadas con el presente de las cosas presentes y en la que el conjunto de *cuasipresentes* que la imaginación nos permite elaborar sirven a modo de *telos* que vincula el presente de las cosas futuras con el presente de las cosas presentes.

Este flujo que sirve a Husserl para dar cuenta del tiempo fenomenológico puede interpretarse desde las novelas que nos ocupan. No porque encontremos en ellas un análisis diferente al de Husserl sino porque, simplemente, lo *hacen actuar*: estas ficciones dan un sentido singular y único a la propuesta husserliana, pues prueban su verosimilitud mediando su adaptación al mundo de la ficción.

En el segundo estadio, desde la recuperación de la experiencia del flujo de la temporalidad en el espacio fundado por el relato de ficción, recupera Ricoeur el límite superior de la reflexión agustiniana que en la primera parte de la obra quedó descartado por alejarse de los intereses generales de la obra, esto es, el límite superior del tiempo en la muerte o en la eternidad. En *La montaña mágica* este límite superior aparece como aquella “sopa de eternidad”³⁹⁶ o como la eternidad jubilosa de ‘Nieve’. También podemos encontrar muestras de esta misma experimentación con “el acceso al reino de lo ‘extratemporal’”³⁹⁷ en Woolf o en Proust. Aquello que los tres comparten es la alusión a lo *extratemporal* como un producto estrictamente imaginativo y que tiene sentido como *armisticio* que el arte nos proporciona.

³⁹⁵ T.N. III, p. 824.

³⁹⁶ T.N. III, p. 829.

³⁹⁷ *Ibidem*.

En el tercer y último estadio, incorporadas la capacidad de generar concordancia entre elementos de naturaleza discordante -primer estadio- y la experimentación con el límite de la experiencia temporal al espacio propio de la ficción -segundo estadio-, recuperamos los límites del mito. Especialmente en *La montaña mágica*, el tiempo es “remitificado”³⁹⁸, renueva su modo de *hacerse visible* merced a dos rostros antitéticos, el del tiempo destructor y el del tiempo como artista. Uno actúa deprisa y se hace visible en “las muñecas de la cena macabra”³⁹⁹, el otro, “‘el artista, el Tiempo’ es la hija de Gilberte y de Robert Saint-Loup”⁴⁰⁰ y actúa lentamente.

Lo principal del proceso al que nos invita la ficción es la posibilidad de conferir al tiempo una cierta *materialización*, que dice algo acerca de aquella *visibilidad* que la fenomenología consideraba inherente al tiempo. De un modo poético, “el tiempo se encuentra cuerpos ‘para mostrar en ellos su linterna mágica’”⁴⁰¹. De este modo, el mito, a pesar de ser un espacio discursivo en el que la fenomenología de Husserl no nos sirve de guía, es donde encontramos *algo dicho* acerca del tiempo fenomenológico, del tiempo vivido. Concluye, pues, el tercer estadio con la *revisión* poética de la temporalidad que nos permite aludir a ella eludiendo las aporías o, más precisamente, transitándolas.

Desde estas *variaciones imaginativas* llegamos a la *disimetría* de los dos modos de refiguración del tiempo cronológico, el propio de la historiografía y el de la narrativa. Hemos observado las aportaciones al espacio de las aporías de la temporalidad que la narrativa ponía a nuestro alcance y, para concluir, redefinimos ahora el vínculo entre la aporía especulativa y las *soluciones narrativas*. Para ello, recuperamos la convicción que ha articulado nuestro análisis de la obra: “Resolver poéticamente las aporías quería decir no tanto disolverlas como despojarlas de su efecto paralizador y hacerlas productivas”⁴⁰². En Husserl el *presente vivo* se configuraba a partir de aquel juego de retenciones y pretensiones. Si asumimos este esquema y tenemos presente nuestra convicción, obtenemos de suyo el espacio discursivo en el que podemos obtener un rédito teórico de las *soluciones narrativas*:

La concordancia discordante era ya a la vez el nombre de un problema que había que resolver y el de su solución ideal. Es lo que hemos querido significar al

³⁹⁸ T.N. III, p. 830.

³⁹⁹ T.N. III, p. 831.

⁴⁰⁰ *Ibidem*.

⁴⁰¹ *Ibidem*.

⁴⁰² T.N. III, p. 832.

decir que el mismo análisis descubre la aporía y la oculta bajo el ideal-tipo de su resolución⁴⁰³.

Aunque sepamos que el tiempo fenomenológico -o la dialéctica *intentio-distentio* agustiniana, si recuperamos nuestra primera formulación de los problemas especulativos del concepto de tiempo- no se hace evidente ni puede ser comprendido desde el punto de vista especulativo atendiendo al argumento de ninguna ficción concreta -tampoco de aquellas que nos han ocupado-, sí conservamos la intención de sacar rentabilidad especulativa a las variaciones narrativas que nos han ocupado. Reconocemos en la ficción modos en los que las aporías de la temporalidad dejan de ser paralizantes para comenzar a ser misterios transitados. A partir de esos modos la ficción construye “la cohesión de una vida”⁴⁰⁴, pues permite la configuración de un presente que integra rememoraciones y retenciones. En definitiva, *las intenciones fenomenológicas se captan en el ejercicio narrativo a pesar de nuestra incapacidad para desglosarlas esquivando la aporía*.

En conclusión, la dialéctica *intentio-distentio* es el principal objeto de las novelas que nos han ocupado y desde su estudio podemos considerar que la literatura es el “instrumento insuperable de exploración”⁴⁰⁵ del modo en que la concordancia discordante hace transitable la aporía. Eliminamos así su efecto paralizante gracias a nuestra capacidad de entamar, que hemos considerado sedimento ineludible, propiamente humano.

C) LA REALIDAD DEL PASADO HISTÓRICO

Nos centramos a continuación en la refiguración del tiempo cronológico como efecto que dota de sentido a la temporalidad y que vincula los trabajos del historiador y del creador de ficciones. Con Ricoeur, denominaremos al modo en que los historiadores generan este efecto *representancia* e identificaremos con ella la articulación de aquello que hemos considerado *huella* tradicionalmente: los archivos, los documentos, los testimonios, los textos rescatados de historiadores anteriores... En definitiva, aquellos

⁴⁰³ T.N. III, p. 833.

⁴⁰⁴ T.N. III, p. 834.

⁴⁰⁵ *Ibidem*.

efectos de realidades efectivamente existentes en momentos anteriores que ejercen un papel regulador en la refiguración que el historiador pretende llevar a cabo.

Desde los estudios de R. G. Collingwood⁴⁰⁶ y P. Veyne⁴⁰⁷ reconocemos modos alternativos de incorporar esta deuda de la Historia con el pasado reflejado en huellas que solo articularemos gracias a la recuperación de la obra de H. White, donde se establece con rotundidad el recurso a tropos de origen literario que la Historia necesita para articular dichas huellas. Así, recuperamos a White como eje desde el que interpretar la *representancia* vinculada con la refiguración porque reconocemos en su compromiso con elementos de origen literario la interpretación más clara del trabajo con las huellas que ocupa al historiador.

Gracias a White consideramos el acto refigurativo como fundador de un espacio de confluencia entre la Historia y el relato de ficción que podemos delimitar a través de los préstamos que ambos polos conservan recíprocamente: la *ficcionalización* de la Historia y la *historización* de la ficción. La articulación de las investigaciones venidas de la historiografía que nos ocupó en el capítulo IV nos legitima para reconocer ahora la *ficcionalización* de los procedimientos propios de la Historia. En efecto, son los préstamos que el historiador contrae con recursos procedentes de la ficción los que le permiten categorizar la tradicionalidad propia de su contexto y, en consecuencia, anclar su modo discursivo a elementos que alejan a la historiografía del método propio de las investigaciones científicas. Así, la Historia, ligada a la tradicionalidad, conserva entre sus elementos configuradores préstamos venidos de la ficción que conectan su tarea con el acto refigurativo en la misma medida que imposibilitan el establecimiento de un método cercano al de las ciencias aplicadas.

La *historización* del relato de ficción se evidencia en la necesidad de la narración de ser verosímil a los ojos de sus lectores. Sea partiendo de acontecimientos que la Historia haya constatado, sea partiendo desde acontecimientos que caigan dentro del espectro de posibilidades verosímiles en el contexto de referencia del relato en cuestión, el presupuesto insoslayable para el escritor será el de referirse a acontecimientos efectivamente existentes o cuya apariencia nos permita presentarlos así. En definitiva, desde la refiguración fundamos un espacio de confluencia que queda delimitado por estos

⁴⁰⁶ La “reefectuación” del pasado en el presente.

⁴⁰⁷ Una ontología negativa del pasado.

préstamos recíprocos y que nos permitirá afirmar, en las páginas que nos restan, la presencia de una identidad narrativa que lleva a cabo dicha refiguración.

D) RENUNCIAS PREVIAS A LA CONCLUSIÓN

En los capítulos finales de la obra y con la seguridad que le proporciona haber concluido su recorrido discursivo, Ricoeur, antes de elaborar sus conclusiones, aborda dos tradiciones que se han hecho cargo de la temporalidad desde presupuestos distantes de aquellos que han inspirado esta investigación⁴⁰⁸.

La hegeliana es la primera de ellas y la aborda desde nuestra categorización del tiempo como *singular colectivo*, es decir, como la estructura pasado-presente-futuro a la que le corresponde otra estructura simétrica relativa a las facultades o capacidades de los sujetos. En efecto, la sinergia entre las dos estructuras simétricas abre la puerta a la concepción hegeliana: “¿no hay que buscar la verdadera respuesta a las aporías del tiempo en un modo de pensamiento capaz de abrazar el pasado, el presente y el futuro *como un todo*? (...) Desde este problema nace la tentación hegeliana”⁴⁰⁹.

Parte Hegel de un tratamiento más especulativo que historiográfico de la Historia: el Espíritu tiende a autorrealizarse en la confluencia entre lo real y lo racional, que solo puede tener lugar en un escenario afectado por estructuras temporales. Para incluir en el mismo análisis lo real y lo racional debe recurrir en *Lecciones sobre la filosofía de la historia* a conceptos de naturaleza teleológica como *fin*, *medios* y *efectividad* que reclamarán una concepción del tiempo como confluencia de lo real y lo racional.

Más allá de la concesión superficial del “carácter irreductiblemente temporal de la Razón”⁴¹⁰, nuestra investigación no incorpora apenas nada de la concepción hegeliana legitimada en la frontera que Ricoeur reconoce entre el tratamiento dialéctico de los *acontecimientos del pensamiento* como efecto del propio paso del tiempo y nuestra convicción de que el pensamiento es una producción de un sujeto concreto, no un efecto

⁴⁰⁸ Recordemos aquello que considerábamos en ‘El injerto en el plantón: una deuda con la escuela estructuralista’ “vía larga” de análisis. Esta vía renunciaba a la herencia heideggeriana y se comprometía con una dinámica entre la interpretación hermenéutica y el análisis de tradición estructuralista.

⁴⁰⁹ T.N. III, p. 918.

⁴¹⁰ T.N. III, p. 927.

que acaece. Constatar esta distancia con el esquema hegeliano arma a nuestro autor para decantarse por aquello que nuestra investigación está considerando *vía larga* de análisis:

La salida del hegelianismo -sea por la vía de Kierkegaard, por la de Feuerbach y de Marx, o por la de la escuela histórica alemana (...) - parece, *a posteriori*, una especie de origen⁴¹¹.

Desde este distanciamiento y desde la constatación del “desmoronamiento increíblemente rápido del hegelianismo en cuanto pensamiento dominante”⁴¹², surge una certeza que marcará el curso de la conclusión de *Tiempo y narración: renunciar a Hegel es renunciar a la esperanza de encontrar una clave que descifre una presunta trama suprema que englobe todas las explicaciones que de la temporalidad se puedan construir*. No hay modo de engarzar nuestra lectura del tiempo en una sola explicación que la dote de uniformidad.

Sin embargo, abandonar el esquema hegeliano no anula del todo su efecto. Alejarnos de una concepción dialéctica del tiempo no invalida la pregunta: “¿se puede aún pretender *pensar* la Historia y el tiempo de la Historia?”⁴¹³. Ricoeur intenta responder desde la reconstrucción de “una especie de unidad plural”⁴¹⁴ en el fondo de la temporalidad como *singular colectivo* en el que nos detenemos a continuación.

Para ello, de la mano de R. Koselleck, retoma la mutua implicación que forman nuestras *esperas* dirigidas hacia el futuro y nuestras *interpretaciones* dirigidas hacia el pasado y reconoce una instancia capaz de mediar entre ambas estructuras. Esta instancia articula un *espacio de experiencia* en el que reconocemos la persistencia del pasado en el presente y *horizonte de espera* que no forma un *espacio* pero que, por lo mismo, es capaz de contener la multiplicidad de manifestaciones privadas o colectivas que miran hacia el futuro. Así, *espacio de experiencia* y *horizonte de espera* son consideradas por Ricoeur categorías metahistóricas que pueden emplearse en el campo de la antropología filosófica y que se aproximan a aquella unidad plural a la que aspiraba. Desde ellas, nuestra investigación concibe el pasado propio de una comunidad partiendo de los efectos que los acontecimientos pasados han dejado en las estructuras presentes y el futuro que esta

⁴¹¹ T.N. III, p. 931.

⁴¹² T.N. III, p. 932.

⁴¹³ T.N. III, p. 939.

⁴¹⁴ *Ibidem*.

construye partiendo de la espera como facultad inherente al sujeto culturalmente determinado en su tratamiento con el paso del tiempo.

En las antípodas de aquella conciencia soberana propia de la tradición hegeliana, recuperamos esta concepción:

Somos agentes de la Historia solo en la medida en que somos sus pacientes. Las víctimas de la Historia (...) que la sufren mucho más que que la hacen⁴¹⁵.

Retomamos, pues, nuestra *vía larga* de análisis recuperando la *tradición* que gracias a A. J. Greimas reconocimos en los contenidos de naturaleza simbólica que garantizan la continuidad de la recepción del pasado que cualquier cultura acumula. Estos contenidos con pretensión de verdad *-tener-por-verdadero-* tienden a quedar presupuestos a la espera de una argumentación que los invalide y articulan una concepción compartida del pasado. En este sentido, si consideramos la eficiencia de la Historia a la luz de la “constelación de significaciones que gravitan en torno al término tradición”⁴¹⁶, nos encontraremos una vez más con la narración como recurso que la hace posible.

Resta una recapitulación del *presente histórico* como espacio de mediación. Para ello, tomamos la *iniciativa -atención o percepción* en términos agustinianos- como facultad del sujeto comprometida con el presente. Más allá de la *presencia* misma, lo que dispone al sujeto para tratar con el presente es su disposición a padecer o a obrar desde los acontecimientos que caen bajo esta estructura temporal: es presente aquello con lo que el sujeto obra o que el sujeto padece.

En la misma línea y recuperando a von Wright, diremos que es la *intervención*, como intersección entre el sujeto y su sistema de referencia, lo que define al presente. Y será esta intervención lo que nos permita conectar nuestro presente vivo con la memoria y con la espera, como facultades afines y que se reclaman recíprocamente. Recuerda esta concepción de von Wright a la expresión de A. Schultz *envejecer juntos* como quehacer propio de aquellos que quedan incardinados en un mismo presente histórico.

Recurrimos para concluir a la legitimidad del olvido que Nietzsche defiende como recurso frente a la carga del pasado que la “cultura histórica de los modernos”⁴¹⁷ ha

⁴¹⁵ T.N. III, p. 953.

⁴¹⁶ T.N. III, p. 971.

⁴¹⁷ T.N. III, p. 982.

colocado sobre las espaldas de los sujetos contemporáneos. Capacidades que consideramos inherentes a cualquier sujeto, como la de creer en sí mismo o la de asimilar el pasado, son las que están amenazadas por aquella carga del pasado y, por lo mismo, las que la fuerza del presente que tomamos ahora de Nietzsche debe ayudarnos a aligerar. En definitiva, “la fuerza de refigurar el tiempo procede de la fuerza del presente”⁴¹⁸.

VI.3. La identidad narrativa como corolario aporético

Nos centramos ahora en la identidad narrativa como conquista que debe dar sentido a nuestro análisis de *Tiempo y narración*. Resta, pues, la parte más importante de nuestro estudio: esclarecer qué funciones podemos predicar de la identidad narrativa y, desde ello, qué sentido completo toma en el conjunto de nuestros análisis de las realidades culturalmente determinadas. A ambas empresas dedicaremos este apartado. Comenzaremos por la función que nos permite identificarla, es decir, la *refiguración* de la experiencia temporal y concluiremos revisando el sentido de la *identidad narrativa* como corolario de la investigación hermenéutica. Antes de comenzar, advertimos al lector de los préstamos que conservamos del apartado anterior, pues asume el espacio hermenéutico que allí se configuraba la función de soporte y fundamentación de nuestra concepción de la refiguración como quehacer de la identidad narrativa.

A) LA REFIGURACIÓN: EL QUEHACER DE LA IDENTIDAD NARRATIVA

La refiguración del tiempo cronológico armoniza algunos de los elementos decisivos que hemos ido acumulando a lo largo de nuestra investigación: el *mythos* como recurso propiamente humano para transitar las aporías en las que cae el razonamiento especulativo al hacerse cargo del paso del tiempo, la triple mimesis como proceso mediante el cual las narraciones, dominadas por el *mythos*, quedan insertadas en un contexto cultural que es a la vez transmitido y legitimado en ese mismo proceso y la síntesis de lo heterogéneo y la concordancia discordante como consecuencias que se

⁴¹⁸ T.N. III, p. 986.

evidencian en la generación de tramas pero que son afines a cualquier construcción racional que contenga el paso del tiempo cronológico como uno de sus elementos.

Nos encontramos, en fin, ante la vivencia del paso del tiempo como efecto de la refiguración del tiempo cronológico en tiempo vivido que responde a patrones y estrategias de origen narrativo. Tanto en la Historia como en el relato de ficción constatamos la insistencia de este sedimento de origen narrativo que nos ha llevado a inferir su parentesco y que remite a un modo afín de categorizar la experiencia temporal.

A la vez, reconocer la relación de parentesco entre ambos campos por el modo en que se hacen cargo del paso del tiempo cronológico refigurándolo en un tiempo vivido no desemboca en un acoplamiento sencillo. El efecto refigurativo que comparten no procede de los mismos recursos ni está inspirado en las mismas motivaciones. Para reconocer tanto lo que comparten como lo que define a cada esfera, recurrimos a la formulación ricoeuriana:

[Se da] Cierta *convergencia* entre (...) la función de *representancia* ejercida por el pasado real y la función de *significancia* que reviste el relato de ficción⁴¹⁹.

El relato de ficción, en esa función de *significancia*, tendrá la posibilidad de experimentar con las variaciones que del tiempo humano pueden hacerse en el plano de la creación literaria, como muestran en las revisiones de Woolf, Mann y Proust. Pero, para recorrer la distancia que existe entre aquellas variaciones imaginativas del concepto de tiempo y el sedimento narrativo que pretendemos esclarecer en nuestras conclusiones, es necesario que el trabajo de los historiadores haga referencia a una determinada concepción del tiempo que pueda ser *convergente* con el objeto sobre el que el relato de ficción ejerce dicha *significancia*. Con esta intención nos referimos ahora al sentido en el que el *pasado real* es representado por el trabajo de los historiadores. ¿En qué consiste su *representancia*? O, en palabras de Ricoeur, “¿Qué significa el término *real* aplicado al pasado histórico?”⁴²⁰.

La *representancia* (*Vertretung*) viene dada por la filiación a una huella de dicho pasado efectivamente existente. Ricoeur concibe esta filiación como una frontera que ha de separar los rudimentos con los que trabaja el historiador de aquellos que el autor de

⁴¹⁹ T.N. III, p. 837.

⁴²⁰ T.N. III, p. 838.

ficciones tiene a su alcance: “El historiador está sometido a *lo que fue un día*. Tiene una *deuda* con el pasado”⁴²¹. De este modo, la *representancia* de la huella que *deja* el pasado y que el historiador *recoge*, constriñe el trabajo de este y hace que sus conclusiones sean dependientes del uso que de la *huella*⁴²² pueda hacer. En definitiva, se tratará siempre de un conocimiento mediado por ella, de un conocimiento por referencia indirecta.

Caracterizada brevemente la *representancia* del pasado real por medio de la huella que este produjo, presentamos concisamente dos alternativas que ayudan a Ricoeur a precisar su análisis:

- *La “reefectuación” del pasado en el presente*: una primera posibilidad, siguiendo Collingwood, será concebir la dimensión pasada del pasado como un rasgo que puede ser ignorado, es decir, eliminar la distancia categorial entre el pasado y el presente para poder concebir, desde la huella, el pasado *tomándolo como un presente* del que el autor da cuenta. De este modo, el trabajo del historiador tiene lugar partiendo de una huella que el acontecimiento deja en el plano de los *cambios físicos* efectivamente analizables y busca la reconstrucción de nexos entre acontecimientos así tomados que le llevarán a un conocimiento análogo al que tuvieron los sujetos que vivieron aquellos acontecimientos que originaron la huella.

Sin embargo, nos aleja de la perspectiva de Collingwood la consideración de la huella como elemento legitimador de la identificación de pasado y presente, pues nuestra investigación está aceptando el papel de la huella como gozne que conecta pero no reúne ambas estructuras temporales que consideramos dependientes pero distintas.

- *Una ontología negativa del pasado*: otros historiadores han optado por considerar el pasado partiendo de su completa alteridad con respecto al presente. Así, Dilthey considerará que el sentido último de las ciencias sociales estará en poner a disposición del sujeto concepciones del mundo que le son por completo ajenas por carecer de su contexto cultural y, en el mismo sentido, Veyne en *L’inventaire*

⁴²¹ *Ibidem*.

⁴²² Para aclarar con más precisión el concepto de huella puede revisarse la reseña del capítulo ‘Entre el tiempo vivido y el tiempo universal: el tiempo histórico’, en nuestra primera sección.

des différences alude a la *individualidad* como atributo que funda la alteridad del pasado con respecto al presente.

En la misma línea Michel de Certeau establece como base para la separación ontológica del pasado y el presente el nexo que cualquier acontecimiento posee con la estructura social en la que tiene lugar. Desde él relativizamos la concepción infundada del historiador como árbitro o juez del sentido que recorre los diferentes acontecimientos pasados que llegan a él a través de las huellas que dejaron⁴²³.

Con Ricoeur, encontramos el modo de conjugar ambas alternativas recuperando de la *Poética* su caracterización de la analogía como una *metáfora proporcional*⁴²⁴. Reconocemos esta relación analógica en la concepción de H. White que, centrado en la construcción de tramas, logra flexibilizar las distancias entre Historia y relato de ficción sin que ninguna de las disciplinas renuncie a su identidad. Tanto en *Metahistory* como en *Tropics of discourse*, White asume que el historiador debe tratar con las huellas que el pasado originó y con las que queda en constante deuda pero, a la hora de establecer conexiones entre dichas huellas y por lo tanto de generar un relato del pasado, apunta que este estará obligado a refigurarlo, esto es, a darle una forma unitaria que sólo podrá ser resultado de una relativa anticipación o precipitación que será suya. En otras palabras, *el modo en que el historiador se hace cargo de la huella y genera la representancia del pasado sólo es tematizable si asumimos los efectos que los tropos tienen en la generación de su discurso*.

En conclusión, nos acercamos a la Historia buscando en ella un relato lo más verosímil posible de cómo efectivamente se produjeron los acontecimientos en ella relatados y no esperando de ella un desarrollo objetivo de aquello que verdaderamente acaeciera, como muestra la concepción de la Historia de White basada en la interpretación del pasado por medio de la analogía que tropos de origen narrativo generan.

⁴²³ Ricoeur, apoyado en *Faire l'histoire* de Michel de Certeau, es particularmente rotundo: "Desde la recolección de documentos a la redacción del libro, la práctica histórica es completamente relativa a la estructura de la sociedad (...) La Historia es configurada totalmente por el sistema en el que se elabora". *T.N.* III, p. 852.

⁴²⁴ "La metáfora consiste en trasladar a una cosa un nombre que designa otra, en una traslación de género a especie, o según una analogía" *Poética* 1457 b 6-9.

Tras la revisión del papel de la *representancia* en la historiografía y tras asumir la función de los tropos en la construcción del discurso del historiador, recuperamos la intención con la que comenzaba nuestra reflexión acerca de la refiguración: encontrar la vinculación entre Historia y ficción.

Para referirnos al relato de ficción, retomamos la concepción de la mimesis III como intersección entre el mundo del texto y el del lector. Encontramos en la conclusión de la triple mimesis el espacio donde tiene lugar la refiguración del tiempo cronológico en un tiempo que el sujeto puede dotar de sentido, es decir, el relato solo adquiere *significancia* si es refigurado por el lector, si queda incluido en su mundo. El sentido último del relato sólo aparece ante los ojos del lector, cuando ya ha tenido lugar la refiguración de la temporalidad.

La *significancia* es, por tanto, el modo en que la poética de la narración toma nuestra capacidad configuradora de la experiencia temporal, por un lado, como elemento sin el cual la ficción misma carecería de interés desde el punto de vista del antropólogo y, por otro, como capacidad con la que la ficción trata de forma especialísima: experimenta con nuestra capacidad refiguradora del tiempo, con nuestra vivencia íntima del tiempo sin rendir cuenta alguna a archivos, documentos o cualquier otra forma de huella... En definitiva, no acumula deudas con el pasado porque el pasado de la ficción no existe.

Desde su posición de privilegio, el relato de ficción pone frente a nuestros ojos la evidencia de que es trabajo del lector el cierre del relato, la refiguración de la temporalidad que le da sentido. En contra de la ilusión inevitable de que el relato está ya concluido cuando el autor así lo estima y que el acto de lectura es puramente pasivo, asumimos con Ricoeur que la estructura y el sentido último del texto son sólo un efecto que el lector genera y que sería inconcebible sin él. Y, si entendemos que el sentido último del relato es la refiguración de la experiencia temporal, deberemos afirmar con Ricoeur que es el lector, al incluir en su vivencia del tiempo los efectos del acto de lectura, el que lleva a cabo dicha refiguración.

Recuperando a Roman Ingarden⁴²⁵, el papel del lector será el de integrar las visiones esquemáticas e inconexas que encuentra en el texto. Tomándolo como una

⁴²⁵ *La comprensión de la obra de arte literaria.*

partitura, será propio del lector asumir el trabajo del instrumentista que ha de interiorizar la melodía allí contenida para, con su ejecución, producir música de lo que, sin él, era tinta y papel. Desde esta perspectiva, la obra solo tiene sentido en la interacción entre el texto y su lector que nos ocupaba en la mimesis III y, ahondando en esta interacción, podemos ahora defender que *el relato de ficción alcanza su sentido cuando es la solución para problemas que el lector debe ser capaz de encontrar en el propio acto de lectura*. Y, si la comprensión es el acto fundante del sentido del relato, el lector, lejos de representar un papel pasivo, ha de ser aquel que dote de sentido a las esquemáticas aserciones volcadas en el texto que no podrían ser concluyentes sin desembocar en su mundo, por ser su comprensión lo que aporta unidad al texto.

En síntesis, podemos obtener dos rasgos de la refiguración del texto desde esta descripción del papel del lector: el acto de refiguración, por un lado, genera una deuda en el campo de la Historia -deuda a la que hemos atendido siguiendo el rastro de los conceptos de *representación* y de *huella*- y, por otro, emparenta al campo de la ficción con la libertad⁴²⁶. Así, el acto de lectura, como *configurante*, vincula la *comunicabilidad* de los contenidos del texto y la necesidad de que estos posean cierta *referencialidad*. Remite este esquema al juego de la triple mimesis, donde la mimesis III solo tiene sentido si es entendida como el *después* de un *acto configurante* que debe contener la mimesis II y que necesariamente alude a un *antes* no cronológico que hemos tratado como mimesis I.

En estos dos rasgos y en el espacio discursivo que generan se juega la caracterización que buscamos del acto de lectura como acto refigurador capaz de explicar cómo la lectura se configura a partir de unos contenidos expresados *antes* por un autor -*comunicabilidad*- pero que solo adquieren sentido *después* de concluir la lectura, contenidos ya en el mundo del lector -*referencialidad*-. Así, desde ambos rasgos de la refiguración que tiene lugar en el acto de lectura, comenzamos a intuir el modelo de explicación que cerrará nuestra investigación: el trabajo del historiador y el del escritor de relatos de ficción desembocan en un acto refigurativo que tiene lugar en el acto de lectura y donde el lector logra el salto desde *una-cosa-viene-tras-la-otra* hacia *una-cosa-viene-después-de-la-otra*. Por tanto, *el lector refigura la acumulación cronológica de acontecimientos* –con más o menos dependencia de las huellas del pasado histórico dependiendo si nos referimos al trabajo propio de la Historia o al relato de ficción-

⁴²⁶ Libertad que permitirá que de este campo puedan rescatarse tratamientos de las aporías del tiempo que escapen a las consideraciones teóricas, tal y como se refleja en la tercera parte de la obra.

produciendo una totalidad capaz de ser expresada en una clave narrativa. Incorporada esta concepción de la refiguración, entendemos que nos encontramos ante un procedimiento propio tanto de la Historia como de la ficción que tiene una raíz ineludiblemente narrativa y que tiene lugar *después*, en el mundo del lector. Por tanto, este espacio discursivo es un espacio de confluencia donde la refiguración es consecuencia del contagio recíproco entre ficción e Historia y, en este sentido, podremos caracterizarla con más precisión si describimos los préstamos recíprocos que unen a ambas disciplinas.

Con respecto a la “*ficcionalización* de la Historia”⁴²⁷, acercándonos al final de nuestra investigación, podemos ser rotundos afirmando la existencia de un componente *imaginario* y afín a la ficción presente en el trabajo del historiador que no solo no hace que este pierda sistematicidad o rigor sino que, de suyo, es fundante del sentido mismo de la Historia como ciencia social. De este modo, y siempre desde la refiguración como rasgo definitorio, “la Historia reinscribe el tiempo de la narración en el tiempo del universo”⁴²⁸. Aludimos con *tiempo del universo* al tiempo en sentido cronológico en el que los actos acaecen de forma asistemática y no sujeta a una red causal que permita su interpretación ordenada en secuencias que conectan cada acto a los circundantes.

Así, la concatenación de acontecimientos que establecen los historiadores es posible gracias al espacio de confluencia que su disciplina comparte con los relatos de ficción propios de la tradicionalidad de su cultura⁴²⁹. Tomando recursos estructuralistas y de forma sincrética, podremos decir que la Historia trata con la concatenación de acontecimientos dada en el tiempo cronológico *refigurándolo* en una expresión narrativa concreta que queda inscrita en la tradicionalidad del contexto socioeconómico concreto del historiador. En este sentido, concluiremos que esta refiguración es prueba de que la Historia posee en sí misma un carácter narrativo que es inherente a su propio funcionamiento y, de suyo, deberemos asumir que dicho carácter narrativo la obliga a tomar una forma afín a las ficciones propias de la tradicionalidad del contexto del historiador y que ello establece cierta conexión entre los relatos realizados por el

⁴²⁷ T.N. III, p. 902.

⁴²⁸ T.N. III, p. 903.

⁴²⁹ Esta consideración de la tradicionalidad de una cultura como eje en el que la refiguración ha de inscribirse nos obliga a recuperar aquella deuda con la escuela estructuralista que nos ocupó en nuestro segundo capítulo. Nos limitamos aquí a considerar afín el concepto de tradicionalidad con aquello que la corriente de pensamiento estructuralista denomina *ideología* dominante en una *estructura* socioeconómica dada.

historiador y aquellos relatos de ficción que conforman la tradicionalidad a la que dicho historiador pertenece.

Asumido esto, hemos de equilibrar la balanza aclarando que el carácter narrativo de la Historia no implica su dependencia directa de estas ficciones con las que comparte contexto, sino la presencia de rasgos compartidos entre ambos modos de escritura⁴³⁰. De este modo, la Historia forma parte del espacio discursivo en el que opera la refiguración y comparte ese espacio con los relatos de ficción como espacio culturalmente determinado donde la tradicionalidad genera efectos. En consecuencia, *la Historia no imita a la ficción propia de su época, sino que comparte con ella un espacio tradicional que es el garante del parecido de familia entre ambas.*

Desde aquí podemos precisar aquello que funda el espacio de discurso que hace posible la refiguración: se trata de un carácter narrativo inherente al trabajo del historiador y queda establecido en el “pacto de lectura”⁴³¹. Este pacto fundacional que el lector establece con el narrador nace en el acuerdo por el cual él anticipa una confianza suficiente en el emisor del mensaje y en la veracidad de sus conclusiones y pasa a ser un lector implicado. A partir de entonces, el lector tratará el relato del historiador como acto refigurador de su experiencia, como generador de estructuras temporales en el sentido más humano que cronológico del término⁴³².

Con respecto a la “*historización* de la ficción”⁴³³, partimos de la hipótesis anterior planteada de forma opuesta: hay una imitación del trabajo de la Historia por parte del relato de ficción. Esta hipótesis de trabajo puede reconocerse en el ‘Érase una vez...’ con el que comienzan multitud de relatos populares o en técnicas propias de la narrativa occidental como la del *manuscrito encontrado*. Desde estas técnicas u otras afines recuperamos el pacto de lectura y el presupuesto de anticipación de la perfección que va

⁴³⁰ Citamos solo un rasgo compartido, por ser condición necesaria para cualquier acto refigurativo: tanto el relato de ficción como el resultado del trabajo del historiador se fundan en un pacto entre autor y lector, un pacto que el autor propone y que espera que el lector acepte.

⁴³¹ T.N. III, p. 872.

⁴³² Recordamos el presupuesto de Gadamer que consideramos consecuencia de un planteamiento afín: “El sentido de este círculo que subyace a toda comprensión posee una nueva consecuencia hermenéutica que me gustaría llamar ‘anticipación de la perfección’. También esto es evidentemente un presupuesto formal que guía toda la comprensión. Significa que solo es comprensible lo que representa una unidad perfecta de sentido. Hacemos una presuposición de la perfección cada vez que leemos un texto y solo cuando la presuposición misma se manifiesta como insuficiente, esto es, cuando el texto no es comprensible, dudamos de la transmisión e intentamos adivinar cómo puede remediarse” Gadamer, H. G., *Verdad y método*, p. 360-363.

⁴³³ T.N. III, p. 913.

de suyo. Sin embargo, analizado el pacto desde la hipótesis de que la ficción necesita imitar a la Historia, inferimos el compromiso que cualquier relato de ficción contiene con lo acontecido, con aquello de lo que la Historia intenta dar cuenta y también con el horizonte de mundos posibles que lo circundaron. Aunque sea un compromiso momentáneamente desatendido o pospuesto, será un compromiso irrenunciable si esa narración conserva una aspiración de ser tomada como cierta, de ser verosímil.

Desde ello, si la Historia no puede renunciar a la intención de referirse a un pasado efectivo o real, el relato de ficción tiene un compromiso igual de fundamental para el sentido de su tarea con respecto a *lo posible*. Ahí residirá el componente cuasi histórico de la ficción, en su necesidad de asemejarse o de ser simulacro de aquello que efectivamente sucede. Recuerda esta dependencia que la ficción acumula a la máxima aristotélica que liga la ficción a lo verosímil como su condición de posibilidad: “En el orden de la poesía es preferible lo imposible convincente a lo posible increíble”⁴³⁴.

Acotada esta referencia recíproca encontramos en el fondo de cualquier relato - sea histórico sea de ficción- la referencia más o menos veraz pero siempre verosímil a un pasado efectivo. Por tanto, el corolario que rescatamos de este entrecruzamiento es la prevalencia de la refiguración que tiene lugar en el acto de lectura, que es consecuencia del pacto entre autor y lector y que remite al sedimento narrativo que nos ha ocupado a lo largo de nuestra investigación.

B) LA IDENTIDAD NARRATIVA

Asumida la refiguración del tiempo cronológico en un tiempo vivido como una condición de partida indispensable para cualquier estudio acerca de los productos individuales o colectivos que acaecen dentro de estructuras culturalmente determinadas, ahora, atendemos a la vigencia de un atributo narrativo en la identidad de los sujetos que forman esas estructuras. Según evidenciaremos en las siguientes páginas, el largo recorrido que nos ha propuesto *Tiempo y narración* concluye con el establecimiento de este atributo como garante de nuestra identidad. Para ello, debemos recuperar la tradicionalidad como referente o sustento de la capacidad refigurativa del tiempo cronológico que es propia de cualquier sujeto racional y común a cualquier cultura. Así,

⁴³⁴ 1461 b 10-11.

cada cultura elabora *modos refigurativos* que le permiten *dar forma* a los acontecimientos que en ella suceden siguiendo patrones tan singulares e impredecibles como dependientes de un atributo estrictamente humano.

A la vez, no perdemos de vista la deuda que desde los primeros pasos de nuestra investigación hemos contraído con las ciencias sociales en las décadas finales del siglo XX: una vez establecida la identidad narrativa como sujeto de la acción refigurativa, podremos volver atrás en nuestra investigación para rescatar los estudios de Watzlawick, Said, Anderson y, especialmente, de Sennett⁴³⁵ confiando en que el estudio de Ricoeur nos permita una interpretación del postulado difuso que comparten. Es importante que en este momento destaquemos la insistencia del componente tradicional en el fondo de esta acción refigurativa para que este rescate de las palabras de Ricoeur sea vinculante en los discursos de estos autores.

Centrándonos por ahora en nuestra identidad narrativa como corolario de la investigación hermenéutica, aceptamos la radicalidad con la que Ricoeur se propone “explorar los límites de nuestra empresa”⁴³⁶. Comenzamos la exploración recuperando la hipótesis de trabajo con la que daba comienzo la obra con el objeto de, desde su reevaluación a la luz de los resultados discursivos expuestos, atender a los corolarios que puedan inferirse: “De modo esquemático, nuestra hipótesis de trabajo quiere considerar la narración como guardián del tiempo en la medida en que no existiría un tiempo pensado si no fuera narrado”⁴³⁷.

En esta misma dirección, identificamos esta hipótesis como eje que vertebra el resto de la obra: “Hemos recogido (...) esta correspondencia entre narración y tiempo y en el cara a cara entre la teoría agustiniana del tiempo y la aristotélica de la trama, que abría ‘Tiempo y narración I’. Toda la sucesión de nuestro análisis ha sido concebida como una vasta extrapolación de esta correlación inicial”⁴³⁸. Desde aquí, la identidad narrativa,

⁴³⁵A continuación, nos centraremos en la identidad narrativa como corolario de *Tiempo y narración*. Sin embargo, atisbamos ya el espacio discursivo que pretendíamos conquistar desde las primeras líneas de nuestra investigación. Propusimos un postulado difuso en el trabajo de Sennett que supuso el primer paso del camino que estamos concluyendo. Ese postulado que reconocíamos en la corrosión del carácter de los sujetos contemporáneos y del que en 1998 levanta acta el sociólogo conecta ahora con la identidad narrativa que en 1985 propone Ricoeur como aporía resultante del análisis de los vínculos entre el tiempo y la narración. ¿Puede la identidad narrativa como corolario de *Tiempo y narración* arrojar luz sobre la corrosión del carácter que describe Sennett?

⁴³⁶ *T.N.* III, p. 991.

⁴³⁷ *Ibidem.*

⁴³⁸ *Ibidem.*

como primera de las tres aporías de la temporalidad que el autor propone, resulta ser la conclusión “menos imperfecta”⁴³⁹ del espacio de confluencia que la obra ha generado. Las fundadoras de este espacio fueron las investigaciones de naturaleza filosófica que revisamos con Ricoeur y desde las que establecimos la naturaleza aporética del concepto de tiempo vivido -en los estudios de Agustín, Aristóteles, Kant, Husserl y Heidegger reconocimos esa naturaleza aporética formulada de modos tan distintos como convergentes-.

Este espacio de confluencia se completaba al integrar la narración como alternativa: “Nuestra poética de la narración pretende ofrecer su respuesta precisamente a esta aporía”⁴⁴⁰. Desde ahí, articulamos la triple mimesis conservando su vínculo con el *mythos* clásico e identificamos la actividad mimética en más actos que en los relativos a la producción o recepción de ficciones. En particular la encontramos en la configuración del modo en que cualquier sujeto interpreta y habita el tiempo que, desde un punto de vista teórico, habíamos aceptado que se presentaba como inasible para la reflexión filosófica. En este sentido, propone Ricoeur la existencia de un “tercer tiempo”⁴⁴¹ dependiente de esta actividad mimética y que no queda atrapado en ninguno de los dos extremos clásicos en los análisis del tiempo: no queda emparentado con el tiempo meramente cronológico en el que los instantes se suceden y pueden ser cuantificados en tanto que son identificados como elementos idénticos incluidos en una serie sucesiva, pero tampoco se emparenta con la percepción fenomenológica del tiempo según la cual este no puede explicarse fuera de las concepciones que una conciencia analizando su propia experiencia sea capaz de llevar a cabo. Este *tercer tiempo*, entre el tiempo cronológico y el tiempo fenomenológico, es el punto de intersección con la narratividad.

Hasta este punto nos ha traído la exploración, hasta la intersección entre aporética y poética, entre tiempo y narración. No ubicamos el cruce en ninguna disciplina ni en ninguna corriente sino en nuestra capacidad para tratar con lo que no entendemos y que nos configura: “El frágil vástago, fruto de la unión de la Historia y de la ficción, es la asignación a un individuo o a una comunidad de una identidad específica que podemos llamar su identidad narrativa”⁴⁴². El tercer tiempo surgido en la intersección y dependiente

⁴³⁹ T.N. III, p. 994.

⁴⁴⁰ T.N. III, p. 996.

⁴⁴¹ *Ibidem*.

⁴⁴² T.N. III, p. 997.

de las capacidades de los sujetos culturalmente determinados delimita el reconocimiento de la identidad narrativa⁴⁴³.

Manteniendo aquella intención de explorar desde el límite, reconocemos la aporía que nos ocupa también desde la inoperancia de los planteamientos filosóficos cuando se enfocan en el problema de la identidad. Por ello, la identidad narrativa como conclusión del estudio del binomio tiempo-narración no permite un desglose categorial de gran precisión al respecto, pero sí nos legitima para levantar acta de su incidencia en las identidades singulares y colectivas y de la dificultad para tematizarla que la tradición filosófica acumula:

Sin la ayuda de la narración, el problema de la identidad personal está condenado a una antinomia sin solución: o se presenta un sujeto idéntico a sí mismo en la diversidad de sus estados, o se sostiene, siguiendo a Hume y a Nietzsche, que este sujeto idéntico no es más que una ilusión sustancialista⁴⁴⁴.

La narración completa, pues, los análisis filosóficos y nos permite reconocer el vínculo que nuestra identidad conserva con ella. La necesidad del atributo narrativo que estamos concluyendo debe apoyarse en el modo en el que los sujetos se incorporan a su tradición articulada mediante estructuras narrativas, en la vigencia de los argumentos de las corrientes historiográficas como la escuela de los *Annales* y en la corrosión o *ilegibilidad* de las identidades que analizamos siguiendo a Sennett. Pero esta necesidad encuentra su rotundidad en el trabajo de refiguración ineludible para el sujeto⁴⁴⁵: “La refiguración hace de la propia vida un tejido de historias narradas”⁴⁴⁶.

La operación de refigurar la experiencia temporal, como recurso generador de un *tiempo humano* en tanto *tiempo narrado*, nos ha llevado a establecer la necesidad del atributo narrativo de los sujetos que la llevan a cabo. La refiguración es un efecto que el

⁴⁴³ Desde ahí, nuestra investigación pretende ampliar los límites que estamos explorando o, más precisamente, observar qué inferencias son lícitas desde ahí.

⁴⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁴⁵ La legitimidad de nuestro reclamo de un atributo narrativo en la identidad colectiva e individual de los sujetos culturalmente determinados no viene dada por los análisis venidos de la historiografía o la narratología que se acumulan en la obra ni por las reverberaciones que de ella encontramos, por ejemplo, en la sociología de Sennett. La legitimidad de este atributo la afianzamos en la conclusión del desarrollo discursivo de la obra, en el establecimiento de la refiguración como elemento indispensable para asir el paso del tiempo cronológico.

Es significativo -y, según nuestro punto de vista, nos avala para hacer esta interpretación- el hecho de que el corazón de ‘El tiempo narrado’ gire en torno a la refiguración y a la revisión que desde ella puede vertebrarse de las estructuras simétricas *pasado-presente-futuro* y *memoria-atención-espera*.

⁴⁴⁶ T.N. III, p. 998.

sujeto no puede eludir al filiarse con un contexto cultural y que remite a una comprensión del tiempo cronológico desde una estructura suplementaria y radicalmente propia que lo dota de sentido. Producto de este establecimiento de la identidad narrativa a través de la refiguración que es su efecto, aprovechamos en las páginas finales de nuestra investigación la oportunidad de reunir los engranajes que ha obtenido de Ricoeur y que, ahora, cobran una entidad diferente como consecuencia de su pertenencia a un sistema cerrado. Es el caso de la triple mimesis:

La relación circular entre, de un lado, lo que podemos llamar sin duda un *carácter* -y que puede ser tanto el de un individuo como el de un pueblo-, de otro, los *relatos* que, juntos, expresen y plasman el carácter, ilustra magníficamente el círculo evocado al principio de nuestra exposición de la triple *mimesis*⁴⁴⁷.

En efecto, el juego de la triple mimesis y su vinculación con el *mythos*, analizados desde una clave aristotélica, han sido el corazón de nuestra revisión de la narración como recurso capaz de refigurar el tiempo cronológico. Desde él, nuestros esfuerzos por reconocer el efecto de la trama en la historiografía o por inferir regularidades en las variaciones imaginativas que explora la novela convergen en su dependencia de la generalización del juego de la triple mimesis. No han sido reconocimientos simétricos que nos hayan permitido establecer una vinculación directa entre ellas ni un modo afín de llevar a cabo dicha generalización, pero nos han conducido hasta una conclusión más íntima: *la refiguración como tarea de nuestro atributo narrativo presente no solo en los relatos de ficción y en los relatos de la Historia sino en cualquier tratamiento del paso del tiempo que tenga una intención de configuración, de apropiación.*

Lo que desde los elementos rescatados de la historiografía y la narratología reconocemos ahora no es solo la vigencia en ambos campos del juego de la triple mimesis sino también la necesidad inherente del sujeto de volcar estructuras narrativas sobre el tiempo cronológico cada vez que intenta asirlo. De este modo, el juego de la triple mimesis fue la simiente de la refiguración como actividad ineludible para el sujeto pero culturalmente determinada que le permite concebir el paso del tiempo de un modo estrictamente humano, propio. En la misma medida, el *mythos* aristotélico, la síntesis de lo heterogéneo y la concordancia discordante se revelan ahora modos de entamar que esa

⁴⁴⁷ T.N. III, p. 1000.

triple mimesis necesitó, estrategias que nos permitieron acercarnos a la tarea que el juego de la triple mimesis entraña partiendo su sedimento ineludible: la trama.

Si acabamos nuestras referencias a *Tiempo y narración* con la conclusión esperanzada de que es posible establecer la presencia de una identidad narrativa en las identidades culturalmente determinadas o, más precisamente, si hemos asistido a la formación de dicho concepto que ahora puede ser apenas apuntado -recordemos el estatuto aporético de la conclusión que nos ocupa- es, sin duda, porque el discurso general de la obra ha seguido la siguiente clave, expresada de forma general: conjugar elementos discursivos venidos de muy diferentes disciplinas y contextos históricos con un anclaje en la vigencia del *mythos* aristotélico y de la triple mimesis como eje que debe reunirlos.

Es la persistencia de este eje discursivo junto con la necesidad de revisar múltiples formulaciones que lo circundaban difusamente desde ámbitos muy distantes lo que nos permite ahora reconocer una identidad narrativa que subyace en todos ellos.

Por otra parte, aceptada la correlación entre el tiempo en Agustín y la trama en Aristóteles como el eje vertebrador de la obra, el lugar que la triple mimesis y el *mythos* ocupan es clave, pues sin ellos no encontramos recurso que reúna la refiguración con la experiencia temporal de los sujetos, ni siquiera la vertebración misma de la experiencia aporética del tiempo en Agustín con la alusión al estudio del *mythos* trágico contenido en la *Poética*. Por el contrario, aceptado este papel principal de la triple mimesis y el *mythos* dada la vinculación que conservan con la refiguración -el *qué* de la identidad narrativa-, estamos en posición de recuperar las inquietantes proposiciones de Sennett con respecto al carácter: afirma Ricoeur al término de la conclusión dedicada a nuestra identidad narrativa que la circularidad que subyace a la relación entre un “carácter”⁴⁴⁸ y “los relatos que, juntos, expresan y plasman el carácter”⁴⁴⁹ opera siguiendo las reglas de la triple mimesis.

Contenido todavía nuestro análisis en los límites de *Tiempo y narración*, surgen vías desde las que ajustar la cuenta que las ciencias sociales nos impusieron pues Ricoeur, mediante la refiguración y la triple mimesis, establece las condiciones de posibilidad de la matriz de explicación que aclare qué se juega en *La corrosión del carácter* cuando se encara la ausencia de relato. De esta forma, encontramos en la recuperación del juego de

⁴⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁴⁹ *Ibidem*.

la triple mimesis en las páginas finales de la obra la posibilidad de interpretar la identidad narrativa como corolario que da razón de la pauta con la que los sujetos dan cuenta del paso del tiempo en el interior de estructuras culturalmente determinadas.

Encontramos, en fin, una alusión a la narratividad de los sujetos como inherente a su propia identidad que se define en la generación de regularidades que permiten tratar con la mera sucesión de acontecimientos. Y esta alusión es la que nos permite emplear *Tiempo y narración* como bisturí con el que diseccionar el postulado compartido por las ciencias sociales que nos ocuparon al comienzo de nuestra investigación. Concluimos, pues, nuestro análisis de la obra con esta conjunción de triple mimesis, refiguración e identidad narrativa que nuestra investigación se ha propuesto sistematizar y generalizar:

Hay que proseguir hasta su término el movimiento de retorno, y sostener que la reafirmación de la conciencia histórica en los límites de su validez requiere a su vez la búsqueda, por parte del individuo y de las comunidades a las que pertenece, de su identidad narrativa respectiva. Este es el núcleo sólido de toda nuestra investigación⁴⁵⁰.

VI.4. Conclusiones

- *Refiguración, variaciones imaginativas y modos refigurativos*

Comenzábamos el capítulo afirmando que la refiguración era la tarea en la que se ocupaba la identidad narrativa y, concluido, tomamos conciencia de la dificultad de tarea. Con la *representancia* del pasado en la Historia interpretamos su refiguración mediando *huellas* suyas en archivos, documentos, actas... Mediando, en definitiva, elementos que él debe vertebrar y dotar de un sentido unitario. Con la *significancia*, paralelamente,

⁴⁵⁰ T.N. III, p. 1037.

Citamos también la revisión de esta conclusión que hace Ricoeur unos años más tarde por considerarla afín al modo en que cerramos nuestra investigación. Además, encontramos en ella la consideración de la identidad narrativa como el asidero más fiable que ofrece la obra:

Terminé estas reflexiones sobre la alternancia entre ficción e Historia en el asalto dado a lo real, con una sugerencia en la cual insistiría mi reflexión ulterior: lo que llamamos *identidad narrativa*, tanto de los individuos como de las comunidades históricas, ¿no es acaso el producto inestable del entrecruzamiento entre la Historia y la ficción? Esta sugerencia constituía en realidad la conclusión más sólida de una empresa surgida de una idea simple -la constitución mutua del tiempo y del relato-. A. I., p. 77.

nombramos el modo en que el relato de ficción experimenta con la referencia al tiempo cronológico compatibilizando su olvido del compromiso con la verdad y la pertenencia a un espacio donde rija aún la verosimilitud. Así, *representancia* y *significancia* convergen en su intención de refigurar el paso del tiempo.

Afianzada la matriz compartida, anclábamos esta tarea refigurativa a la mimesis III como operación en la que el lector toma la guía del relato y refigura con ella el tiempo con el que trata produciendo una temporalidad con sentido. Esta tarea genera un espacio de confluencia donde las conquistas que acumulábamos en el análisis de la obra parecen armonizarse: aquella trama que emparentábamos con el *mythos* aristotélico, que vertebrábamos con el juego de la triple mimesis y que considerábamos sedimento para dar cuenta de la experiencia temporal encuentra en la refiguración una tarea que la asume, que la convierte en su ejercicio. Por fin, con la refiguración encontramos el camino que reúne la trama y la identidad narrativa.

Si recuperamos ahora las novelas que nos ocuparon, reconocemos en ellas varias pesquisas de las convicciones que ahora defendemos acerca de la refiguración del tiempo como tarea narrativa. De un modo poético del que no obtendremos norma o medida que podamos generalizar, las variaciones imaginativas que ahora retomamos nos acercan al acto refigurativo desde una perspectiva precisa y rotunda.

En *La señora Dalloway* atendimos a la vinculación del tiempo de los relojes con el tiempo mismo que la voz narrativa construye y, desde esa vinculación, interpretamos el reconstrucción de la experiencia temporal que da sentido a la novela del flujo de conciencia. “Refigurar mediante la lectura al tiempo mismo”⁴⁵¹, ese es eje de la novela que ahora adquiere sentido pleno. Anclada a la creación y no al análisis y atomizada hasta el extremo en la vivencia íntima de cada personaje, es la experimentación con el acto refigurativo lo que convierte a Woolf en una de nuestras maestras acerca del sentido del tiempo.

En *La montaña mágica* encontramos una experimentación aún más patente con la refiguración narrativa de la experiencia temporal. La voz narrativa parece obsesionada con el *juego* con una temporalidad *en ejercicio* como único sentido de la novela y decidida a llevarlo al extremo. El trabajo de Mann nos proporciona un escenario en el que el tiempo

⁴⁵¹ T.N. III, p. 542.

cronológico ha perdido su natural preeminencia y, con ello, las paradojas en las que desembocaban las reflexiones agustinianas pierden su papel paralizante y se muestran ante el lector mientras son transitadas, *en ejercicio*.

Finalmente, con *En busca del tiempo perdido* descubrimos una interpretación del tiempo vivido hecha relato. De un modo poético y no teórico, interpretamos de la mano de Proust la temporalidad como una construcción íntima que se vertebra siguiendo el cauce del tiempo cronológico, pero que solo se configura *con sentido* cuando el sujeto es capaz de renunciar a su análisis, cuando el paso del tiempo cronológico es asumido como condición de posibilidad de la experiencia misma y se renuncia a su discusión racional. Desde el juego entre el tiempo perdido y el tiempo recobrado, Proust nos proporciona una experimentación ficticia y única con el paso del tiempo que, a la luz de la refiguración como tarea, se revela cardinal: cualquier tiempo recobrado contiene un tiempo perdido, un *antes* y el precio de recobrarlo es renunciar al presente y, con él, a la aspiración de captar el sentido del tiempo cronológico. Entretanto, es el tiempo cronológico el que hará y deshará de nosotros lo que fuere, pues “es el tiempo el que nos contiene”⁴⁵².

En definitiva, las variaciones imaginativas que Woolf, Mann y Proust crean nos permiten una aproximación al acto refigurativo de la experiencia temporal que define nuestra identidad narrativa y que solo ahora captamos en toda su dimensión. La asunción de la verosimilitud como norma y de la experimentación como camino arrojan ante nuestra investigación resultados que consolidan su recorrido: “Resulta que la contribución principal de la ficción a la filosofía (...) reside en la exploración de los rasgos no lineales del tiempo fenomenológico que el tiempo histórico oculta”⁴⁵³.

Hemos tratado con el tiempo fenomenológico -tiempo vivido- con la mirada puesta en el sujeto que lo refigura, queriendo reconocer en el primero lo que define al segundo. Ahora, la exploración de los rasgos no lineales de nuestra configuración de la temporalidad sustancia ese reconocimiento y avala nuestra investigación. En el mismo sentido, el relato de ficción, olvidado el compromiso con la verdad, dota al paso del tiempo de una *cierta materialización*. Si con Agustín de Hipona o con Husserl uno de los problemas a los que la especulación se enfrentaba al tratar con ese paso era su incapacidad para acotar el concepto en sí mismo y su condena a depender de los efectos para analizar

⁴⁵² T.N. III, p. 617.

⁴⁵³ T.N. III, p. 824.

las causas, los relatos que nos han ocupado, libres de ese empeño, materializan el tiempo según su voluntad. La aceleración, deceleración o estancamiento de su curso permiten que el lector capte la distancia entre el tiempo que meramente acaece y aquello que él le aporta y que, recíprocamente, le da sentido.

El último aval que nuestra investigación encuentra en aquellas novelas alude al modo de conjugar las retenciones y rememoraciones nacidas en la trama y frente a las que los personajes son tan libres como esclavos de la necesidad. Si ahora hemos reconocido en la ficción los recursos capaces de generar “la cohesión de una vida”⁴⁵⁴ integrando acontecimientos inconexos, aseguramos con ello la generalización de esos recursos ya no como exclusivos del relato sino como capacidades que el sujeto emplea con mucha más cotidianidad. Una vez más, comprobamos que la ficción esquiva el efecto paralizante de la aporía y logra poner *en movimiento* una temporalidad vivida empleando recursos que hemos reconocido en ámbitos distintos y que el pensamiento especulativo no logra analizar con precisión. De otro modo, estas novelas aluden a los problemas en los que Agustín o Husserl no lograron ser concluyentes y logran transitarlos sin quedar enfangados en argumentos sin conclusión. Aunque no los resuelvan.

Aunque hayan sido la historiografía y la narratología los fundamentos desde los que *Tiempo y narración* ha construido su discurso, ahora, encontramos en la ficción su garante. En el espacio que funda la ficción se *visibiliza* el acto refigurativo de forma más directa porque el tiempo fenomenológico puede independizarse del tiempo cronológico y la *cohesión de una vida* se evidencia como efecto, como construcción de una identidad capaz de integrar los acontecimientos que se suceden a su alrededor en una matriz que ella misma genera. Obtenemos, en definitiva, una comprensión no rigurosa ni articulada pero sí efectiva y vigente del sentido de la refiguración como quehacer de la identidad narrativa.

Concluimos considerando las variaciones imaginativas que Ricoeur encuentra en las novelas que nos han ocupado como *modos refigurativos* que nos proporcionan variaciones sobre la refiguración de la temporalidad que, por pertenecer a su campo y no estar sujetos a las restricciones propias de la especulación teórica, nos permiten captar con más viveza la capacidad de entramar que da sentido a la identidad narrativa y que

⁴⁵⁴ T.N. III, p. 834.

solo comprendemos *en ejercicio*, *durante* la narración, *mientras* el tiempo cronológico está aún *en movimiento* y el sujeto puede aún incluirlo en una trama verosímil.

- *La identidad narrativa: límites de una solución aporética*

Hasta aquí, hemos pospuesto el análisis de aquello que da sentido a los *modos refigurativos*, a la posibilidad de esquivar las aporías en las que concluye nuestro análisis teórico acerca la vivencia del paso del tiempo. ¿Qué implica que la identidad narrativa solo pueda ser nombrada después de asumir la aporética de la temporalidad?

Para responder, retomábamos el entrecruzamiento entre la Historia y el relato de ficción como espacio discursivo en el que Ricoeur encuentra la refiguración, y con ella la identidad narrativa. Después, hemos ampliado este marco hasta reconocer efectos del quehacer refigurativo fuera de este entrecruzamiento y estar en posición de inferir que *es la construcción de la identidad de los sujetos culturalmente determinados el espacio discursivo al que apunta nuestra conclusión*. Así, la identidad narrativa es, a la vez, la primera y principal aporía de la temporalidad y la conclusión *menos imperfecta* de su estudio: “La historia de una vida es refigurada constantemente por todas las historias verídicas o de ficción que un sujeto cuenta sobre sí mismo. Esta refiguración hace de la propia vida un tejido de historias narradas”⁴⁵⁵.

De este modo, concluimos nuestro discurso alejándonos de la reflexión hermenéutica que nacía en el entrecruzamiento y aprovechando la veta de análisis de la construcción de la identidad que toma como eje su narratividad. Citamos algunos de sus rasgos, a modo de límites de este nuevo campo:

La identidad narrativa no es estable y sin fisura; y así como se pueden componer diversas tramas a propósito de los mismos sucesos, igualmente es posible urdir sobre su propia vida tramas diferentes e incluso opuestas⁴⁵⁶.

La identidad narrativa se hace y se deshace continuamente. (...) La identidad narrativa se convierte así en el título de un problema, así como el de una solución⁴⁵⁷.

⁴⁵⁵ T.N. III, p. 998.

⁴⁵⁶ T.N. III, p. 1000.

⁴⁵⁷ T.N. III, p. 1001.

La noción de identidad narrativa halla su límite y debe unirse a los componentes no narrativos de la formación del sujeto agente⁴⁵⁸.

El discurso de *Tiempo y narración* nos ha conducido hasta la refiguración como efecto de un atributo narrativo de nuestra identidad que nos permite *hacernos cargo* de nuestro tiempo. Nuestra investigación, hasta aquí, ha asistido al desarrollo de esta empresa deteniéndose en aquellos momentos en los que la identidad narrativa lograba asideros desde lo que configurarse. Ahora, para concluir, debemos también nosotros cruzar el umbral del discurso nacido en el entrecruzamiento y volcar sus conclusiones acerca de la refiguración en un discurso más general acerca de los atributos que le son propios a una identidad culturalmente determinada: *los sujetos, en conclusión, poseen un atributo narrativo que les permite refigurar su vivencia del paso del tiempo en una estructura que cubre el mero acaecer contiguo de acontecimientos de una temporalidad cronológica en una estructura que son capaces de dotar de sentido. De un sentido narrativo.*

Aquello que nos permite hacernos cargo de la pregunta por el engarce de la identidad narrativa con la aporética de la temporalidad es esto: nuestro atributo narrativo es lo que nos permite refigurar el paso del tiempo cronológico y no puede sorprendernos que, en un discurso con aspiraciones especulativas, sea esta conclusión la consecuencia de la asunción de la aporética de la temporalidad. Aquello que queda implicado en este vínculo es la necesidad del salto, la función de límite que la identidad narrativa adquiere y la necesidad de cruzarlo para concluir nuestra investigación.

Es en este sentido en el que consideramos que nuestras conclusiones han de tender hacia un ensanchamiento del discurso que la obra ha vertebrado, proyectándolo como discurso vinculante en el tratamiento de las identidades culturalmente determinadas. Este atributo narrativo en permanente construcción, *transhistórico* y que convive con componentes no narrativos que *Tiempo y narración* vertebra contiene ya la simiente de nuestro ensanchamiento. En definitiva, hay mucho de lo que en la obra se concluye que apunta hacia una construcción narrativa del sujeto que no se detalla cuidadosamente, pero que queda establecida suficientemente.

⁴⁵⁸ T.N. III, p. 1002.

En el mismo sentido, también de la cultura, desde la refiguración narrativa, queda apuntado otro discurso, quizá simétrico y complementario al que suscita nuestro atributo narrativo. Partirá de la certeza constatada en las partes centrales de la obra de que *hay mucho de lo que en el sujeto se posa de la cultura a la que pertenece que genera efectos desde la refiguración que el sujeto hace de su propio tiempo.*

Recuperamos el sentido de la *hermenéutica del texto* que con el profesor Calvo reconocíamos como metodología propia del autor en esta etapa de su pensamiento y reconocemos que es la relación de la hermenéutica ricoeuriana con los estudios estructuralistas que la preceden lo que permite concluir sus análisis y lo que nos legitima ahora para proponer su ensanchamiento. Son, pues, los estudios procedentes de la historiografía o la narratología, que en su mayoría se incardinan en tradiciones cercanas o afines a la escuela estructuralista, los que permiten al hermeneuta elaborar conclusiones relativas a ámbitos de discurso tales como el de la identidad narrativa y, desde la hermenéutica del texto, entendemos que cualquier discurso que tenga su mira puesta en el establecimiento de conclusiones relativas a la identidad de los sujetos parte de su consideración en tanto miembros de una cultura así como de los efectos que esa cultura tenga en ellos. El atributo narrativo de la identidad es prueba de ello: *aquello que pueda establecerse de lo identitario de los sujetos deberá ser deudor de la cultura en la que dichos sujetos se enraícen y, del mismo modo, aquel discurso acerca de la identidad siempre dirá algo de dicha cultura.*

Concluido este ensanchamiento del ámbito de referencia al que el discurso de *Tiempo y narración* alude y establecida su referencia tanto a la identidad de los sujetos como a la cultura en la que se enraízan, cerramos estas conclusiones estableciendo los límites de una solución aporética como lo es la identidad narrativa. Los abordamos asumiendo la radicalidad de la aporía y conservando la certeza de que su esterilidad teórica no impide la revisión del espacio discursivo que nos ha ocupado y el ensanchamiento del corolario que arroja, aun asumiendo que nuestra tarea teórica se reducirá a dicha revisión, pues no ha logrado un instrumento judicativo suficiente para arbitrar entre las concepciones diferentes que convivan en aquel espacio discursivo.

El tiempo vivido no es un objeto de estudio que permita análisis teóricos concluyentes y, sin embargo, siempre ha sido un espacio lleno de discursos que cada cultura ha conquistado siguiendo otras estrategias: estrategias narrativas que han sido

tanto vehículo de las identidades colectivas como lugar en el que los sujetos han encontrado un sentido al efecto que el paso del tiempo cronológico ha tenido en sus vidas. Por lo tanto, asumir la falta de conclusión teórica acerca del problema que nos ocupa solo puede ser una parte de las conclusiones a las que la obra nos ha conducido.

A la vez, con Aubenque⁴⁵⁹ entendemos que aquello que define los argumentos aporéticos no es exclusivamente su imposibilidad de concluir en un juicio definido, sino que debemos acompasar esta imposibilidad con la necesidad de pronunciarse por parte del sujeto que elabora los argumentos: una aporía se define tanto en la imposibilidad de concluirse desde el punto de vista lógico como en la necesidad de *decidirse* por parte de sujeto que se hace cargo de ella. *Los argumentos pueden ser considerados aporéticos -y, en este sentido, la identidad narrativa nos parece un ejemplo paradigmático- si no pueden concluir en un juicio definido, pero, al mismo tiempo, impelen al sujeto que los elabora a tomar partido en el espacio discursivo desde el que no pueden concluir dicho juicio.*

Así pues, los problemas en los que desemboca el trabajo especulativo que tiene por objeto el análisis de la temporalidad vivida solo deben ser interpretados a la luz de nuestra capacidad para transitarlos, pues, sin ello, nuestra comprensión de su naturaleza aporética siempre será parcial. Por tanto, aquello que la identidad narrativa nos obliga a asumir no es, solamente, que la temporalidad sea un objeto de análisis del que es imposible establecer un juicio lógico suficiente. A la vez y en la misma medida, nos obliga a asumir que esta imposibilidad convive con la necesidad de tomar partido, de convertir en movimiento esa misma imposibilidad: *narramos porque tenemos que convivir con un problema teórico irresoluble e ineludible al mismo tiempo.* Y esto dice mucho de lo que identitariamente somos y de lo que culturalmente construimos.

⁴⁵⁹ P. Aubenque, *Sócrates y la aporía ontológica*.

CONCLUSIÓN

- *La identidad narrativa, una reconstrucción en el siglo XXI*

Reconocemos con Sócrates que una vida que no es analizada no es una vida digna de ser vivida. Y con Ricoeur que, si es nuestra identidad el objeto de análisis, la relación entre relato y vida es un recurso indispensable⁴⁶⁰. Para responder a la pregunta por *quiénes somos* siempre hemos recurrido a discursos emparentados con la narración. *Dónde, qué o junto a quién* se articulan en cualquier biografía como elementos narrativos y no como aspectos que informan acerca de una identidad de la que pudiéramos elaborar un discurso aisladamente tomada. Los lugares cumplen funciones escenográficas, las personas son categorizadas como personajes que llevan a cabo acciones que hacen avanzar la trama y, en definitiva, la verosimilitud es siempre más tentadora que la verdad.

Probablemente, tratamos con nuestra identidad mediando un rodeo por las formas narrativas porque no logramos una explicación causal suficiente, porque fracasan las explicaciones nacidas de aspiraciones lógicas. Ante la imposibilidad cotidiana para configurar sistemas estables de conexión entre los acontecimientos que llevamos a cabo o que nos afectan, tendemos a elaborar relatos que cubren dicha imposibilidad, sin anularla: sabemos quiénes somos cuando somos capaces de construir el relato que reúne aquellos acontecimientos en un orden y en una disposición únicos.

Aunque en permanente estado de construcción, nuestra identidad reclama, en cualquier momento, que la concibamos como un producto que ya está listo para ser tratado, cuya metamorfosis ha superado ya la mayoría de sus etapas. En este sentido,

⁴⁶⁰ P. Ricoeur, “La vida: un relato en busca de narrador”. En *Educación y política*, Buenos Aires, Docencia, 1989, pp. 45-58.

aunque la razón especulativa fracase a la hora de construir el discurso, convivimos con la certeza de que el discurso debe emprenderse por imperativo del objeto. Y, si ella no puede construirlo, será nuestra inteligencia narrativa la que ocupe su lugar: si es el tiempo de definirnos, lo de menos es si es nuestra razón o nuestro relato el agente que nos defina.

Identificado este recurso intuitivo a la configuración narrativa presente en la construcción de nuestra identidad, de forma análoga, reconocemos que en los discursos elaborados a un nivel menos cotidiano, el problema permanece: en la Historia hay un vínculo entre el fracaso de los recursos procedentes de la razón especulativa a la hora de categorizar nuestra experiencia relativa al paso del tiempo cronológico que denominamos *aporética de la temporalidad* y la *poética de la narración*, es decir, la integración de recursos procedentes de la composición de ficciones.

Más allá de qué recursos empleamos cada día para seguir contando con la intuición de que sabemos quiénes somos, también las identidades colectivas que los espacios culturalmente determinados elaboran están atravesadas por esquemas de relación de raíz narrativa que se conjugan por subsunción a una trama. Nuestra nación o las naciones vecinas, nuestra generación o las que la preceden y suceden tienden a categorizarse como efecto de quedar engarzadas en un mismo hilo narrativo.

En consecuencia, en la construcción de nuestro discurso, la *aporética de la temporalidad* desde el punto de vista especulativo es la antesala de la *poética de la narración* si nuestra intención es hacernos cargo de quiénes somos, sea en un nivel cotidiano y prácticamente intuitivo, sea al nivel en el que la Historia o las ciencias humanas dan cuenta de su objeto de estudio. Establecemos relaciones entre sujetos que son afines a las relaciones entre protagonistas y antagonistas y tratamos con el *antes* y el *después* de cualquier acontecimiento incorporando a su descripción esquemas de relación afines a los que empleamos en la configuración del relato de ficción. Constatar esta insistencia de la narración no solo en la configuración de la identidad en un plano intuitivo sino, sobre todo, en la gramática del discurso de las ciencias humanas nos ha permitido organizar nuestra investigación.

Hemos encontrado en la hermenéutica de P. Ricoeur una reconstrucción del papel de la narración en los discursos identitarios. La identidad narrativa es el corolario que se infiere desde un recorrido discursivo que compatibiliza la imposibilidad de la razón especulativa de dar cuenta del paso del tiempo y la facilidad con la que la narración reúne

acontecimientos en el interior de una trama. Imposibilidad y facilidad o *aporética* y *poética* implican la presencia de un atributo narrativo en nuestra identidad del que nos hemos hecho cargo partiendo de la conjugación de dos préstamos que remiten la circularidad entre relato y vida: de Aristóteles tomamos el *mythos* como tendencia específicamente humana y de Agustín de Hipona la distensión del ánimo como ejercicio cuya explicación se nos resiste pero que remite a aquella tendencia que reconocimos. La mutua implicación de ambos préstamos nos permite apostar por una temporalidad edificada en su vínculo con nuestra capacidad de entramar si el resultado que esperamos obtener es un tiempo propio, con sentido. Desde esta apuesta como quehacer estrictamente humano, incorporamos los rasgos de nuestra identidad narrativa que se establecen en las conclusiones de *Tiempo y narración*.

Superamos los límites de la reflexión hermenéutica y, conservando en la memoria sus conclusiones, recuperamos los discursos procedentes de las ciencias sociales a lo largo de las décadas finales del siglo XX. De la mano de autores como B. Anderson o E. W. Said comprobamos cómo “la ficción se cuela silenciosa y continuamente en la realidad”⁴⁶¹. Especialmente en la realidad que el politólogo aspira a explicar, es decir, en la configuración de las identidades colectivas: tanto para describir quiénes somos y en qué nos reconocemos como miembros de un mismo espacio de convivencia como para diferenciarnos de aquellos que no lo son y cuyo lugar al otro lado de la frontera también debe incorporarse para cerrar el discurso. *Nosotros y ellos*, como *antes y después*, son conceptos que se integran en la trama y se pliegan a las exigencias que el relato impone.

A la vez, esta tendencia radicalmente humana a la narración, así como la posibilidad de vertebrar un discurso acerca de la identidad narrativa que reconocemos en dicha tendencia, no son asuntos a los que recurramos por una imposición teórica. Lo hacemos movidos por el estado en que dicha identidad toma forma en las sociedades contemporáneas y que con R. Sennett hemos categorizado como la corrosión de nuestra capacidad narrativa: “Cuando la experiencia pasada no parece una guía para el presente (...) el paso del tiempo parece vaciarnos”⁴⁶². Las generaciones que hoy acceden al mercado laboral conviven con la orfandad de su presente generacional: con la obsolescencia del esquema de valores que les han transmitido, con la caducidad de sus aprendizajes universitarios o con la imposibilidad de elaborar compromisos sociales o

⁴⁶¹ B. Anderson, *Comunidades imaginadas*, p. 61.

⁴⁶² R. Sennett, *La corrosión del carácter*, p. 101.

afectivos afines a aquellos en los que se han formado y desde los que se proyectaron a sí mismos. Es en este sentido en el que su presente no es deudor del pasado que les edificó y en el que, hoy, podemos analizar los rasgos narrativos de nuestra identidad desde aquello que nos falta, desde el hueco que deja. La sociología de Sennett nombra lo que nos falta y nos permite tratar con la carencia. Si el paso del tiempo nos vacía es porque, ahora, no sabemos incorporar a su paso una medida, un compás que lo armonice. La corrosión de nuestra identidad es el efecto de la acumulación de presentes huérfanos.

Nos encontramos, pues, frente al abismo que separa la conclusión de *Tiempo y narración* del reconocimiento de su vigencia en los esfuerzos teóricos de las décadas siguientes: ¿puede la identidad narrativa ser la matriz de explicación que se haga cargo del problema al que remite Sennett? Si queremos responder con una precisión suficiente, debemos enmarcar la pregunta. En el concepto de nación que sistematiza Anderson, en los estudios poscoloniales de Said o en los estudios de la comunicación humana de Watzlawick reconocimos la insistencia de un postulado compartido por algunas de las obras más relevantes en el campo de las ciencias sociales publicadas a lo largo de las décadas finales de siglo XX que sociólogos, psicólogos o politólogos no eran capaces de declarar ni de olvidar.

Sea por la institucionalización de la aspiración al cientifismo en sus campos, sea por la falta de rotundidad de los estudios hermenéuticos que abordan el papel de la narración en la constitución de las identidades culturalmente determinadas, aquello con lo que nos enfrentamos si profundizamos en las ciencias humanas es más con el olvido del vestigio narrativo que con su declaración. De algún modo, a lo largo de las décadas de los ochenta y de los noventa en el creciente campo de investigación de las ciencias humanas, encontramos el olvido de la identidad narrativa como corolario de la hermenéutica ricoeuriana volcada sobre el modo en que los sujetos se hacen cargo de su propia experiencia temporal y, al mismo tiempo, con la incorporación implícita de su contenido.

Hay una toma de distancia con respecto a las formas discursivas propias de la hermenéutica y, en general, de la especulación teórica que surge de aquella aspiración al cientifismo que no impide a las ciencias humanas referirse a sus objetos de investigación partiendo de concepciones narrativas. Consideramos esta insistencia de la narración un vestigio significativo: explicamos los conceptos politológicos como el de *nación* o el de *nacionalismo* incorporando mecanismos narrativos a su configuración. Y lo mismo

sucede cuando los estudios poscoloniales explican las relaciones entre Oriente y Occidente. Y cuando la psicología sistémica explica los esquemas de relación del sujeto y su entorno. Atendidas estas concepciones, podemos establecer su nexo común: son concepciones especialmente exitosas en sus campos por la capacidad de explicación de la realidad contemporánea que logran al incorporar la narración como recurso sin el que la vinculación del sujeto y su sistema cultural de referencia no puede ser tratada. En definitiva, sin que estas escuelas reconozcan deuda alguna con Ricoeur, sus estudios carecerían de fundamento sin él.

Si recuperamos desde aquí la pregunta acerca de Sennett, la respuesta es más rotunda: la corrosión de nuestra identidad es el efecto de la dificultad para elaborar el relato propio. La identidad narrativa es una matriz que explica qué es este relato y, desde ahí, podemos inferir que aquello que se corroe es el atributo narrativo de nuestra identidad. Sennett, por ocuparse de la forma de vida de los trabajadores del presente siglo, trata con la narración en un sentido diferente al que ocupaba a Watzlawick, a Said o a Anderson. Si en las décadas finales del siglo XX la presencia de la narración en las ciencias humanas era tan problemática como ineludible, en las primeras décadas del siglo XXI la urgencia de la referencia a la narración parece debilitar los argumentos de sus enemigos. Aquel postulado difuso empleado en el siglo XX ahora solo sirve para explicar aquello que no sucede. Y para identificar los efectos de que no suceda. Sennett no recupera un problema metodológico ni ajusta una antigua deuda con la narración, construye su discurso apoyado en su necesidad y en la descripción del sujeto contemporáneo desde su ausencia.

Las formas de organización del trabajo en el capitalismo contemporáneo conducen a formas de vida que encuentran su caracterización más intuitiva y, a la vez, más completa en el papel de la narración como operación definitoria del sujeto, como atributo identitario. La sociología de Sennett es el discurso desde el que nos evidenciamos la vigencia de la identidad narrativa como corolario hermenéutico en los postulados de las ciencias humanas contemporáneas. Reconocemos en él la integración de las conclusiones arrojadas por *Tiempo y narración* y establecemos que, del mismo modo que el *mythos* servía para rescatar a la *distentio animi* de su estancamiento, el texto de Ricoeur ordena las evidencias que Sennett reúne.

Nuestra investigación legitima esta conclusión a partir de un discurso tan rentable como urgente. Es rentable el discurso nacido en la confluencia entre Sennett y Ricoeur

porque encuentra el camino de regreso desde el efecto a su causa, desde la manifestación a su génesis. Sin una identidad narrativa que postular no hay modo de presentar los efectos de las formas de trabajo del capitalismo flexible. Al mismo tiempo, es urgente pues, si al final del siglo XX la presencia de la narración en la construcción de los discursos culturales podía incorporarse discretamente si se amparaba en una estructura de aspiraciones científicas, hoy, ese amparo no existe. No porque esa aspiración haya disminuido, sino porque el objeto de análisis reclama cada vez con más rotundidad la referencia a su atributo narrativo para poder nombrar sus dificultades personales y relacionales. Hoy, la identidad narrativa es el recurso para nombrar aquello que debe ser legitimado, el garante de una forma de vida culturalmente determinada y estrictamente humana. Como un núcleo rígido amenazado por la forma de vida implicada en el modelo flexible de producción capitalista, nuestro atributo narrativo es ahora recuperado como consecuencia de su amenaza.

- *El silencio de Ricoeur*

Reconocimos con Sócrates que la vida que no se analiza es una vida menos dignificada. Y con Ricoeur que no hay autorreflexión sin vestigios narrativos. La reconstrucción de los límites de la reflexión hermenéutica nos permite tomar la palabra después de aceptar la aporía: sabemos quiénes somos pero solo porque podemos hilar el discurso que conjuga descripciones parciales, porque incorporamos a los acontecimientos operaciones de naturaleza narrativa que hacen que los refiguremos. Así convivimos con la naturaleza aporética de nuestra explicación del tiempo, narrando. La politología de las décadas finales del siglo XX es una muestra de la insistencia del recurso a la narración también en las ciencias humanas, lejos del ejercicio intuitivo de cualquiera y de su interpretación hermenéutica.

Hasta aquí, *Tiempo y narración* fue una guía segura. El problema ha llegado después, al recordar con Sennett uno de los problemas más vigentes del presente siglo: la indefinición como efecto de la imprevisibilidad. Las formas de trabajo que impone el capitalismo flexible impiden al sujeto una proyección de sí mismo sostenible a largo plazo. El trabajador es conminado a tratarse a sí mismo como la conjugación de cortos plazos ineludibles. En el siglo XXI el imperativo es adaptarse al cambio e importa poco si ese cambio obedece a alguna regla, si estamos en posición de asumirlo o en qué

dirección suceda, el imperativo es seguir adelante. Desde aquí, las generaciones educadas en los postulados del siglo XX que incorporaban de forma más o menos declarada recursos afines a la narración están abocadas al conflicto entre las expectativas desde las que edificaron su identidad y el contexto socioeconómico que las declara obsoletas.

Nuestra lectura de *Tiempo y narración* legitima aquellas expectativas y las generaliza estableciendo un rasgo narrativo en nuestra identidad que responde a la pregunta por *quién es quién* en nuestra vida. Pero queda muda si atiende a la erosión contemporánea de nuestra capacidad para *seguir narrando*: las sociedades líquidas, la lucha por la conquista del relato o la prevalencia de la construcción narrativa del autoconcepto en la práctica clínica de la psicología sistémica son elementos que se han ido incorporando a los discursos contemporáneos y que nos obligan a reconocer que nuestro problema, hoy, no es la configuración narrativa de esos discursos sino su ausencia. Desde Sennett podemos remontarnos hasta Ricoeur para legitimar el análisis del primero, pero no existe camino de regreso al siglo XXI. Hoy, la identidad narrativa ha dejado de ser un postulado difusamente reconocido por las ciencias humanas para comenzar a ser su ocupación principal. La amenaza a nuestro atributo narrativo o su incompatibilidad con las imposiciones socioeconómicas es lo que reformula el discurso sociológico y el espacio en el que la voz de Ricoeur, anclada en la mutua implicación entre el tiempo y el relato, parece perder vigencia:

Lo que llamamos identidad narrativa, tanto de los individuos como de las comunidades históricas, ¿No es acaso el producto inestable del entrecruzamiento entre la Historia y la ficción? Esta sugerencia constituía en realidad la conclusión más sólida de una empresa surgida de una idea simple - la constitución mutua del tiempo y del relato-⁴⁶³.

La conclusión más sólida de *Tiempo y narración* publicada en 1985 no es operante en el siglo XXI. El silencio de Ricoeur hace patente nuestra incapacidad para seguir narrando, la obsolescencia de nuestros recursos narrativos. Las ciencias humanas deben ahora tematizar el postulado que difusamente incorporaban entonces y nosotros, que recorreremos este siglo, debemos aceptar la pérdida. Fieles a los fundamentos de la hermenéutica ricoeuriana, aceptaremos la pérdida pero no compartiremos su silencio. Cuando no queda nada que decir suele ser el tiempo en el que se establecen conclusiones, en el que comprendemos el juego en su conjunto. El silencio de la hermenéutica

⁴⁶³ *Autobiografía intelectual*, p. 77.

ricoeuriana ante la fragmentación de las identidades contemporáneas, por oposición, nos permite nombrar lo que falta, tematizar el vacío. En las décadas en que las que la narración como operación es la principal ocupación de las ciencias humanas, queda al descubierto la fragilidad de nuestra identidad despojada de su atributo narrativo.

Desde aquí, la conclusión de nuestra investigación es doble: la vigencia de la identidad narrativa lejos de *Tiempo y narración* y su anulación en nuestro contexto socioeconómico. Por un lado, recuperar la identidad narrativa como corolario aporético de *Tiempo y narración* articula y legitima su exigencia. Por otro, nos obliga a reconocer su inoperancia para describir los vínculos desde los que hoy nos definimos.

Cada vez es más complicado adaptarse a las exigencias laborales de flexibilidad o filiarse con un barrio, un partido político o un puñado de vínculos afectivos y es absurdo pensar que esa dificultad surge en nuestros recursos refigurativos y no en la naturaleza de los materiales que debemos refigurar. Ha quedado fuera de los límites de nuestra reflexión hermenéutica el estudio sistemático de aquellos materiales de naturaleza socioeconómica que imposibilitan la construcción identitaria de un relato. Quedan dentro, sin embargo, sus consecuencias: aquellas que nombra Sennett y que legitima Ricoeur. Quedan dentro el miedo y la indefinición como efectos de la disonancia entre las expectativas fundadas en el siglo XX y las exigencias socioeconómicas contemporáneas.

Desde lo que queda dentro, reconocemos en el corolario de Ricoeur el postulado de Watzlawick, Said o Anderson y podemos explicar la corrosión que ocupaba a Sennett. Gracias a Ricoeur identificamos el motor de las ciencias humanas en la generación de identidades individuales o colectivas pero, sobre todo, entendemos la radicalidad del miedo a perder el hilo, a quedar fuera del relato compartido, a perderse en una sucesión de presentes sin conclusión, pues es, a fin de cuentas, el miedo a un tiempo sin narración. ¿Y si el miedo de los personajes de Sennett fuera el único correlato posible al silencio de Ricoeur?

BIBLIOGRAFÍA

1. OBRAS DE P. RICOEUR

De l'interprétation, essai sur Freud, París, Editions du Seuil, 1965; trad. esp. de Suárez, A., *Freud: Una interpretación de la cultura*, Madrid-Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines II. "La philosophie", Unesco, 1978; trad. esp. de Triviño, M. J., *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales. II. Filosofía*, Madrid-, Tecnos-UNESCO, 1982.

La métaphore vive, París, Editions du Seuil, 1975; trad. esp. de Neira Calvo, A., *La metáfora viva*, Madrid, Europa, 1980.

Interpretation theory. Discourse and the surplus of meaning, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1976; trad. esp. de Monges, G., *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México-Madrid, Siglo XXI, 1995.

Temps et récit I: l'histoire et le récit, París, Editions du Seuil, 1983; trad. esp. de Neira Calvo, A., *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo Veintiuno, 1995.

Temps et récit II: la configuration dans le récit de fiction, París, Editions du Seuil, 1984; trad. esp. de Neira Calvo, A., *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, México, Siglo Veintiuno, 1995.

Temps et récit III: Le temps raconté, París, Editions du Seuil, 1985; trad. esp. de Neira Calvo, A., *Tiempo y Narración III. El tiempo narrado*, México, Siglo XXI, 1996.

Du texte à l'action, París, Editions du Seuil, 1986; trad. esp. de Corona, P., *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires-México, F. C. E., 2001.

Hermenéutica y Acción. De la Hermenéutica del Texto a la Hermenéutica de la Acción, trad. esp. de Prelooker, M. M., Adúriz, L. J., Fornari, A., Gorlier, J. C., y La Valle, M. T., Buenos Aires, Docencia, 1988.

Comprende los artículos siguientes: “Palabra y símbolo”, “La metáfora y el problema central de la hermenéutica”, “La acción considerada como un texto”, “Explicar y comprender. Texto, acción, historia”, “La imaginación en el discurso y en la acción”, “La razón práctica”, “El conflicto como signo de contradicción y de unidad”, “Ciencia e ideología”, “Hermenéutica y crítica de las ideologías”.

Soi-même comme un autre, París, Editions du Seuil, 1990; trad. esp. de Neira Calvo, A., *Sí mismo como otro*, México-Madrid, Siglo XXI, 1996.

"Autocomprensión e historia" en *Symposium Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*, VV. AA., Granada, Anthropos, 1991, p. 26.

Réflexion faite: Autobiographie intellectuelle, París, Esprit, 1995; trad. esp. de Willson, P., *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997.

Historia y narratividad, introducción de Gabilondo, A. y trad. esp. de Aranzueque, G., Barcelona, Paidós, ICE/UAB, 1997.

Contiene los textos siguientes: “Filosofía y lenguaje”, “¿Qué es un texto?”, “Para una teoría del discurso narrativo”, “Relato histórico y relato de ficción”, “La función narrativa de la distanciación”, “La identidad narrativa”.

Le conflit des interprétations, París, Editions du Seuil, 1999; trad. esp. de Falcón, A., *El conflicto de las interpretaciones*, Buenos Aires-México, F. C. E., 2003.

La mémoire, l’histoire, l’oubli, París, Editions du Seuil, 2000; trad. esp. de Neira Calvo, A., *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003.

2. OBRAS RELATIVAS A *TIEMPO Y NARRACIÓN*

AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, trad. esp. de Uña Juárez, A., Madrid, Ed. Tecnos, 2006.

ARENDT, H., *The human condition*, Chicago, University of Chicago Press, 1998; trad. esp. de Cruz, M., *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1996.

ARISTÓTELES, *Poética*, trad. esp. de López Eire, A., Madrid, Istmo, 2002.

- *Poética*, trad. esp. de García Yebra, V., Madrid, Gredos, 1988.

- *Física*, trad. esp. de Echandía, G. R., Madrid, Gredos, 1995.

ARON, R., *Introduction a la philosophie de l'histoire: Essai sur les limites de l'objectivité historique*, París, Gallimard “Bibliothèque des idées”, 1957.

- *Comment l'historien écrit l'epistémologie: à propos du livre de Paul Veyne*, en *Annales*, nº 6 (1971), pp. 1319-1354.

AUERBACH, E., *Mimesis: Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur*, Berna, Francke, 1946; trad., cast. de Villanueva, I., *Mimesis*, México, FCE, 1983.

BENVENISTE, E., *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard, 1966; trad. esp. de Almela, J., *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1971.

- “Le langage et l’expérience humaine”, en *Problèmes du langage*, París, Gallimard, Col. “Diogène”, 1966.

BLOCH, M., *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, Armand Colin, 1974; trad. esp. Molina Compte, C., *Apología de la historia*, Barcelona, Empuries, 1984.

BRAUDEL, F., *La méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1949; trad. esp. de Monteforte, M., y Rocas, W., *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

- *Écrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969; trad. esp. de Martín del Campo, A., *Escritos sobre historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

BREMOND, C., *Logique du récit*, París, Seuil, 1973.

COLLINGWOOD, *An autobiography*, Oxford, Oxford University Press, 1939.

- *The idea of history*, Oxford, Clarendon Press, 1956.

DANTO, A. C., *Analytical philosophy of history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965.

- *Analytical philosophy of action*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

DRAY, W., *Laws and explanation in history*, Londres, Oxford University Press, 1957.

- *Philosophical analysis and history*, Nueva York, Harper and Row, 1966.

DUBY, G., “Historie sociale et idéologies des sociétés”, en *Faire l’histoire* bajo la dirección de J. Le Goff y P. Nora, París, Gallimard, 1974; trad. esp. de Bosch, E., *Historia social e ideología de las sociedades*, Barcelona, Anagrama, 1976.

FRYE, N., *The anatomy of criticism. Four essays*, Princeton, Princeton University Press, 1957; trad. esp. de Simons, E., *Anatomía de la crítica: cuatro ensayos*, Barcelona, Monte Ávila, 1991.

FURET, F., *Penser la Revolution française*, París, Gallimard, 1978; trad. esp. de Firpo, A., *Pensar la Revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980.

GALLIE, W., *Philosophy and the historical understanding*, Londres, Ghatto & Windus, 1964.

GENETTE, G., *Nouveau discours du récit*, París, Seuil, 1983; trad. esp. de Rodríguez Tapia, M., *Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra, 1998.

GREIMAS, A. J. *Sémantique structurale*, París, Larousse, 1966; trad. esp. de De la Fuente, A., *Semántica estructural: investigación metodológica* (4ª reimp.), Madrid, Gredos, 2007.

- *Du sens*, París, Seuil, 1970; trad. esp. de García Bardón, S., *Entorno al sentido: Ensayos semióticos*, Madrid, Fragua, 1973.

- *Maupassant: la semiotique du texte, exercices pratiques*, París, Seuil, 1976; trad. esp. de Arias Muñoz, J. A., *La semilla del texto. Ejercicios prácticos*, Barcelona, Paidós, 1983.
- HEGEL, G., *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, trad. esp. de Roces, W., México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- HEIDEGGER, M., *Sein und Zeit*, Tubinga, Max Niemeyer, (10a ed.) 1963; trad. esp. de Gaos, J., *Ser y tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, (7a ed.) 1989.
- HEMPEL, C., "The function of general laws in history", *The Journal of Philosophy*, n°. 39, 1942, pp. 35-48.
- HUSSERL, E., *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie, Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, t. I, Halle, M. Niemeyer, 1913; ed. W. Biemel, *Husserliana*, III, 1950; trad. esp. de Zirión, A. Q., *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*, México, FCE, 2005.
- *Vorlesungen zur Phänomenologie des inneren Zeitbewusstseins*, ed. R. Boehm, *Husserliana*, V, LaHaya, Nijhoff, 1966; trad. esp. de Serrano de Haro, A., *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, Madrid, Trotta, 2002.
- INGARDEN, R., *A cognition of the literary work of art*, Evanston, Northwestern University Press, 1974; trad. esp. de Nyenhuis, G., *La comprensión de la obra de arte literaria*, México, Universidad Iberoamericana Ciudad de México, Departamento de Letras, 2005.
- KANT, I., *Crítica de la razón pura*, trad. esp. de Ribas, P., Madrid, Alfaguara, 1998.
- KERMODE, F., *The sense of an ending. Studies in the theory of fiction*, London, Oxford University Press, 1968; trad. esp. de Moreno, L., *Sentido de un final*, Barcelona, Gedisa, 1983.
- LE GOFF, J., *Pour un autre moyen âge: Temps, travail et culture en occident: dixhuit essais*, París, Gallimard, 1977.
- MANDELBAUM, M., *The anatomy of historical knowledge*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1977.

- MANN, T., *Der Zauberberg, Roman, Ges. Werke.*, t. III, Oldenburg, Ed. S. Fischer, 1960; trad. esp. de Verdaguer, M., *La montaña mágica*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996.
- MARROU, H., *De la connaissance historique*, París, Seuil, 1954; trad. esp. de García de la Mora, J., *El conocimiento histórico*, Barcelona, Labor, 1968.
- MINK, L., *The autonomy of historical understanding*, en *History and Theory*, vol. 5(1), 1965, pp. 24-47.
- *Philosophical analysis and historical understanding*, en *Review of Metaphysics* nº 20, 1968, pp. 667-698.
- MÜLLER, G., *Morphologische Poetik*, Tübinga, J.B.C. Mohr, 1968.
- OUSPENSKI, B. *A poetics of composition, the structure of the artistic text and typology of a compositional form*, Los Ángeles, University of California Press, 1973.
- PROPP, V. J., *Morfologija skazki*, Leningrado, Nanka, (2a ed.) 1969; trad. esp. de Ortiz, L., *Morfología del cuento*, Madrid, Fundamentos, (7a ed.) 1987.
- PROUST, M. *À la recherche du temps perdu*, 3 vols., París, Gallimard, col. “La Pléiade”, 1954; trad. esp. de varios autores, *En busca del tiempo perdido*, Madrid, Alianza, 2008.
- VEYNE, P., *Comment on écrit l’histoire*, París, Seuil, 1971; trad. esp. de Aguilera, J., *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza, 1984.
- WHITE, H., *Metahistory: The historical imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973.
- *The historical text as a literary artifact*, en *Clio*, vol III, núm. 3, 1974; trad. esp. de Lavagnino, N., *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2003.
- WRIGHT, G. H. von, *Explanation and understanding*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971; trad. esp. de Vega, L., *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza, 1987.
- WOOLF, V., *Mrs. Dalloway*, Londres, The Hogarth Press, 1925; trad. esp. de Bosch, A., *La señora Dalloway*, Barcelona, Lumen, 1975.

3. OBRAS SOBRE P. RICOEUR Y LA HERMENÉUTICA

CALVO MARTÍNEZ, T., “Del símbolo al texto”, en *Symposium Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*, VV. AA., Granada, Anthropos, 1991, p.117-144.

- *Aristóteles y el aristotelismo*, Madrid, Akal, 2001.

CALVO MARTÍNEZ, T y ÁVILA CRESPO, R. (Eds.), *Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación. Symposium internacional sobre el pensamiento de Paul Ricoeur*, Granada, Anthropos, 1991.

CHOMSKY, N., *Current issues in linguistic theory. Topics in the theory of generative grammar*, La Haya, Mouton, 1964-1966; trad. esp. de Ánfora de Ford, G., *Problemas actuales en teoría lingüística. Temas teóricos de gramática generativa*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

DELACROIX, C.; DOSSE, F.; GARCIA, P., *Paul Ricoeur y las ciencias humanas*, Argentina, Nueva Visión, 2008.

DELEUZE, G., *Proust et les signes*, París, PUF, 1964; trad. esp. de Monge, F., *Proust y los signos*, Barcelona, Anagrama, 1992.

- *Logique du sens*, París, Les éditions de Minuit (Collection “critique”), 1989; trad. esp. de Abad, A., *Lógica del sentido*, Barcelona, Barral, 1971.

DILTHEY, W., *Die Entstehung der Hermeneutik*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1900; trad. esp. de Antonio Gómez Ramos, *Dos escritos sobre hermenéutica: el surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica*, Madrid, Istmo, 2000.

DOMINGO MORATALLA, T., *Lecturas de Paul Ricoeur*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1998.

FERRARIS, M., *Historia de la hermenéutica*, trad. esp. de Pérez de Tudela Velasco, J., Madrid, Akal, 2000.

GADAMER, H. G., *Wahrheit und Methode*, Tubinga, J.B.C. Moohr, (3a. ed.) 1973; trad. esp. de Agud, A. y de Agapito, R., *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 2007.

LEVI-STRAUSS, C., *La pensée sauvage*, París, Plon, 1958; trad. esp. de González Aramburu, F., *El Pensamiento Salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

- *Anthropologie structurale*, París, Plon, 1958; trad. esp. de Verón, E., *Antropología estructural: Mito, sociedad, humanidades*, Barcelona, Paidós, 1987.

MICHEL, J., *Ricoeur et ses contemporains: Bourdieu, Derrida, Deleuze, Foucault, Castoriadis*, París, Presses universitaires de France, 2013; trad. esp. de Veuthey, M., *Ricoeur y sus contemporáneos: Bourdieu, Derrida, Deleuze, Foucault, Castoriadis*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

PARDO TORÍO, J. L., *El concepto vivo o ¿Dónde están las llaves? Ensayo sobre la falta de contextos*, en Archipiélago, nº 31 (1997).

- *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid, Akal, 2001.

- *Deleuze: Violentar el pensamiento*, Madrid, Ediciones Pedagógicas, 2002.

- *La regla del juego*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004.

- *Estudios del malestar: Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*, Barcelona, Anagrama, 2016.

PÉREZ DE TUDELA VELASCO, J., “Desvelamiento y revelación: el círculo hermenéutico”, en *Symposium Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*, VV. AA., Granada, Anthropos, 1991, 369-384.

- *Hermenéutica y totalidad. Las razones del círculo*, en *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, nº 26 (1992).

- *Historia de la filosofía moderna: De Cusa a Rousseau*, Madrid, Akal, 2001.

PEÑALVER GÓMEZ, P., “La fenomenología hermenéutica ante la aporética de los dos tiempos”, en *Symposium Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*, VV. AA., Granada, Anthropos, 1991, p. 391-397.

PEÑALVER SIMÓ, M., “Paul Ricoeur y las metáforas del tiempo”, en *Symposium Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*, VV. AA., Granada, Anthropos, 1991, 333-366.

SÁNCHEZ FERLOSIO, R., *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, Madrid, Alianza, 1987.

- “Sobre la transposición”, en *Ensayos y artículos II*. Barcelona, Destino, 1992, p. 49-76.

SÁNCHEZ MECA, D., *Tiempo, historia, narración*, en *Antropos*, nº 32 (1992), p.100-111.

- *Metamorfosis y confines de la individualidad*, Madrid, Tecnos, 1995.

- *La historia de la filosofía como hermenéutica*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1996.

- *Modernidad y romanticismo: Para una genealogía de la actualidad*, Madrid, Tecnos, 2013.

- *El nihilismo: Perspectivas sobre la historia espiritual de Europa*, Madrid, Síntesis, 2004.

SENNETT, R., *The uses of disorder: personal identity and city life*, Londres, Faber and Faber, 1996; trad. esp. de Rovira, J., *Vida urbana e identidad personal: Los usos del orden*. Barcelona, Península, 2001.

- *The corrosion of character: The personal consequences of work in the new capitalism*. New York. W.W. Norton. 1998; trad. esp. de Daniel Najmías, *La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama. 2017.

- *The culture of the new capitalism*, New Haven, Yale University Press, 2006; trad. esp. de Galmarini, M.A., *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2008.

4. OTRAS OBRAS RELACIONADAS CON EL TEMA

- ALTHUSSER, L. “Est-il simple d’être marxiste en philosophie?” en *Positions*, Editions Sociales, 1976; *Posiciones*, Barcelona, Anagrama, 1977.
- ANDERSON, B., *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism* (Rev. ed.), New York, Verso, 1994; trad. esp. de Sánchez, E., *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ANTORANZ LÓPEZ, S., *Descubrir e inventar: Sintonías y discordancias entre ciencia y arte en la obra de Friedrich Nietzsche*. Dpto. de Historia de la Filosofía, Estética y Teoría del Conocimiento, Fac. de Filosofía de la UCM, Madrid, 2017.
- AUBENQUE, P., *Le problème de l’être chez Aristote*, Presses Universitaires de France, 1962; trad. esp. de Peña, V., *El problema del ser en Aristóteles*, Madrid, Taurus, 1981.
- *Sens et fonction de l’aporie socratique*, en *Philosophie Antique*, nº 3 (2003), pp. 5-20; trad. esp. de Franco, R., *Sócrates y la aporía ontológica*, en *Azafea Rev. filos.* nº 6 (2004), Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 17-28.
- BACHELARD, G., *La poetique de l’espace*, París, Presses Universitaires de France, 2001; trad. esp. de Champourcin, E., *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- CARVAJAL CORDÓN, J., *El problema de las categorías y la ontología crítica en Kant*. Dpto de Metafísica, Fac. de Filosofía de la UCM. Madrid, 1988.
- “El problema de la sustancia en la Metafísica de Aristóteles”, en *Conocimiento y racionalidad: Homenaje al profesor Sergio Rábade Romeo*. Madrid, Departamentos de Filosofía I y Filosofía IV de la UCM, 1992, p. 889-927.
- (Ed.) *Moral, derecho y política en Immanuel Kant*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999.
- *Kant y el poder del deseo en la vida humana*. En A. Domínguez Basano (Coord.) *Vida, pasión y razón en grandes filósofos*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2002, pp. 143-163.
- (Ed.) *El porvenir de la razón*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2004.

- FERNÁNDEZ LIRIA, C. *El materialismo*, Madrid, Síntesis, 1998.
- FUENTES, J. B., *El carácter equívoco de la institución psicológica*, Psicothema, Vol. 14, nº 3 (2002), 608-622.
- *La relevancia de un planteamiento cultural de los trastornos de la personalidad*, Fuentes, J. B. y Quiroga, E., Psicothema, Vol. 17, nº 3 (2005), 422-429.
- GARROCHO SALCEDO, D., *Aristóteles: Una ética de las pasiones*, Madrid, Avarigani, 2015.
- *El hilemorfismo en evolución. una aproximación moral a la relación entre el cuerpo y el alma en Aristóteles*, Universitas Philosophica, nº 33 (2016), pp.165-181
- *La nostalgia y la ciudad*, Revista De Occidente nº 443 (2018), pp.103-114.
- GARROCHO, D., y ROCCO, V., *Europa, tradición o proyecto*, Madrid, Abada, 2013.
- KUHN, T. S., *The structure of scientific revolutions*, Chicago, University of Chicago Press, (3rd ed.) 1996; trad. esp. de Solís Santos, C., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- LÓPEZ MOLINA, A. M., *Razón pura y juicio reflexionante en Kant*, Madrid, Universidad Complutense, 1983.
- “Autorreflexión e interés emancipatorio en J. Habermas”, en A. Domínguez Basano (Coord.) *Vida, pasión y razón en grandes filósofos*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2002, pp. 355-387.
- *Categorías fundamentales del pensar postmetafísico*, en *Daimon*, suplemento 3 (2010), pp. 239-248.
- *Teoría postmetafísica del conocimiento: Crítica de la filosofía de la conciencia desde la epistemología de Habermas*, Madrid, Escolar y Mayo, 2012.
- “José Gaos, discípulo e intérprete de Ortega”, en J. L. Villacañas (Ed.) *Ideas que cruzan el Atlántico: la formación del espacio intelectual iberoamericano*, Madrid, Escolar y Mayo, 2015, pp. 121-139.
- *Ser profesor de Filosofía en la UCM*, en *Revista de Filosofía*, nº 41(2), 2016.
- MARTÍNEZ MARZOA, F., *Lengua y Tiempo*, Madrid, Visor, 1999.

- *Historia de la Filosofía I*, Madrid, Itsmo, 2000.

RÁBADE OBRADÓ, A., *Conciencia y dolor: Schopenhauer y la crisis de la modernidad*, Madrid, Trotta, 1995.

REVILLA GUZMAN, C., *Conciencia y subjetividad en H. Bergson*. Dpto. de Metafísica, Fac. de Filosofía de la UCM, Madrid, 1985.

- *Entre el alba y la aurora: Sobre la filosofía de María Zambrano*, Barcelona, Icaria, 2005.

- *La palabra liberada del lenguaje: María Zambrano y el pensamiento contemporáneo*, Barcelona, Bellaterra, 2013.

- *Simone Weil*, Madrid, Katz, 2018.

ROJAS PARADA, P., *Existencia y confianza: Claves para una interpretación de la filosofía afirmativa del siglo XX*. Dpto. de Filosofía IV, Fac. de Filosofía de la UCM, Madrid, 1998.

- *Aire de otros planetas: Arte y estética en la modernidad*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2016.

SAID, E. W., *Orientalism*, Londres, Penguin history, 1995; trad. esp. de Fuentes, M. L., *Orientalismo*, Barcelona, de Bolsillo, 2002.

SALAS ORTUETA, J., y ATIENZA PÁEZ, J., *Ortega y Gasset: El imperativo de intelectualidad*, Málaga, Universidad de Málaga, 2015.

SAUSSURE, F., *Cours de linguistique générale*, Payot, 2006; trad. esp. de Armiño, M., *Curso de lingüística general*, Madrid, Akal, 2013.

WATZLAWICK, P., Bavelas, J., Jackson, D., & Beavin, J., *Pragmatics of human communication: a study of interactional patterns, pathologies, and paradoxes*, New York, W.W. Norton, 1967; trad. esp. de Rosenblatt, N., *Teoría de la comunicación humana: Interacciones, patologías y paradojas*, Barcelona, Herder, 2002.